

QU  
ACIO

LE MANAQU

LE MANAQU

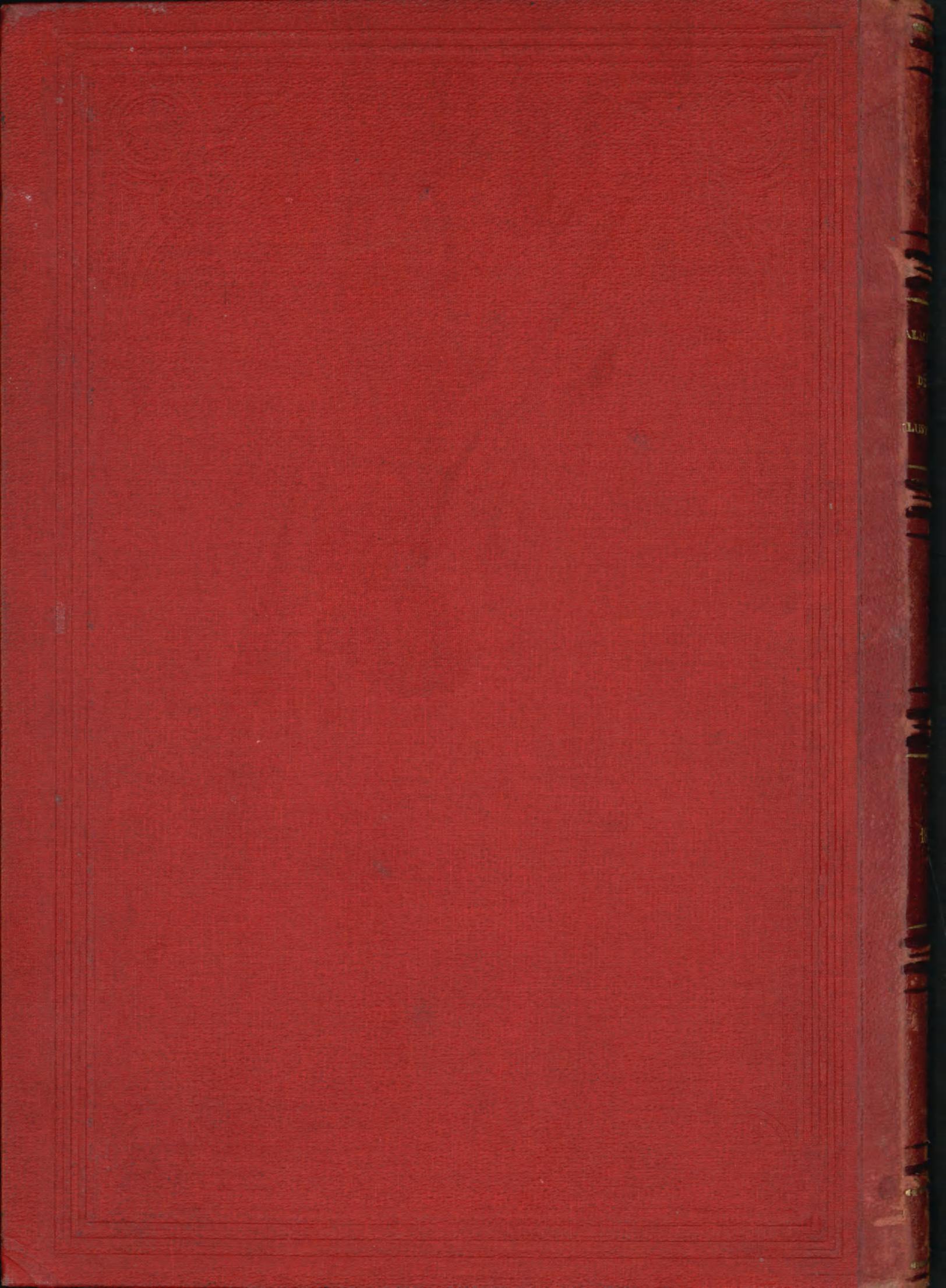
DE LA

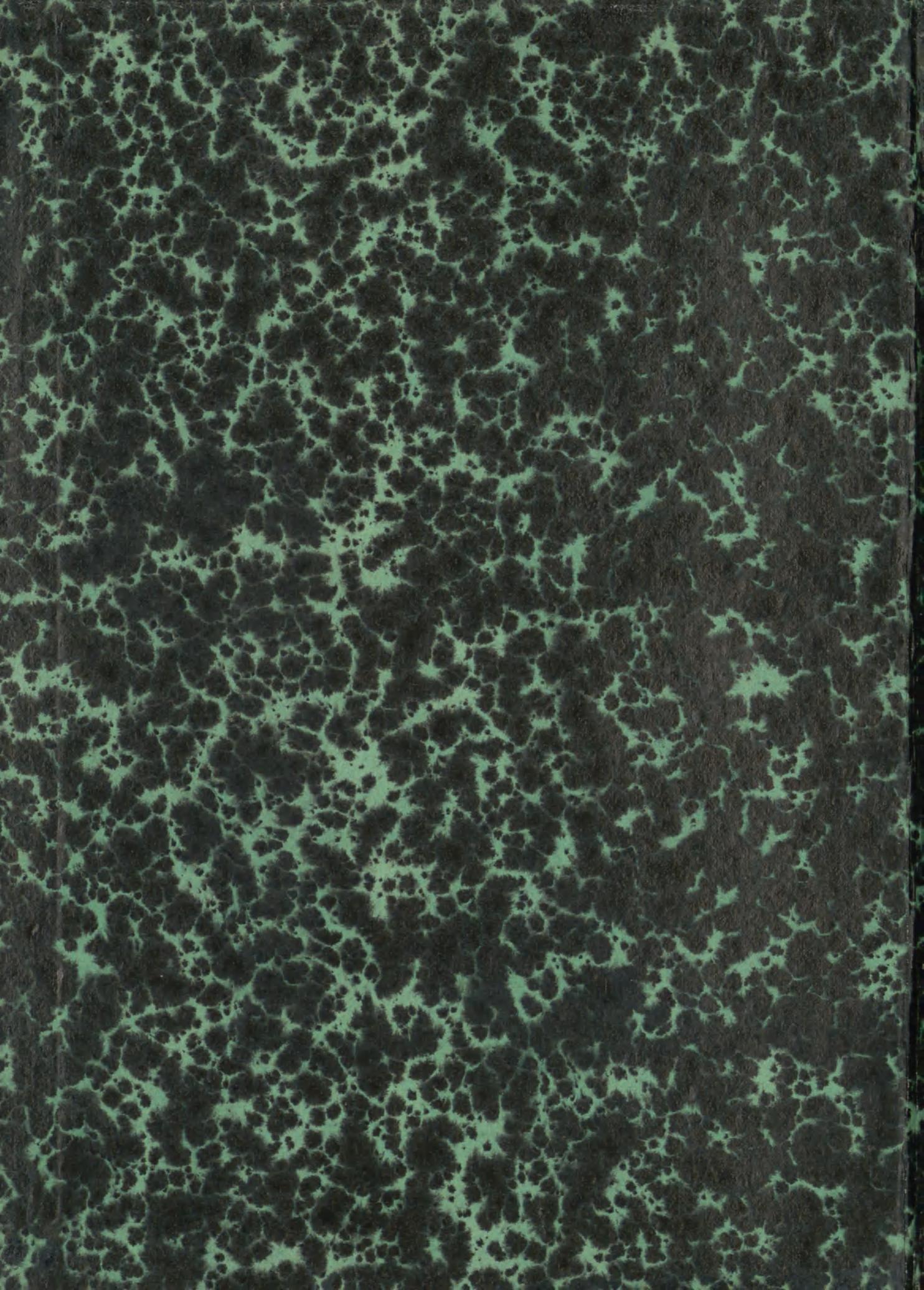
ILLUSTRACI

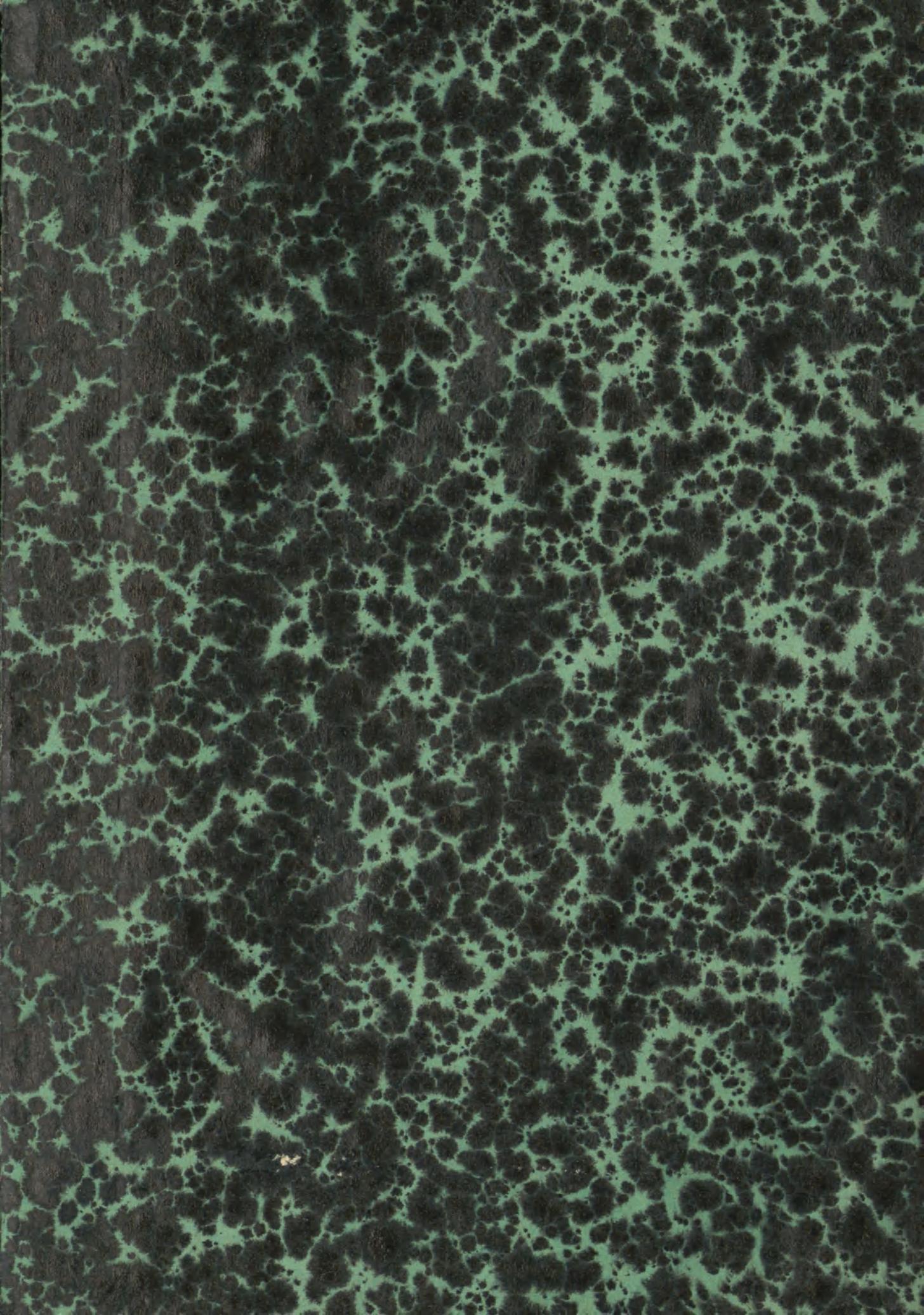
1884

LE MANAQU

LE MANAQU







E1 Genet Blau  
48'08 G

R 2066

25 SEP 2003

# ALMANAQUE

DE LA

# Ilustracion



ADMINISTRACION  
 Carretas, 12, Pral  
 MADRID

1884



ALMANAQUE  
DE  
LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1884

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ALAS (D. Leopoldo «Clarín»), BUSTILLO (D. Eduardo), CAMPILLO (D. Narciso),  
CAÑETE (D. Manuel), CASTELAR (D. Emilio),  
CASTRO Y SERRANO (D. José de), CAVESTANY (D. Juan Antonio), FERNANDEZ BREMON (D. José),  
FERNANDEZ FLOREZ (D. Isidoro), LANDERER (D. José J.), MADRAZO (D. Pedro de), MAS Y PRAT (D. Benito),  
NOVO Y COLSON (D. Pedro de), PALACIO (D. Manuel del),  
PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco), SBARBI (D. José María), THEBUSSEM (El Doctor),  
VALERO DE TORNOS (D. Juan), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

---

AÑO XI.

---



MADRID,  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,  
IMPRESORES DE LA REAL CASA.  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1883.

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

# ÍNDICE GENERAL.

## TEXTO.

	Págs.		Págs.
<i>In Ecclesia</i> , gran fantasía para 1884, por D. Isidoro Fernández Florez.....	1	Alberto Struzzi y su ejército, por el Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo, individuo de número de la R. A. Española.....	58
PRELIMINARES: Año religioso, por X.....	5	El Diabolo azul (cuento de color de fuego), por D. Edmardo Bustillo....	80
Año astronómico, por D. C. P.....	5	Un drama del Renacimiento, por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, individuo de número de la R. A. Española.....	87
Los Elementos, por el Excmo. Sr. D. José de Castro y Serrano, individuo de número de la R. A. Española.....	11	Gaceta, por D. José Fernández Bremon.....	94
Poquito á poco, por D. Narciso Campillo.....	18	4 + M (episodio de caza y pesca), por el Dr. Thebussem.....	98
Rosas del tiempo, por D. Benito Mas y Prat.....	22	Don Diego Hurtado de Mendoza (apuntamientos acerca de su vida y sus escritos), por D. Luis Vidart.....	103
Epístola (al Marqués de Roncali), por D. Francisco Perez Echevarria.....	30	Una cacería maravillosa (recuerdos del río Cauto), por D. Pedro de Novo y Colson.....	116
Lope de Rueda y el Teatro español á mediados del siglo XVI (Estudios acerca de nuestra historia literaria), por el Excmo. Sr. D. Manuel Cañete, individuo de número de la R. A. Española.....	32	Á mi amigo el poeta Velarde, por D. Juan Antonio Cavestany.....	123
¿Qué hora es? por D. José J. Landerer.....	43	Mis amores (á Cavestany), por D. José Velarde.....	126
La Risa, por D. José María Starb.....	50	<i>Stella matutina</i> , por D. Manuel del Palacio.....	135
¡Oh Éxito! por D. J. Valero de Tornos.....	54	Las dos cajas (novela), por <i>Clarín</i> (D. Leopoldo Alas).....	136

## GRABADOS.

BELLAS ARTES.		Págs.	RETRATOS.		Págs.
La Odalisca, por Benlliure.....	4	Maria Barkany, célebre actriz dramática italiana.....	27		
El nido robado (dibujo de Bervellir).....	29	Lope de Rueda.....	32		
En la pradera (cuadro de Henry Moore).....	31	S. M. la reina de Portugal.....	76		
¿Vendré? (cuadro de C. Becker).....	34	Blanca Donadio.....	85		
Estudio (por Lerbach).....	41	Don Diego Hurtado de Mendoza.....	102		
Recuerdo de España (cuadro de Rougeron).....	45				
Comentarios (cuadro de Kraus).....	49				
Ulises y las Sirenas (por Preller).....	51				
Cossette (cuadro de Guay).....	53				
Frutero (antigua escena holandesa).....	55				
Persuasión (por A. Muller).....	57				
Vénus y Adónis (cuadro atribuido al Giorgione).....	58				
Después de Maestricht (acuarela de Mejía).....	60				
Taller de un escultor romano (por Alma-Tadema).....	62				
<i>Mater Dolorosa</i> (cuadro de Murillo).....	64				
El rey D. Felipe IV (cuadro de Velazquez).....	66				
Ataque y defensa (cuadro de F. Jimenez).....	69				
Bocas del Arno (cuadro de G. Costa).....	71				
Madonna (por Miguel Angel).....	73				
Duo (cuadro de Burgers).....	77				
Un Alcalde de Monterilla (por Ribera).....	96				
Un día de Sirocco (por G. Costa).....	98				
Flor de los Campos (cuadro de Strain).....	101				
Cabeza de un Apóstol (por Alberto Durero).....	113				
La Narración del marino (cuadro de Bacon).....	116				
Duelo á muerte (cuadro de Meissonnier).....	128				
Camafio antiguo.....	144				
		Vistas de Amsterdam.....	10		
		El palacio del Louvre.....	14		
		Paris: Perspectiva del Arco de la Estrella.....	17		
		Vista general de Atenas.....	21		
		Vistas de Nueva-York.....	23		
		El bote salva-vidas.....	37		
		Marina (escena inglesa).....	42		
		¡Carta suya!.....	50		
		Paris: Jardines del <i>Palais-Royal</i> .....	54		
		Estudio del pintor Alma-Tadema.....	56		
		Un puente en Worcester.....	80		
		Gabinete de un literato árabe.....	82		
		Santiago de Chile. Palacio de la Exposición.....	88		
		Estatua de Arnaldo de Brescia.....	91		
		Roma: interior de la iglesia de <i>Santo-Spirito</i> .....	93		
		El castillo de If, en Marsella.....	94		
		Canal de Suez: Estación de <i>El-Kantarak</i> .....	100		
		Ventana yreja de la casa-fuerte de D. Pedro Dávila.....	106		
		El buque acorazado <i>Dandolo</i> , de la marina italiana.....	110		
		Dama chilena, en traje de misa.....	119		
		Roma: Interior del Panteon.....	122		



«LA ODALISCA.»  
(ACUARELA DE BENLLIURE.)

## IN EXCELSIS.

## GRAN FANTASÍA PARA 1884.



El gallo canta tres veces.

Los justos duermen..... y siguen durmiendo. Sólo San Pedro, el portero de la ciudad, alza la cabeza, herido por aquella voz estridente.

Desde que en el Mundo, y en la noche de la Pasión, negó á Cristo, no puede oír sin estremecerse, el canto del gallo. Le es antipático: le recuerda su delito.

Se levanta, abre una ventana del precioso kiosko que sirve de portería, y mira al firmamento..... Amanece.

No amanece como en la Tierra, por un lado solo, sino por todos. Un círculo de soles se alza con lentitud; la ciudad parece estar colocada dentro del aro de una lucerna.

—¡Qué gente!—exclama San Pedro, después de haber estado un ratito con los codos apoyados en el barandal de la ventana. —¡Serán capaces de dormir todo el día si se les deja! Habrá que enviarles los chiquillos para que se despierten.

Y cierra la ventana y coge una especie de mosquitero hecho de cintas de colores, y sale de la portería con semblante de pocos amigos.

—¡Arriba, dormilones, arriba! grita sacudiendo zurriagazos á diestro y siniestro;—ya es hora de levantarse y acudir á la obligacion.

Un enjambre de niños con alas revolotea confusamente sobre la cabeza del Apóstol, asustado por los gritos y los golpes. Al fin se posan de nuevo, unos en la techumbre de la portería, otros en las ventanas, y los demas, sencillamente, en el suelo.

Se desesperan, se pasan las manos por los ojos, y muchos, los más dormilones, llenan de picardias al Santo.

—No es hora todavía—exclama un angelote, lloriqueando.

—Viejo chocho—murmura otro.

—¡Compañeros—prorrumpe un *bebé* que tiene un ala torcida—es preciso que celebremos un *meeting* para pedir la abolicion del zurriago!

—¡Vamos, vamos!—grita San Pedro.—¡Id y despertad á las vírgenes y los mártires, como es vuestro oficio, si no queréis que os coja y os desplume un ala!

La bandada de ángeles se dispersa en todas direcciones; pero, eso sí, murmurando siempre.

—¿Qué quieres esperar—dice un angelito á su pareja—de un hombre que no dejó casa ni oficio por Jesus, hasta que Jesus le dió una pesca abundantísima en el sitio mismo donde acababa de tender inútilmente las redes? ¡Así se convierte cualquiera!

(Dios permite la murmuracion á los ángeles. Siendo Él tan excelente como es, no podía privarles de un placer tan delicioso.)

Los ángeles están muy ocupados. Sólo Dios en el Cielo se permite el lujo de no hacer nada. Nubes de ángeles cruzan por el espacio. Cualquiera diría, al verlos perderse en espirales, que van de paseo..... No tal; van, por mandato divino, á visitar los mundos.

Los ángeles son espíritus invisibles, segun ciertos autores, y cuerpos diáfanos, segun otros. En lo que todos convienen es en que son superiores al hombre. No existen desde la eternidad, pero son bastante antiguos. Sus perfecciones son muchas, como creados para habitar el cielo, rodear el trono de Dios, cantar sus alabanzas, ser sus mensajeros, acompañar las almas de los que mueren en la divina gracia, traer á los mundos las palmas de los mártires y las vírgenes, inspirar buenas ideas á los hombres, pesar en la balanza de la justicia eterna las virtudes y los pecados, y cumplir, en fin, otras muchas comisiones y oficios. La nobleza de su origen y su misma belleza física trastornó á bastantes de ellos en otro tiempo, hasta el punto de imaginarse superiores al mismo Dios, y se rebelaron contra Él. El Señor hizo un ejemplo, y desde entónces el Cielo es una balsa de aceite..... Muy al contrario de lo que pasa en la Tierra, y sobre todo en España, donde cada ocho años hay un pronunciamiento.

Los ángeles son hermosos; por lo ménos, bonitos. Unos tienen dos y tres órdenes de alas, y las alas sembradas de ojos; otros sólo un par de ellas, como de mariposas. Estos van vestidos de blanco con cinturones de oro recamados de gruesas amatistas y esmeraldas; aquéllos de azul con estolas, bordadas tambien de piedras finas. Los que no llevan estandartes, llevan palmas ó báculos, guirnaldas ó canastillos de flores. Su vuelo no puede compararse al de las aves, porque ellos vuelan trazando luminosos círculos de incomparable gracia; y el día que hay fiesta en el Cielo, porque ha entrado un justo—lo cual ocurre ya muy pocas veces—todo el Cielo arde en chispas.....

Estamos en las primeras horas del primer día de 1884. El Paraíso despierta. La Tierra duerme.—En el Paraíso amanece más temprano.

Las puertas de la ciudad se abren, y los justos salen á pasearse por los alrededores; sencillamente vestidos, con ligeras telas. El conjunto resulta muy pintoresco. Se pasean y conversan, cada cual con su igual, buscando preferentemente á sus paisanos..... En medio de una plazuela hay un grupo de bienaventurados, que parece haberse declarado independiente. Es un grupo de catalanes.

Por lo demas, todos los justos hablan en el Cielo de lo mismo que hablaban en la Tierra..... de su propia persona.

La mañana se ofrece deliciosa; los horizontes se tornaso-

lan con diferentes matices de púrpura y oro; los pájaros revuelan; el vienteillo murmura, y murmuran también las vírgenes y las santas.... Todo es orden, compostura y formas escogidas. Ni el más ligero disturbio altera la serenidad de aquel esparcimiento.—No hay agentes de orden público.

Sin embargo, acaba de ocurrir algo importante, excepcional. Los ángeles mayores y menores cortan el aire con rapidez inusitada y se dirigen al centro de la ciudad divina, en el cual, sobre cien bellísimos palacios, se eleva el Tabernáculo en que reside el Creador. Los justos preguntan, indagan y se estremecen de curiosidad. ¿Un acontecimiento en el Cielo, donde no ocurre nada nunca! Todos afluyen al centro del Paraíso.

¿Qué habrá ocurrido?

La administración celestial es bastante perfecta. Viene á ser como la de España. Un Ministro de la Gobernación, español, tan excelente, que perdió las elecciones, se fué, cuando murió, derecho al Paraíso, en el cual entró sin las ceremonias preliminares por esta circunstancia especial. El Padre Eterno le tomó tanto cariño, que le dejó satisfacer sus aficiones administrativas, y al poco tiempo reinaba en la máquina gubernamental el más bello desorden.

Pues bien, este justo había dispuesto que el alumbrado de los mundos subcelestes se ejerciese por ángeles de su elección, los cuales debían ser reemplazados cada año, y había encargado del Sol, para 1884, á un angelillo simpático y travieso, por el cual tenía debilidad, en razón de que se parecía mucho á un hijo que había dejado en el Mundo con chichonera y grado de coronel de ejército. Este angelillo estaba tan lleno de su influencia, que se permitía desmanes de consideración y tenía escandalizado y revuelto aquel lugar beatífico....

Su retrato y antecedentes.—Tiene seducción en su cara, en su acento y en sus formas sociales. Es ingenioso, chistoso, servicial, y corta un pelo en el aire. Saber no sabe gran cosa; pero tiene número, y donde no llega su adivinación llega su amlacia. Así es que discute con los más sabios doctores y les arrebató el aplauso en los concursos. Es, sobre todo, un intrigante de primera; muy dulce con amigos y adversarios, y muy elocuente, porque siempre le habla á cada uno de su interés, sin grandes escrúpulos de conciencia, con tal de conseguir sus propósitos. Su actividad es prodigiosa; tanto, que todos los años tiene que pedir un suplemento de alas.—No sólo en el Cielo, se ve en la Tierra esto muchas veces. Los políticos obscuros, formales, los verdaderos hombres de Estado, son esaboreados por intrigantillos boquidulces, notestillas y sacanuerfos, que nada saben de alta política, pero que saben mover los hilos de los *fantoques*.

En el Cielo hay una tradición que se refiere á este ángel.

Pues la tradición dice que el mejor retrato de este angelito está en la Tierra. En el Museo de Pinturas de Madrid puede verse entre los niños alados que rodean las Concepciones de Murillo. Hé aquí el caso:

Una tarde del siglo XVII (*ayer*, en la existencia de los ángeles), nuestro revoltoso bajó á Sevilla; porque le gustan mucho las guitarras y los cántares. Cantaba una moza ciertas coplas, con tanta gracia, y al mismo tiempo con un dejo de tristeza tan hondo, que él suspendió el vuelo, sentándose en el alféizar de una gran ventana para oír mejor el canto. Por desgracia, se había olvidado, en su placer, de hacerse invisible; una mano le cogió por detrás de los alones, y poco despues estaba sujeto en un sillón de baqueta y grandes clavos, dentro del estudio de *El Pintor de las Vírgenes*.

—¿El Cielo me le envía, sin duda!—exclamó aquel buen católico.—Después que le copió varias veces, y cuando se le hubo aprendido de memoria, abrió de nuevo la ventana y le permitió volver al Cielo.—Por eso los ángeles del pintor sevillano son ángeles, pero ángeles traviesos.

Y por eso á este ángel le llaman en el Cielo el *Ángel de Murillo*.

Y ahora bien, volvamos á preguntarnos: ¿Qué había ocurrido?

Lo siguiente:

San Pedro en persona había despertado al angelito, el cual, por de pronto, se había hecho el sueco. San Pedro había repetido la amonestación otras dos veces, sin resultado; pero creyó ver que le hacía guiños indecorosos, y entonces le cogió con la mano izquierda por un alon, le alzó y suspendió en el aire á conveniente altura, y le aplicó la derecha con estrépito en la parte más morbida de su cuerpo divino.

El angelito no formuló una queja. San Pedro estaba dentro de sus atribuciones.

—¡Vaya V. á encender el Sol, señorito!—le dijo San Pedro.

Pero el ángel le contestó sencillamente:

—¿No me da la gana!

—¿Cómo?—repuso maquinalmente San Pedro.

—Que este año no se enciende el Sol. Yo soy el encargado, y no quiero. ¡Clarito!

El viejo se quedó aterrado.

Desde la rebelión de Luzbel no había ocurrido caso semejante. La obediencia es en aquel paraje de santidad un placer, y no ya los espíritus que llenan altísimas misiones, sino hasta los que en las celestiales cocinas limpian las baterías de oro y las vajillas de diamante, están muy contentos.

Pasado el primer momento de estupor, San Pedro creyó que esta audacia del chucuelo tendría ramificaciones. Acaso estaba dirigida por aquel ex-ministro español que había perturbado la mansión de la bienaventuranza. ¿Cómo recibiría el Sér Supremo la noticia de esta rebelión sacrilega? Posible es que el angelito fuese castigado inexorablemente: posible es también que esto originase la caída del privado. Corrió, pues, con satisfacción censurable á dar este disgusto al Padre Eterno. No se detuvo en el camino más que media docena de veces para comunicar á otros tantos amigos de confianza la noticia, encargándoles mucho que la esparciesen, y que soliviantasen los ánimos.

El portero no dudaba de la justicia del Señor; pero, en fin, trataba de evitar que se empastelase el asunto.

No es cosa tan fácil entrar en Palacio....

En torno hay arcángeles con arcos y flechas, formando como un primer recinto; después otro círculo de la celestial milicia cruza sus largas picas; después un más rápido cordón de soldados vibra sus flamigeras espadas, y en las puertas, hermosos gigantes, de nervudos brazos, alzan y bajan á són de trompeta los puentes levadizos. ¡Siempre cuesta mucho trabajo ver á los reyes, y siempre están rodeados de militares! Pero, en fin, con una buena recomendación, ó siendo persona principal, se logra verlos así en la Tierra como en el Cielo.

Más dificultades tuvo que vencer el Apóstol, dentro ya del palacio; porque las armas se rinden más fácilmente que la etiqueta. Al fin y al cabo, fué pasando de gentilhomme en gentilhomme, y de una en otra cámara, haciendo reverencias y recibiendo saludos en el honroso trayecto de unos cuantos kilómetros. Por desgracia, el Señor estaba en la estufa central—en la *serie*, como dicen los justos á la moda. Eden indescriptible.

Un ángel, resplandeciente como un *spirit* de podrería, le cortó el paso, con las alas abiertas....

—¡Su Majestad no está visible! le dijo.

San Pedro se detuvo é inclinó la cabeza con dolor. Era la primera vez que el Maestro le negaba, como él le había negado. Dos lágrimas surcaron sus mejillas, curtidas por las tempestades del lago de Genezareth.

—¡El Sol no alumbrará ya la Tierra!—exclamó, volviendo melancólicamente sobre sus pasos.

Sus lágrimas hubieran dado compasion al mismo Luzbel, pero no la inspiraron á las bandadas de angelillos que cruzaban de árbol en árbol por el jardín, regalándose con fruta.

Le apedrearon con los huesos.

Le juzgaban caído.

Crece la marea; se condensan los vapores revolucionarios.—¡Habrà sol!—¡No lo habrá!—¡Tiene razon!—¡No la tiene!—Pero, en general, los bienaventurados están muy contentos de que haya motin.

El privado sufre una gran perturbacion mental ante un suceso tan grave. Se trata de un favorito, y hay que apoyarle; mas por el buen parecer, forma una junta de varones eminentes que entiendan del asunto.

El ángel rebelde es llamado á dar explicaciones. Sus explicaciones constituyen un discurso. Este discurso es muy elocente y produce gran sensacion.

Oigamos:

«—Señores—dice—espero que me hagais justicia: para eso sois justos. Mi resolucion es irrevocable. ¿Sabéis á qué obedece? Á mi conocimiento del Mundo, de cuyo alumbrado se me encarga, y que yo pienso dejar á oscuras. Permittedme una mirada retrospectiva.... y un caramelo. (Pausa.)

«Hace días me habeis destituido de un cargo importante. Yo era pesador de almas. ¡Mal empleo, señores! Estos funcionarios dimiten casi todos. Al poco tiempo de ejercerle contrasen como una especie de tristeza negra.... ¡Es tan doloroso para un ángel llenar por sus propias manos el Infierno! Y ¿qué hacer? Todos cuantos llegan son peca-

dores empedernidos. ¡Ya, por costumbre, la misma balanza se inclina del platillo del Mal ántes de echar en él los pecados! (Emocion.)

«El primer día encontré divertida la tarea: se me presentó un público bastante variado: un torero, que habia muerto al dar un quiebro; un canónigo, que no hacia más que suspirar y darse golpecitos en la panza; un duque, que preguntó dónde esperaban los nobles; un socio del Casino de Madrid, que preguntó por el treinta y cuarenta; una *cocotte*, algunos timadores y dos artistas coreográficos, suicidas por amor. (Risas.)

«(El ángel pide un vaso de agua con azucarillo.)

«Pero en mi cargo de pesador de almas fui sintiendo aumentarse mi desprecio por la humanidad. ¡Tan pocas virtudes! ¡Tantos pecados! Así es que yo, muchas veces, al terminar la faena del día, decia, pensando en el hombre: ¡Mal barro, todo más bien, escoria! ¡Miles y miles de años há que fué poblada la Tierra y alumbrada del Sol; miles y miles que la razon humana presente y busca los principios de moral y justicia: la Tierra misma se ha transformado; donde hubo desiertos hay naciones; donde hubo naciones hay desiertos; la caravana muere de sed donde el pescador, en la aurora del Mundo, tendia sus redes, y mañana Madrid, Paris y Lóndres serán ciudades de corales y madreporas!.... ¡Todo ha cambiado, todo cambiará, ménos el hombre! (Aprobacion.)

«Si el Sol vuelve hoy á iluminar la Tierra, ¿serán los hombres dichosos? ¿Cómo han de serlo? Los hombres todo lo pueden, ménos ser felices.... Ellos apuntalan lo caído y derriban despues lo que apuntalan; ellos tuestan ó guillotinan á los reformadores, y coronan sus estatuas luego; ellos rezan, pero no creen; ellos declaran inviolable la propiedad, y roban; se casan y adulteran; buscan el oro, supremo dispensador del bien, y le derrochan en el mal. ¡Al cabo de tantos siglos, civilizaciones y filosofías, el fuerte oprime, el débil sufre, la mujer sólo es buscada para el placer, se edifican cárceles, se alzan patibulos, y la paz no es más que un descanso en la guerra.... ¡Y dicen los hombres de Estado de esas sociedades que sus principios y sus leyes son las únicas aceptables y posibles....! Será verdad, pero ya lo veis, con esas leyes y con esos principios cada día entran ménos almas en el Cielo! (Sensacion prolongadísima.)

«(Otro caramelo.)

«¡Sabedlo! Dios no reina en el Mundo; sólo reconocen su existencia los poetas, para tener el pretexto de debutar con un himno en su alabanza. Los sabios no le reconocen aún, si bien dicen que ya van explicándosele; y los númsos curas sólo se preocupan de llegar á ser canónigos ó capellanes de honor. ¡Ah, señores! bajo la influencia de estas consideraciones, no podía estar contento en mi destino, y pensé dimitir.... Pero llegó ántes mi destitucion, injusta....

«Una voz; ¡Justísima!

«¡Á eso voy! Se me acusó de irregularidades en el peso; se dijo que los padres, los hijos y hasta los parientes de los santos de mi devocion entraban por la puerta del Cielo como por la de su casa. ¡Ah, señores! repitió; el Mundo está de modo que si no se hace la vista gorda, no entrará en el Cielo nadie! (Señales de asentimiento.)

«Fui destituido y se me dió un ascenso; se me encargó del Sol para el año que hoy nace de 1884.... El Sol, señores, no

es, como los sabios se imaginan, un globo de hielo resplandeciente, ni un golfo de llamas; es una luminaria más en la gloria del Señor; un pobre farolillo de esta gran iluminación veneciana. Ayer se apagó; hoy debe ser nuevamente encendido; ya se acerca la hora; ya esperan los mortales su luz y su calor.... ¡Yo le encendería gustoso si debiera alumbrar sociedades virtuosas y pueblos dichosos; pero me niego á dar sus hermosos resplandores al egoísmo, al crimen y á la infelicidad! ¡Negra y eterna sombra cubra para siempre mundo tan despreciable! » (*Agitaciones en los bancos; silbidos, aplausos, tumulto.*)

El orador recibe las felicitaciones.

No hay Sol. Ya está decidido. No le merece la humanidad.

¡Qué triunfo para el orador!

Sin embargo, los bienaventurados que tienen familia en la Tierra no pueden menos de atribularse, y acuden á Dios en alzada.

Dios les recibe bondadoso y sonriente.

—No tengáis cuidado— le dice.— Si todos los hombres fueran buenos, la felicidad existiría en la Tierra, y no tendría razón de ser este Paraíso. ¡Habría Sol....! Al menos este año.... para castigar la rebeldía de ese picaruelo. ¡El lo encenderá ahora mismo, por sus propias manos!

Los justos forman corrillos para comentar los sucesos. San Pedro, satisfecho de que Dios haya castigado la rebeldía del ángel, se inclina ya en favor del víctima.

—¡Este Señor es demasiado bueno!— exclama.— Después de todo, el chico lo hacía por el bien de los hombres. Yo no sé cómo ellos mismos no están cargados ya del Sol.... ¡Vaya una vida!— Invierno: los ricos, chimeneas, abrigo de pieles, teatros, bailes; los pobres, hambre, miseria y frío. Verano, los ricos á las estaciones de baños europeos; los pobres, hambre, miseria y calor. Y lo mismo siempre: la venida de los Reyes Magos, en Enero; locos que se disfrazan, en Febrero; coquetas que oyen sermones, en Marzo; muchachas que salen á coger flores, en Abril; estudiantes que pasean por el Retiro, en Mayo; mi verbena con sus turcas y garrotazos correspondientes, en Junio; más y más verbenas, en Julio; la siega, en Agosto; la fruta, en Setiembre; la vendimia, en Octubre; coronas y lágrimas conmemorativas, en Noviembre, y el año, por fin, concluyendo entre chicharras é indigestiones. Y todos los días vestirse, comer, beber, trabajar, leer los periódicos, adular, engañar al prójimo, seducir á la prójima, perder una ilusión y recibir un desengaño. ¡No sé cómo ellos mismos no piden que les apaguen el Sol!

El ángel que tuvo á su cargo el cuidado del Sol, entrega al ángel de Murillo los útiles de entretenimiento y limpieza.

Como el nuevo empleado tiene la cara muy triste, su compañero procura convencerle de que no es tan malo el empleo.

—Siempre es una satisfacción— le dice— hacer el bien, y tú le harás con sólo alumbrar la Tierra.— La noche es tan mala, que Dios la llenó con el sueño. Tú eres algo pesimista; el hombre mejora: sus ideas y sus sentimientos cada día son más razonables.... ¡En los tiempos primitivos era un animal salvaje; en la antigüedad y en la Edad Media, un tirano ó un siervo; hoy es un sabio y un ser libre!

—No digas tonterías— le interrumpe su compañero, disponiéndose á limpiar la Gran Linterna— su sabiduría consiste en declararse nieto del mono, y su libertad en morir de hambre en los campos y de asfixia en las minas.

—Eres pesimista— repito:— durante mi año se ha progresado bastante, y durante el tuyo se progresará más.... Ya no se quebrantan los principios de la moral sin escándalo y sin protesta; ya la guerra misma no se hace en nombre de los monarcas, sino de los pueblos; la idea de la patria cede ante la de la humanidad, y la humanidad se complace en la idea de constituir una sola familia. La ciencia y la industria difunden el bienestar, abaratando la vida; todos los hombres comen bien, se divierten, tienen un duro en el bolsillo y gastan levita y sombrero de copa. Algo les falta, pero lo tendrán si se les ayuda un poco. Después de todo, son fáciles de contentar. Su mayor placer vas á proporcionárselo. ¡Cómo se alegran por la mañana cuando abren la ventana de su chirivital y entran en él los rayos del sol, y cuando reparan que al dulce calor de esta farola maduran las espigas en los sembrados y las frutas en los árboles! ¡Triste es, sin duda, alumbrar crímenes; pero te alegrarás mucho de haber encendido el Sol cuando veas á los amantes en los jardines, á las multitudes en los paseos y las romerías; á las locomotoras cruzando la Tierra; á los vapores surcando los mares! Yo le encendí siempre gustoso tan solamente por enviar uno de sus rayos á las oscuras y húmedas prisiones.... y ver resplandecer los cadavéricos rostros de los encarcelados con inefable alegría!

—Confieso.... que me enterneces.... Prometo cuidar del Sol lo mejor que me sea posible....

—Además.... con franqueza: los hombres progresan tanto, que inventarían otro Sol si se le negásemos!

—¿Qué dices?— exclamó el ángel de Murillo— ¡eso sería para nosotros más humillante que alumbrarles!

Los angelitos se rien mucho.

Acaban de saber que el encargado de alumbrar la Tierra, al encender el Sol, se ha quemado los dedos.

Amanece....

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.



# PRELIMINARES.

## AÑO RELIGIOSO.

### CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Año número . . . . .	4	Indiccion romana . . . . .	XII
Epacta . . . . .	III	Letra dominical . . . . .	Ie
Ciclo solar . . . . .	17	Letra del martirologio romano . . . . .	v

### FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús . . . . .	20 de Enero.
Septuagésima . . . . .	10 de Febrero.
Sexagésima . . . . .	17 de Febrero.
Quincuagésima . . . . .	24 de Febrero.
Miércoles de Ceniza . . . . .	27 de Febrero.
Pascua de Resurreccion . . . . .	13 de Abril.
Patrocinio de San José . . . . .	4 de Mayo.
Letanías . . . . .	19, 20 y 21 de Mayo.
Ascension del Señor . . . . .	22 de Mayo.
Pascua de Pentecostes . . . . .	1 de Junio.
La Santísima Trinidad . . . . .	8 de Junio.
Santísimo Corpus Christi . . . . .	12 de Junio.
Domingos entre Pentecostes y Adviento . . . . .	25
Santísimo Corazón de Jesús . . . . .	20 de Junio.
Purísimo Corazón de María . . . . .	22 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Jesucristo . . . . .	6 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora . . . . .	17 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario . . . . .	5 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora . . . . .	9 de Noviembre.
Adviento . . . . .	30 de Noviembre.

### TÉMPORAS.

I. — El 5, 7 y 8 de Marzo.	III. — El 17, 19 y 20 de Setiembre.
II. — El 4, 6 y 7 de Junio.	IV. — El 17, 19 y 20 de Diciembre.

### DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.  
 Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora cae en Viernes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves precedente.  
 La Vigilia de Pentecostes (con abstinencia de carne). . . . . 31 de Mayo.  
 Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Témporas.  
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne). . . . . 28 de Junio.  
 De Santiago Apóstol. . . . . 24 de Julio.  
 De la Asuncion de Nuestra Señora (con abstinencia de carne). . . . . 14 de Agosto.  
 De Todos los Santos. . . . . 31 de Octubre.  
 De Navidad (con abstinencia de carne). . . . . 24 de Diciembre.  
 También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa. 9, 10, 11 y 12 de Abril.

**ADVERTENCIAS.** Ningun día de ayuno se puede pronunciar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.  
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los dias de ayuno, los Domingos de Cuaresma y los Viernes del año.

### VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 21 de Abril, y se cierran respectivamente el 9 de Febrero y el 29 de Noviembre.

### DIAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 10 de Febrero; el 4, 13, 18, y 23 de Marzo; el 4, 5 y 16 de Abril, y el 5 y 7 de Junio.

## AÑO ASTRONÓMICO.

### POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud . . . . .	40° 24' 30" N.
Longitud . . . . .	0° 10' 42" al E. del Observatorio de San Fernando.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 20 de Enero.	En Leo, el 22 de Julio. — <i>Cautela.</i>
En Piscis, el 19 de Febrero.	En Virgo, el 22 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo. — <i>Artemacera.</i>	En Libra, el 22 de Setiembre. — <i>Otono.</i>
En Tauro, el 19 de Abril.	En Escorpio, el 22 de Octubre.
En Géminis, el 20 de Mayo.	En Sagitario, el 21 de Noviembre.
En Cáncer, el 20 de Junio. — <i>Estío.</i>	En Capricornio, el 21 Dic. — <i>Invierno.</i>

### CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 4 h. y 30 m. de la mañana.  
 ESTÍO. — Entra el 20 de Junio á las 12 h. y 44 m. de la noche.  
 OTOÑO. — Entra el 22 de Setiembre á las 3 h. y 6 m. de la tarde.  
 INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 9 h. y 18 m. de la mañana.

### ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

MARZO 26. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse empieza en la Tierra á 18° 58' 1, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 13° 32' al E. de Madrid y latitud 53° 44' N.  
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 17° 47' 3, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 4° 6' O., y latitud 72° 3' S.  
 El eclipse termina en la Tierra á 13° 38' 6, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 111° 12' O. y latitud 57° 10' N.  
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,149; tomando como unidad el diámetro del Sol.  
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y de la América Septentrional, en parte del Océano Atlántico y del Mar Polar Ártico.  
 ABRIL 10. *Eclipse total de Luna*, invisible en Madrid.  
 Principio del eclipse á las 0<sup>h</sup> y 38<sup>m</sup> de la mañana.  
 Principia el eclipse total á las 10<sup>h</sup> y 46<sup>m</sup> de la mañana.  
 Medio del eclipse á las 11<sup>h</sup> y 32<sup>m</sup> de la mañana.  
 Fin del eclipse total á las 12<sup>h</sup> y 18<sup>m</sup> del día.  
 Fin del eclipse á las 1<sup>h</sup> y 26<sup>m</sup> de la tarde.  
 El principio de este eclipse será visible en casi toda la América Septentrional, en una gran parte de la Meridional, en casi toda la Australia, en una pequeña parte del Asia, en el estrecho de Behering, en todo el Océano Pacífico, en una pequeña parte del Atlántico, en gran parte del Mar Polar Ártico y en parte del Ártico.  
 El fin de este eclipse será visible en gran parte de Asia, en la Australia, en una pequeña parte de la América Septentrional, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacífico, en casi todo el Indico, en gran parte del Mar Polar Ártico y en parte del Ártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 86° de su vértice austral hacia Oriente (vision directa).  
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 61° de su vértice boreal hacia Occidente (vision directa).  
 ABRIL 25. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse principia en la Tierra á 0<sup>h</sup> 45<sup>m</sup> 4, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 78° 30' al O. de Madrid, y latitud 59° 3' S.  
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 2<sup>h</sup> 31<sup>m</sup> 5, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en 8° 18' de longitud E., y latitud 70° 53' S.  
 El eclipse termina en la Tierra á 4<sup>h</sup> 17<sup>m</sup> 6, y el último lugar que lo ve se halla en 16° 6' de longitud E. y latitud 39° 8' S.  
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,758; tomando como unidad el diámetro del Sol.  
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de África y de la América Meridional, en gran parte del Océano Atlántico y en una pequeña parte del Mar Polar Antártico.  
 OCTUBRE 4. *Eclipse total de Luna*, visible en Madrid.  
 Principio del eclipse á las 8<sup>h</sup> de la noche.  
 Principio del eclipse total á las 0<sup>h</sup> y 1<sup>m</sup> de la noche.  
 Medio del eclipse á las 2<sup>h</sup> y 47<sup>m</sup> de la noche.  
 Fin del eclipse total á las 10<sup>h</sup> y 34<sup>m</sup> de la noche.  
 Fin del eclipse á las 11<sup>h</sup> y 34<sup>m</sup> de la noche.  
 El principio de este eclipse será visible en toda Europa y África, en casi toda el Asia, en gran parte de la Australia, en las Islas Filipinas, en todo el Océano Indico, en gran parte del Océano Atlántico y del Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.  
 El fin de este eclipse será visible en Europa, África y en la América Meridional, en parte de la Septentrional, en gran parte de Asia, en todo el Océano Atlántico, en gran parte del Indico, en una pequeña parte del Pacifico, en gran parte del Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.  
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 89° de su vértice boreal hacia Oriente (vision directa).  
 OCTUBRE 8. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse principia en la Tierra á 10<sup>h</sup> 5<sup>m</sup> 1, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 136° 37' al E. de Madrid, y latitud 63° 28' N.  
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 12<sup>h</sup> 3<sup>m</sup>, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 126° 22' al O., y latitud 71° 33' N.  
 El eclipse termina en la Tierra á 14<sup>h</sup> 1<sup>m</sup>, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 130° 29' al O., y latitud 33° 22' N.  
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,542; tomando como unidad el diámetro del Sol.  
 Este eclipse será visible en gran parte de Asia, en parte de la América Septentrional, en el Océano Pacífico del Norte y en parte del Mar Polar Ártico.

# ALMANAQUE PARA EL AÑO 1884.

	ENERO.		FEBRERO.	
Oras del Sol.	Oras del Sol.		Oras del Sol.	Oras del Sol.
7.23	1 <b>Márt. Fiesta.</b> LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Rusense, obispo.	4.45	7.10	5.19
7.23	2 <b>Miérc.</b> La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.09	5.20
7.24	3 <b>Juev.</b> San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	4.46	7.08	5.21
7.24	4 <b>Viér.</b> San Tito, obispo, y san Aquilino y comps., mrs.	4.47	7.07	5.22
7.24	5 <b>Sáb.</b> San Telesforo, papa y mártir, y san Simcon Stílita. ☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 9 h. y 20 m. de la n., en <i>Artes</i> .	4.48		
7.24	6 <b>Dom.</b> LA EMPAÑIA Ó LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.	4.49	7.06	5.23
7.24	7 <b>Lún.</b> San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones</i> .	4.50	7.05	5.25
7.23	8 <b>Márt.</b> San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51	7.04	5.26
7.23	9 <b>Miérc.</b> San Julian, mártir, y su esposa santa Basilia, virgen.	4.52	7.03	5.27
7.23	10 <b>Juev.</b> San Nicohan, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amaran, confesor.	4.53	7.01	5.28
7.23	11 <b>Viér.</b> San Higinio, papa y mártir.	4.54	7.00	5.29
7.22	12 <b>Sáb.</b> San Beato Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, cañónigo de Leon. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 12 m. de la tarde, en <i>Cáncer</i> .	4.55	6.59	5.31
7.22	13 <b>Dom.</b> San Gumersindo, presbítero, y san Servo de Dios, mártires.	4.56		
7.22	14 <b>Lún.</b> san Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57	6.58	5.32
7.22	15 <b>Márt.</b> San Pablo, primer ermitaño, y san Macro, abad.	4.58	6.57	5.33
7.21	16 <b>Miérc.</b> San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	6.56	5.34
7.21	17 <b>Juev.</b> San Anton, abad.	5.01		
7.20	18 <b>Viér.</b> La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, vg. y mr.	5.02	6.54	5.35
7.20	19 <b>Sáb.</b> San Quirico, rey, san Mario, santa Maria, san Audifax y san Abacuc, mártires.	5.03	6.53	5.37
7.19	20 <b>Dom.</b> El Dulcísimo Nombre de Jesús, San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires. ☉ <i>Cuarto menguante</i> , á las 5 h. y 9 m. de la m., en <i>Libra</i> .	5.04	6.50	5.39
7.19	21 <b>Lún.</b> San Fructoso, obispo, san Ansurio y san Eulogio, diáconos, y santa Ines, virgen, todos mártires.	5.05		
7.18	22 <b>Márt.</b> San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.47	5.41
7.17	23 <b>Miérc.</b> San Ildefonso, arz. de Toledo, y sta. Emerenciana, vg. y mr., patrona de Teruel.— <i>Fiesta en el arzobispado de Toledo</i> .	5.08	6.46	5.43
7.17	24 <b>Juev.</b> Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.45	5.44
7.16	25 <b>Viér.</b> La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10		
7.15	26 <b>Sáb.</b> San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana.	5.11	6.43	5.45
7.14	27 <b>Dom.</b> San Juan Crisóstomo, ob. y dr., y san Julian y comps., mrs.	5.12		
7.13	28 <b>Lún.</b> San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y comps., mrs., y la Aparición de santa Ines, virgen y mártir. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 4 h. y 47 m. de la m., en <i>Acuario</i> .	5.14	6.42	5.46
7.13	29 <b>Márt.</b> San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.15	6.40	5.47
7.12	30 <b>Miérc.</b> San Lesmes, abad, patron de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16	6.39	5.48
7.11	31 <b>Juev.</b> San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 3 h. y 20 m. de la t., en <i>Pisces</i> .	5.17		
6.34	1 <b>Sáb.</b> El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52	6.09	6.09
6.33	2 <b>Dom.</b> <i>I de Cuarema</i> , San Lucio, obispo.	5.53	6.07	6.10
6.31	3 <b>Lún.</b> Santos Eusebio y Cesalonia, mrs., patronos de Calahorra.	5.54	6.06	6.11
6.30	4 <b>Márt.</b> San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.— <i>Anima</i> . ☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 1 h. y 18 m. de la t., en <i>Géminis</i> .	5.55		
6.29	5 <b>Miérc.</b> San Eusebio y compañeros, mártires.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .	5.56	6.04	6.12
6.27	6 <b>Juev.</b> Santos Victor y Victoriano, mártires.	5.57		
6.26	7 <b>Viér.</b> Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .	5.58	6.02	6.13
6.25	8 <b>Sáb.</b> San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Ysidororo, abad.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Ordene</i> .	5.59	6.01	6.14
6.23	9 <b>Dom.</b> <i>II de Cuarema</i> , Santa Francisca, viuda, romana, san Fructoso, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.	6.00	5.50	6.15
6.20	10 <b>Lún.</b> Santos Meliton y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01		
6.19	11 <b>Márt.</b> San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 7 h. y 25 m. de la n., en <i>Virgo</i> .	6.03	5.57	6.16
6.17	12 <b>Miérc.</b> San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04		
6.15	13 <b>Juev.</b> San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6.05	5.52	6.17
6.14	14 <b>Viér.</b> Santa Matilde, reina, y la Traslación de sta. Florentina, vg.	6.06		
6.12	15 <b>Sáb.</b> San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisberto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros, mártires.— <i>Anima</i> .	6.07	5.51	6.20
6.11	16 <b>Dom.</b> <i>III de Cuarema</i> , San Julian de Anastro, mártir.— <i>Anima</i> .	6.08	5.49	6.21
			5.47	6.22
			5.46	6.23
			5.45	6.24
			5.44	6.25
			5.43	6.26
			5.42	6.27
			5.41	6.28
			5.40	6.29
			5.39	6.30
			5.38	6.31
			5.37	6.32
			5.36	6.33
			5.35	6.34
			5.34	6.35
			5.33	6.36
			5.32	6.37
			5.31	6.38
			5.30	6.39
			5.29	6.40
			5.28	6.41
			5.27	6.42
			5.26	6.43
			5.25	6.44
			5.24	6.45
			5.23	6.46
			5.22	6.47
			5.21	6.48
			5.20	6.49
			5.19	6.50
			5.18	6.51
			5.17	6.52
			5.16	6.53
			5.15	6.54
			5.14	6.55
			5.13	6.56
			5.12	6.57
			5.11	6.58
			5.10	6.59
			5.09	7.00
			5.08	7.01
			5.07	7.02
			5.06	7.03
			5.05	7.04
			5.04	7.05
			5.03	7.06
			5.02	7.07
			5.01	7.08
			5.00	7.09
			4.59	7.10
			4.58	7.11
			4.57	7.12
			4.56	7.13
			4.55	7.14
			4.54	7.15
			4.53	7.16
			4.52	7.17
			4.51	7.18
			4.50	7.19
			4.49	7.20
			4.48	7.21
			4.47	7.22
			4.46	7.23
			4.45	7.24
			4.44	7.25
			4.43	7.26
			4.42	7.27
			4.41	7.28
			4.40	7.29
			4.39	7.30
			4.38	7.31
			4.37	7.32
			4.36	7.33
			4.35	7.34
			4.34	7.35
			4.33	7.36
			4.32	7.37
			4.31	7.38
			4.30	7.39
			4.29	7.40
			4.28	7.41
			4.27	7.42
			4.26	7.43
			4.25	7.44
			4.24	7.45
			4.23	7.46
			4.22	7.47
			4.21	7.48
			4.20	7.49
			4.19	7.50
			4.18	7.51
			4.17	7.52
			4.16	7.53
			4.15	7.54
			4.14	7.55
			4.13	7.56
			4.12	7.57
			4.11	7.58
			4.10	7.59
			4.09	8.00
			4.08	8.01
			4.07	8.02
			4.06	8.03
			4.05	8.04
			4.04	8.05
			4.03	8.06
			4.02	8.07
			4.01	8.08
			4.00	8.09
			3.59	8.10
			3.58	8.11
			3.57	8.12
			3.56	8.13
			3.55	8.14
			3.54	8.15
			3.53	8.16
			3.52	8.17
			3.51	8.18
			3.50	8.19
			3.49	8.20
			3.48	8.21
			3.47	8.22
			3.46	8.23
			3.45	8.24
			3.44	8.25
			3.43	8.26
			3.42	8.27
			3.41	8.28
			3.40	8.29
			3.39	8.30
			3.38	8.31
			3.37	8.32
			3.36	8.33
			3.35	8.34
			3.34	8.35
			3.33	8.36
			3.32	8.37
			3.31	8.38
			3.30	8.39
			3.29	8.40
			3.28	8.41
			3.27	8.42
			3.26	8.43
			3.25	8.44
			3.24	8.45
			3.23	8.46
			3.22	8.47
			3.21	8.48
			3.20	8.49
			3.19	8.50
			3.18	8.51
			3.17	8.52
			3.16	8.53
			3.15	8.54
			3.14	8.55
			3.13	8.56
			3.12	8.57
			3.11	8.58
			3.10	8.59
			3.09	9.00
			3.08	9.01
			3.07	9.02
			3.06	9.03
			3.05	9.04
			3.04	9.05
			3.03	9.06
			3.02	9.07
			3.01	9.08
			3.00	9.09
			2.59	9.10
			2.58	9.11
			2.57	9.12
			2.56	9.13
			2.55	9.14
			2.54	9.15
			2.53	9.16
			2.52	9.17
			2.51	9.18
			2.50	9.19
			2.49	9.20
			2.48	9.21
			2.47	9.22
			2.46	9.23
			2.45	9.24
			2.44	9.25
			2.43	9.26
			2.42	9.27
			2.41	9.28
			2.40	9.29

Oros del Sol.	ABRIL.	Oros del Sol.	MAYO.	Oros del Sol.
4.33	1 Mart. San Venancio, obispo y mártir.	4.33	1 Juev. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, san Orencio y santa Paolomela, padres del mártir san Lorenzo.	4.33
4.43	2 Miér. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente.	4.34	2 Viér. San Atanasio, ob. y dr., y la beata Mabida, reina de Castilla.	4.34
	☉ Cuarto creciente, á las 9 h. y 2 m. de la n., en Cáncer.	4.35	☉ Cuarto creciente, á las 5 h. y 53 m. de la n., en Leo.	4.35
4.41	3 Juev. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundofora, virgen.	4.36	3 Sáb. La Inyencion de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodilo, mártires, y san Juvenal, obispo.	4.36
4.49	4 Viér. Los Doctores de Nuestra Señora, y san Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia. — <i>Antina.</i>	4.36	4 Dom. El Petronio de san José, y santa Mónica.	4.36
4.38	5 Sáb. San Vicente Ferrer, patron de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, virgen. — <i>Antina.</i>	4.37	5 Lún. San Pio V, papa, san Sacrodoce, obispo, y La Conversion de san Agustín.	4.37
4.36	6 Dom. de Ramos. San Celestino, papa y mártir.	4.37	6 Mart. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.	4.37
4.34	7 Lún. Santo. San Epifanio, obispo, y san Ciríaco, mártires.	4.38	7 Miér. San Estanislao, obispo y mártir.	4.38
4.33	8 Mart. Santo. San Dionisio, obispo, y el beato Julian de san Agustín.	4.38	8 Juev. La Aparicion del arcángel san Miguel.	4.38
4.31	9 Miér. Santo. Santa María Cleofé, y santa Costida, virgen, princesa de Toledo. — <i>Abstinencia de carne.</i>	4.39	9 Viér. San Gregorio Nacianceno obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	4.39
4.30	10 Juev. Santo. San Daniel y san Ezequiel, profetas. — <i>Abstinencia de carne.</i>	4.39	10 Sáb. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.	4.39
	☉ Luna llena, á las 11 h. y 29 m. de la m., en Libra.	4.40	☉ Luna llena, á las 3 h. y 53 m. de la m., en Escorpio.	4.40
4.28	11 Viér. Santo. San Leon Magno, papa y doctor. — <i>Abstinencia de carne.</i>	4.40	11 Dom. Nuestra señora de los Desamparados, san Mamerto, obispo, y san Anastasio, mártir, patron de Lérica.	4.40
4.27	12 Sáb. Santo. San Victor, mártir, y san Canon, obispo. — <i>Abstinencia de carne. — Ordena.</i>	4.41	12 Lún. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires.	4.41
4.25	13 Dom. PANCITA DE RESURRECCION, San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.	4.41	13 Mart. San Pedro Regalado, confesor, patron de Valladolid.	4.41
4.23	14 Lún. San Tiborcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo, patron de Tuy.	4.41	14 Miér. San Bonifacio, mártir.	4.41
4.22	15 Mart. Santa Basilia y santa Anastasia, mártires.	4.42	15 Juev. Fiesta en Madrid. SAN JESUO LABRADOR, patron de Madrid, y san Torcuato y seis compañeros, obispos y mártires, y san Vito, mártir de Córdoba.	4.42
4.20	16 Miér. Santa Eulalia, vg., y diez y ocho compañeros mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga. — <i>Antina.</i>	4.42	16 Viér. San Juan Nepomuceno, proto-mártir del siglo de la confesion, san Ubaldo, obispo, y el beato Simon Stok.	4.42
4.19	17 Juev. San Amiceto, papa y mártir, la beata Maria Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elias, Paldo ó Isidoro.	4.41	17 Sáb. San Pascual Bailon, confesor.	4.41
4.18	18 Viér. San Rientedo, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andres Hibernon.	4.40	18 Dom. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalejo.	4.40
	☉ Cuarto menguante, á las 3 h. y 40 m. de la t., en Capricornio.	4.40	☉ Cuarto menguante, á las 4 y 30 m. de la m., en Acuario.	4.40
4.18	19 Sáb. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.	4.40	19 Lún. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dnefaz, mrs., y santa Prudenciana, vg. — <i>Letanias.</i>	4.40
4.13	20 Dom. de <i>Clasimada ó in abis.</i> Santa Ines de Monte-Pulciano, vg.	4.38	20 Mart. San Bernardino de Sena, confesor. — <i>Letanias.</i>	4.38
4.13	21 Lún. San Anselmo, obispo y doctor. — <i>Abrense las relaciones.</i>	4.38	21 Miér. Santa Maria de Cervellon ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir. — <i>Letanias.</i>	4.38
4.12	22 Mart. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	4.38	22 Juev. Fiesta. LA ASCENSOY DEL SEÑOR. Santa Quiteria y sta. Julia, vgs. y mrs., la beata Rita de Casia, viuda, san Atón, ob., y el bto. Pedro de la Asuncion, mr.	4.38
4.09	23 Miér. San Jorge, mártir.	4.37	23 Viér. La Aparicion de Santiago, apóstol, san Basileo y san Epitacio, obispos y mártires.	4.37
4.08	24 Juev. San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	4.36	24 Sáb. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mártires, y la Traslacion de santo Domingo de Guzman.	4.36
4.07	25 Viér. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo. — <i>Letanias mayores.</i>	4.35	☉ Luna nueva, á las 10 h. y 22 m. de la n., en Geminito.	4.35
	☉ Luna nueva, á las 2 h. y 43 m. de la t., en Tauro.	4.35	25 Dom. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa Maria Magdalena de Pazzi, virgen.	4.35
4.06	26 Sáb. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslacion de santa Leonciana, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	4.34	26 Lún. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.	4.34
4.06	27 Dom. San Ametasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovojo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	4.34	27 Mart. San Juan, papa y mártir.	4.34
4.03	28 Lún. San Prudencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	4.33	28 Miér. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.	4.33
4.02	29 Mart. San Pedro de Verona, mártir.	4.33	29 Juev. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.	4.33
4.01	30 Miér. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbitero, Pedro y Luis.	4.32	30 Viér. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.	4.32
		4.32	31 Sáb. Nra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos German, Paulino, Justo y Sieto, mártires, y sta. Petronila y sta. Angela de Merici, vgs. — <i>Ayuda con abstinencia de carne.</i>	4.32
			☉ Cuarto creciente, á las 4 h. y 45 m. de la t., en Virgo.	

JUNIO.

4.82	1 Dom. de Pentecostes. San Segundo, obispo y mártir, san Inigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24	16 Lún. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Luigarda, virgen.	7.24
4.31	2 Lún. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbitero.	7.25	☉ Cuarto menguante, á las 2 h. y 30 m. de la t., en Pisci.	7.25
4.31	3 Mart. San Inaco, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25	17 Mart. San Manuel y comps. mrs., sta. Teresa, reina de Leon, y los stos. Ametasio, Félix y sta. Digna, mrs. de Córdoba.	7.25
4.30	4 Miér. San Francisco Encarnado, fundador. — <i>Tempora. — Ayuno.</i>	7.26	18 Miér. Stos. Marco y Marceliano, y san Ciríaco y sta. Paola, mrs.	7.26
4.30	5 Juev. San Bonifacio, obispo y mártir. — <i>Ayuno.</i>	7.27	19 Juev. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.27
4.30	6 Viér. San Norberto, arzobispo y fundador del órden premostratense. — <i>Tempora. — Ayuno.</i>	7.27	20 Viér. El Santisimo Corazon de Jesus, san Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.	7.27
4.29	7 Sáb. San Pedro y compañeros mártires, monjes, de Córdoba. — <i>Tempora. — Ayuno. — Ordenes. — Antina.</i>	7.28	21 Sáb. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro. — <i>(Serto.)</i>	7.28
4.29	8 Dom. La Santisima Trinidad, y san Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.28	22 Dom. El Purisimo Corazon de Maria, san Paulino, obispo, y san Loucio y compañeros, mártires.	7.28
	☉ Luna llena, á las 7 h. y 36 m. de la t., en Sagitario.	7.28	23 Lún. San Juan, presbitero y mártir.	7.28
4.29	9 Lún. San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29	☉ Luna nueva, á las 5 h. y 18 m. de la m., en Cáncer.	7.29
4.29	10 Mart. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.	7.29	24 Mart. La Natividad de San Juan Bautista.	7.29
4.29	11 Miér. San Bernabé, apóstol.	7.30	25 Miér. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.30
4.29	12 Juev. Fiesta. SACRIFICIUM CORPUS CHRISTI, san Juan de Sahagun, san Onofre, unacoreta, y los santos Basildes, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30	26 Juev. San Juan, san Pablo y san Pelajo, mártires.	7.30
4.29	13 Viér. San Antonio de Pádua, y san Fandila, presbitero y mártir.	7.31	27 Viér. San Zolito, mártir, y san Ladislao, rey de Hungria.	7.31
4.29	14 Sáb. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliso, profeta.	7.31	28 Sáb. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir. — <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	7.31
4.29	15 Dom. San Vito, san Modesto, santa Crevencia y santa Benilde, mártires.	7.32	29 Dom. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.32
		7.32	30 Lún. La Conmemoracion del apóstol san Pablo, y san Marcia, ob.	7.32
			☉ Cuarto creciente, á las 6 horas de la mañana, en Libra.	

JULIO.		AGOSTO.	
Orta del Sol.	Ocaso del Sol.	Orta del Sol.	Ocaso del Sol.
4.33	7.34	4.57	7.15
4.33	7.34	4.67	7.14
4.34	7.34	4.88	7.13
4.35	7.33	4.50	7.12
4.35	7.33	5.00	7.11
4.36	7.32	5.01	7.10
4.37	7.32	5.02	7.08
4.37	7.31	5.03	7.07
4.38	7.30	5.04	7.06
4.39	7.29	5.05	7.05
4.39	7.29	5.07	7.03
4.40	7.28	5.08	7.02
4.41	7.27	5.09	7.01
4.42	7.26	5.10	6.99
4.42	7.25	5.11	6.98
4.43	7.24	5.12	6.87
4.44	7.23	5.13	6.85
4.44	7.22	5.14	6.84
4.45	7.21	5.14	6.82
4.46	7.20	5.15	6.81
4.46	7.19	5.16	6.80
4.47	7.18	5.17	6.78
4.48	7.17	5.18	6.77
4.48	7.16	5.19	6.65
4.49	7.15	5.20	6.64
4.50	7.14	5.21	6.62
4.50	7.13	5.22	6.60
4.51	7.12	5.23	6.59
4.52	7.11	5.24	6.57
4.53	7.10	5.25	6.56
4.54	7.09	5.26	6.54
4.54	7.08	5.26	6.54

SEPTIEMBRE.

5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.44	6.02
5.31	6.25	5.45	6.01
5.32	6.23	5.45	6.00
5.33	6.21	5.46	5.98
5.34	6.20	5.46	5.96
5.34	6.18	5.47	5.95
5.35	6.17	5.47	5.93
5.36	6.16	5.48	5.92
5.37	6.15	5.48	5.90
5.38	6.13	5.49	5.89
5.39	6.11	5.49	5.87
5.40	6.10	5.50	5.86
5.40	6.09	5.51	5.84
5.41	6.07	5.52	5.83
5.42	6.06	5.52	5.81
5.43	6.04	5.53	5.80
5.44	6.03	5.54	5.78
5.45	6.01	5.55	5.77



# HOLANDA.



VISTAS DE AMSTERDAN.

1. Iglesia de South.—2. Torre de Mint.—3. Dam Square.—4. Bolsa.

# LOS ELEMENTOS.

**N**o uno de los precedentes hermanos de este *Almanaque*, hicimos una especie de estudio sobre LAS ESTACIONES, para rectificar una equivocación muy esparcida por el mundo, acerca del frío del invierno y del calor del verano. Allí quedó demostrada la tesis de que, sean cualesquiera los accidentes exteriores que influyan en la parte bruta del sér racional, el verdadero frío es el que persigue al hombre en la estación calurosa, y el verdadero calor el que experimenta y disfruta en la estación fría.

No vamos á insistir en el propio asunto, ni á imitar la dialéctica empleada entonces, al ejercer ahora un poco de crítica sobre LOS ELEMENTOS. Nuestro propósito de hoy es sublevarnos contra la tendencia de la civilización contemporánea, á desterrar la poesía de todas las cosas, lo mismo las que se refieren á las impalpables dotes del espíritu humano, que á las tangibles maravillas de la Naturaleza.

Efectivamente: no hay nada tan del gusto de los sabios, como enmendar la plana á lo reconocido. Porque un filósofo de la antigüedad discurrió que en el mundo no había más que cuatro elementos, aire, agua, fuego y tierra, y que sobre ellos giraba todo el mecanismo del globo terráqueo, sus colegas comenzaron desde entonces á rebelarse contra tan aguda teoría, para hallarle tildes á la gloria del filósofo y motivos de arreglo á la obra de la creación.

Tomando por elementos los cuerpos simples, y hallándose con que no eran simples los elementos de Aristóteles, arinconaron la tierra, el fuego, el aire y el agua, yendo en busca de un Sr. Circonio, de un Sr. Molibdeno, de un señor Cadmio y de otros varios personajes de este jaez, á los cuales declararon cuerpos simples y elementos de vida, hasta que, con nuevos datos, se descubra que tampoco son simples, y que los simples son los que tomaron por elementos á la simplicidad.

Hoy ya las gentes vulgares nos hemos descartado de todas esas andrónimas, y convenido en que no hay ni ha habido nunca más que cuatro elementos, aire, agua, fuego y tierra, á cuyo influjo vivimos, con cuya compañía caminamos, y de cuya existencia obtenemos los recursos y ventajas indispensables para nuestra existencia propia. Lo único que hemos alterado es la utilización de esos magníficos elementos, descartando de ellos la parte grosera y casi salvaje con que vinieron al mundo; educándolos, civilizándolos, aristocratizándolos, ni más ni menos que como se educa á un tigre ó como se catequiza á un antropófago.

Siguen, pues, siendo los únicos elementos de la constitución humana, los cuatro elementos de Aristóteles: el aire que respiramos, el agua que bebemos, el fuego con que nos

abrigamos y la tierra sobre que dormimos. Todo lo demás son sutilezas escolásticas, y vamos á probarlo con un somero estudio sobre el aire y el agua.

Tal vez en otra ocasión nos ocupemos del fuego y de la tierra.

## EL AIRE.

El aire debió ser en su origen el grito de la Naturaleza recién nacida.

Cuando el mundo salió de su estado embrionario y comenzó á amamantarse con la sustancia caótica que al decir de los geólogos produjo su existencia, el aire fué indudablemente la primera manifestación de su vitalidad: su llanto ó su palabra. Gritase de verse sólo, llorase de dolor ó se regocijara de alegría, con la voz de los vientos expresó el mundo que entraba en el ejercicio de sus funciones planetarias.

Y ¡qué terrible resonar sería el de sus primeros alaridos! Recuérdese como zumba cualquier soplo de aire en un cuarto deshabitado, y júzguese del estruendo del vendaval al revolverse sobre la tierra vacía.

Su choque contra las montañas, enardeciendo su furor con el obstáculo, y produciendo nuevos gritos en las concavidades, lo llevaría desalado al mar á estrellarse sobre la superficie de las aguas, de donde un tercer grito, más pavoroso aún, hubo de contribuir á que se formase el primero y más solemne concierto de la creación.

Poblado después el mundo por plantas y animales, aunque huérfano del hombre todavía, el aire debió ser el podador de los bosques, el segador de los campos, el propulsor de las humedades de la tierra, y el vehículo por donde las semillas de la vegetación, viajando y confundíendose, dieran origen á formar las especies y á difundir la abundancia por medio de esas bodas invisibles que los átomos celebran en el espacio.

No fué, pues, una atmósfera tranquila lo que se le preparó al hombre para vivir bañado en su elemento; porque una atmósfera compacta y sin oleaje, lejos de dar vida daría la muerte: fué el aire en el vacío quica, con su natural vaiven, produjo las corrientes que purifican el pasto de la respiración, que atraen ó repelen las nubes para fertilizar el suelo, y que influyen en la temperatura para adaptarla á las necesidades del sér viviente.

Si no temiéramos remontarnos demasiado en los vientos de la petulancia científica, seguiríamos en su carrera á un glóbulo de aire. Intentémoslo, siquiera sea con brevedad.

El sol, al iluminar y calentar el mundo, enrarece la atmósfera que lo rodea, y produce vacíos por donde el juguetón globulillo se desliza, blandamente primero, bullicioso después, según le presta ocasiones de moverse el espacio. Su

excesiva sutileza, y el afán de llenar los huecos, lo llevaría fuera de la atmósfera, á ese vacío sin fin en que se agitan otras atmósferas y otros mundos siderales, si la rotación de la tierra no lo ligase con los demás glóbulos en madeja continua, como la que forma el hamo de un cigarro al elevarse por encima de los fumadores. El sol aviva ó modera su lumbrera al compás de su marcha ó la de los lugares á que alumbraba y calienta; en cuyo juego, produciendo espacios variables, á veces leves, á veces hondos, ya corre el globulillo en forma de brisa, ya con caracteres de viento, ya con impetus de huracán, encontrándose y tropezándose con los otros glóbulos, sus predecesores, que, en su lucha incessante, comprimen la nube húmeda y derraman el agua, acumulan electricidad y engendran el rayo, huyen despavoridos y lanzan el trueno, ocasionando ese sublime horror que al vulgo le parece inexplicable, cuando no cólera celeste; pero al que deben sus vientos de vida los pobladores de la zona tórrida, y su fertilidad y su existencia feliz los habitantes de estas zonas templadas que ocupamos nosotros. Tal es la carrera del glóbulo de aire.

Vemos aquí, por consiguiente, que el aire fué un elemento, y elemento principalísimo de la constitución del mundo. No vamos á seguir minuciosamente su historia, por que esto es ajeno á nuestro actual propósito, cuya tendencia se limita á considerar el uso que han hecho los humanos de los dones matriciales de la Naturaleza. El aire, además, no tiene historia; pues, como todos los elementos de la creación, nació con ella concluida, y no está obligado á otros progresos que los que el hombre arranca de su inmutable origen.

En efecto: si el aire pudo serle enfadoso al hombre primitivo sobre la tierra deshabitada, en cambio fué el que le indicó el camino del mar. Cuando las hojas de los árboles se movían hácia un punto y se llevaban tras de sí á las ramas; cuando las aves bendían el espacio merced á sus velas de plumas; cuando el propio hombre era impulsado á moverse en dirección á su cabellera agitada por los vientos, debió bastarle un tronco carcomido y una piel curtida para aventurarse á caminar sobre el agua.

Si fué una mujer la que lo intentó, ¿por qué no habia de serlo? la curiosidad y el aire la llevaron á otras orillas. Si fué un hombre, el Vellocoino de Jason ó un interés análogo, hubo de conducirlo en alas de sus mismas vestiduras. El aire siempre.

Pero, acaso, ¿no fué el aire el primero que le puso las frutas en la boca? ¿Cómo supo la criatura humana que el brota de ciertos árboles era comestible y estaba maduro, hasta que el viento lo depositó á su lado mientras dormía? ¿Cómo se decidió á comer peces sino cuando lo ola batida por el aire se los trajo á sus pies? ¿Cómo hubiera cogido al ave, sino enredándola en la maquinilla admirable de su volar?

Lo segundo que hizo el hombre con el viento, y cuenta que no pretendemos seguir aquí rigorismos cronológicos, fué obligarle á voltear las aspas del molino para obtener la harina que le diera el pan. Los que se quejan de la inclemencia de los aires en la llanura, que mediten en que sin ellos comerían el grano como los brutos, los habitantes de las pampas de América, de las sabanas de Holanda, de los páramos de España y de los desiertos de África. No hay civilización sin molinera, y no hay molinera posible en una

gran parte del globo sin esas ráfagas de viento que en ocasiones maldecimos porque nos arrebatan el sombrero de la cabeza ó un papel de las manos. Ya, ántes de pulverizar el fruto, el aire había separado en la era el precioso alimento de los hombres de la ruin comida de las bestias.

Después de darles á los humanos pan, el aire les ayudó á establecer la industria. Con su influjo ardió la fragua y permitió que se moldeasen los metales para convertirlos en instrumentos útiles; al impetu del soplete sobre la luz, hizo el platero la soldadura, esmaltó el oro y fabricó la filigrana; con su potencia se incendió el alto horno, se sancó la mina y se purificaron los albergues de la muchedumbre. El aire viste nuestro cuerpo, despeja nuestra frente y vigoriza la sangre de nuestros pulmones.—¡Oh aire! ¿Qué sería del mundo sin ti? ha dicho un gran filósofo.

Y no sólo influyó en la parte material y bruta de la vida humana, sino que acudió al sustento de la parte moral, idealizando los sonidos. La gran conquista del hombre sobre el aire, en cuanto adquirió ciertos elementos de cultura, fué encerrarlo en unos tubos de plomo y producir el órgano. Aquel viento glacial de las montañas, aquel simónn abrasador de las llanuras, aquel huracán furioso de las tempestades, se sometió sumiso al fuelle de un instrumento musical, y entonó solemnes himnos á su creador.—*Laudate Deum in organo.*—Ya el pastor había agujereado la caña, ya el cazador había taladrado el cuerno, ya el guerrero había herido el espacio con las resonancias del metal; pero estuvo reservado al hombre religioso, al monje tal vez, remir en una sola todas las conquistas del aire sobre el sonido, y crear á sus expensas el instrumento de los instrumentos.

No ha de envanecerse, con todo, el hombre de esta gran victoria de su imaginación. El aire por sí solo le había trazado la senda de la armonía, y apuntado los preliminares de la música.—Pues que, ese soplo de viento que nos hablaba en la habitación vacía, ese susurro de los valles, esa cadencia de los bosques, ese sonoro eco de las montañas, los rebramidos angustiosos del propio mar, la tremenda disonancia del mismo trueno, ¿no dieron al espíritu humano la norma de sus conquistas musicales? ¿Qué hizo Orfeo sino imitar con sus dedos el arpa cólica?

El hombre, pues, imitando á la Naturaleza y domesticando los elementos de que se compone, redujo el aire á todas las servidumbres de la sonoridad. Desde la flauta hasta el bombardino, que son el pie del pájaro ó el rebramar de la fiera; desde el oboe hasta el clarín, que son el acento de la voz enamorada ó el grito de guerra que enardece al bruto, todas las modulaciones que denotan afectos, entusiasmos, pesares ó alegrías, todas las obtuvo con impulsos de aire, más ó menos violentos, más ó menos educados. Secularizó el órgano, y lo trajo al salón; quiso popularizar el armonio, y le inventó un manubrio; hoy quiere que el aire cante y que pronuncie por medio de figuras mecánicas, y pronunciará y cantará. Ya ha comenzado á hablar el fonógrafo.

Mientras tanto, la ciencia lo toma también á su servicio. Lo encierra en una locomotora y le hace tirar de un tren de camino de hierro; lo comprime en unos tubos subterráneos y le obliga á llevar cartas y telegramas; lo monta en un alambre telefónico y le hace correr enormes distancias con la palabra viva; lo azota con unas paletas giratorias y le hace trabajar en las fábricas, en las tahonas, en los lavade-

ros, en los hospitales, en los cafés, en los teatros, ya para despelusar telas, ya para espolvorear harinas, bien para secar ropa, para desinfectar habitaciones, para desahumar, para refrescar atmósferas. ¿Qué decimos? El célebre padre Secchi inventa sus no ménos célebres *cucharas*, y obliga al aire á escribir por sí mismo con lápiz y en un papel la crónica perpetua de sus oscilaciones.

Una cosa le falta al aire todavía, ó mejor dicho, dos, y vendrán con el tiempo, como que ya apuntan en el laboratorio científico de las novedades: la primera es constituir con su influjo exclusivo un sistema medicinal. Ha habido una medicina que todo lo buscaba en la tierra; ha habido una medicina que todo lo refería al fuego; hay al presente una medicina que todo lo compone con agua; ¿cómo, pues, no ha de haber dentro de poco una medicina cuya farmacopea vaya á buscarse en el aire? Construiránse magníficos establecimientos donde por todos lados haya tubos, agujeros, aspas y silbos; allí se suministrarán baños de aire, aire en chorros, aire en duchas, aire en llovizna, aire en insuflaciones, aire localizado para apósitos, compresas y sinapismos; en suma, allí se ejercerá la *aireoterapia*. No tememos pronosticarlo.

La otra aplicación que al aire reserva el hombre, es suspenderse de su sutileza y volar sobre él. ¿No vuelan los pájaros? Vedle cómo hincha la odre, cómo amarra á su base una barquilla, cómo se mete dentro para constituir el alma de esa nueva ave á quien quiere dar número y condición cetera de caminar. Ya ha caminado, pero á costa de su vida. El aire en sus corrientes le contraria, como contrariaba el agua con sus ondulaciones á los primeros navegantes que se lanzaban á ella sin brújula y sin carta. Hoy se está en el período de la investigación sobre el aparato, aun cuando en nuestro sentir fuera preferible que precediese á éste el profundo estudio de la *aireografía* y el hallazgo de una nueva estrella polar en los cielos del éter.

Cuando el aeronauta, suspendido en las nubes, pueda desarrollar el mapa de los vientos y consultar el *aireómetro* de las presiones atmosféricas, entonces dominará al aire, como el navegante ha dominado al agua, consiguiendo, no una vana conquista de amor propio, como algunos suponen, sino hacerse completamente dueño de la Creación, y digno de vestir las alas de esos querubines cuya imagen se apropia en las pinturas celestes.

No creemos que esto sea fabricar castillos en el aire.

## EL AGUA.

Oxígeno, hidrógeno y algunas otras sustancias de menor cuantía, hé aquí lo que los sabios han descubierto en el agua. Ningun misterio profundo, ninguno de los antiguamente llamados secretos de la Naturaleza existe en ese aire líquido, en ese diamante descaujado que con tanta profusión circula por nuestro globo. Cualquiera aprendiz de químico puede fabricar agua tan buena ó mejor que la de los manantiales, y esto con exactitud matemática, como manco de botica que confecciona una receta.

Verdad es, sin embargo, que aún no llenan con ella más que dedales, y que ya pudieran las criaturas morir de sed, sin que probablemente se atreviesen á gustarla. Pero sabe-

mos punto por punto de qué se compone, y que no es elemento, ni cosa que lo parezca; es decir, que no es simple, que no es primer principio. Quedamos enterados.

Meditemos ahora en esa mancha azul que cubre las tres cuartas partes del mapa-mundi, la cual puede envolver seis veces á la tierra y disolverla en su fondo como una pildora, y conveganos en que debe ceder su puesto elemental al señor Silicio, al Sr. Paladio ó al Sr. Terbio, cuya influencia en el globo terráqueo, de puro simples que son, nadie se atreverá á desconocer.

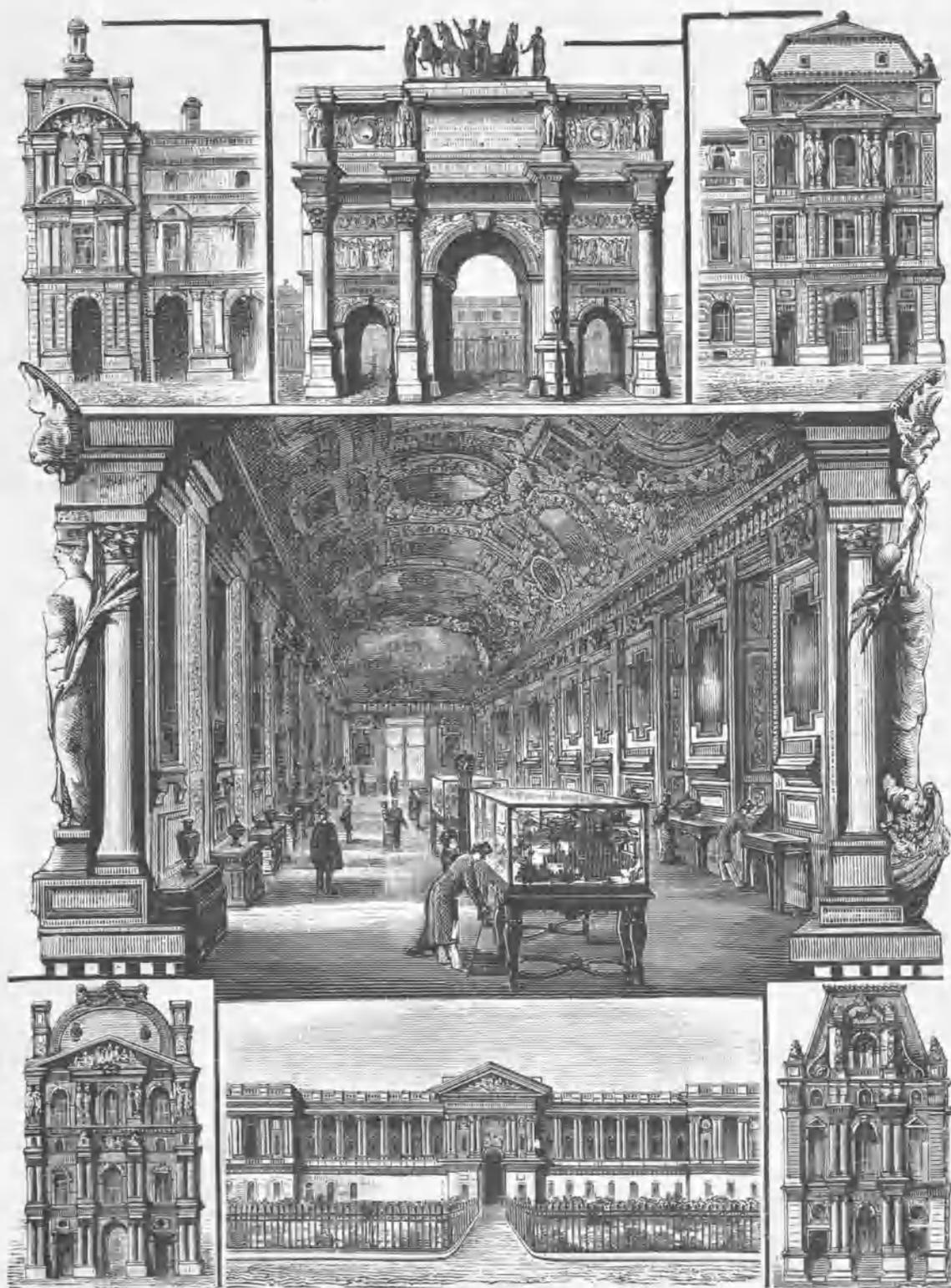
En medio de todo, no van descaminados los que tal dicen, pues el agua efectivamente no es elemento que pertenezca á nuestro mundo: es ella de por sí un mundo diverso que se toca con éste que habitamos, y que se instituyó para vivienda y desarrollo de los peces. Si el hombre ha creído que el mar se ha hecho para él, es porque cree que está fabricado en su obsequio todo lo que le rodea. El sol, la luna, las estrellas, el vacío, cuanto descubre con su vista ó adivina con su entendimiento se lo refiere y apropia, como heredero único de la Creación. Nosotros sospechamos, sin embargo, que si en el mundo del mar se piensa, hipótesis que exponemos *salva fide*, habrán de reírse mucho de nuestra petulancia los sabios de pescado.

Ese mundo posee una fuerza vegetativa anterior y superior á la nuestra; sus medios de reproducción son más expeditos y numerosos; de sus entrañas no se extrae la materia bruta, sino el coral fabricado y la perla pulida; sus razas son tan múltiples como prodigiosas, desde el cetáceo enorme en cuya comparación el elefante es pulga, hasta esos infinitamente pequeños que tienen con su muchedumbre todo un océano. Lo que el mar suda es lo que los hombres llaman agua, y se convierte en ríos, en torrentes, en lagos que cruzan y reblandecen el globo entero. Con el hálito del mar, con el humillo escapado de su aliento, se forman las nubes que humedecen y fertilizan la tierra toda. Contétese, pues, el hombre con creer que el mar es el padre del agua.

Pero ¿qué hija! Posee el agua todos los encantos que la razón ha atribuido despues á la belleza absoluta. Es ligera, transparente, suave, simpática, de apacible color, de limpia esencia, de aspecto singular y único. Su gusto es delicado, su acción pronta y segura, su amalgama con todas las creaciones naturales, instantánea y feliz. Tiene el andar alegre, el hablar armonioso, el respirar vivificador, y cuando se asoma y mira parece como que sonríe. Sus atractivos son tan grandes, que el hombre se pára en cuanto la ve, se acerca á ella, y no se mueve de su lado sin prodigarle una caricia ó apetecer sus nupcias. Ninguna obra de la Creación ha sido ménos controvertida que el agua. Desde el origen del mundo nadie ha dudado de su inocencia, ni de su virtud, ni de su influjo saludable, ni de su misión purificadora para el ser humano.

Los antiguos verifican con ella sus abluciones religiosas, rocian con ella sus víctimas para el sacrificio, lustran sus altares con ella, y con ella consagran sus viviendas y sus pueblos para librarlos del mal. Los cristianos, sin rechazar estas costumbres gentílicas, ántes bien, como reconociendo que no pueden prescindirse, purifican con agua gregoriana sus templos profanados, enaltecen al hombre en su nacimiento con el agua del bautismo, signan su rostro con el agua bendita al penetrar en la iglesia, y con el hisopo im-

# EL PALACIO DEL LOUVRE (PARÍS).



1. Pabellon de Rohan. — 2. Arco del Courroussel. — 3. Pabellon de la Biblioteca. —  
4. Galeria de Apolo en el Louvre. — 5. Pabellon de Richelieu. — 6. Fachada del antiguo Louvre. — 7. Pabellon Turgot.

pregnada de agua santa bendicen al cadáver en su sepultura.

Ya se ve: el hombre reconoce que en las aguas del útero flotaba nuestro cuerpo al nacer; que las aguas pericardiacas moderan y dulcifican los impulsos constantes de nuestro corazón; que las aguas del trabajo ennoblecen nuestra frente dignificando la existencia, y que las aguas de nuestros ojos, al ablandar las sequedades del espíritu, son el emblema de las ternuras y sentimientos del alma. ¿Dónde hallar, pues, símbolo más propio de purificación?

El agua, así observada por su influjo moral, es ya un agente considerable del ser humano; pero bajo su aspecto físico es más que agente, es coautora de vida. Si el aire invisible que nos rodea sirve de alimento á nuestros pulmones hasta el punto de que sin él cesarian por extenuacion los movimientos vitales, el agua invisible que nos circunda sirve de bebida á nuestro órganos hasta el punto de que sin ella pereceriamos en la sequedad de plantas sin jugo. Nosotros no vemos esa atmósfera líquida sino cuando se condensa en lluvia material; pero ella existe de continuo alrededor nuestro, girando en maravillosa rotación á la manera de las bandas del aire. Veamos cómo se verifica este fenómeno.

El sol evapora y eleva aguas del mar á las alturas frías de la atmósfera; en esas alturas se congela ó solidifica el agua, formando nubes, que impelidas por el viento se posan sobre los montes; nieve ó hielo contenido en las nubes, la tierra absorbe sus humedades á influjo del calor otra vez; las montañas destilan entonces agua en su interior ó la precipitan en torrentes por su exterior, produciendo los manantiales, las cascadas, los ríos, que corren en plano inclinado fertilizando el suelo, hasta que encuentran su salida nuevamente en el mar; vuelve á absorberlas el sol, sigue la cadena, y como los arduces de una noria que cogiendo el líquido de las profundidades de un pozo lo voltean y derraman cerca del pozo mismo, para que despues de humedecida la superficie torne por absorcion á su seno, así los misteriosos arduces de la Naturaleza están volteando constantemente el agua alrededor del hombre, extrayendola del infinito pozo de los mares.

¿Qué labor tan admirable y tan cariñosa en beneficio de los seres vivientes! Á ella debemos la ductilidad de los glóbulos del aire, la templanza de los rayos del sol, la frescura de los granos de la tierra; cuyas revelaciones exteriores se ofrecen con inexplicable encanto á nuestros ojos en los diamantes del rocío, en las perlas de la escarcha, en lo que los labriegos apellidan lágrimas de la Aurora.

El hombre, por su parte, ha correspondido al amor del agua ofreciéndole albergues que la equiparan casi á una divinidad. Al agua se le construyen preciosos paseos que se llaman canales, bellas estancias que se llaman aljibes, ostentosas residencias que se llaman estanques, y templos y palacios en que la fantasia artistica ha desplegado sus galas, como lo denotan los acueductos de Palmira y de Atenas, de Constantinopla y de Roma, de Segovia y de Mérida. No hablamos de las termas latinas ni de los baños árabes, por si esos monumentos se dirijan más al fausto y comodidad del que los levantaba, que á la grandeza del precioso líquido que circulaba en su interior.

Pero donde el agua ha alcanzado su apogeo y producido

un arte propio para su gloria, es en la creacion de la fuente. Llamámosla creacion, porque el hombre no ha inventado la fuente, sino en vista de los modelos de la Naturaleza. Cuando el caño brotó hácia la altura, y abriéndose despues descendió en espirales sobre la tierra, horadando su base á manera de taza, tapizando con verdura su pie á manera de zócalo, y dando ocasion con la presencia de las flores y de los arbustos á que se formara el oasis, bastóle el artifice fabricar unos tubos para dar permanencia á lo fortuito, así como al artista limitar la ornamentacion que tenia delante para reproducir con ingenio humano la encantadora fuente de los prados y de los bosques. Cuando el caño brotó sobre la cúspide de la roca, y precipitándose hácia abajo produjo la cascada, en cuya base la tierra horizontal formó con sus remansos la laguna, artifice y artista no tuvieron más que revestir el muro y encauzar el brote, para que con las blancas espumas, los saltos caprichosos y los alegres ruidos, vitalizados por la ninfa que vierte el cántaro, por el mascarón que vacia sus fauces, por el grifo que desafía los chorros, por tritones, monstruos y endriagos que se revuelcan entre las masas líquidas del aluvion, adquiriese monumentalidad culta el salvaje aunque ya de suyo magnífico monumento del agua desbordada.

La fuente fué desde su origen una revelacion de belleza y de gloria. En los primeros tiempos tomó nombres sagrados de los lugares donde aparecia; más tarde marcó con su presencia sucesos históricos: por último, ha llegado á ser pedestal y ornamento de apoteosis humanas. ¿Qué privilegio es éste, para que un cuerpo incoloro, insustancial é insípido, se armonice con las más nobles y trascendentales ideas? Las piedras no son artisticas hasta que se labran, los metales no son artisticos hasta que se cincelan, las maderas no son artisticas hasta que se esculpen. ¿Qué privilegio es éste del agua, para que comience á ser artistica desde que corre? ¿Por qué una fuente dedicada á la Virgen y á los Santos es una digna fuente, y dedicada á los héroas y á los conquistadores es digna fuente tambien, y dedicada á los sabios y á los filósofos es asimismo digna ofrenda de la admiracion y entusiasmo públicos? No que meis mirra ante un guerrero, ni dediquéis flores á un navegante, ni derrameis perfumes á los piés de un historiador; pero colocad bajo los bustos del historiador, del navegante ó del guerrero unos caños de agua, y habréis fabricado su digna apoteosis.

¿Por qué? Nosotros no nos atrevemos á dar una respuesta, pero si á aventurar una teoría. El agua no es incolora, ni inodora, ni insípida, como dicen las gentes: lo que hay es que las gentes desconocen el color, el sabor y el olor del agua. Su aspecto, simpático á la vista y placentero á todas las miradas, indica que tiene el más dulce de los colores; su exhalacion, asuavilable á todos los olfatos, y no enfadosa á ninguno, indica que posee el más fino de los olores; su gusto, delicioso para todas las fauces y preconizado hasta el delirio por los sedientos, indica que lleva en si el más satisfactorio de los sabores. Si no tiene color, ¿cómo la vemos? Si carece de olor ¿cómo la sentimos? Si está exenta de sabor, ¿cómo exclamamos al acabar de beberla: «¡qué rica!»!

Pues bien: esa diafanidad de aspecto que nos hace creerla incolora; esa simplicidad de hábito que nos hace creerla

inodora; esa sutilidad de gusto que nos hace creerla *insaborada* ó *insípida*, son precisamente las causas de su constante y universal prestigio.

Si en efecto no tiene color, por eso se amalgama con todos los tonos de la luz; si carece de olor, por eso no repugna á ningún sér viviente; si se halla exenta de sabor, por eso no está sujeta al capricho más ó menos delicado de ningún gusto. Aplicad, pues, á la composicion artística un elemento que á todos regocija, que á nadie ofende, y cuyo honor y mérito son indiscutibles; aplicadlo, decimos, á cualquier apoteosis humana, ya se dirija ésta á enaltecer lo moral ó lo físico, bien se refiera á lo que sólo percibe el sentimiento ó á lo que es producto de la razon, y en todas ocasiones lo veréis armonizando los cuadros, como ningún otro elemento de la Naturaleza.

¿Y trabajadora? Cuando se pasea por el canal, mueve la aceña del molino; cuando corre de más alto, voltea la turbina de la fábrica; cuando reposa en el estanque, cria peces; cuando se remansa en la laguna, ahorra caudal para los tiempos de seca; cuando se refugia en monumental depósito, templá su calor y aclara su sustancia para entregarse fresca y pura á los deseos del hombre.

¿Y saludable? Ella se encierra en la misteriosa botica de las montañas, y absorbiendo de aquí para allá átomos metálicos, se los disuelve con maternal disimulo para suministrarlos sin repugnancia al enfermo. Ella se esconde en doméstica cuba, y sorprende al amanecer con vivificantes chorros el cuerpo del anémico para proporcionarle reaccion y vida. Ella por sí sola, sin amalgamas y sin violencias, careciendo de propiedades físicas, como dicen, y no figurando en la escala de las combinaciones abstrusas, constituye la mitad del alimento de los seres, más de la mitad de los recursos higiénicos, el todo en el aseo de la vivienda, en la salubridad de la poblacion, en la fertilidad de la comarca.

¿Y social? Á las aguas se retira el que ha pensado mucho y necesita un descanso para su imaginacion. Á las aguas se acoge el que ha trabajado con exceso y necesita reposo para sus fuerzas. En las aguas terminan las convenciones sociales, se acortan las distancias de alcurnia, se da tregua á las codicias del vivir, y se simula el generoso sueño de la fraternidad humana.

Pero esto del lado social no puede ni áun indicarse, sin extender el vuelo á otras regiones. El agua, que desde el principio del mundo nos da vida, da su propia vida en los momentos presentes por nuestra grandeza. El agua al morir, porque hasta el agua muere; al evaporarse con el calor social, indicó al hombre, levantando la tapa de la marmita, que áun al desaparecer podia servirle; y encerrada en la locomotora, mueve el tren que cruza la tierra, y encerrada en el buque, mueve la hélice que surca los mares, y dócil á las faenas de la casa y del campo, impulsa los mecanismos

de la industria, ejecuta las labores agrícolas, emancipa á la fuerza muscular de la servidumbre del trabajo, multiplica hasta el infinito las fuentes de la produccion, y constituye la gloria más preciosa del siglo XIX.

¡Ah, poetas, poetas! ¿Por qué no habeis cantado todavía el Aire y el Agua? Vosotros cantais el aquilon y la tormenta, los huracanes y las tempestades, los vicios necesarios y los trastornos incorregibles de esos dos potentes elementos. ¿Por qué no cantais su calma y sus virtudes? ¿Por qué no cantais la alegría de la flor al recibir las primeras gotas de rocío, el aroma de la tierra al sentirse humedecida por la lluvia, el enloquecimiento del pájaro al extender sus alas para que el agua las refresque, el júbilo sonoro del propio aire, y su expansion vivificadora, al contacto nupcial de su dulce compañera?

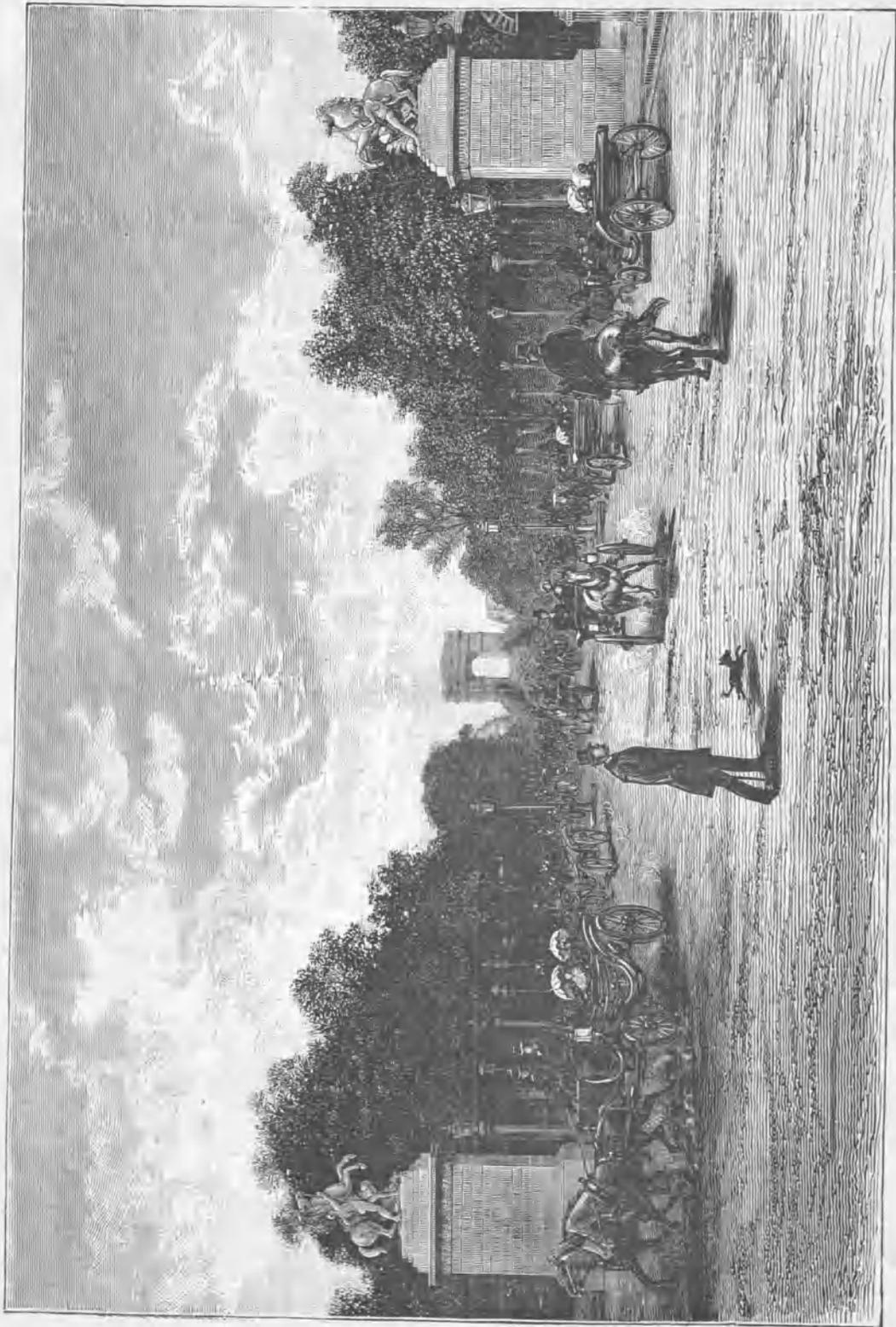
Pasais la vida entonando tiernos epitalamios al consorcio del Sol y de la Luna, y refundiendo en ellos la amalgama viril y tierna de la Creacion, sin caer en que esas nupcias pertenecen al órden quimérico de vuestra fantasia; pues si de matrimonio material se trata, el del Sol y la Luna, que pocas veces se encuentran juntos, debe contarse entre los matrimonios desavenidos. Las nupcias verdaderas en los espacios inconmensurables son las del Aire y el Agua, que no las cantais, sin duda, porque los novios carecen de corporeidad, de facciones y de luz. Tuvieran el Agua y el Aire rostro y cabellos, aunque el rostro fuese de manchas y los cabellos de rayos, que ya habriais celebrado, poetas, su matrimonio, con frases tan encomiásticas como el de la Luna y el Sol.

Lo que no haceis vosotros, sin embargo, lo hacen los historiadores y los filósofos. En la Biblia se llama al aire *el espíritu de Dios*, y un sabio de la antigüedad griega le apellida *el origen de todas las cosas*. En cuanto al agua, divinizada en los tiempos primitivos, objeto de veneracion universal, reconocida como madre y componente de cuanto existe, hasta el punto de que algun filósofo célebre haya creído que áun en nuestra alma hay agua; encomiada por la ciencia, requerida de amores por el pueblo que la pide de rodillas á Dios, y que en ciertos parajes áridos la ofrece tiernamente como regalo de bodas, para probar que donde acude el agua todo estará abundante; en cuanto al agua, repetimos, no ha quedado pensador, ni naturalista, ni astrónomo que deje de exponer en honor suyo una frase, un concepto, un discurso á veces, en que la poesia supera á la severidad del raciocinio.

Y es que miéntras por el mundo ruedan agua y aire, todos los seres que gozan vida, presididos por la criatura humana, se verán impulsados á agradecer y ensalzar esos dos inestimables dones de la Providencia;

JOSÉ DE CASTRO Y SEBRANO.





PARÍS. — PERSPECTIVA DEL ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA, DESDE LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

## POQUITO Á POCO.

**F**UERA del *dos y dos son cuatro*, y de algunos otros axiomas de igual calibre, dignos del muy famoso Pero Grullo, todas las demas cosas de este bajo mundo tienen su pro y su contra, siendo por lo tanto discutibles y opinables. De aquí las pandillas, banderías y partidos en que, divididas, luchan las naciones; de aquí también que al tratarse en cualquiera Junta de algún punto concreto, resulten casi tantos pareceres como personas hay presentes con voz y voto, y gracias si el escribiente ó portero no se acerca también para meter baza y echar su cuarto á espadas, ó á copas, que no siempre las espadas son triunfos.

Peró entre las raras cosas en que casi todos convienen, una de ellas es en que las malas noticias deben darse á los pacientes con suma lentitud, de manera homeopática, ó como suele decirse *poquito á poco*. Créese con tal procedimiento mitigar la dureza del golpe; aunque yo imagino que es mucho peor asesinar al prójimo á puros alfilerazos, que traspasarlo de súbito á la primera lanzada. Por algo dice el refrán, *á mal camino andarlo pronto*. No lo anduvieron en la ocasión presente, y aquí encaja de molde el principio de mi historia, que es como sigue:

Nos figuráremos, en primer lugar, un pueblo serrano de la provincia de Cádiz. Un poco más limpio ó sucio, más grande ó chico, es semejante á todos los de su género de la misma comarca. Por otra parte, su descripción no es necesaria para el caso. Lo importante es decir que ante la anchurosa puerta de un vetusto meson apareció al comenzar mi cuento un grupo numeroso de bipedos y cuadrúpedos: éstos son mulos enormes, cargados como camellos, y no bajan de cinco; aquellos están detrás, y son hombres y mujeres que rodean al Mahoma ó conductor de la caravana, diciéndole mil impertinencias, y haciéndole mil encargos para Sevilla, lugar adonde dirigía su expedición. Al compás de las campanillas de los mulos, que, impacientes por salir andando, sacudían la cabeza, oíase este coro:

— Señor Pablo, que no se le olvide á osté traerse la faja y las espuelas.

— Señor Pablo, que el pollero y el manton sean de lo más fino.

— Señor Pablo, aquellos dos amigos de Triana, que estén sanos, y que sean bien hondos, y que tengan sus labores. Hay que liarlos en paja, y así no se quiebran.

— Que las ligas sean verdes y con su propio letrero, señor Pablo.

— ¡Ay, señor Pablo! que vaya osté al cuartel del Carmen y vea osté á mi pobrecito Juan, y si le hace falta dinero le da osté hasta cuatro pesetas.

— Memorias al Moreno, señor Pablo.

— Señor Pablo, buen viaje y buena vuelta.

Y el señor Pablo, mientras fumaba un negro chícote y lanzaba al aire bocanadas de apesoso humo, capaces de promover la tos á un santo de piedra, escuchaba á unos y otros, recibía, contaba y guardaba en un cabo de su faja el importe de los encargos, y miraba sus robustos y lustrosos mulos con igual satisfacción que puede mirar un padre á sus gallardos hijos. Iba ya á emprender la jornada, y ya en su diestra blandía el olivo, símbolo de su oficio y autoridad, cuando, toda sudorosa y jadeante, llegó una mujer á quien las demas del corro miraron con respeto y lástima; cuya mujer, que parecía de fina clase, aunque vestida pobrememente, llamó aparte á nuestro héroe, y con miradas de súplica, le dijo:

— Por el amor de Dios, señor Pablo, que el pobrecito de mi sobrino es muy sentido, y no le vaya V. á soltar la noticia como quien dispara un trabucazo, porque entónces se muere de repente.

— No hay cuidao, señora, que yo suelte ese trabucazo, ni le suceda nada al estudiante. Pues si lo conocí que cabía debajo de mi sombrero y lo quiero como á las niñas de mis ojos!

— Le digo á V. esto, señor Pablo, y se lo encargo tantas veces, porque ¡como es V. tan bruto!

— Doña Dolores, muchas gracias por el orsequio. ¡Yo bruto! Eso consiste en la ignorancia de osté, que apenas á tengo el honor de tratarme justa ahora. Pues si le voy á ir metiendo la noticia con un pulso y un tilín, que ni lo va á sentir siquiera, y quizá se chupe los deos de gusto.

— ¡Por Dios, señor Pablo, con mucho tiento, poquito á poco!

— Descuide osté, doña Dolores, que yo tengo mucha concupisencia y mucha maña para toitas las cosas. Y hasta la vista, caballeros.

La recua se puso en marcha. Los mulos hacían sonar sus campanillas; el tío Pablo, ó señor Pablo, fumaba su chícote, y paso á paso, dejaron atrás el pueblo, que, á la espalda de una loma, desapareció del todo.

Iba mi corsario, ó *corsario*, según le decían sus convecinos, ignorantes de que, á veces, una sola letra cambia por completo el valor de una palabra, distraído profundamente. Al avanzar por la carretera de Sevilla no miraba los vallados que separaban las heredades, los árboles tan verdes y pomposos, las pías de ganados que por aquellos campos apacentaban, los pajarillos del aire, ni las nubes del alto cielo. Parecía muy absorto en sus reflexiones, y cualquiera hubiese jurado que al andar dormía, ó que con la mirada vuelta hácia adentro y recogida en sí, como los moros cuando rezan, procuraba verse lo interior y registrarse

el estómago y las tripas. No solamente los poetas soñadores y los filósofos sabi-hondos, meditan y se abstraen del mundo exterior; también los ignorantes, aunque sean arrieros ó cosarios, caen y se abisman, á veces, en el sétimo pozo de las cavilaciones sin fin.

Como todo lo que principia también acaba, y como para andar un camino, por largo que sea, no hay más que ir echando un paso tras otro y no pararse, resultó lo que naturalmente debía resultar; esto es, que el señor Pablo se halló en Sevilla con su cuadrúpedo acompañamiento. Hizo con puntualidad los diversos encargos confiados á su eficacia, y, por último, recogió al estudiante para volverlo al pueblo natal, donde solía pasar los meses de vacaciones.

Como es natural, lo primero que preguntó el señorito don Antonio, que así se llamaba el estudiante, fué por su familia y casa; pero el cosario, con la mayor frescura, le dijo que no había novedad. Pasándole lo general á lo particular, insistió el estudiante en sus preguntas:

—¿Y mi padre?

—¿Y mi madre?

—¿Y mis hermanas?

—¿Y mis tías?

—¿Cómo están los campos?

—¿Y el molino?

—¿Y el ganado? etc., etc., etc.

Y á todo contestaba imperturbable el cosario.

—Sin novedad.

—Pero, tío Pablo, le he preguntado á usted mil cosas, y en los días que en Sevilla hemos estado y en más de la mitad del camino que ya llevamos de vencida, sólo me responde usted *sin novedad, sin novedad*, y siempre lo mismo. Hombre, se parece á usted al bombo de la retreta: *bum, bum*, y no más que *bum, bum*. En la cara le conozco á usted que hay algo, que tiene algo que decirme, aunque estando en casa todos buenos y siendo abundante la cosecha, no se qué significan esos tapujos y esos belenes.

—Antoñito, de verás, de verás que tú eres más súpito que la misma pólvora. Eso debe de consistir en que sólo tienes veinte años: no, diez y nueve, pues estamos á principios de Junio, y no cumples todavía los veinte hasta la Virgen de Agosto. De seguro, cuando llegues á los cincuenta como yo, y hayas corrido medio mundo como yo, y tengas canas como yo, se te apaciguará el carácter del temperamento del genio, y no te impacientarás, y aguardarás á que te expliquen las cosas para enterarte de ellas; que por mí te aseguro, que para saber malas noticias siempre hay tiempo de sobra, y siempre es temprano para decírlas.

—Pero ¿qué malas noticias son esas, tío Pablo?

—Nada, casi nada; sino que yo no sirvo para afligir á nadie. Vamos, ¿te acuerdas de Michichi? ¿De aquel gato medio pelado ya, y sordo y casi ciego de puro viejísimo, que siempre estaba durmiendo en tu casa, junto al fogón, en una silla?

—¿Pues no me le he de acordar? Y ¿qué le ha pasado?

—¡Toma! que ya el pobrecito.... el infeliz gato.... ¡ay!.... ha fallecido.

Y el tío Pablo puso una cara tan compungida y lastimosa como si hubiese muerto la mitad del linaje humano.

El estudiante se echó á reír y dijo alegremente:

—¡Vaya una desgracia! ¿Y para salir con semejante

adefesio anda usted con tales preparativos y pone esa cara de agonizante? ¿Nunca hubiera creído que fuera usted tan blando de corazón, tío Pablo.

—Es que yo me intereso por todas tus cosas; porque casi te he visto nacer, y te conozco desde que eras tamaño como un pepino, y te hice bailar sobre mis muslos mientras tú me pegabas unos tirones de las patillas.... En fin, si me da lástima del pobrecito gato, no es porque muriese, pues ya sé que todos somos mortales, sino porque acabó achicharrado como San Lorenzo, que ni los pelos se han vuelto á encontrar del infeliz animalito. Y ya ves que esto no es cosa de risa.

—Es verdad; pero quisiera ya saber cómo y cuándo se achicharró ese pobre animalito.

—¿Cómo se había de achicharrar? Quemándose desde las orejas hasta la punta del rabo. Me parece que no hay otro modo. Ahora, el cuándo es capítulo aparte. Pues hará de ello unos quince días, eso es, justamente. Me acuerdo muy bien, por la casualidad de que á la par del gato ardiéron asimesmo el mastín y los perros de caza, que estaban encerrados; y se me figura que sucedió otro tanto con las mulas y los bueyes. El caso es que no quedó bicho ninguno.

—¡Los perros, las mulas, los bueyes!.... ¡Pero, tío Pablo, eso es una barbaridad que no puedo creer! ¿No conoce usted que para tanto era preciso un incendio, que hubiera devorado la mitad de la casa?

—Pues lo mismo digo yo: que si no fuera por el incendio, de seguro que no perecen esos animalitos. Ahora seguirían viviendo tan gordos y tan hermosos. En particular, dos de las mulas eran como castillos, y ¡qué poder! No las había tan buenas mozas en toda Andalucía, ni quizá en toda España. Yo las quería como si fueran personas de mi familia. Pero el fuego es un elemento atroz; si lo dejan, se traga el mundo.

—¡Con que hubo incendio!— exclamó el estudiante asustado.— ¡Con que se quemó media casa!

—¡Media casa, hijo mío! Y también la casa entera, y además.... además.... Pero ya tengo dicho, que no sirvo yo para afligir á nadie. Esto de dar malas noticias y de ir contando tragedias.... vamos, que no es para mí genio. Aquí cierro el pico y se acabó la historia.

El estudiante se había puesto pálido, tan pálido como un difunto. Aquella cadena de desgracias le aturdió y mareaba. Presentia por desenlace cosas horribles. Desde lo alto de su montura inclinábase á un lado y otro, y parecía que iba á desmayarse. Acudióle solícito el tío Pablo, que era hombre corpulento y forzado, y, como quien toma en brazos á un niño, le cogió con ambas manos por la cintura y le puso en tierra, diciéndole cariñoso:

—Vamos, Antoñito, vamos: ya siento haber abierto la boca. ¡Valor! No te pongas malo en mitad del campo. Aquí tienes la bota: bebe. Para estos casos no hay remedio mejor en ninguna parte del mundo.

Y como el estudiante rechazase la bota, añadió el arriero:

—Te digo que bebas.... Así.... Anda.... otro latigazo....

Eso es, y que el demonio se lo lleve el demonio. ¡Pues no faltaba más sino que trayendo yo aquí una bota medio llena de bálsamo de la gloria, sin contar el pellejo que viene dentro en ese macho, fueses tú á ponerte enfermo y desma-

yarte como una señorita! ¿Lo ves? Ya tienes un color muy distinto. Y si apechugáras con otro buen trago....

—Entonces tomaría una borrachera y tendría que tenderme aquí ó caminar atado sobre el mulo. Por Dios, tío Pablo, ya estoy sereno y puedo escucharlo todo. No me asesine V. de esa manera, y dígame de una vez todo lo que haya.

—Eso no puede ser; que yo no soy ningún trabuco para disparar toda la carga á un tiempo. Y luego las recomendaciones que me hicieron en el pueblo ántes de salir, diciéndome á coro:—¡Que la noticia es atroz! ¡Que se la vaya usted dando al estudiante poquito á poco! ¡Que no tengamos otra nueva desgracia! Y esotra: vamos, lo que se encarga en estas ocasiones: ir metiendo la púa con mucho miramiento y muchísimo pulso. ¿Estamos?

—Por los clavos de Jesucristo, tío Pablo, ó tío Verdugo, que va usted á tener la culpa de que yo reviente. ¿Se quemó la casa entera con los muebles y animales que estaba dentro? Pues si se salvaron las personas, del mal el ménos. ¿Hay algo que añadir?

—Te diré. Como el incendio fué tan grande que las llamas casi alcanzaban la pared de la iglesia de enfrente.... Y mira tú que hay distancia! Lo ménos cuarenta pasos. Y quizá, quizá haya cincuenta. Pues, como ardía todo con tal furia, se hicieron cenizas también las dos casas de junto, que también eran tuyas, pues tentais las tres mejores fincas del pueblo. ¡Si hubieses visto qué espanto! ¡Qué viento atizando las llamas! ¡Qué crujió las paredes y las vigas! ¡Qué jamazo tan negro y tan espeso! Te digo que la plaza Mayor parecía el infierno propio. Y todo por un triste cirio que prendió alguna chispa en las bayetas negras....

—¡Cirios, bayetas negras en mi casa! Mi madre.... mi padre.... ¡Oh, Dios mío!

—Es verdad. Lo acertaste. La polvrecita de tu madre era la difunta. ¡Y qué buena señora! ¡Cuidado, que hay malas lenguas en el pueblo! Pues nunca oí decir de ella sino alabanzas. Y ¡qué caritativa! Los pobres no han de poder olvidarla mientras vivan. Animo, Antoñito, siempre es un consuelo el ser hijo de una santa.

—¡Ay, madre mía! Pero si me parece increíble, hallándose tan saludable, tan robusta que parecía una jóven! Y así.... tan de pronto.... Yo no sabía ni que estuviese enferma.

—¡Qué habías de saber! ¡Si no lo estaba! Si la mató como un rayo la noticia del suicidio de tu pa.... ¡Maldita sea mi lengua! Ya la solté. Antonio, Antoñito, no te apures. Mira que esto mundo es un valle de lágrimas, y pasan las cosas como si estuviéramos soñando. Mira que yo no tengo hijos, y lo nio es tuyo. Mira que....

—¡Mi padre suicidado! ¡Mi madre muerta! ¡El incendio devorándolo todo! ¡Ay, yo me muero! Mas ¿por qué se quitó la vida mi infeliz padre, un hombre tan bueno, tan cristiano, que no lo había mejor?

—Pues, por lo mismo que era tan bueno, lo engañaron como á un chiquillo, sacándole cuanto caudal tenía en metálico, y además el importe de dos haciendas que últimamente había vendido. Figúrate que hay una Sociedad que está en todas partes como la sarna; en Madrid, Sevilla, Málaga, Cádiz, Córdoba.... en fin, te repito que está en todas partes; y esta Sociedad dice, que, por cada cien duros que le entre-

guen, da treinta y cinco de rédito ó cuarenta; y como si esto pudiera ser, algunos llevan cuanto tienen al alor de la ganancia, que es el anzuelo con que los pescan; y sé de quien ha malbaratado sus cuatro terrones, y sus olivos y sus yuntas de bueyes, y hasta los colchones de las camas; y ya todo hecho dinero, á ponerlo todo á renta; y despues de tener bien repletos sus bales, arcas y cofres, la tal Sociedad dijo: caballeros, se acabó la broma; me declaro en quiebra, no pago, me comí el pané y cada hecho tire por donde pueda. Esto es lo que pasó: tu padre y otros mil perdieron su cándal de la noche á la mañana. Unos se conformaron á la fuerza; otros se chillaron y volvieron locos; algunos se pegaron un tiro, y tu padre creo que hizo estas dos cosas, pues se quedó como traspuesto durante algunos días y luego fué curado.... Pero, señor, ¿no es fuerte cosa que si robo yo un triste pañuelo de á dos reales voy preso, y para los que roban millones y hundén centenares de familias en la miseria no ha de haber el menor castigo? ¿Esto es razon? Y si esto es malo y malísimo y una infamia por donde quiera que se mire, ¿por qué no se remedia? Yo creo que con cinco ó seis docenas de tunantes que colgáran de una buena soga por el pescuezo se arreglaba la dificultad. Pero los ahorcados no habían de ser unos cuantos meterillos miserables; sino pajarracos de los gordos, de los más gordos. ¿No te parece? ¡Si cayeran entre mis niñas!.... Pero, Antoñito, hombre, ¿no dices nada? ¿En qué estás pensando?

El estudiante parecía no pensar, ni sentir, ni querer ninguna cosa. Por su palidez y su inmovilidad se le hubiera creído muerto. Obedecía como un autómeta al vaiven de su cabalgadura. Por más preguntas que le hizo el tío Pablo no contestó palabra, ni aun despegó los labios. Afortunadamente ya estaban muy cerca del pueblo.

Cuando llegaron no advirtió el huérfano las miradas de curiosidad y lástima que todos le dirigían. Se dejó llevar á una humilde casa: era la de su parienta, de aquella señora que tanto encargó al cosario le fuese dando la infausta noticia con las mayores precauciones. Allí permaneció días y meses alelado, absorto, insensible. Comía poco, no hablaba nada y pasaba toda la noche y gran parte del día tendido sobre la cama y con los ojos abiertos. Finalmente, se quedó como imbecil. Hacía cuanto le mandaban, sin contestar nunca. Alguna lesión interna del cerebro había paralizado en él á un tiempo el sentimiento, la voluntad y la inteligencia. Era como un reloj que, entorpecido ó roto el muelle, se queda parado.

Á la muerte de su parienta, le recogió cariñosamente el tío Pablo, quien desde niño le quiso mucho. En casa de su protector falleció á poco, sin dolores ni agonias, como lámpara que se extingue. Desde su vuelta al pueblo no había preguntado jamas por su novia, ni por sus hermanas. Era un cadáver que respiraba y se movía.

Algunas veces el anciano párroco, hablando con el arriero del estudiante, á quien también conoció muy pogueñito, le decía:

—Yo tengo más dudas, tío Pablo, sobre si á usted le corresponde su tanto de culpa en la enfermedad y muerte del pobre Antoñito, que en paz descanso y santa gloria haya. Quizá usted le soltaria la noticia de sus desventuras como quien descarga un trabucozo, y ya se ve.... la sorpresa.... el dolor.... pero sobre todo, la sorpresa....

—Señor Cura, por el amor de Dios y de su Madre Santísima, no me queme su mercé la sangre con semejantes escrúpulos. Ya su mercé me ha dicho lo mesmo doscientas veces, y otras doscientas y algunas más le he asegurado que si Antoñito se quedó alelado y se murió despues, fué porque Dios lo quiso, como quiso tambien que su padre perdiera los dineros y se matára, y su pobre madre acabára del susto, y se quemáran las casas, y los muebles, y las mulas, y los bueyes, y hasta el gato sarnoso que estaba siempre durmiendo en la cocina. Todo esto ocurrió á gusto de Dios, y

porque Dios lo quiso, sí, señor Cura; y en cuanto á la noticia, como yo soy hombre de mucha consideracion y circunferencia, me la guardé en el pecho todo el tiempo que pude, y cuando no hubo más remedio que desembucharla, entónces la desembuché, con grandísimo tiento y equilibrio, en pequeñas diócesis, comenzando por lo ménos, y luego apretando y apretando, como quien mete una barrena poquito á poco.

NARCISO CAMPILLO.

Madrid.



VISTA GENERAL DE ATÉNAS. — (De fotografía de los Sres. Firth y Compañía.)

# ROSAS DEL TIEMPO.

## I.



CUANDO se acerca Mayo, no hay plato de pederal, jarro de porcelana, ni talla de barro que no ostente manojos de rosas en las habitaciones de Andalucía.

La predilección que muestran las niñas andaluzas por estas perfumadas hijas de la primavera pasa de castaño oscuro, como suele decirse, y llega á constituir una especie de monomanía poética que las ofusca y desvanece. Ellas podrán vivir sin sedas, sin terciopelos, sin piedras preciosas, pero no pueden vivir sin flores. Las rosas del tiempo, como llaman por antonomasia á las que abren en Abril y Mayo, son su indispensable adorno; Grecia y Roma no dieron mejor lugar á la flor que nació de la sonrisa de Venus, como rezan las mitologías.

Si á la caída de una tarde de primavera se os antoja cruzar por el barrio de Triana ó de San Bernardo, veréis rebosar las macetas en las ventanas y en las azoteas, y habréis de oler á esencia de rosa. Entre las verdes rejillas asoma la cabeza de la *flamenca*, que tiene un jardín en el cabello; su cuerpo desaparece tras los rosales, como si de propósito hubiese buscado un baluarte de espinas y de hojascas.

De los terrados nada hay que hablar; interminables líneas de tiestos de todos tamaños aparecen escalonados sobre los pretiles y balaustradas, con grave riesgo de la cabeza del transeunte, haciendo el efecto de los verjeles aéreos de Babilonia ó de Nínive; en ellos hay flores de todos colores y de todas clases; pero el rosal perfumado del tiempo, el rosal de capullos sonrosados y aromáticos, descuella siempre como rey de aquellas plantas que conversan con las nubes.

En este elevado depósito, que está junto al cielo, se cortan las tradicionales *marías*, es decir, los grupos de rosas que colocados en triángulos de caña forman el anagrama florido de la Madre de Dios, y sirven de principal adorno en cruces, retablos y hornacinas familiares; de allí se coge el fresco y perfumado pimpollo que ha de entregarse como prenda de amor en la misteriosa celosía; de aquellas macetas, en fin, salen las rosas que han de prenderse en los cabellos de la niña que las riega.

No quiero dejar de consignar aquí que la tal operación—la de regar las flores—fué siempre grata á nuestras hermosas, que suelen aún entablar con tal motivo sabrosos diálogos de balcon á balcon, de terrado á terrado ó de ventana á ventana. Los cuentos populares conservan en su primitiva sencillez estos diálogos, sostenidos á veces con príncipes ó pájaros verdes que venían á esconderse por arte mágica en-

tre las hojas, y que solían preguntar á las encantadoras jardineras:

Niña que riegas la albahaca,  
¿Cuántas hojitas tiene la mata?...?

Difícil problema que hacia perder la paciencia á las muchachas casaderas, las cuales recordaban más de lo necesario al pájaro ó al príncipe que lo había planteado tan malévolamente.

Fácil es deducir de los grandes cuidados que merecen las flores en Andalucía, que éstas abundaron siempre de un modo prodigioso, y así es en efecto. Nuestro romancero morisco tiene en cada una de sus páginas una prueba de esta verdad, y basta recordar los versos siguientes:

La mañana de San Juan  
Salen á tejer guirnalda  
Zara, mujer del Rey Chico,  
Con sus más queridas damas  
Que son Fátima y Xarifa,  
Celinda, Adalifa y Zaida,  
De fino cendal cubiertas,  
No con marlotas bordadas;  
Con almalzates bordados,  
Con muchas perlas sembradas,  
Descalzos los albos pies,  
Blancos más que nieve blanca.  
Llevan sueltos los cabellos,  
No como suelen tocadas,  
Y más al desden la Reina,  
Por celosa y desdefnada....  
Y estando de varias flores  
Las moras ya coronadas,  
Con lágrimas y suspiros  
Á todas la Reina habla.

Aseguraba *Le Figaro*, hace poco, que hay establecimientos en París que venden anualmente de 300 á 500.000 francos de flores. Esto no es extraño; París es la población de las extravagancias, y del mismo modo que martiriza lilas, tulipanes y camelias para hacerlas crecer á destiempo y ponerlas pálidas ó encendidas al capricho del consumidor, suele dar á flores y frutos precios acomodaticios y fabulosos. Mas ¿de esto ha de deducirse, como quiere el articulista, que en París hay más flores que en Andalucía? No, seguramente. Una rosa reina, una gardenia, un ramo de lila blanca, podrán en ocasiones correr parejas con las fresas ó los melocotones tempranos, y valen quince, veinte y hasta treinta francos cada ejemplar; pero esto mismo patentiza la carencia de la flor ó de la fruta de que se trata. En Andalucía las flores se compran siempre, á pesar de verlas brotar hasta en las balaustradas. Concedémos, sin dificultad, que esas 2.000 fábricas y 30.000 obreras de que nos hablan pueden surtir de flores á media Europa, supuesto que se trata de rosas de trapo y de violetas de papel pintado.

# AMÉRICA DEL NORTE.



## VISTAS DE NUEVA-YORK.

1. *Union Square.*—2. Monumento de Worth.—3. Portico de la iglesia de *Heavenly Rest.*—4. Templo masónico.—  
5. *Madison Square.*—6. Academia nacional de dibujo.

Las ramilleteras del Arno, esa ilustre clase á la cual perteneció la trasteveriana Floraia, primer devaneo de Rafael de Urbino, no pueden competir con los floreros de Andalucía. Aquellas niñas graciosas y decidoras suelen vender, no sus rosas, sino sus sonrisas; explotan más las clavellinas de sus labios que las de sus cestas; enajenan más bien sus gracias que sus flores. El florero de Andalucía, por el contrario, atrevido y procaz, zumbon y dicharachero, provocador y amigo de burlas, que suele dar el cesto por un vaso de vino y arrojarlo con mimbres y todo á las plantas de la primera morena que encuentre al paso, vende su mercancía por ser tal, y sólo debe á la hábil y primorosa colocación de las flores y á sus originales pregones el favor de la concurrencia.

El *Folk-Lore* regional ha recogido algunos de estos originales voceos, que por su genialidad y gracia hacen época en la historia literaria de los sucesores de Rinconete y Cortadillo.

Hé aquí una muestra:

Un jardín llevo en el brazo:  
 Marvalocas, sensitivas,  
 Marimofias, siemprevivas;  
 Llevo las flores de *lazo*;  
 Llevo reseda, jazmines;  
 Llevo la rosa de *será*;  
 Llevo treinta primaveras,  
 Cogias de mis jardines;  
 ¡Jazminillos, nardos y flores  
 De toos colores!

Estos pregones, que tienen un ritmo especial, varían hasta lo infinito. Quijada, el célebre vendedor de flores sevillano, tuvo el honor de pregonar sus rosas, más de una tarde, en el palacio de San Telmo, á orillas del Guadalquivir, ante la bella niña Mercedes de Orleans, que luego fué Reina de España.

Para tener una escasa noção de lo que pueden abundar las flores en Andalucía, no hay más que considerar que sus extensos patios son jardines, que sus terrados son jardines también, y que, no obstante habitar entre dos florestas, son pocos los andaluces acomodados que no poseen estufas y verjeles en abundancia.

En la capital de Andalucía, los jardines del Alcázar, los de San Telmo, y otros muchos que podríamos citar, comenzando por la antigua morada de los Duques de Alba y terminando en la histórica casa de *La Estrella de Sevilla*, dan claro testimonio de que no hemos olvidado la tradición oriental. El árabe andaluz dormía la siesta bajo los naranjales y se bañaba en estanques cercados de boj y de romero. Las tardes solían trascurrir para él, rodeado de cantarinas y recitadores, cerca de las bullidoras fuentes; escanciando las colmadas copas y recreándose en ver asomar las primeras estrellas.

Una casa sin jardín llegó á ser una guarida incomprendible en aquellos lejanos tiempos en que resonaba la melancólica voz del muezin en el celebrado almizcar que adornó con doradas esferas Abu-Leis, y que se trocó poco despues en campanario. Aun en el barrio judaico, donde las casas, estrechándose contra sí mismas, parecían querer robarse el espacio mutuamente, se veían asomar por las ciegas tapias las cabezas de los cipreses y de las palmeras.

Esto se halla consignado en todos los poetas árabes:

Nada más bello, andaluces,  
 Que vuestras huertas frondosas,  
 Jardines, bosques y rios,  
 Y claras fuentes sonoras.  
 Eden de los elegidos  
 Es vuestra tierra dichosa;  
 Si á mi arbitrio lo dejarán,  
 No viviría yo en otra (1).

En las descripciones de las casas y palacios hechas por los poetas islámicos, tienen principal parte los patios adornados de plátanos y arrayanes, los huertos bordados de naranjales y granados; los verjeles, en fin, donde las flores abundaban tanto, que daban suficiente materia para llenar albercas de agua de rosa, en las cuales se hundian diariamente las esculturales formas de las odaliscas béticas.

Las maravillas que en los antiguos tiempos ofrecieron los jardines arábigos pueden colegirse recordando el de Ibu-Abdalazis en Valencia, que fué para el Cid una nueva Capua, y los de la favorita Az-Zahra, cerca de Córdoba.

La hermosa tirana de Abderraman III, deseando ver un paisaje nevado en Andalucía, hizo que su regio amante mandase plantar de almendros los alrededores de Medina-Az-Zahra: cuando éstos florecieron, el efecto producido por sus blancos ampos colmó la ansiedad de la caprichosa favorita.

Para imitar las auroras boreales, hubiera bastado al califa omniada cubrir de granados un buen espacio de la campiña cordobesa.

## II.

La predilección de las andaluzas por las rosas está plenamente justificada, si se considera que viven en el país de las flores, y que las que nos ocupan gozaron notables preeminencias desde los primeros tiempos.

La rosa blanca, dedicada á Venus y grata á Maya ó á Flora, fué siempre el símbolo de la belleza y de la juventud, tuvo por cuna los labios de la madre de los amores, y mereció cubrir la olímpica mesa de los dioses. El ala del jugueton Cupido — dice Ansonio — tocó á una copa de néctar — que debió de ser tinto, seguramente — y volcándola sobre el mantel etéreo, formado de blancas rosas, le manchó de cabo á rabo: desde entonces hubo rosas con color y con perfume, y pareció de buen agüero derramar el vino sobre las mesas (2).

Más elegiaco y melancólico es el origen que señalan á las rosas encarnadas la mayor parte de los mitólogos. Venus, acudiendo presurosa á socorrer á Adónis, herido de muerte, se desgarró el talon con las espinas de un rosal, y las rosas todas quedaron teñidas de color de sangre.

Garcilaso, contando gravemente el suceso, dice que

Las rosas blancas por allí sembradas  
 Tornaban con su sangre coloradas.

Estas dos versiones explican, sin duda, la necesidad de

(1) Schack, traducido por Valera.

(2) Esta superstición se conserva aún en muchos pueblos de Andalucía.

las coronas y guirnalda de rosas en los festines greco-romanos, y la perseverante costumbre de derramar flores sobre las sepulturas. Vulgarizadas tales prácticas en Oriente y Occidente, vemos á Alcibiádes caer beodo sobre el lecho derramando el ánfora adornada de rosas purpúreas, á Octavio Augusto dejar su corona de flores sobre la tumba de Alejandro Magno, y el gran sacerdote de Israel ornarse con ellas para verificar los sacrificios. El brahman no se atreve á cortarlas por no ahuyentar su espíritu, el hebreo las coloca piadosamente en la sepultura de Job, el egipcio las ofrece á Isis y á Apis, y el persa y el asirio se ungen con su esencia el cabello y la barba. Con las rosas se hicieron en la antigüedad unguentos, vinagres y aceites, mezcláronse con el vino, y se les asignaron notables virtudes medicinales.

Hómero y Pindaro, Horacio y Ovidio conocieron el valor de la rosa y arrojaron acaso el laurel al sentir sus suaves pétalos sobre la frente. Tibulo y Catulo hubieran dado la mejor de sus elegías por una copa de vino de Chipre y una corona de rosas del Atica.

Sin embargo, el verdadero cantor de las rosas, el entusiasta apologista de la flor de Vénus, fué el anciano de Theos, el travieso Anacreonte.

«Nada le importaban las cosas de Giges, rey de los Sardiós; jamás le molestó la envidia, nunca envidió á los tiranos. Le importaba el ungrir su barba con unguento, el coronar con rosas su cabellera. Le importaba lo de hoy; lo de mañana; ¿quién sabe!» (1).

Por eso cantaba: «Al cinceclar esta plata, Hefasto, hazme, no una armadura, ¿qué tengo yo que ver con los combates? sino una copa profunda, adornada con verdes cepas y rientes racimos.» Por eso, con encantadora marrullería, decía á las jóvenes que le rodeaban: «No me huyas porque ves mi cabellera blanca; no desdeñes mis caricias porque te acompañe la flor brillante de la hermosura. ¡Repara, en las guirnalda, cuán bien sienta entrelazar los blancos lirios con las rosas!»

Si se exprimieran los textos griegos de Anacreonte, áun darian vino y esencias: huelen y saben al ánfora y á la guirnalda.

Citaré su mejor apología de la rosa, que se halla en la anacreóntica v:

«Mezclemos con el vino la rosa, flor de los amores. Bebamos alegres, poniendo en nuestras sienas la rosa de bellas hojas. La rosa es la mejor de las flores, el cuidado de la primavera. Con rosas se deleitan los dioses; con rosas corona el hijo de Vénus su hermosa cabellera, para danzar con las Gracias. Coronémonos pues, ¡oh Baco! Cantando al són de la lira, bailaré en tu templo con la moza de hondo seno, coronado con guirnalda de rosas» (2).

Los vicios del anciano de Theos se transmitieron acaso, con el Renacimiento, á los tiempos modernos. Mirabeau murió, según afirma Lamartine, pidiendo que ungrieran su cadáver con unguentos, y que le coronáran de flores.

Del mismo modo que solian convertirse las rosas blancas en coloradas en la mesa del Olimpo, volviéronse rojas

más de una vez en los festines de Grecia y Roma, manchándose de vino y de sangre.

En los triclinios de Nerones, Tiberios y Lúculo, sobre cuyo frontispicio se ostentaba la rosa blanca, emblema del silencio, y en cuyos lechos de púrpura se permitía cambiar de corona, de copa y de esclava más de una vez, solian apagarse las lámparas alimentadas por aceites olorosos, romperse las ánforas adornadas de libres pinturas, y deshojarse estúpidamente las guirnalda que ornaban las estatuas de los dioses.

Los vinos de Corcira, Chipre y Carinto; las ostras y los huevos de faisán; la carne de jabali y los pernils de conde-ro; las langostas con salsa picante y las blandas lampreas; las peligrosas setas y la dulce miel del Himeto, ponían de continuo á los comensales en tan lastimoso estado, que solian confundirse con los músicos y danzantes que parodiaban en torno los juegos del Circo, y pisoteaban á las pobres rosas desprendidas de sus diademas.

Un episodio de estas cenas orgiásticas nos dará á conocer más gráficamente cómo se verificaba á veces el cambio de color de las rosas, ya indicado.

Cierta noche cenaba Lúculo en casa de Lúculo, como dijo el minucioso Plutarco. Nueve convidados, con blancas vestes, rodeaban al anfitrión, que, á pesar de las promesas hechas á Ciceron y á Pompeyo, sus comensales, había mandado preparar el salón de Apolo (3). Brillaban, pues, las lámparas, sostenidas por enormes quimeras, como si las hubiese animado el padre del día; relucía la vajilla salpicada de piedras preciosas, rebosaban las ánforas de Biblos y Nacos, aunque no faltaba el Theos grato á Anacreonte, y las auletrías griegas soplaban en sus dobles flautas, mientras los ágiles efebos preparaban la sagrada libación.

No habian comenzado los esclavos etíopes á dejar los mariscos sobre la mesa, ni á colocar las coronas de húmedas rosas sobre la cabeza de los convidados, cuando penetraron en el triclinio nueve hetarias vestidas con flotantes quitones, que se colocaron sonriendo á la derecha de cada uno de los comensales. Lúculo ocupaba el lecho más alta, y hubo de hacer lugar á la joven Myrra, llamada así por su perfumado aliento, su frente diáfana y sus formas aéreas y vaporosas.

No en Myrra una de esas hermosuras estatuarias que hacían las delicias de los festines greco-romanos; ántes, por el contrario, si la hubiera hallado Fídias en su camino, en vez de desnudarla como á Frisca, la hubiera envuelto en su manto confundiéndola con Psiquis, y teniendo robarle el polvo de oro de sus alas. Como hizo notar un chancero *parásito*, parecía una mariposa blanca, destinada á abrazarse en una de aquellas gigantescas lámparas de largo cuello.

El magnate la colocó familiarmente en su lecho, sin demostrar ser presa de ninguna emoción amorosa: Myrra era para él una flor delicada, cuyo perfume solía aspirar en sus horas de calma; una estrella apacible que se deleitaba en contemplar desde su terrado. La niña, por su parte, amaba á Lúculo con tal pasión, que consideraba como la suprema dicha el permanecer un momento á su lado.

(1) Anacreóntica xv, Ayensa y otros.

(2) Ayensa.

(3) Cuenta Plutarco que la servidumbre de Lúculo, sólo con saber el nombre del salón donde quería cenar su señor, conocía la importancia que había de tener el banquete.

Todas sus compañeras llevaban coronas de rosas de color; su corona era de blancas rosas, y su quiton, de fina lana, cubría del todo sus ideales formas; á pesar de la provocativa moda romana, tan preconizada por Ovidio. Myrra era una nota desafinada en aquel festin, en que sólo se rendía culto á lo material y lo tangible: Lúculo, para disipar sus miedos, la hizo apurar por dos veces su copa de vino de Chipre.

Comenzó la orgía; vaciáronse las primeras ánforas, y la confianza engendró la licencia en el espléndido triclinio; las músicas, las danzas, las representaciones procaces hicieron rápido el curso de las horas, y los esclavos retiraron el primer servicio, cambiaron las marchitas coronas é indicaron á las nueve hetairas que la clepsidra señalaba el término de su reinado pasajero al lado de los que compartían la mesa de Lúculo.

Las pobres jóvenes obedecieron sin vacilar y se prepararon á partir cubriéndose el rostro con los hymationes: sólo Myrra resistió á la órden cruel y abrazó las rodillas de Lúculo, bañando de lágrimas sus elegantes sandalias. La pobre niña se retorcia por no dejar su puesto á la hermosa y desuuelta frigia que venía á reemplazarla.

Lloró, suplicó, amenazó, hizo pedazos su cinturón dorado; todo fué en vano; dos nervudos etíopes levantáronla por fuerza del lecho, como si se tratara de un airon de plumas, y desaparecieron con ella tras las anchurosas arcadas. El rumor de los sistros y de los órntalos, los epigramas y las carcajadas, apagaron el eco de sus ayes y dieron motivo á las recién llegadas para hacer ostentación de sus gracias y de sus encantos.

Lúculo ofreció á la luna nueva su segunda libación.

Las viandas sucedieron á las viandas, los vinos á los vinos, las hermosas á las hermosas. Las lámparas chisporrotearon como si se arrepintieran de alumbrar tanta locura; los instrumentos músicos gemieron roncós y destemplados, como plañideras á las que no queda llanto que derramar; los bufones, bailarinas y aulétridas se acurrucaron confundidos junto á los pedestales. El festin había llegado á ese período extraño en que el ahito siente náuseas, el alegre se entristece, y el revoltoso dobla sobre el brazo la cabeza.

— ¡Hola, esclavos! — dice Lúculo, que vacila en su lecho de púrpura, y cuyos torpes ojos alcanzan, sin embargo, á ver la estatua del Silencio iluminada por las primeras luces del día. — ¿Dónde está Myrra? ¿Por qué no llega? ¿No os he dicho que quiero dormirle mirando sus ojos?....

Los esclavos tiemblan: á la diestra de Lúculo se ostenta un tirso de oro y diamantes, que puede desgarrar como otras veces sus espaldas; trémulos y azorados parten en busca de la joven: Lúculo, entre tanto, presa del más profundo hastio, golpea con su sandalia bordada un hombro desnudo de mujer que le sirve de alfombra.

Pero los esclavos vuelven cabizbajos: no han hallado á la ideal hetaria en toda la villa. Lúculo se encoleriza, blande el temible juguete, y exclama:

— ¡Bárbaros, queréis dejarme morir de hastio! ¡Pronto, traédme la, ó por todos los dioses!....

¡Gracias á Jove!.... Aparece en la arcada un atleta trayendo en sus brazos un bulto blanco, coronado de rosas. Sin desplegar los labios arrójalo entre atolondrado y confuso en los brazos del magnate.

Es Myrra, es decir, el cadáver de Myrra, cuya corona de blancas flores está teñida con su propia sangre.

### III.

Arrastrado suavemente por el plano inclinado de los recuerdos clásicos, me he olvidado un tanto de las pobres rosas del tiempo, que son objeto de estas líneas.

Las rosas, que tan principal parte tuvieron en todas las ceremonias de la antigüedad; que lo mismo perfumaron el lecho nupcial de Alejandro en Susa, que la tumba de Aquiles en Troya, fueron la presea más grata de los torneos de la Edad Media, el premio más codiciado de las justas literarias de Provenza, y el emblema más lindo y gracioso en las eruditas Cortes de Amor.

La invasión sarracena trajo al Mediodía de Europa nuevos incentivos para hacer amar las flores.

Los árabes se valieron de ellas para formar una especie de vocabulario amoroso que pudiera emplearse de terrado á terrado, y de mucharabieh á mucharabieh, y la introducción de los selanes ó ramos simbólicos fué el primer paso para vulgarizar el lenguaje de los colores y de las divisas, que tan en boga estuvo en los penúltimos siglos, como puede verse aún en nuestro Romancero.

Llevado el símbolo á la perfección, y combinándose el grupo y el color, no sólo en el salón, sino también en el búcaro y en la maceta, fué necesario un verdadero estudio para entender estas genialidades caballerescas, no faltando autores que se dedicáran á dar reglas prácticas para sembrar, con perfección ortográfica, la albabaca y los miramelindos. En el siglo XVI, el mantuano Fulvio Murato escribió su tratado *Dei colori e dei mazzetti*, y en Andalucía era este lenguaje tan familiar, que no había doncella, por recatada que fuese, á la cual se ocultara que una rosa almizclada y una vesperina con otra rosa de cien hojas, rodeada de espigas, quería decir poco más ó ménos lo siguiente: «Beldad caprichosa, me matas, pero te amo á pesar de tu crueldad»: locución tan atildada como propia de aquel siglo galante, al que debemos, entre otras lindezas, el haber atravesado los corazones con flechas y espadas, para colocarlos al descubierto sobre los pechos de las imágenes y bajo las firmas de las epístolas amatorias.

Para comprender la importancia que tuvo la rosa en el seño ó ramo simbólico, basta recordar las siguientes significaciones que se leen aún en los prontuarios relegados hoy al olvido, á pesar de haber hecho hasta principios del siglo las delicias de preciosas y carrutacas:

Rosa abierta de cien hojas.....	Belleza.
Almizclada.....	Beldad caprichosa.
Del tiempo.....	Gracias tempranas.
De Alejandro.....	Espendor.
Amarilla.....	Coqueta infiel.
De Bengala.....	Declaración completa.
Blanca.....	Castidad.
Marchita.....	Voto de castidad.

Á más de esto, la rosa representaba la primera hora en el reloj de Flora, recordándose acaso que la llevaba en su mano el Silencio, y que se grababa en el frontispicio de la sala del festin como emblema del misterio. El color de rosa



MARÍA BARKANY, CÉLEBRE ACTRIZ DRAMÁTICA ALEMANA.

mezclado con otros colores tuvo tambien el más gracioso simbolismo: rosa solo, significaba *amor*; con negro, *morir amando*; con blanco, *belleza sin igual*; con amarillo, *amor descubierto*.

La rosa, que reina aún en Andalucía, ha sido destronada en los grandes centros por el capricho de la moda, cediendo el cetro sucesivamente á la camelia, á la gardenia y á la violeta rusa; más no por esto deja de preocupar la atención de los botánicos de nuestro tiempo. Más de trescientas variedades, de gran valía, se conocen hoy en los jardines de París y Londres, y los nombres aristocráticos que ostentan dicen bien á las claras la predilección de que son objeto nuestras flores favoritas.

En la Exposición celebrada recientemente en el palacio Alejandra, mil rosas ocupaban la nave central, disputándose la atención de los amantes de las flores. Las vencedoras fueron las pertenecientes á la colección llamada «Mariscal Niels», procedentes de Oxford, con las que sólo compitieron las de la serie titulada «Duque de Teck», cuyo color de amaranto oscuro contrastaba notablemente con el amarillo cromo de sus compañeras.

Las variedades que en el llamado *Chalet de los Rosales*, residencia temporal de la reina Victoria, se cuidan con tan notable esmero, han dado su poético nombre á aquel modesto retiro, vencedor, sin embargo, del majestuoso castillo de Windsor, y en cuyas galerías de ladrillo cortado se solaza la Soberana, amiga de las rosas. Anémonas, claveles, geranios, campánulas, begonias y manglesias, beben tambien allí la luz del sol al lado de las rosas; pero éstas son las perpétuas tiranas de aquel lindo albergue, acariciado por las olas.

Los acaparadores de rosas, no contentos con haber arrebatado á la Naturaleza el secreto de *manchar* y *rizar* las hojas sin recurrir al gastado recurso mitológico del talon de Venus ó del ala de Cupido, asedian á las débiles plantas y las fuerzan á ser fecundas y á desarrollarse prodigiosamente.

En los New-Gardens Whitby de Londres existe en la actualidad un rosal monstruo, plantado hace diez y ocho años, y cuya copa mide 102 pies de diámetro: si no son exageradas las relaciones que de esta prodigiosa planta nos hacen, se le pueden cortar, próximamente, cuatro mil capullos cada año.

En Andalucía, como en Niza, las rosas crecen espontáneamente, y aún cuando no abundan como en la Rumelia, porque no les dejan plaza las espigas y las amapolas, suelen perfumar las cañadas y coronar los collados. No se da el caso de segar las rosas en nuestros campos, pero podrían segarse en las ciudades, y si en Constantinopla se perfuman los baños y los canarineros con esencia de rosa, en Córdoba y Sevilla sirven los rosales de pebeteros.

El celebrado D. Miguel de Mañara plantó por su propia mano en el Hospital de la Santa Caridad de Sevilla ocho de aquellas plantas, que se conservan en el santo asilo desde el siglo XVII, y que todos los años florecen. Hay quien las creó poéticas imágenes de plantas vivas que se marchitaron al calor de los besos del arrepentido Tenorio; pero en realidad no son otra cosa que el más bello símbolo del reinado de la rosa en nuestra privilegiada región.

Los poetas árabes andaluces no pudieron resistir á la tentación de cantar á la rosa, y dieron á los antecesores de Ro-

ja la punta de sus inspiraciones. Makkari cita una preciosa poesía, en la cual se considera á la rosa como á reina de las flores y fausto nuncio de primavera, á quien el cielo califica y adorna: Arolas conoció acaso esta canción árabe, cuando dijo con refinado orientalismo, describiendo las gracias naturales de una sultana:

Sin ornates es hermosa  
Bajo transparente velo:  
¿ De qué vestirás la rosa  
Mejor que la vistió el cielo?

No quiero extraviarme en esta nueva senda de rosas que se abre ante mi pluma, y voy á concluir apuntando una curiosa analogía que no puede dejar de consignarse, ya que pequé por carta de más en la segunda parte de este trabajo.

Aquí, como en Grecia y Roma, solían mancharse las rosas con sangre y convertirse el triclinio en lecho mortuario. La gente de rompe y rasga celebraba casi siempre sus bodas en *días señalados*, es decir, en aquellos días en que la Iglesia conmemora alguno de sus altos misterios, y el banquete nupcial ofrecía ancho campo á las licencias y á las intemperancias.

El día de la Cruz, por ejemplo, *día señalado* del mes de las flores, verificábanse los más de los banquetes de boda, asistiendo á él las niñas andaluzas con rosas en el pecho y en el peinado, oliendo á gloria, como suele decirse, haciendo gala de sus dientes como piñones y de sus manecillas como almendras.

Los huacacutes tascos salían poco á poco de la caldera para repartirse como pan bendito; la bota corría de mano en mano como vieja buscona ó doncella andariega; las clásicas aceitunas desaparecían rodando; la madrina hablaba con el novio más de lo regular, y el padrino hacía la apoteosis de la novia entre sorbo y sorbo.

Desde la sala del banquete solía descubrirse el lecho nupcial—que por la mañana habían preparado las amigas de la novia, mercediendo el visto bueno de las comadres del barrio—con su imagen de Santa Rita á los pies y su San Rafael á la cabecera, con sus sábanas de bolero y sus almohadas con encajes, con sus columnas de pino de Flándes y su colcha de indiana de mil colores.

Solía acontecer de vez en cuando, y ésta es la particularidad que viene de molde á mi propósito, que el *peleon* se subiera á la cabeza y que *los jachares* de la novia y del novio levantáran la pasión dormida en alguno de aquellos pechos algarivos, soñadores y recelosos; entonces se rompian los vasos, crujían las sillas, rodaban las mesas, colgábanse del brazo los marselleses ó las chaquetillas jerezanas, y relucían las terribles navajas, remedo de aquellos cuchillos cachi-quernos (1) introducidos en España por los moriscos, y cuyos muelles hacían, al abrirse, un ruido estridente.

Más de una vez cayó el rival incauto á los pies de la her-

(1) Del uso de los cuchillos cachi-quernos habla así el Romancero del Cid:

Mátente con agujadas,  
No con lanzas ni con dardos;  
Con cuchillos cachi-quernos,  
No con puñales dorados.

De donde se deduce, pues estas palabras iban dirigidas al Rey, que la navaja era arma vil y sólo usada por la gente de baja estofa.

mosa desposada; más de una vez la que creyó descansar tranquilamente en el lecho perfumado por las rosas que había de colocar en la talle ante el cuadro de la Madre de Dios, vió transcurrir la noche de claro en claro y se desprendió de los brazos de su esposo entre maldiciones y lágrimas; más de una vez, en fin, tuvo que ver asomarse el primer reflejo del día, envuelta en su pañolón de Manila bordado, oculto el rostro entre las manos, adosada al muro de la cár-

cel como una figura de tapiz, mientras que algún romántico trovador, con grillete, cantaba desde el patio ó desde el calabozo:

¡ Á las rejas de la cárcel  
No me vengas á llorar;  
Ya quító no me quites penas,  
No me las vengas á dar

BENITO MÁS Y PRAT.

Marzo de 1883



EL NIDO ROBADO.—(COMPOSICION Y DIBUJO DE SERVEILLIER.)



Pare su curso aquí, y el lauro amigo  
 Quede á las plantas de los más dichosos,  
 De mi ferviente admiración testigo.

Del cielo los torrentes caudalosos  
 Unos paran en mísera laguna  
 Y otros en campos de verdura hermosos.

Y tú, feliz mortal, á quien fortuna,  
 Indócil casi siempre y caprichosa,  
 Prodigó su favor desde la cuna;

Que te ha dado una madre cariñosa,  
 Perpetuo bienestar, franca alegría,  
 Discreta, noble y bendecida esposa,

Y que lleva á tu hogar la poesía  
 De un hijo de tu amor, para que sea  
 Brillante luz de tu vejez un día;

Tú debes empapar la noble idea

En la esencia de Dios, para que el mundo  
*Digno también de su bondad te vea;*

Tú debes mitigar el ¡ay! profundo  
 Del mortal infeliz, volviendo al cielo  
 En copioso raudal de amor fecundo

El alto dón con que sació tu anhelo;  
 Tú debes hacer propias las ajenas  
 Lágrimas ¡ay! del triste sin consuelo;

Que si Dios, en lugar de amargas penas,  
 A raudales te ha dado el bien que tienes,  
 Tú debes derramarlo á manos llenas.

¡Amor y caridad! Con estos bienes  
 Sentirás los más puros regocijos  
 Y eterno lauro ceñirá tus sienes,  
 Que pasará á los hijos de tus hijos.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

### BELLAS ARTES.



« EN LA PRADERA. » — (Cuadro de Henry Moore.)



LOPE DE RUEDA.

## ESTUDIOS ACERCA DE NUESTRA HISTORIA LITERARIA.

## LOPE DE RUEDA

## Y EL TEATRO ESPAÑOL Á MEDIADOS DEL SIGLO XVI.

**A**SOMBRO causa la facilidad con que historiadores y críticos han aceptado y propagado las especies más erróneas acerca de la escena patria, en lo tocante á sus primitivos orígenes y á su desarrollo y carácter en el siglo XVI. Tomando por artículo de fe los vagos recuerdos de Cervantes y del donoso y ameno Agustín de Rojas, casi todos han seguido humildemente sus huellas, sin advertir que esta excesiva confianza podía separarlos del verdadero camino.

Levantada sobre tan deleznable cimiento la historia de nuestras representaciones cómicas desde la aparición de Juan del Encina, á fines del siglo XV, hasta la época de su

apogeo, entrado ya el XVII, difícilmente habría logrado resistir el soplo de la verdad. Así la vemos desmoronarse á medida que una crítica severa desentraña y depura los orígenes del teatro español, haciéndose cada vez más necesario reconstruir el edificio con los nuevos materiales allegados por la erudición y el buen criterio.

De las noticias autorizadas sin maduro exámen, hasta por maestros como Lista y Martínez de la Rosa, muchas se han ya quitado y puesto á su verdadera luz, con demostración documentada y auténtica, en el extenso prólogo que acompaña á las *Farsas y Églogas* de Lucas Fernández, publicadas por la Academia Española, y en el de la *Tragedia llamada Josefina*, impresa por la Sociedad de Bibliófilos. Pero como es imposible dar un paso en tan escabroso terreno sin

tropezar con datos y juicios equivocados, importa rectificar algunos muy admitidos al hablar de Lope de Rueda y del estado en que se hallaba por aquellos días el teatro nacional.

Tal es el fin á que se dirigen estos renglones, en los que necesariamente hay que dar á la investigación laboriosa, no siempre fácil, algo más que á los vuelos y arrobatos de la fantasía.

Como punto de partida cumple recordar aquí textualmente las palabras de Cervantes; las cuales desde que aparecieron en el *Prólogo al lector* puesto al frente de la imperfecta edición príncipe de sus *Comedias*, hecha en esta corte por la viuda de Alonso Martín el año de 1615, han sido el principal fundamento de cuanto se ha escrito de Rueda: «Los días pasados (dice aquel incomparable autor, recogido de las musas) me hallé en una conversación de amigos donde se trató de comedias y de las cosas á ellas concernientes; y de tal manera las subtilizaron y atildaron, que, á mi parecer, vinieron á quedar en punto de toda perfección. Tratóse también de quién fué el primero que en España *las sacó de mantillas y las puso en toldo, y vistió de gala y apariencia*. Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla, y de oficio batilhoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces, ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja; y aunque, por ser muchacho, yo entonces no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, visto ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho.... En el tiempo deste célebre español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más ó menos. *Las comedias eran unos colochos, como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas y dilatabanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de ruñán, ya de bobo y ya de vizcaíno; que todas estas cuatro figuras, y otras muchas, hacía el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. No había en aquel tiempo tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos, á pie ni á caballo. No había figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual componían cuatro bancos en cuadro, y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmas; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra algún romance antiguo. Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba, donde murió, entre los dos coros, donde también está enterrado aquel famoso loco Luis López.»*

Hasta aquí Cervantes.

El regocijado autor del *Viaje entretenido*, cuyo testimonio invocan también como grande autoridad casi todos los que hablan de Lope de Rueda ó se proponen dar idea del estado del teatro en vida de tan peregrino ingenio, se ex-

presa de esta suerte en su famosa loa escrita en alabanza de la *Comedia*.

«Y porque yo no pretendo  
Tratar de gente extranjera,  
Si de nuestros españoles,  
Digo que Lope de Rueda,  
Gracioso representante  
Y en su tiempo gran poeta,  
Empezó á poner la farsa  
En buen uso y orden buena;  
Porque la repartió en acios,  
Haciendo á introito en ellos,  
Que ahora llamamos loa,  
Y declaró lo que eran  
Las marañas, los amores;  
Y entre los pasos de veras  
Mezclados otros de risa,  
Que porque iban entre medias  
De la farsa, los llamaron  
Entremeses de comedias;  
Y todo questo iba en prosa  
Más graciosa que dicería.  
Tatában una galarra,  
Y esta nunca salía fuera,  
Bino adentro, y en los blancos,  
Muy mal templada y sin cuerdas  
Ballaba á la postre al bobo,  
Y sacaba tanta lengua  
Todo el vulgacho, embobado  
De ver'cosa como aquella.»

Los datos reunidos en las anteriores citas son de dos clases: biográficos ó históricos. Empezaré por hacerme cargo de los primeros, y después procuraré demostrar cuánto yerran aquellos escritores que únicamente se apoyan en los segundos al apreciar las circunstancias del teatro español y los medios materiales de que disponía en el siglo xvi.

Las noticias que nos suministra Cervantes dan á conocer la patria y profesión de Lope de Rueda; su extraordinario talento de poeta y representante; los papeles en que más sobresalía; la ciudad en que terminó su existencia, y el augusto lugar donde fué enterrado. Sin estas ligeras indicaciones de aquel portentoso ingenio, acaso ignorásemos todavía algunas de esas particularidades; pues si Amador de Luyssa, en el soneto que precede á la *Comedia llamada Eufemia*, declara que Rueda fué sevillano, y Francisco de Ledesma, en otro soneto impreso en la última hoja de la *Comedia llamada de los engañados*, dice que falleció en Córdoba; ni éstos ni Juan de Timoneda expresan en la edición de tales obras, hecha en Valencia el año de 1567 (la cual hasta ahora reconocen todos como edición príncipe), el primitivo oficio de aquél á quien su amigo y colector el mismo Timoneda, también poeta famoso de aquella edad, denomina con razón harta «piélagos de las honestísimas gracias y lindos descuidos, único y sólo entre representantes, luz y escuela de la lengua española.»

De Cervantes, pues, que no de las antiguas ediciones de Lope de Rueda (rarísimas aun entre los más diligentes bibliógrafos), han ido todos copiando tales noticias de dos siglos y medio á esta parte; ya expresando de quién las tomaban, como Nicolás Antonio, ya omitiéndolo, como Arana de Vallera, Moratin, Colón y Colón, y otros. ¡Lástima que en tan dilatado tiempo no se creyese necesario recurrir á las fuentes para comprobarlas ó ampliarlas y esparcir alguna más luz sobre la vida del poeta!

Sólo un dato, con cierto carácter de auténtico, añaden los



BELLAS ARTES. — ¿VENDRÁ? — Cuadro de C. Becker. — (De fotografía de la «Sociedad fotográfica Berlinesa».)

modernos biógrafos á los que nos suministra el inmortal autor del *Quijote*: y es, que en 1558 se hallaba Lope de Rueda en Segovia, donde el 15 de Agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, representó una gustosa comedia en las fiestas celebradas con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento á la nueva catedral. El primero que da esta noticia, recogida en la *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, fruto de la verídica y elegante pluma de Diego de Colmenares, es, si mal no recuerdo, el bibliotecario don Casiano Pellicer en su diminuto y superficial *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la Comedia y del Historionismo en España*, bien que callando el día de la representación y equivocando el año, pues supone que se efectuó aquella sagrada ceremonia en 1557. Al rectificar el yerro, nuestro sabio D. Martín Fernandez de Navarrete añade estos renglones á continuación del texto de Colmenares: «Vemos, pues, á Lope de Rueda representando con su compañía en Segovia cuando Cervantes tenía once años de edad, y no sería extraño que, residiendo sus padres en Alcalá, hubiesen ido con sus hijos á ver unas funciones que de tal modo atrajeron gente de toda Castilla. En vista de esto es de inferir que Lope continuase sus representaciones por las principales ciudades comarcanas, como Toledo, Alcalá, y especialmente Madrid, donde se fijó la Corte hacia el año de 1560, y donde probablemente concurrió á oírle el famoso Antonio Pérez, como se infiere de dos lugares de sus cartas que explicó el Sr. Ríos, aunque equivocando la época.»

Corta edad era sin duda la de once años para que la retentiva de Cervantes hubiese podido entonces recoger y guardar los versos pastoriles de Lope de Rueda que aún recordaba en la vejez. Pero siendo muy verosímil, como indica Navarrete, que en los subsiguientes años recorriese el gran cómico sevillano las principales ciudades de Castilla, entre las cuales era importantísima por aquellos días la antigua Compluta, de quien se tiene por segura que fué cuna y residencia del príncipe de nuestros ingenios, en ella pudo éste oírle recitar sus *coloquios* y *pasos* á la edad en que, despierta ya la inteligencia, se abre el corazón á toda clase de goces poéticos, dándoles acogida en el alma con entusiasmo juvenil que los grava para siempre en lo más íntimo de nuestro ser.

Envueltos aún en oscuridad los primeros años de Cervantes; teniendo visos de posibilidad la idea de que comenzara á estudiar en Alcalá de Henares, su patria, parece, en efecto, muy probable que allí ó en Madrid, donde la corte fijó su residencia por los años de 1560, es decir, seis años antes de aquél en que seguramente había fallecido ya nuestro gran Lope, le viese el futuro manco de Lepanto contrahacer las figuras del *bobo* y del *riccaino*, admirando el atractivo de sus agudezas cómicas y deleitándose en aplaudirlas, cual si secreta voz le dijese que aquel festivo pintor de la naturaleza humana era uno de sus más ilustres precursores. También es presumible que le oyese recitar por entonces en alguna ciudad de Castilla el después famosísimo secretario de Felipe II Antonio Pérez, fautor de tantas maldades y escándalos, el cual, según observa Navarrete, no nació en 1544, sino en 1549; de donde resulta que al morir el gracioso autor de la *Medora* sólo tenía Pérez unos diez y seis años, y por lo tanto no estaba en edad ni en posición de hacer representar á Rueda en la corte, aunque el Barón de Schack

diga, con visible error, que lo cuenta en sus cartas el mismo Pérez.

La seguridad con que fija Moratín el año en que Rueda escribió cada una de sus piezas, estampando que corrió con su reducida compañía las provincias y principales ciudades de España, y enumerando las poblaciones de cuenta donde representó con extraordinario aplauso del público sus mismas obras, carece de sólido fundamento; no apoyándose, á mi ver, en cimiento más firme la terminante aseveración del propio Moratín, según la cual «floreció Lope de Rueda desde los años de 1544, en que empezó á darse á conocer, hasta el de 1560 en que probablemente murió.» Ni el texto de sus *comedias*, *coloquios* y *pasos* da luz para determinar con certeza en qué año se escribieron, ni hay documento conocido que acredite cuando empezó á florecer en la escena el bathoja de Sevilla, aunque sospecho, con algun motivo, que hubo de ser antes de 1544; ni falleció en 1560, pues poseo un documento inédito donde consta que en 1561 representó en Toledo los autos del Corpus. Por grande que fuera la precocidad de Antonio Pérez, mal hubiera podido formar atinado juicio del mérito de Rueda habiendo éste dejado de existir antes de cumplir aquel doce años. Nuestro elegante Inarco Celenio (á quien siguen ciegamente D. Alberto Lista y D. Cayetano Alberto de la Barrera, y al que somos deudores de tantas curiosas noticias concernientes á los orígenes del teatro español) se habría hecho aún más acreedor al aplauso de los doctos no arrojándose á dar por cosa enteramente averiguada lo que en realidad no pasa de simple conjetura, y procurando en casos como el presente acreditar su dicho con pruebas capaces de disipar hasta la menor sombra de duda. Ningún esfuerzo para poner los hechos en su verdadero punto se hubiera estimado prolijo tratándose de Lope de Rueda, figura tan importante que forma época en la historia del teatro nacional. En estas materias siempre será para la buena crítica preferible omitir lo que no se sabe de fijo, ó declarar francamente que se ignora, á dar por exacto lo incierto y por seguro lo que aún está mal depurado.

En cuanto á mi confesare con ingenuidad que ha sido inútil cuanto he hecho por adquirir en Sevilla y Córdoba noticias de Lope de Rueda que añadiesen algo á las ya vulgarizadas, ó que sirviesen cuando menos para demostrar su exactitud. Ni he tenido mejor fortuna en Segovia; antes bien se ha desvanecido en gran parte la esperanza que abrigaba al escribir el prólogo de las *Farsas y Églogas* de Lucas Fernandez. Entonces tuve ocasión de manifestar que había efectuado más de un viaje á la ciudad del Eresma con el exclusivo objeto de inquirir si el archivo de su Catedral guardaba la pieza representada entre los dos coros por la compañía de Lope de Rueda en 1558, persuadido de que, existiendo, me permitirían copiarla. También deploré entonces amargamente no haber conseguido saberlo de positivo, ni logrado siquiera copia del título del poema, ni obtenido la menor noticia de los gastos ocasionados á causa de tal representación. Érase tanto más sensible el mal éxito de mis reiteradas gestiones, cuanto que un respetable amigo mío, dignidad entonces de aquella santa iglesia, me hizo entrever que la obra debía custodiarse allí realmente. Efectuado al fin en los primeros meses del año 68 un detenido y escrupuloso reconocimiento de los papeles relativos á la época en que se consagró y abrió al culto la nueva Catedral, me

persuadi de que no existe en su archivo la mencionada comedia.

Sin poner en duda el hecho de la representación, por referirlo un escritor tan puntual como Colmenares, hijo y cronista de aquella ciudad (el cual es de presumir que pudiera ver y registrar con holgura todos los papeles antiguos necesarios para entretejer su historia), parece cosa extraña que en las *Cuentas de Fábrica* correspondientes al año de que se trata no se encuentre partida alguna relativa al coste del teatro erigido entre los coros, siendo así que aparece anotada en ella hasta la insignificante suma de dos ducados que en 27 de Agosto se dieron al campanero por tocar las campanas en las fiestas de la traslación; ni se halle en las actas capitulares (que registran determinaciones como la de 11 de Agosto para que vieses los Comisarios en qué sitio se colocaría un tablado donde el día 15 pudiera estar con comodidad la Condesa de Chinchón) rastro de acuerdo tocante á la comedia ejecutada en la iglesia misma, ni al contrato que naturalmente debió celebrar el Cabildo con el autor de la compañía llamada á representarla. De estos contratos de corporaciones eclesiásticas y seglares con los autores de compañías cómicas pudiera citar muchos ejemplos, y entre otros un memorial del italiano Mucio pidiendo al Ayuntamiento hispalense la paga de su compañía, que en 1538 (nótese bien la fecha) se había encargado de la representación de *autos en dos carros* por la estación del Corpus; curioso documento que existe en el Archivo municipal de Sevilla.

Sea de ello lo que fuere, ¿cómo no lamentar la pérdida de una obra que probablemente escribiría el mismo Lope de Rueda, y que, por la ocasión y el lugar en que hubo de representarse, debía pertenecer al género alegórico, tan común entonces en las fiestas eclesiásticas; como lo prueba el *entremés* ejecutado en nuestra Iglesia primada cuando en 1556 recibió el capelo el Arzobispo Juan Martínez Siliceo, maestro del gran Felipe II?

Si la *gustosa comedia* de la catedral segoviana llega á parecer algún día, me figuro que ha de dar á conocer una nueva faz del flexible talento cómico de Rueda, tal vez mostrando que quien tan admirablemente ponía de bulto los grotescos caracteres de que habla el autor del *Quijote*, era capaz de interpretar con igual primor otros de distinta naturaleza.

Pero dejemos el campo de las suposiciones y conjeturas, y veamos lo que hay de verdad en el bosquejo que Cervantes y Rojas hacen del teatro español en tiempos de Lope de Rueda. La opinión de tan esclarecidos autores, únicos á quienes suelen referirse los que tratan del asunto, era común á otros en los últimos años del siglo XVI y primeros del siguiente. Para convencerse de ello bastará poner atención en las *Alabanzas de la Comedia* que se hallan al fin de *Las seiscientas Apotequas* de Juan Rufo, impresas en Toledo por Pedro Rodriguez en 1596, y de las cuales no han hecho mención nuestros historiadores literarios. Comparando con la pobreza antigua el esplendor y lustre de las comedias de entonces, en que, á juicio del discreto jurado, *raros escritores* sembraban sus riquezas

Cantando heroicas proezas  
Y á veces tiernos amores,

el poeta cordobés traza este lastimoso cuadro del estado de nuestra escena poco despues de mediar el siglo de oro de las letras españolas; cuadro anterior y muy parecido al que bosqueja el farsante madrileño en su *Viaje entretenido*:

« ¡Quién vió, apenas ha treinta años,  
De las farsas la pobreza,  
De su estilo la rudeza  
Y sus más que humildes paños!  
¡Quién vió que Lope de Rueda,  
Inimitable varón,  
Nunca salió de un mesón  
Ni alcanzó á vestir de seda!  
Seis pellicos y cayados,  
Dos flautas y un tamborino,  
Tres vestidos de camino  
Con sus fletros gironados;  
Una ó dos comedias solas,  
Como camisas de pobre:  
La entrada á tarja de cobre,  
Y el teatro casi á solas,  
Porque era un patlo cruel.  
Fragua ardiente en el estío,  
De invierno un helado río,  
Que aun agora tiemblan dél.  
Y porque estaba aun dudoso,  
Si un oyente siendo lustre,  
Ú de razonable lustre,  
Incurria en livencioso.»

Por lo común estas noticias de Juan Rufo corren parejas con las de Cervantes y Agustín de Rojas, aunque en algo se acerquen más á la verdad. La prueba de cuánto se equivocó el autor de la *Austriada* al suponer que Lope de Rueda

Nunca salió de un mesón,

está clara y patente en el hecho de haber mostrado su talento aquel supremo representante en el lugar más augusto posible, en el interior de una catedral, el día de su solemne consagración. Ni hay para qué detenerse á rebatir la especie de que el insigne batihója

Repartió en actos la farsa  
Haciendo *introbto* en ella.

porque ya han deshecho esta equivocación de Rojas don Casiano Pellicer, Martínez de la Rosa, Lista, Schack y otros. Fuera de que con abrir las comedias de Rueda, divididas sólo en *escenas*, ó acudir á la *Propaladia* de Torres Naharro (á quien algunos historiadores del teatro suponen posterior al sevillano Lope (1), cuando floreció sobre cincuenta años antes), puede convencerse cualquiera de que el *introbto* era cosa corriente en comedias españolas desde fines del siglo XV.

No, Lope de Rueda no fué el primero que *sacó las comedias de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia*, diga lo que quiera Cervantes. Lope de Rueda no

Empesó á poner la farsa  
En buen uso y orden buena

aunque lo afirme Agustín de Rojas y lo hayan repetido despues casi todos, copiándolo unos de otros. Equivocanse grandemente aquellos que, por no pararse á reflexionar,

(1) En tan grave error ha caído también recientemente el benemérito escritor francés Germond de Larigne, suponiendo que Torres Naharro *sobrevivió á Lope de Rueda*, y que hacia 1570 perfeccionó los teatros. Así lo afirma en el *prefacio de La Comédie Espagnole de Lope de Rueda*: Paris, 1883.



EL BOTE SALVA-VIDAS. — (ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)

creer, con Martínez de la Rosa, que el testimonio del citado Rojas tiene mucho peso en estas materias, porque, según palabras textuales del autor del *Elipe*, «era muy aviesado autor y representante, y poco posterior á Lope de Rueda, á quien probablemente alcanzaria en vida», y porque «son muy apreciables y dignas de crédito las noticias que dejó sobre el estado del teatro y de su profesión por aquellos tiempos.» El crédito que merecen las relativas á Lope de Rueda y á su época está á la vista.

Y se comprende bien que suceda así en muchos de los particulares que toca relativos á puntos relacionados con la historia del teatro; porque ni Rojas, que nació años después de muerto Lope de Rueda, se propuso más que hacer un libro para dejar *algua entretenimiento* á sus amigos, remitiendo en él las diversas *loas* que tenía compuestas y había recitado de pueblo en pueblo mientras vivió de la farsa, ni Cervantes aspiró en el *Prólogo* de sus Comedias á la puntualidad de historiador, sino á referir sencillamente los recuerdos de su juventud. Si en aquel escrito, donde empieza por declarar que va á salir algún tanto de su acostumbrada modestia, exagera la rudeza de anteriores representaciones, es, sin duda, para más encarecer la importancia de sus primeras obras dramáticas, y lo mucho que contribuyeron al progreso de la escena. Desahogo disculpable en quien, sintiéndose capaz de tan grandes cosas, se consideraba como arrojado del teatro, y veía convertidas sus comedias en blanco de amargas é injustas censuras.

Antes de Lope de Rueda había en España autores de obras representables, sin necesidad de recurrir al ya citado extremeño Torres Naharro (con cuyas comedias tienen las de aquél cierta esencial semejanza), que no le cedían en conocimiento de la naturaleza y del arte.

Partiendo del mismo punto, aunque en dirección más ideal, varios de esos ignorados ó mal juzgados predecesores del gracioso poeta y actor andaluz consiguen realizar una belleza á que debían dar posteriormente más brillo, mayor pompa y boato el fénix de los ingenios y sus imitadores; pero sin aumentar quilates al mérito que la realizaba, y más bien haciéndola perder mucho del genial vigor y poética naturalidad. Á carecer de otros testimonios, la *Farsa en coplas*, de Alonso de Salaya, no citada por ningún bibliógrafo, y la *Tragedia Josefina*, de Miguel de Carvajal (impresa ya en 1535), desvanecerían sobradamente la infundada suposición que combató. La segunda, sobre todo, tiene escenas tan verdaderas, desarrolladas con tan bien imaginado artificio, escritas con tanta sencillez y ternura, que no hay en los grandes dramáticos del siglo XVII nada que las aventaje en retratar con delicado pincel los secretos impulsos del corazón. Si, pues, el teatro anterior á Lope de Rueda se ilustra con producciones de tamaña importancia, ¿puede sostenerse que este ingenuo tesoro de amenidad y de chistes sacó de mantillas las comedias, las cuales, sin necesidad de su ayuda, habían saltado hacia tiempo los andadores?

Innumerables son las piezas escritas con diversas denominaciones desde 1500 á 1560 que no pueden comprenderse en el número de los *coloquios como élogos entre dos ó tres pastores y una pastora*, en que, según Cervantes, se cifran las comedias coetáneas del poeta sevillano. Á las que

registran los interesantes *Catálogos* de Moratín y de Barreira pueden añadirse las muchas desconocidas de ambos eruditos mencionadas en el *Prólogo* de las *Farsas y Élogos de Lucas Fernandez*; perteneciendo también á la época misma de Rueda las de su paisano Juan de Mallara, y la notable *Comedia de Sepúlveda*, que aún permanece inédita, y que se hubo de componer antes de 1547.

En varias de esas producciones, y muy señaladamente en la última, se emplea el resorte popular. Semejante circunstancia pone de bulto el yerro en que Ticknor incurre, no sólo cuando aventura que «exceptuando las representaciones dramáticas de carácter religioso, hechas bajo los auspicios de la autoridad eclesiástica, nada se habla aún intentado en que tuviese parte el pueblo», sino al sostener que Lope de Rueda fué quien acometió la empresa de efectuar semejante cambio.

Y ya que incidentalmente ha salido á plaza la *Comedia de Sepúlveda*, escrita en galana prosa, cumple desvanecer aquí otro error acreditado por la docta pluma de Moratín. «La prosa familiar aplicada al teatro (dice el autor de *El sí de las niñas* refiriéndose á Lope de Rueda) no había tenido hasta aquella época escritores que la cultivasen, y este mérito le reservó la naturaleza precisamente en favor del que parecía menos dispuesto á conseguirlo. Un sevillano, hombre del pueblo, sin maestros, sin estudios, aplicado á ganar la vida en un ejercicio mecánico, hizo en la escena española una innovación plausible y abrió á los autores dramáticos un nuevo camino que no acertaron á seguir.»

El nuevo camino de escribir las comedias en prosa no lo abrió Lope de Rueda. Moratín mismo da en su *Catálogo* idea de una comedia *Serajina* distinta de la de Torres Naharro, impresa en Valencia por Jorge Costilla en 1521; y si bien presume que nunca se representase composición tan obscena, hace notar que el autor *hubo de suponer que podría ponerse en el teatro*.

Además, la *Comedia de Sepúlveda*, también escrita en muy buena prosa, data, por lo menos, de la misma fecha que las más antiguas de Rueda; es, como ellas, imitación de las que producían entonces las musas italianas, dado que se asemeja en más de un punto á *El Nigromante* de Ariosto, y deja ver en su interesante diálogo tal vez más fogosidad y verdad afectiva, mayor conocimiento de los efectos escénicos, y no menor dominio en el manejo del idioma.

Demostrado ya que antes y en tiempo de Lope de Rueda contaba el teatro español con obras de igual ó más complicado artificio que las del famoso batiboga; siendo notorio que por aquellos días nuestros farsantes representaban la *Castidad de Susana*, interviniendo en la fábula diez y nueve personajes, y la *Tragedia de Lucrecia*, en que, más de la heroína, se introducen ambos Tarquinos, Colatino, Lucrecio, Junio Bruto, Publio, Valerio y otros interlocutores; pudiéndose afirmar con pruebas irrefutables que las musas teatrales cultivaban entonces en nuestra patria, con más ó menos perfección, con mayor ó menor tino, y á veces con maravilloso instinto dramático, todos los géneros llevados con posterioridad al apogeo, ó desnaturalizados y viciados por el ansia de producir mucho prefiriendo la novedad y el vulgar efecto á la representación de figuras humanas dotadas de verdadera realidad poética, veamos si los teatros y el ajuar de las compañías eran como los pinta Cervantes.

El Barón de Schack tiene por probable que el autor del *Quijote* sólo viese representar á Lope de Rueda los *pasos y élogos* en verso, no las *comedias y coloquios* en prosa, con personal más numeroso y asuntos más variados, é inclinase á pensar lo contrario de lo que dice el príncipe de nuestros ingenios, porque en ciertas comedias, como *La Eufemia* y *Los Engaños*, de nada habrían servido los trajes pastoriles, y hubiera sido imposible representar *La Armelina* sin un aparato escénico más complicado.

La observación es muy justa. De poco habrían servido los cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado, las cuatro barbas y cabelleras y los cuatro cayados de que habla Cervantes, para aderezar y caracterizar al feroz Tarquino, á la romana Lucrecia, á la bíblica Susana, ó bien á la doncella disfrazada de paje y á los galanes y caballeros de la *Comedia de Sepúlveda*. Cuatro miseros pellicos eran, en efecto, muy poca cosa para vestir á los diez y nueve interlocutores de la *Historia de Sancta Susana* aunque se hubiese hecho con ellos lo que con las monteras de Sancho. Y no se alegue que nuestros representantes en todo pensaban en aquella era menos en poner en armonía el traje de las diversas figuras con el usado en los tiempos á que se refiere la acción. En este punto hay sin duda mucha diferencia entre lo que hoy se exige á los actores y lo que entonces pasaba con los farsantes; no siendo ni verosímil que pidiera nadie á sus vestidos histórica propiedad, cuando los príncipes de mayor ilustración no la echaban de menos en las tablas, lienzos y frescos de los más grandes pintores. Mas téngase por indudable que á la sazón existía en el atavío de los cómicos cierta propiedad relativa, fundada en la diversa condición social de los personajes.

Fuesen griegos ó romanos, modernos ó antiguos, y siempre acomodándose al uso corriente en cuanto á la forma, vestíanse al príncipe como príncipe, el soldado como soldado, el pastor como ovejero. Así lo dan á entender las viñetas ó figurillas que al frente y entremedias de las farsas impresas aspiraban á dar idea de los interlocutores, sin que pueda estimarse inexacta la observación porque en obras diferentes aparezcan reproducidas unas mismas láminas. Fuera de que no empleada vestimenta adecuada á la diversa condición de aquellos habría sido imposible representar ciertas escenas que se fundan en el cambio de vestidos, como acontece en la *Comedia de Sepúlveda* cuando el astuto Parrado se aprovecha de la ropa del Nigromántico para buclar á su celosa consorte. ¿Habrá dispuesto una ley, promulgada en 1534 por el Emperador Carlos V y su madre D.<sup>a</sup> Juana, que lo prohibió y mandado en ella sobre el lujo de los trajes se entendiese asimismo «con los comediantes, hombres y mujeres, músicos, y las demás personas que asisten en las comedias para cantar y tañer», si todos los aparatos de un autor se hubiesen encerrado entonces en un costal, cifrándose en cuatro pellicos y en cuatro barbas y cabelleras?

Lo mismo que en esto se equivoca Cervantes al describir lo que eran nuestros teatros. No ya durante la primera mitad del siglo XVI, sino al principio del siguiente, cuando el monstruo de la naturaleza avasallaba la escena, llenando el mundo con la fama de su prodigiosa fecundidad, las compañías ambulantes improvisaban en pueblos y aldeas teatros tan humildes, y aún más, si cabe, que el descrito por el autor del *Quijote*. Y sin embargo, véntele años antes de esa época

se hacía un cargo al secretario Antonio Pérez por haber tenido en las comedias, todo el invierno de 1581, «un aposento, aderezado con tapices y sillas, que le costaba cada día treinta reales», al cual asistió más de una vez con la Princesa de Éboli.

Cuando aún no se habían habilitado en Madrid para representaciones cómicas los corrales de la *Pacheca* y de *Burquillos*, existían ya en Sevilla y Valencia teatros estables de cierta amplitud, sin los cuales no se habrían podido representar las mejores obras de aquel tiempo. Desde el descubrimiento de América era Sevilla el lugar más populoso, de mayor comercio y más rico de España; y por consecuencia, junto con mayor ociosidad y disipación, había en él más incentivos para las artes agradables. La afición á las comedias fué siempre tan grande en la capital de Andalucía, que, no ya en teatros públicos, sino en casas particulares, se representaban allí desde el reinado de Carlos V en condiciones muy diversas de las descritas por Cervantes. El diálogo que sirve de introducción á la *Comedia de Sepúlveda* manifiesta que en Sevilla las comedias se ejecutaban por la noche, en casa donde solían desde muy temprano llenarse todos los asientos hasta el punto de haber de cerrar las puertas para impedir mayor afluencia de gentes, entrándose cualquier poetaastro á ver la representación, como por derecho propio, con sólo haber hecho dos coplas mal trobadas ó torcidas, según dice uno de los interlocutores de dicha comedia. ¿Necesitaré esforzar el argumento, cuando viene á corroborar mi opinión el testimonio irrecusable, aunque desconocido hasta ahora, de un poeta cómico sevillano anterior á 1547?

Por lo mismo que en aquella edad pugnaba el teatro profano por sobreponerse al religioso, procurando anular su influjo en la multitud y cobrando cada día mayores vuelos, puede razonablemente presumirse que no desperdiciaría ocasión de utilizar para sus fines los elementos que daban tanto esplendor á las representaciones eclesiásticas. Cuáles eran estos poco después de mediar un siglo tan fecundo en maravillas, nos lo dice el *Auto de San Justo y Pastor*, compuesto por Francisco de las Cuevas, representado en las célebres fiestas con que recibió Alcalá de Henares en 1568 las sagradas reliquias de sus patronos.

Y pues ya hemos visto cuán erróneas son las noticias de que se han servido hasta hoy los que han tratado de este asunto, al apreciar lo que era el teatro español mientras vivió Lope de Rueda, fijemos la atención en sus obras.

Siendo, como es, el poema dramático expresión poética de la verdad humana, fácilmente se concibe que ningún otro le supere en importancia como documento histórico. No ya cuando el drama corresponde á su propio sér inspirándose y nutriéndose en el espectáculo de la vida real para depurarla y reducirla á formas artísticas cimentadas en base tan duradera, sino hasta en aquellos días en que se aparta del profunda estudio y atinada representación del hombre, procurando suplir con exuberante pompa lírica la carencia de pasiones y caracteres tomados del natural, siempre contiene alguna indicación, algún rasgo por donde venir en conocimiento de cómo pensaba y sentía el público llamado á juzgarlo, ó de cuál era el espíritu, cuáles las costumbres

predominantes en la patria del poeta. Se ha dicho, no sin razón, que si poseyéramos suficiente número de novelas y comedias griegas y romanas, por ellas habíamos de conocer la antigüedad mejor que por las bien compuestas historias de Herodoto y de Livio, de Xenofonte y de Tácito.

Las comedias, sobre todo, son como espejo donde más ó menos claramente se reproduce la fisonomía del pueblo á quien se destinan. De no ser así, el espectador que al verse moralmente retratado no se reconociese en el trasunto, acabaría por tener en poco el espejo y lo arrojaría con desdén. Esta índole esencial del drama, que lo hace de condición superior á los demás partos del ingenio, pues no hay ninguno que más necesite dar á los seres fantásticos espíritu y movimiento capaces de competir con la realidad y aventajarla poniendo en relieve las ridiculeces ó excelencias de las costumbres sociales, dice con harta elocuencia que ni la poesía lírica, ni la épica, ni la novela misma, que también ha de buscar en lo real su principal alimento, reflejan la vida interior del hombre con la claridad é intensidad del poema dramático, ni dan como él la clave para descifrar arcanos históricos de difícil explicación.

Lope de Rueda es ejemplo vivo de esta verdad.

Á diferencia de lo acaecido en Francia, donde el afán de imitar la literatura italiana sofocó desde los albores del Renacimiento el libre impulso de la inspiración nativa, nosotros, que seguimos también las corrientes de Italia por virtud de las conquistas del Gran Capitán y de las subsiguientes y cada vez más estrechas relaciones de España con tan hermosa península, tomamos no poco de su teatro; pero supimos acomodarlo mejor que los franceses á la propia índole, descartando de nuestras imitaciones el espíritu escéptico, frío y groseramente burlón que á principios del siglo XVI afeaba casi todas las comedias de los poetas italianos. No quiere eso decir que falten en nuestro antiguo repertorio dramático tristes ejemplos de la vergonzosa inspiración que se deleita pintando en toda su desnudez los horrores y fealdades del vicio; pero, por punto general, aún las más lubricas piezas españolas de aquellos tiempos carecen de la diabólica intención que descubren las de Cecchi, Maquiavelo, Arétino y otros compatriotas suyos de alta nombradía. De ellos aprendimos el arte; á ellos imitamos directamente en la manera de disponer y desarrollar el drama; sus novelas y comedias dieron no pocas veces asunto á nuestros primeros vates. Mas á pesar de tenerlos por maestros (como todos ó casi todos los demás pueblos de Europa), nunca renegamos de las peculiares condiciones de nuestra genial inspiración, ni subordinamos á ideas extrañas nuestro modo de pensar, ni permitimos que el extranjero despotizase en nuestros usos y costumbres, ni llegamos á prescindir sistemáticamente del respeto debido á la religión de nuestros padres. ¡Cuánto mejor no hubiera sido, en vez de malgastar el tiempo y desaprovechar la erudición esforzándose inútilmente por demostrar que en materia de teatro llevamos á Italia la delantera (opinión sostenida con empeño por famosos eruditos españoles del siglo anterior y del presente), haber apreciado con espíritu sereno hasta qué punto nos fué entonces perjudicial ó ventajoso el influjo de aquella literatura! ¿Consiste acaso el patriotismo en halagar sin fundamento la vanidad nacional, exponiéndose á justas reconvenciones de los agraviados por tan temerarios juicios?

Timbres nacidos de la mentira ó del error no pueden honrar ni satisfacer á nadie.

La afluencia de mercaderes genoveses que mantentan trato y frecuente comercio con Italia, hizo aún más común en Sevilla el conocimiento de su idioma, y contribuyó también á difundir el deseo de estudiar la literatura de un pueblo que hablaba tan rica y hermosa lengua. Superior entonces el teatro italiano á todos los demás de Europa, aunque tocado, por desgracia, de mal espíritu, ¿cómo no había de introducir en el alma de los escritores sevillanos algo de su virus ponzoñoso, existiendo en aquel emporio de riqueza y cultura hombres como Rodrigo de Valero y el canónigo Juan Gil, vergonzantes partidarios y secretos propagadores de la secta luterana? Las comedias de Arétino, tan encomiadas é imitadas en la de *Sepúlveda*, formaban allí las delicias de casi todos cuantos escribían para la escena. ¿Y qué viene á ser, en resumen, el teatro de Arétino? La más acabada expresión de la licencia, que, sin atreverse á romper abiertamente con la fe religiosa, arraigadísima en el corazón de Italia, se aprovecha del grito de rebelión que halla tanto eco en algunos pueblos del Norte, no para desahogarse contra el dogma, ni acaso contra la Iglesia, mas para degradar ó envilecer las más elevadas jerarquías eclesiásticas, para romper la traba del respeto á la moral, á las costumbres, al honor, á la decencia, á todo lo que puede contener en límites decorosos al hombre sociable y distinguirlo de las bestias sujetas á los apetitos del vientre. ¡Hermoso fruto, que produce la semilla protestante aún en países católicos!

Á las sugestiones de este mal espíritu debió ceder nuestro batilhoja cuando escribió *las cosas no lícitas y mal sonantes* que quitó de sus comedias el ilustre colector valenciano Juan de Timoneda al «ponellas en orden y sometellas bajo la corrección de la sancta madre Iglesia.»

Á pesar de haber seguido tan de cerca á los italianos, Lope de Rueda es un poeta eminentemente español. Explícase este fenómeno considerando las varias fuentes en que bebió su inspiración, los diversos elementos que constituyen sus obras, y más que nada, quiénes fueron sus maestros. Extraña parecerá esta opinión al que recuerde lo que ha dicho Moratín. Según él, Lope de Rueda fué un hombre del pueblo, *sin maestros y sin estudios*. Pero aunque fuera cierto, cosa punto menos que imposible de esclarecer (porque no han llegado á nosotros más noticias que las ya mencionadas, é ignoramos por completo los pormenores de su educación y juventud), siempre quedaría demostrado, por el mismo proceso de sus escritos, que no va fuera de juicio mi parecer.

Sin estudiar con ningún donante ni cursar en ningún aula puede el hombre hacer estudios y tener maestros que influyan poderosamente en el desarrollo de su inteligencia, en la formación de su carácter y de su gusto, en la dirección y objeto de sus obras. Estos maestros (más eficaces, por lo común, que cualquiera otro) son los que él mismo se busca por la natural tendencia de su ingenio ó por la corriente de sus aficiones. De donde se deduce que Lope de Rueda tuvo maestros, y que, á fuer de discípulo aprovechado, los supo sacar airoso. Uno de ellos fué el teatro italiano, del cual, no sólo copió el argumento de sus cuatro comedias (hecho que me parece indudable, aunque no tenga todavía entera comprobación, y aunque historiadores y cri-



S. BREND'AMOUR, X.A.

BELLAS ARTES.—«ESTUDIO» POR LERBACH.—(Grabado de Brend'amour.)

ticos le hayan buscado otra procedencia y distintas semejanzas), ¡sino un cierto no sé qué de demasiadamente artificioso en el giro y construcción de la frase cuando las personas que hablan se expresan en estilo levantado. El otro maestro de Rueda fué el famoso libro llamado *Celestina*, de quien dice un erudito alemán que, en la pintura de caracteres y en la propiedad del lenguaje puesto en boca de cada interlocutor, excede en mucho á cuanto nos ha quedado de escritores griegos y latinos. Modelo tan admirable despertó sin duda la vena cómica de nuestro sevillano, impulsándole

á buscar en la naturaleza (primero y principal maestro de quien recibió enseñanza) el prototipo de las figuras vulgares que tan fielmente reproduce y pone en relieve, ya en los pasos que forman *El Delicioso*, ya en los que introduce en las comedias y coloquios pastoriles. Estas dos distintas influencias se dejan ver claro en sus obras; de tal suerte, que en el *Coloquio de Camila* y en el de *Timbrio* hay pasajes que parecen de distintas manos. Tan grande es la diferencia entre el revesado lenguaje y estilo de *Soerato* y el sencillo de *Pablos Lorenzo*; entre el modo encopetado de

expresarse *Mesiflua*, y la encantadora naturalidad de *Ginesa* ó del simplicísimo *Leno*. En la pintura de estos caracteres vulgares, ni Cervantes mismo excede á nuestro poeta. Diríase que los fotografiaba moralmente, según se muestran parecidos á la realidad humana. De *Leno* y *Pablos Lorenzo* aprendió á estropear vocablos Sancho Panza, y á pesar de su extraordinario chiste, no excedió en gracia ni en donaire á sus humildes maestros.

Inclinado Lope de Rueda por natural disposición á lo verdadero, enemigo de lo falso, paga, sin embargo, tributo á la entonces predominante influencia de los libros de caballerías, en las disparatadas escenas de encantamientos que dan al *Coloquio de Timbria* tan extravagante colorido.

Schack encuentra en las obras de Rueda poca arte y poca poesía, porque pinta las personas con el carácter que tienen en la realidad. Precisamente por eso debió encontrarlas tan admirables Cervantes, el más gran conocedor y pintor de los misterios de la vida humana y de las virtudes, flaquezas y vicios de los hombres. Ni Plauto ni Lucas Fernández (que acaso le supera en retratar al *fanfarrón*) dan á conocer los varios matices de esta graciosa figura con el vigor y poética realidad con que los ofrece Rueda, ya le apellide *Vallejo*, como en *La Eufemia*, ya *Gargullo*, como en *La Medora*. Lo mismo sucede con las negras *Eulalia* y *Fulgencia*; con la *Gitana*, con el simple *Pajares*, con el paje *Grimaldico*, y con la mayor parte de las figuras que intervienen en sus diversas fábulas. Pero aunque menos acertado que en retratar á personas de la plebe, halla también acentos dignos y frases elevadas y tiernas cuando pinta situaciones ó personajes que lo requieren. No pudiéndosele imputar como vicio propio la extraña aparición de deidades paganas en simples comedias de costumbres (en *La Armelina* habla *Neptuno*, y la *Fortuna* en el *Coloquio de Comilla*), por ser tan extravagante mezcla común á no pocas obras en la época del Renacimiento. Más atención y reflexión

merece el hecho, reiterado en tres distintas producciones de nuestro autor (*La Armelina* y los dos citados *Coloquios*), de prepararse al suicidio la heroína de cada cual de ellas, porque estando enamoradas intentan contrariarlas en sus amores. Juan del Encina había llevado también á tan críminoso extremo, por causas semejantes, á los protagonistas de sus églogas de *Zumbardo y Cardanio* y de *Plácida y Victoriano*.

Por lo demás, ni la *Comedia Eufemia* tiene la chocante semejanza que Schack le encuentra con la novela de Boccaccio á que se refiere, ni proviene de otra novela de Bandello (á lo menos en nuestro Rueda) la *Comedia de los engañados*. El cómico andaluz imitó en ella fiel y directamente una pieza italiana, dividida en cinco actos, y generalmente desconocida, titulada *Gl'Inganni* (1); comedia representada en Milán ante la majestad de Felipe II, á la sazón Rey de Inglaterra, el año de 1547. Rueda hizo con esta obra lo que nuestro Ventura de la Vega en *La segunda dama duende* con *Le dominó noir* de Scribe.

El singular mérito de Lope de Rueda consiste en haber pintado al hombre con admirable y exquisita agudeza, no como lo soñaba, sino como lo veía. Si los escritores dramáticos que le sucedieron hubieran seguido por tal camino; si el maravilloso ingenio de Lope de Vega, de Tirso, de Calderón, de Moreto, no se hubiese apartado de esta senda, remontando la fantasía hasta perderse en las nubes sin hacer caso de la tierra, en vez de levantar el vuelo aguzando la vista para tenerla siempre, y muy principalmente, fija en el hombre hasta cuando se engolfaba en las mayores alturas de la exaltación poética, el teatro español del siglo XVII valdría más aún siendo tanto lo que vale.

MANUEL CAÑETE.

(1) *GL'INGANNI*, comedia del S. N. S. Recitata in Milano l'anno 1574. Venetia, MDLXVI.



MARINA.—(ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)

## ¿QUÉ HORA ES?

No cabe duda de que la idea de establecer divisiones y subdivisiones en el tiempo, y por consiguiente, de medirlo, data de la aparición del hombre sobre la tierra, pues aunque no existieran documentos de la más respetable autoridad que así lo acreditan, la naturaleza misma de las cosas deja entrever que no ha podido ser de otra suerte. En efecto, las necesidades de la vida, dentro de las fases cambiantes que revisitan en cada momento histórico, entrañan un fondo común á todos los tiempos y lugares, y por eso la pregunta *¿qué hora es?* transmitida de siglo en siglo desde el albor de las sociedades, es una frase destinada á vivir tanto como la misma humanidad.

La primera medida sistemática del tiempo nació con los fundamentos de la astronomía. Los antiguos egipcios, que en este punto poseían ya conocimientos muy extensos, asignaban al año civil una duración de 365 días, y lo dividían en doce meses de treinta días cada uno, que se completaban al fin del año por cinco días ó *epagómenos*. Esta duración del año, aunque inexacta, puesto que su verdadero valor viene á ser, próximamente, de 365 días y un cuarto de día, fué admitida durante un trascurso inmenso, más bien á causa del respeto que inspiraba una regla sancionada por la costumbre y por los ritos sagrados de aquel pueblo, que á ignorancia del verdadero valor, pues no es de inferir que lo desconociesen, dado que llegaron á medir con bastante rigor otros períodos astronómicos de más difícil determinación.

Para comprender de qué modo se consigue determinar la duración del año, supóngase que se observa el momento en que el Sol, en su carrera anual aparente sobre la esfera celeste, pasa del hemisferio austral al boreal, tránsito que tiene lugar hacia el 21 de Marzo. Repitiendo la observación al año siguiente, se verá que entre las dos observaciones han transcurrido 365 días completos, más un cuarto de día, ó con toda exactitud, 365 días, cinco horas, 48 minutos y 47 segundos y medio. Hay que advertir que este valor no es el que resulta en un solo par de observaciones, como se acaba de describir, sino el promedio obtenido de un gran número de años, con lo cual el error que pudieran entrañar las observaciones queda así muy repartido ó sensiblemente anulado.

En lo que va expuesto no se ha dado al término *día* otra significación que la que vulgarmente tiene. Trátase ahora de fijar bien las ideas sobre la verdadera significación de esta unidad fundamental del tiempo. Tomando las cosas en el sentido ménos técnico, puede decirse que *día* es el intervalo que media entre dos pasos consecutivos del Sol por el

meridiano, ó lo que es equivalente, cuando se quiere una definición más acomodada á la práctica vulgar, el intervalo que media entre dos coincidencias sucesivas de la sombra de un gnomón sobre la línea de las 12 en un cuadrante solar; ó aún más simplificado: si sobre un piso bien horizontal se traza una recta que coincida con la dirección Norte-Sur ó meridiana, y en uno de sus puntos se levanta un estilete vertical, el *día solar verdadero* de que aquí se trata, es el trascurso entre dos pasos sucesivos de la sombra sobre la expresada línea.

Suponiendo que se disponga de un reloj de máquina cuya marcha sea perfectamente uniforme, es decir, en que todas las causas de variación anormal, como son: la influencia del calor, que alarga más ó ménos el muelle ó el péndulo, el rozamiento desigual de los ejes y engranajes, etc., se hallen cuidadosamente corregidas, y si con un reloj que reúna tales condiciones, con un cronómetro, en suma, se mide el intervalo entre dos de los antedichos pasos, no tarda en percibirse que varía de una época á otra del año. La duración del día solar así definido no es, pues, constante; debiéndose esta variación, principalmente, á dos causas: 1.ª á la inclinación del plano de la órbita aparente del Sol sobre el ecuador; 2.ª, á la desigual velocidad con que recorre esta órbita. La explicación del efecto que ambas causas producen no tiene mucho de complicada, si bien exigiría, para ser completa, una larga digresión, por cuyo motivo es preferible prescindir de ella, máxime cuando basta para el objeto aceptar la variación como un hecho, deducido por el procedimiento legítimo y esencialmente práctico de la observación cronométrica que se acaba de exponer.

Pero si la duración del día solar verdadero no es siempre la misma, se preguntará, ¿cuál es, en definitiva, el intervalo que responde á la expresada unidad? Nada más fácil que responder á esta pregunta. Para ello empiecese por observar que aquellas diferencias no son muy considerables, y esto sentado, ocurre desde luego tomar la suma de duraciones de todos los días del año, dividirla por el número de los mismos, y obtener de esta suerte, en promedio, una duración que diferirá poco de la de un día dado, y que, por la razón misma de la sencilla operación aritmética de que procede, deberá llamarse *día medio*; deduciéndose en consecuencia que el *tiempo medio* es el que hace relación á la unidad de este nombre.

Á poco que se reflexione mi será difícil ir descubriendo que este día, y las veinticuatro horas en que se divide, diferirán, en general, del día y horas solares verdaderos, y que su existencia se funda, por decirlo así, en una especie de mecanismo celeste artificial, ni más ni ménos que si otro sol, que bien pudiera llamarse *ficticio*, puesto que no existe, ó con más propiedad *sol medio*, por el papel que desempe-

ña, se encargase de describir con movimiento uniforme su carrera aparente, encontrándose en todo momento delante ó detrás del verdadero, según que éste, por efecto de su marcha desigual, retarde ó acelere respectivamente su movimiento diurno. También puede ocurrir que ambos soles tropiecen, lo cual tiene lugar cuatro veces durante el año, en cuyo caso el día medio y el verdadero son de igual duración y sus horas coinciden.

Despréndese de lo dicho que el sol verdadero efectúa, en general, su paso por el meridiano ántes ó despues que el ficticio, y como evidentemente el único objeto visible del cielo que puede utilizarse en estos casos es el primer sol, resulta que para hacer la referencia al tiempo marcado por el segundo, es indispensable conocer de antemano, para cada día del año, lo que discrepa un paso de otro. A llenar esta necesidad ocurre el cálculo matemático, por cuyo medio es dado construir tablas que den la diferencia del tiempo que ha de mediar entre ambos pasos, precisando los minutos y segundos que debe señalar, en adelanto ó en atraso, un reloj de máquina cuando el sol verdadero pasa por el meridiano, ó á *mediodía verdadero*. Por ejemplo, el 1.º de Enero de 1884 un reloj arreglado al tiempo medio debe marcar, en el momento en que dicho sol se halla en el meridiano, las 12<sup>h</sup> 3<sup>m</sup> 38<sup>s</sup>. Esta diferencia de 3<sup>m</sup> 38<sup>s</sup>, que se designa con el nombre de *ecuacion del tiempo*, va siendo mayor de día en día, hasta mediados de Febrero, en que llega á ser de 14 minutos y medio. A partir de esta época disminuye, se anula por completo á mediados de Abril, y vuelve á hacerse sensible, aumentando gradualmente en sentido contrario, es decir, en atraso, hasta mediados de Mayo, en cuya época alcanza un máximo 3<sup>m</sup> 51<sup>s</sup>. Desde entónces disminuye poco á poco, se anula de nuevo á mediados de Junio, vuelve á establecerse en adelanto, alcanza un máximo

de 6<sup>m</sup> 15<sup>s</sup> en la última década de Julio, se anula el día 31 de Agosto, se establece en atraso, llega á un máximo de 16<sup>m</sup> 19<sup>s</sup> á primeros de Noviembre, vuelve á disminuir, y se anula, en fin, hácia el 25 de Diciembre, á partir de cuya época se repiten otra vez las mismas fases. En donde se ve que en el trascurso del año hay cuatro máximos ó épocas de mayor diferencia entre el tiempo medio y el verdadero, á saber: dos en adelanto y dos en atraso, y cuatro épocas en que uno y otro tiempo van acordes.

Tan breves detalles no bastan, en verdad, para dar á conocer el asunto en todos sus pormenores, pues para ello fuera necesario recurrir á demostraciones astronómicas impropias de este lugar, pero son más que suficientes para que la generalidad vaya entendiendo de dónde provienen esos adelantos y retardos que experimentan los relojes de pared y de bolsillo, aun los buenos cronómetros, que se supone han de poseer una marcha muy regular; y para que sepa manejar la tabla de la ecuacion del tiempo que suelen contener algunos almanques, en donde se expresa qué hora ha de marcar un reloj á doce horas de tiempo verdadero. Hay que añadir que una misma tabla puede servir para muchos años, pues aunque en rigor la ecuacion del tiempo que corresponde á un día dado, varía un poco de un año á otro, estas diferencias son insignificantes y siempre despreciables cuando se trata de arreglar un reloj para los usos ordinarios de la vida.

Esto entendido, hé aquí un resumen de la tabla, presentada de modo que puede saberse directamente la hora que debe señalar el reloj á mediodía verdadero. Para obtener la ecuacion, ó esta hora, en otro día no indicado en la tabla, basta deducirla por una simple proporcion, tomando la de los dos días más próximos, anterior y posterior, entre los cuales se halla aquél comprendida.

DÍAS.	ENERO.	FEBRERO.	MARZO.	ABRIL.	MAYO.	JUNIO.	JULIO.	AGOSTO.	SEPTIEMBRE.	OCTUBRE.	NOVIEMBRE.	DICIEMBRE.
	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s
1	12 3 45	12 13 48	12 12 33	12 5 59	11 56 59	11 57 31	12 3 30	12 6 6	11 59 58	11 49 44	11 43 42	11 49 8
5	12 5 36	12 14 14	12 11 42	12 2 47	11 56 34	11 58 10	12 4 14	12 5 48	11 58 40	11 48 30	11 43 43	11 50 43
10	12 7 44	12 14 28	12 10 29	12 1 23	11 56 15	11 59 6	12 5 3	12 5 12	11 56 59	11 47 6	11 44 2	11 52 54
15	12 9 38	12 14 29	12 9 7	12 0 4	11 58 9	12 0 8	12 5 46	12 4 21	11 55 14	11 45 53	11 44 42	11 55 15
20	12 11 15	12 13 58	12 7 39	11 58 54	11 56 17	12 1 12	12 6 4	12 3 16	11 53 27	11 44 53	11 45 43	11 57 42
25	12 12 33	12 13 17	12 6 7	11 57 55	11 56 39	12 2 16	12 6 15	12 2 0	11 51 43	11 44 11	11 47 5	12 0 12

Las nociones apuntadas suponen que se sabe determinar con suficiente exactitud el instante en que el Sol pasa por el meridiano. Algo se ha indicado más atras acerca del particular, pero sólo de un modo vago, que dista mucho de ser el que conviene á nuestro objeto, dado que quien se haya penetrado bien de aquellas nociones ha de desear naturalmente completarlas, iniciándose en la manera de determinar por sí mismo el meridiano, y de efectuar las observaciones con conocimiento de causa. A este fin voy á exponer métodos prácticos tan sencillos, que no es dudoso serán inteligibles aun para aquellas personas que sólo posean los primeros rudimentos de geometría y geografía. Omitiré de intento el que consiste en servirse de una brújula, porque

debe saberse que la direccion de la aguja imantada difiere mucho de la del meridiano; además, aquella direccion varia con el tiempo, y es distinta en cada lugar de la Tierra.

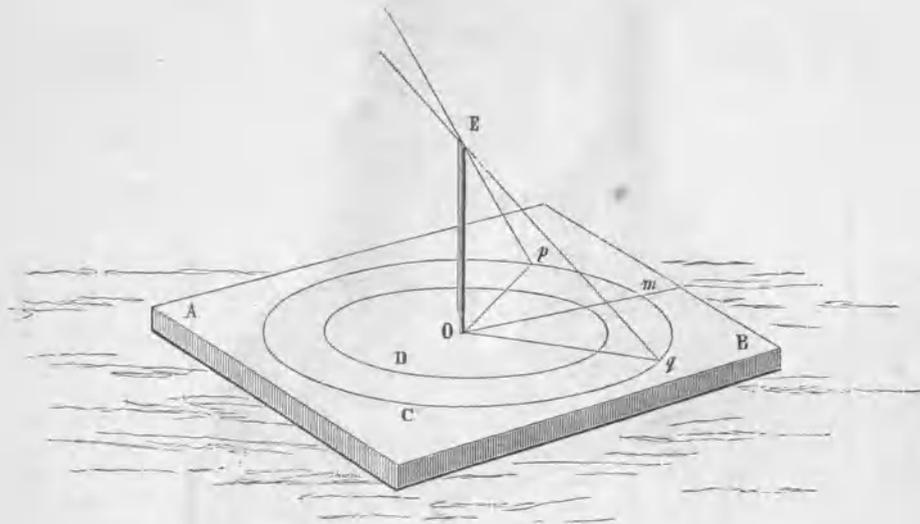
Dispuesta horizontalmente, por medio de un nivel de aire ordinario, como el que usan los albañiles, una superficie plana *AB* (fig. 1.<sup>ª</sup>), sobre la que se han trazado dos ó más circunferencias concéntricas *C* y *D*, levántese perpendicularmente desde el centro *O* un gnomon ó estileto *OE*, que puede ser una aguja larga de coser. Obsérvese por la mañana el momento en que el extremo *p* de la sombra arrojada por el gnomon toca una circunferencia, y márquese este punto con un lápiz; repítase la operacion por la tarde, sobre la misma circunferencia, divídase por mitad el arco *p q*



BELLAS ARTES.—«RECUERDO DE ESPAÑA».—(Cuadro de Rougeron.—Grabado de Breni'Amour.)

comprendido entre ambos puntos, y uniendo el medio *m* con el pié del gnómon, se tendrá la dirección del meridiano, ó sea la *meridiana*. Una sola circunferencia basta para obtener el resultado; pero conviene trazar dos ó más y repetir sobre ellas la operación, á fin de que entre los diferentes resultados que cada una de ellas proporciona, discrepancias

lanto ó en atraso. Por ejemplo, el día 20 de Octubre señala el reloj,



que proceden de los errores inherentes á toda observacion, se pueda tomar un promedio y determinar la meridiana con mayor garantía de acierto.

Este procedimiento se funda en que las alturas del Sol, á un lado y á otro del meridiano, ó sea por la mañana y por la tarde, y á igual distancia del mismo, son iguales. De esta verdad, que es casi un axioma vulgar, se desprende, sin esforzar mucho el razonamiento, que las longitudes de la sombra del gnómon sólo pueden ser iguales ó tocar su extremo á una misma circunferencia cuando el Sol se halle á igual distancia, á uno y otro lado, del plano vertical ideal que pase por la meridiana. Es asimismo evidente que cuando el Sol se halle en este plano habrá llegado á su mayor altura sobre el horizonte, y por consecuencia, la sombra del estilete alcanzará entónces su mínima longitud. El procedimiento es susceptible del mayor grado de precision cuando se opera en los meses de Junio y de Diciembre.

Ocurre á veces que no es dado observar el paso del Sol por el meridiano, bien sea porque una nube lo impide, ó bien por inadvertencia, ó por cualquiera otra causa. Cuando se preve que dicha observacion no ha de ser posible, hay un medio de suplirla, para lo cual basta emplear el procedimiento siguiente, fundado en el que ha servido para trazar la meridiana. Anótese por la mañana la hora señalada por el reloj en el instante en que la sombra toca una circunferencia, y repítase la operación por la tarde. Calculando la mitad del trascurso que media entre las dos horas anotadas, y añadiendo el resultado á la primera, se tendrá la que marcó el reloj en el momento del paso del Sol por el meridiano. Como la tabla da la que el reloj debió marcar en tal momento, la diferencia entre ésta, que es la exacta, y la del reloj, que se trata de saber si lo es, indica el error que éste afecta en adelante

lanto ó en atraso. Por ejemplo, el día 20 de Octubre señala el reloj,

en la primera observacion. . . . .	8 h 20 m 9 s
en la segunda. . . . .	3 1 17

La diferencia de la primera á la segunda vale. . . . .	6 41 8
--	--------

pues hay que tener presente que para efectuar la resta se hace necesario añadir 12 horas á la segunda, toda vez que se han suprimido desde mediodia en adelante.

La mitad es. . . . .	3 h 20 m 34 s
que añadida á la primera. . . . .	8 20 9

da para hora del reloj en el momento del paso	11 40 53
El Sol debió pasar en dicho dia, á. . . . .	11 44 53
El atraso del reloj es, pues, de. . . . .	0 4 10

Corregido este atraso, adelantando las suetas de 4 m 10 s, se tendrá arreglado el reloj al tiempo medio.

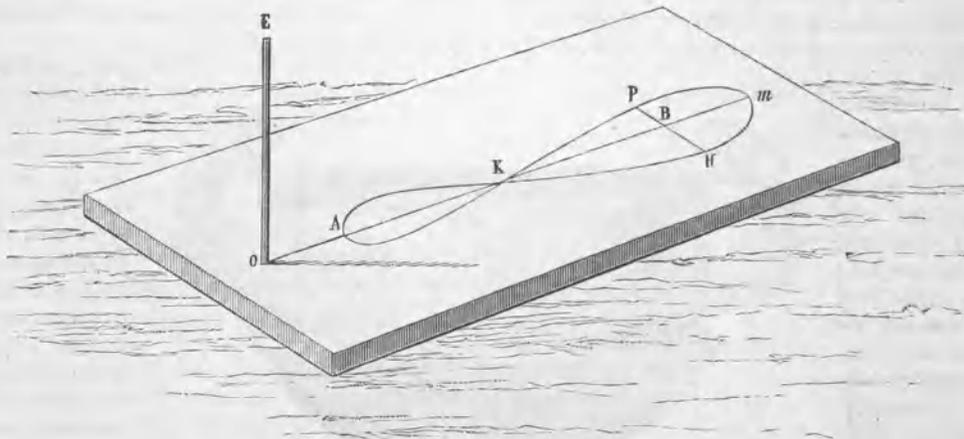
Hay todavia otro procedimiento cuya parte teórica reclama mayor suma de conocimientos astronómicos que los dos precedentes, pero que, considerado en su parte práctica, que es la que aquí interesa, no tiene nada de difícil, siendo, en cambio, mucho más expedito que aquéllos, pues permite determinar directamente el mediodia medio, sin necesidad de recurrir á tablas especiales. Sirve al efecto una curva llamada *meridiana del tiempo medio*, en forma de 8 muy prolongada, cuya construcción se consigue por medio de las tablas adjuntas, que he calculado para las latitudes medias de la

Península. Cada tabla consta de tres casillas: en la primera se dan las *abscisas*, ó dígase las longitudes que, á partir del pié gnómon, han de contarse sobre la recta meridiana; en la segunda y tercera, las *ordenadas*, ó distancias que á un lado y á otro de aquella recta, es decir, al Este y al Oeste, han de contarse para una abscisa dada. Obtenida la recta

LATITUD 39°			LATITUD 40°			LATITUD 41°		
ABSCISA.	ORDENADA.		ABSCISA.	ORDENADA.		ABSCISA.	ORDENADA.	
	ESTE.	OESTE.		ESTE.	OESTE.		ESTE.	OESTE.
47,7	0	0	51,5	0	0	54,2	0	0
51,2	1,8	0	55,5	2	2,3	61,8	2,7	3
60,6	2,5	2,8	64,4	3,6	3,5	67,5	3,4	4
63,2	2,6	4	67	3,8	3,4	70	3,2	3,7
75	1,8	3,9	81	3	2,6	84	2	2,7
95	0	3,2	99	0	0,5	103,3	0	0,5
101	0	0,5	104,5	0	0,6	108	0	0,9
141	7,2	0,6	144	7,5	7	147,8	8	7
191	15,2	7	195	17	13,9	197	16,6	13,6
225	18,5	14,6	236	20	17	245	22	17,3
232	19	17	244	21	16,5	352	22,5	16,9
273	17	16,5	305	16	10	304	18	14,7
326,5	5	15	338	6	0	355	6	0
329,5	2,5	0	341	3	0	358	3	0

meridiana *mo* (fig. 2.<sup>a</sup>) por los procedimientos descritos, considéresela como eje de abscisas, siendo punto origen el pié *o* del gnómon, el cual debe tener exactamente una longitud de 170 milímetros, suponiendo, por simplificar, que se toma por unidad de medida el milímetro. Elegida la ta-

bla correspondiente á la latitud más próxima á la del lugar donde se opera, se van tomando las abscisas *oB* y las ordenadas *BH*, *BP*, que allí se indican, se unen luego por un trazo continuo los extremos de éstas, y queda así construida la curva en forma de 8. Parece inútil indicar que en los pun-



tos en que la curva corta al eje de abscisas, las ordenadas son cero. El dato de la latitud puede adquirirse sobre un mapa de España.

Una vez delineada la curva con esmero, no hay más que observar cuándo pasa sobre ella la extremidad de la sombra, momento preciso del mediodía medio; pero como la sombra pasa diariamente, con solas cuatro excepciones durante el

año, sobre las dos ramas de la meridiana, cabe incertidumbre acerca de cuál de ellas es la que marca aquel momento, pues si es la del Oeste, el mediodía medio sucede antes que el verdadero, y si la del Este, despues. Para evitarla, se hace necesario indicar sobre las mismas ramas los meses en esta disposición: del 25 de Diciembre al 15 de Abril, en la rama del Este, comprendida entre el extremo *A* de la curva más pró-

xima al pié del gnómon y la intersección *K* con el eje de abscisa; del 15 de Abril al 15 de Junio, sobre la rama del Oeste, comprendida entre esta intersección y el otro extremo *m*. De este día al 31 de Agosto, y de aquí al 25 de Diciembre, se inscriban del mismo modo sobre las otras dos ramas, pero en orden inverso.

Si se quiere dar á la curva mayores dimensiones, basta tomar una unidad de medida mayor que el milímetro. Por ejemplo, dando al estilete una longitud de 170 centímetros, la meridiana resulta de 3 metros y medio. En tal caso es más conveniente adoptar otra disposición, sustituyendo el gnómon por una placa metálica delgada, en la que se practica un agujero de un centímetro de diámetro, poco más ó ménos. La longitud de 170 centímetros se cuenta entonces sobre la vertical que ocuparía el gnómon, si existiese, situándose el orificio en su extremo superior. Si la placa se dispone en una ventana que mire al Mediodía, y se impide la entrada á toda otra luz que no sea la solar que pasa por el agujero, se obtiene el mejor efecto, aumentándose de un modo notable la precisión de las observaciones. Ajustándose con escrupulosidad á todas estas prescripciones, se obtiene la hora con mucha aproximación.

Como complemento á los procedimientos descritos, será útil indicar el que consiste en servirse de un sencillo instrumento construido por el fabricante Molteni, de París, que da la hora media con la aproximación suficiente, y cuyo coste es tan sólo de 75 francos. Este medio de conocer la hora pudiera, en cierto modo, ser considerado como ajeno á nuestro asunto, si no tuviera otro fin que obtener un resultado groseramente práctico ó con absoluto desconocimiento de la razón que lo explica; pero fijando la atención en las consideraciones precedentes, no podrá ménos de aparecer con el carácter de natural complemento, puesto que deja entrever con toda claridad la relación que enlaza la causa con el efecto.

Cualquiera que sea el procedimiento adoptado, debe tenerse en cuenta que se trata, en resumen, de métodos exclusivamente prácticos y de operaciones gráficas, que constituyen su sencillez, y por consiguiente su utilidad para el objeto popular á que se destinan, pero que por esta sencillez misma son incompatibles con una rigurosa exactitud. Así se explica que ninguna de los cuatro proporcione la hora del mediodía con un error inferior á un cuarto de minuto. De aquí la necesidad de repetir durante algunos días la observación meridiana, para que sea dado conocer la marcha del reloj, pues si se quiere deducir tan sólo de dos ó tres días consecutivos, sería fácil atribuir al reloj un defecto que en

realidad radica en el procedimiento. Por el contrario, cuando la marcha se deduce de dos observaciones separadas por un gran número de días, diez, quince ó veinte, por ejemplo, el error inherente al procedimiento queda muy repartido y resulta insignificante. Únicamente despues de bien manifiesta la tendencia del reloj, en el sentido del atraso ó del adelanto, es cuando debe tocarse el registro.

Oportuno es consignar á este propósito que, por regla general, no existe en el mundo reloj alguno que pueda, con exactitud matemática, ajustarse al tiempo medio; y si esto sucede con los instrumentos mejor construidos, calcúlese lo que ha de suceder con los de uso ordinario. Lo que importa es que la variación observada, cuando llegue á ser la menor posible, ó lo que es lo mismo, cuando el reloj alcance la mayor regularidad de que es susceptible, no exceda de un corto número de segundos por día, y sea, sobre todo, sensiblemente constante, constituyendo así lo que se llama la *ecuación del reloj*, porque mediante este factor será dado conocer la hora exacta en cualquiera época, sabiendo en un día anterior cuál era el estado del instrumento. Por ejemplo, si el reloj quedó ajustado al tiempo medio á mediodía del 24 de Enero, y su ecuación vale dos segundos en atraso, para tener la hora el 5 de Febrero habrá que añadir, á la que señale en este día,  $2 \times 12 = 24$  segundos, que es lo que se ha atrasado en el intervalo de ambas fechas.

La necesidad de que los relojes públicos se rijan por el tiempo medio, y de desterrar para siempre la tradicional costumbre de hacerles seguir el curso del sol verdadero, es ya una simple cuestión de buen sentido. Y sin embargo, esta mejora, introducida en París á principios del siglo, y extendida de há tiempo á todas las grandes poblaciones de Europa, y aun á muchas de menor importancia, apenas es conocida todavía en España, pues á excepcion de alguna que otra capital populosa, no se ha adoptado en ninguna parte. La mejora es de un orden análogo al de la introducción del sistema métrico, tantas veces intentada, y con dificultad admitida, con la doble ventaja, no obstante, sobre ésta, de no exigir ningún sacrificio, y de que el público no tendría

que apercibirse siquiera de haber entrado en una era nueva. Acaso entre las transiciones de fase á fase que marcan la marcha evolutiva del progreso humano, ninguna pueda realizarse á tan poca costa, sin oposición, sin trastorno, sin esa lucha de ideas, casi siempre de desigual alcance, y tanto más apasionadas cuanto más pequeñas, de donde, con tanta frecuencia, léjos de brotar la luz, nace la densa oscuridad que á la verdad oculta.

JOSÉ J. LANDEKER.





BELLAS ARTES. — «COMENTARIOS,» — CUADRO DE KRAUS.

(De fotografía de la Sociedad Fotográfica Berlinesa.)

## LA RISA.

**L** principio fundamental de la *risa* estriba en la realizacion de un acontecimiento que choqua á nuestra naturaleza tanto más cuanto ménos lo esperábamos; á dicho supuesto deben referirse, si bien lo consideramos, todos y cada uno de los múltiples y diversos casos de esta índole, que se dan á cada momento en la vida de la criatura racional. En efecto: el hombre, único sér viviente que se *rie*, como es el único que habla y piensa, puede descubrir las causas de la *risa* fuera de sí mismo, así como dentro de su propia existencia; pero en uno y otro caso encontrará siempre el principio generador de semejante fenómeno en un choque inesperado entre el fenómeno realizado y la situación desprevenida en que le sorprendiera semejante suceso, ya resulte de las circunstancias, ora de la debilidad de nuestras facultades, ó bien de nuestra voluntad: de aquí se sigue, pues, que la *risa*, siquiera interna, siquiera, y esto es lo más comun, exteriormente manifestada por medio de ciertas contracciones que se manifiestan en el rostro, viene á ser, para explicarme filosóficamente, el resultado de una afirmacion y de una negacion, que recaen simultáneamente sobre un mismo supuesto; ó en otros términos: el choque, más ó ménos violento y agradable, que produce en nuestro espíritu el desengaño de haber atribuido simultáneamente á un mismo supuesto dos juicios contradictorios. Vamos, pues, á analizar, con motivo del asunto que ahora nos ocupa, alguna de las muchas ocasiones que en la vida se suelen presentar (porque no sería posible dar cabida aquí á todas ellas), y la conclusion de semejante análisis nos saldrá fiadora de la verdad que entraña el principio que acabamos de sentar.

Vemos á un enano que se baja para pasar por una puerta, y nos echamos á reir, sin querer. ¿Por qué? Porque le hemos visto hacer un movimiento que sólo lo efectúan las personas de estatura elevada, con cuyo motivo no podemos ménos de figurarnos, al pronto, que se trata de algun hombre alto; pero, al fijar la atencion en el sujeto, echamos de ver que sucede todo lo contrario. Entónces destruye en nuestro entendimiento la vista de su corta estatura el juicio que su ademán inadecuado nos habia sugerido; en una palabra: negamos lo que acabábamos de afirmar, y al supuesto que habia concebido nuestra mente, sustituimos en seguida el supuesto diametralmente inverso: de ahí el resultado del choque entre esas ideas opuestas, ó séase la *risa*, ó ya la *carcajada*, si es que dicho resultado se ha producido al exterior con carácter estrepitoso.

Vamos por la calle, en ocasion de ir delante de nosotros á pocos pasos, un individuo del sexo femenino, ó siquier *individuo* (con perdon de la Academia, que sólo concede á



¡CARTA SUYA!

este vocable la terminacion femenina en el estado adjetivo ó de calificacion), cuyo garboso continente, talle delgado, vestido costoso, etc., nos han hecho formar la idea de que aquella mujer es una Vénus. Aceleramos un tanto el paso, deseosos de ver aquella cara de cielo que nuestra imaginacion se ha forjado; pero ¡ay! al enfrentarnos con ella, nos encontramos con que se trata de una vieja fea y remilgada, con cuyo cruel desengaño no puede por ménos de asomar la *risa* á nuestros labios, ó séase de manifestar la *sonrisa*; operacion que por el bien parecer, tratamos de ocultar al objeto que nos la suscitó, volviendo el rostro á otro lado. ¿Cuál ha sido aquí el principio ocasional de nuestra *risa*? El haber afirmado simultáneamente del mismo supuesto estos dos principios contradictorios: que era jóven y hermoso, y que no era hermoso ni jóven.

Supongamos ahora que un tutor viejo y celoso acaba de cortar la cabeza de su retrato, hecho al óleo, de tamaño natural, por cuyo agujero asoma la cabeza á fin de ser testigo presencial, sin ser presenciado, de la conversacion que pasa entre su pupila y el pretendiente de la mano de ésta, cuya union quiere evitar á todo trance aquel Matusalen. Nosotros, que asistimos con la imaginacion á semejante imprevista

escena, vemos que, después de haberse dicho mil ternezas y jurado eterna fe los idolatrados amantes, se encaran con el retrato del sujeto, cuya cabeza, real y verdadera, ni siquiera pestañea, y le apostrofan en los términos más duros por causa de ser rémora al cumplimiento de sus fervientes deseos; pero en seguida se pinta la risa en nuestro semblante, porque nuestro entendimiento afirma que aquellos incautos piensan estar dirigiendo la palabra á un retrato que no los oye, en tanto que la dirigen, realmente, á su original, que los escucha lleno de ira.

Vemos que cae una persona al suelo, y luego nos echamos á reír involuntariamente. ¿Por qué así? ¿Será que la naturaleza humana es tan depravada de suyo, que se goza en el mal del prójimo?... Nada menos que eso; y la prueba de ello está en que no pocas veces el caído es motivo de risa para él mismo. La causa radica en que, siendo la postura propia de la criatura humana, cuando anda por sus piés, la vertical, choca á nuestro entendimiento la posición horizontal que, repentina é inesperadamente, tomara ésta por medio de la caída: posición tanto más risible, cuanto mayor ó más considerable es el número de los accesorios que la acompañan, como el quedarse con las piernas levantadas, el salir rodando largo trecho la peluca, ó desprenderse la dentadura postiza, etc., etc., etc.

Ancho campo ofrece, en verdad, la esfera de la literatura jocosa para excitar nuestra risa, ya que tan múltiples y variados son los recursos con que para ello cuenta. Así es que nos reímos siempre que una frase presenta doble sentido, por cuanto hace que operemos en la mente su significación compleja, toda vez que habiendo pensado en un principio que afirma tal atributo de tal sujeto, salimos ahora con que lo que afirmaba era otra cosa; la mayor parte de los epigramas, retruécanos, *quid pro quo*, y otras composiciones de estilo festivo y chancero, ó satírico, no reconocen otro origen. Pongamos algunos ejemplos que así lo evidencien, y sea el primero el siguiente, que copió el número 39 de *El Telón*, periódico granadino, correspondiente al 30 de Abril del año de 1882. Intitúlase: DESILUSIONES; lleva la firma de *Fernando Mendoza*, y dice así:

- ¿Dónde está de mi amor la dulce prenda?  
¿Dónde está mi adorada?  
¿Dónde su linda boca, que suspira  
Y perfumes exhala?  
¿Dónde están sus brillantes negros ojos,  
Que iluminan mi alma?  
¿Dónde están sus cabellos abundosos  
Y su tez macarada?  
¿En dónde su cintura, que flexible  
Se mece con las auras?  
¿En dónde de sus labios hechiceros  
Las amantes palabras?  
¿Dónde está el dulce bien por quien suspiro?  
¿Por qué de mí se aparta?  
¿Por qué con sus amores, mis amores  
Cariflosa no paga?  
¿Dónde está esa mujer? ¿Dónde se oculta  
El alma de mi alma?  
.....  
—¿Dónde ha de estar sentada en la cocina,  
Pelando las patatas.



ULISES Y LAS SIRENAS.—(Cuadro de Federico Preller.)

Semejante salida de tono no puede menos de hacer reír al filósofo más austero.

Á este género pertenece el siguiente chascarrillo que oí contar en mis mocedades:

Quejábase frecuentemente un sacristán al cura de su parroquia de que, cuando iba el monaguillo á la taberna por el vino destinado á la celebración de las misas, siempre se empinaba una dosis más que regular del zumo de la vid, á juzgar piadosamente por la merma que ostentaba el frasco, junto con el olor que despedía su aliento. Juraba y perjuraba muy formalmente el chico al ser reprendido con tal motivo, diciendo, sin rebozo, que el sacristán faltaba á la verdad. Cansado éste de verse desmentido un día y otro día en presencia de su superior, y convencido, como si lo hubiera visto con sus propios ojos, de que no acusaba injustamente al chiqueto, propúsose cierto día cogido *infraganti*, á cuyo efecto le buscó las vueltas y se puso en acecho, como gato que atisba al ratón, esperando á que saliera del templo de Baes. Dicho y hecho: no bien hubo doblado la esquina el

gulosero rapaz, cuando ¡aquí me las den todas! se reió entre pecho y espalda su acostumbrado traguete. — «¡Ah, bribón! — le dijo el sacerdotito, asiéndolo por los cabzones: — ¿jurarás ahora que no te bebas el vino cuando vas por él? — Sí, señor, lo juro y retejuro — repuso el muchacho con la mayor frescura del mundo; — mal puedo haberme el vino cuando voy por él, por cuanto llevo el frasco vacío; cuando lo bebo es á la vuelta, que entónces lo traigo lleno.»

El doble sentido que encierra el verbo *ir* en esta ocasión, es en lo que estriba el mérito del chiste, y el motivo que da margen á la *risa* por parte del que lee ó escucha.

De un espléndido banquete  
Salió don Meliton.  
Y un grandísimo apretón  
En la calle le acomete.  
Alivio fué de su mal  
Un portal que abierto halló:  
Pero el cutaño no vió  
Que era de un grande el portal.  
Á castigar su insolencia  
Sale el portero irrisado,  
Y le dice: — «¡Descarado!  
Dadé parte á su Excelencia  
Mas don Meliton con modo  
Al portero respondió:  
— «¿Qué dice usted?... ¿parte? no,  
Puede usted dársele todo.»

Aquí resalta el mérito de la agudeza, del juego de palabras consistente en *dar parte*, por *participar*, *hacer saber*, *poner en conocimiento*, y *hacer participar ó dar una porción de alguna totalidad*.

Y cuenta con que escenas como éstas se representan en todas las lenguas del universo, cada una dentro de los límites de sus respectivos *plurísimos*, razón por la cual no siempre se prestan á ser traducidas á otros idiomas (1). Sirva de ejemplo el siguiente caso:

Cuéntase del rey Estanislao de Polonia, que, en ocasión de estarle leyendo de noche un ayuda de cámara la vida de la bienaventurada María de Alacoque, como estuviera medio dormido el lector, al llegar á un pasaje en que se refería que Dios se le apareció *en sueños (en songe)* á su sierva, leyó *en singe (en figura de mono)*. — «Sería *en songe*» — le hizo observar el Rey, no sin dejar de reírse; á lo que repuso el paje sin manifestar la menor turbación: — «*En songe, ó en singe*, lo mismo da; porque como es el amo, podía hacer lo que tuviera por más conveniente.»

En resolución, nos reímos al oír á un tartamudo, ó á un extranjero imperito en nuestra lengua, porque nos dan á entender suficientemente, aunque debido á distintas causas, que quieren expresar tal ó cual idea, si bien no se valgan

(1) Entiendo por *plurísimos* la voz que tiene más de una acepción; circunstancia que, enturbando el equívoco, retrócañano, ó juego de palabras, da margen á una de las fases más divertidas del género festivo. Á que tanto se presta nuestra lengua, y en cuya literatura ostentan tantos y tan procelados escritos. Y si no, ¿qué es lo que excita á cada paso nuestra hilaridad cuando leemos el *Quijote*? Pues no es otra cosa que el contraste que resulta de la seriedad de su héroe y lo estrambótico de sus imaginaciones, puesto en parangón, ora con la mañitería, ora con la simplicidad de los demás personajes que intervienen en la novela, á que se agrega el mayor realce que comunica á la acción el lenguaje que de un modo tan inimitable supo apropiarse á semejantes circunstancias su inmortal autor.

rigurosamente de los signos que debieran; como no hablan propia y adueñadamente, por más que den á entender de una manera inequívoca cuál es su pensamiento, nos echamos á reír tan luego como hemos comprendido lo que nos quieren significar. Reímos cuando hace un sujeto lo contrario de lo que cree, quiere, ó parece querer hacer, porque las circunstancias, esto es, su intención verdadera, ó que se presume serlo, nos hacen juzgar que no practica tal cosa, y que, sin embargo, lo que tenemos á la vista nos demuestra palpablemente que la está haciendo. Basta, en su consecuencia, que una persona se proponga querer recatar un objeto de nuestra vista, para que nos echemos á reír cuando lo estamos viendo contra la voluntad del que lo esconde: prueba de ello, que nadie se ríe cuando ve en el teatro las piernas de una bailarina, pero sí cuando una fatal ráfaga de viento alza ligeramente en medio de la calle las faldas de cualquiera mujer, mayormente si, en su empeño de ocultar las vestiduras interiores, descubre partes rotas ó nada limpias, que tan en contradicción se hallan con el lujo que ostenta exteriormente. Reímos cuando un hombre habla consigo mismo en alta voz, porque lo que está diciendo nos hace presumir que él cree que nadie lo oye, y, no obstante, lo estamos escuchando. Reímos cada vez que una persona chocha repite lo que anteriormente lleva dicho en infinidad de ocasiones, ó cuando un charlatan profiere palabras vacías de sentido, porque no podemos acabar de convencernos de que se hable para no decir nada, ó para decir lo que se lleva repetido hasta la saciedad, y vemos que, á pesar de todo, así sucede. Nos causan *risa* los gestos ó ademanes que pugnan con los sentimientos que otros signos nos hacen presumir en quien los usa; porque, según el testimonio del primer signo, afirmamos que existe en él tal sentimiento, al propio tiempo que, según el testimonio del segundo, afirmamos que tal sentimiento no existe. Muévenos á *risa* los absurdos cuando, á pesar de ser evidentes, se presentan bajo la apariencia de proposiciones razonables; mas no nos reímos cuando el descubrimiento de su falsedad nos ha costado grandes desvelos, ó bien cuando, por causa de tener la mayor confianza en el testimonio de la persona de quien se trata, estamos sobre aviso.

Y aquí doy punto, porque, de tanto reír, me duelen ya los ijares.

Por otra parte, ¿quién sería capaz de dar cabida en un breve artículo á todas las causas motoras de la *risa*, y, *añada más*, autorizadas todas ellas con sendos ejemplos que las pusiesen de bulto y relieve? Sería necesario para ello un volúmen algo largo de bulto, y ni la ocasión, ni el tiempo disponible, ni nuestra falta de competencia nos permiten otra cosa. Á aquellos que disfrutando de semejantes circunstancias y prerogativas tengan gusto en llevar á cabo semejante obra, les recomendamos que no echen en olvido, además de otras muchas, las siguientes consideraciones, para que las trate en toda su extensión y lucidez: primeramente, la *risa* que excitan los farsantes y titeres políticos, con especialidad aquellos *parvenus*, como dicen los franceses, y para los que no encuentran traducción más gráfica en nuestra lengua que la de *pajos resucitados*, que, salidos de la nada, se engríen y ahuecan tanto, que no hay dios que se acerque á ellos, porque el dios de los vientos los ha soplado. No echen luego en saco roto el tratar del principio generador de la *risa* pro-

ducida físicamente por la excitacion de algun órgano corporal con el objeto de producir cosquillas, v. gr., en la planta de los piés, ó debajo del sobaco, ó ya en la garganta, diciendo á este último propósito: «¿Quieres ver un pajarito sin cola? ¡Mamola, mamola, mamola!» No digo yo sin cola; sin alas hemos visto volar en estos tiempos á algunos pajarracos, que no pajaritos; y no es chica *mamola* la que muchos de ellos, cada cual por su estilo, nos han hecho al escalar los puestos más elevados y pingües de la Nación; á tales *avechuchos* los clasifica la Historia Natural en el órden de los *de rapiña*, y la ciencia del Blason los conoce con el calificativo de *rapantes*. Ni omita el tratar tampoco de la *risa sarcástica* y *sardónica*, así como de la *del conejo*. Dé tam-

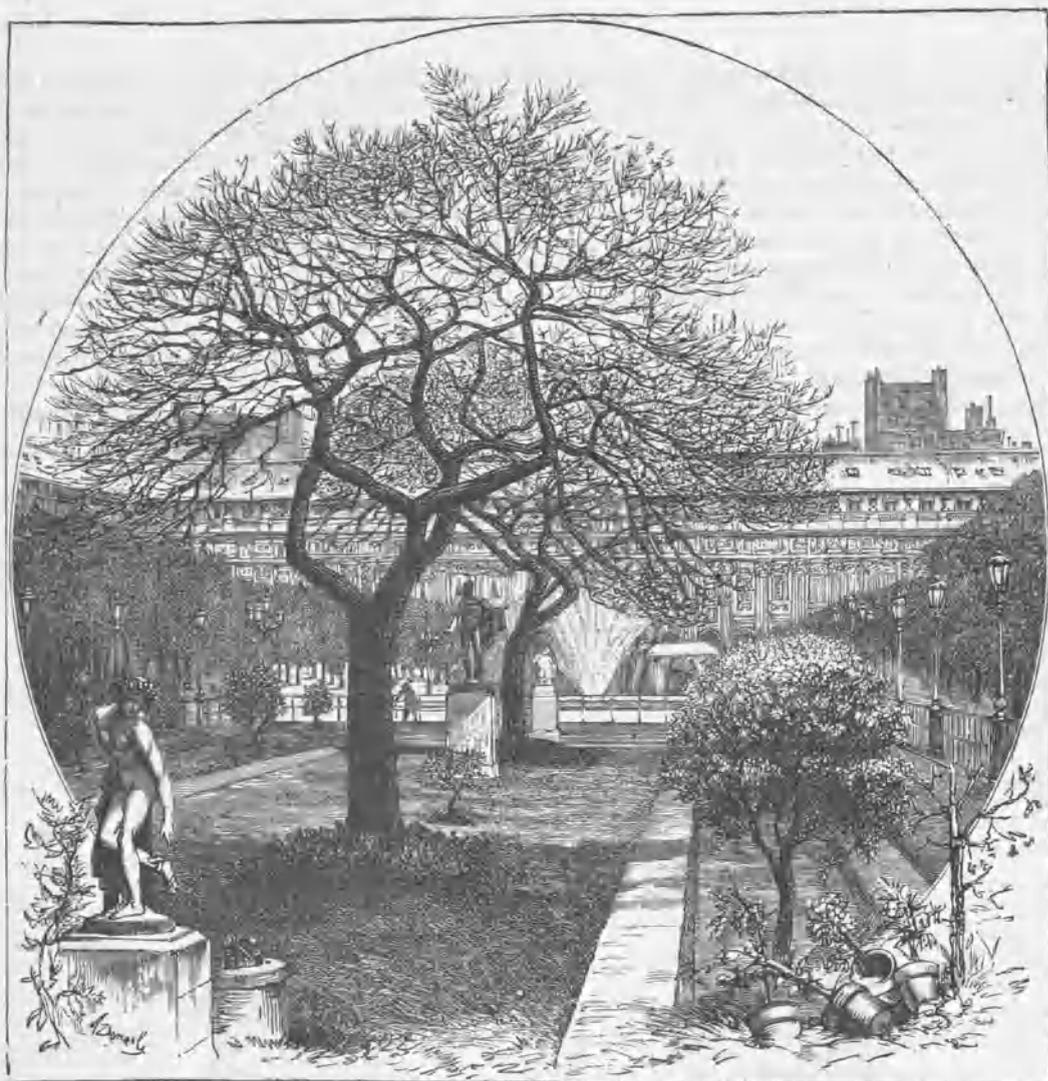
o bien cabida á ese fenómeno tan singular de ser contagiosa la *risa*, como sucede con el bostezo, con la particularidad de que no parece sino que el mismísimo diablo nos tienta de un modo especial en los lugares y actos más reverentes y serios, y cabalmente cuando más nos esforzamos por comprimir su rompimiento. Fenómenos son todos éstos dignos de ser tratados con la mayor lucidez y extension. Por último, no se deje en el tintero el tratar de las cinco clases á que puede reducirse la *risa*, glosológicamente considerada; ni tampoco deje de hacer digna mencion de aquellos guasones que, por reirse de todo, *se rien hasta de su sombra*.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



«COSETTE.»

(CUADRO DE G. GUAY.)



PARÍS.—JARDINES DEL PALAIS-ROYAL.

## ¡OH ÉXITO!

**K**UARDO Aguirre siente dentro de sí mismo el mayor de los enemigos que puede tener el hombre del último tercio del siglo XIX. No hay equilibrio entre sus aptitudes y sus medios.

Para este demonio no hay más exorcismos que el éxito, y el éxito es más caprichoso que mujer andaluza.

Lector, no cabe duda; en todos los fines de la vida hay una constante cantidad de casualidades. En la lotería del mundo todos tomamos, al nacer, por lo menos un décimo.

♣ No es posible lograr el premio grande, y es muy dichoso el que obtiene una aproximación.

No temais que, á guisa de aprendiz de filósofo, vaya á *endilgaros* (sic) algunos, más ó menos eruditos, párrafos sobre determinismo y libre albedrío: no, basta á mi propósito hacer constar, y en esto me fundo en la conciencia universal, que en todos los resultados de la vida la casualidad entra por lo menos en un 60 por 100 del éxito obtenido.

Y el mundo, tan filósofo, con tanta conciencia como poco corazón, tan analítico de las causas, juzga siempre, en todos los casos, sólo por los efectos.

♣ La moralidad atrae; todos encuentran culto á la virtud de que carecen, sin duda porque la hipocresía siempre es un

homenaje que el vicio rinde á aquélla, pero ésta tampoco se aprecia más que por los resultados.

El éxito, hé aquí la fuente de la filosofía, la base de las leyes de la Historia, la de la vida.

Si Hernán-Cortés, después de haber quemado las naves, no hubiera hecho su conquista, en lugar de un héroe hubiera sido un badulaque.

¡Cuántos en la vida moderna queman las suyas, y en lugar de pasar á la historia, mueren en el hospital ó en el presidio!

Pero volvamos á Eduardo Aguirre.

No penetremos en la historia de sus primeros años: hasta á nuestro propósito saber que no fué rico *à priori*; es decir, que ni sus padres le dejaron una fortuna, ni le cayó la lotería, ni aun un negocio (que los negocios tambien caen).

No le tocó en suerte más que una *legítima ambición*: es decir, hijo de familia acomodada (de esas que tienen siete individuos y cien duros al mes), siguió una carrera literaria, se codeó en academias y ateneos con los ricos *à priori*; y sintiéndose, por su educación y sus hábitos, en condiciones de serlo *à posteriori*, se adaptó al medio ambiente; sintió legítima ambición, porque el mundo legítima las ambiciones ilustradas; pero ni él, ni la moral, ni aun el Código, fijan el Pirineo que separa las fronteras de lo lícito y lo ilícito, para lograr aquella ambición que legítima. Son tan frecuentes en la vida práctica las excursiones y las correrías de una á otra frontera, que es muy difícil saber quién vive en cada una de ellas; sobre todo cuando se pasa y se repasa esa línea con frecuencia. Vaya V. á fijar vecindad con exactitud y certeza. Eduardo vivió muchos años del lado de acá de la frontera.

Pero, como las escaseces, y más que ellas, el desequilibrio entre las aptitudes y los medios, engendran en la mayor parte de los casos gran predominio de la vida del espíritu sobre la de la materia y aun la del intelecto, y este predominio propende al amor y al sentimiento, Eduardo hubo de enamorarse, con la fatal coincidencia de que el objeto de sus ansias, hija tambien de una familia acomodada, no llevó al acerbo amor más que sus aptitudes y sus gracias.

Si en lugar de ser Antonia hija de una familia acomodada y distinguida, hubiera sido única de un comerciante rico, Eduardo hubiera acabado sus días siendo un buen ciudadano.... Pero no adelantemos los sucesos.

Eduardo se casó y abrió bufete; fué abogado de pobres, tan de pobres, que no logró que la abogacía le produjese una peseta. Vió con pesar que una gran parte del éxito de la profesión dependía de la posición política del letrado; ¡cosa más rara! los abogados que habían sido ministros de Gracia y Justicia ó que podían serlo, parece que tenían un don divino para convencer al tribunal. Se dedicó á las letras, hizo un drama, y sólo logró leerlo á uno de nuestros *primeros actores*, que le dijo que estaba bien escrito, pero que no *resultaba* para el teatro. Á todo esto tenía ya dos hijos, y como ambos cónyuges eran de familia distinguida, hubo que sostener lo que sus mayores llamaban *la decencia*; sostenimiento que produjo tres

pagarés, una escritura de depósito, dos juicios verbales y un desahucio paralizado, Dios sabe á fuerza de cuántos esfuerzos.

Eduardo no se desanimó: jugó á la lotería, entrando de aficionado en un periódico de oposicion política; allí, como tenía aptitudes, las desarrolló, y *bien pronto* fué un redactor importante y periodista conocido.

¡Animo, Eduardo! si el Ministerio cae, si vienen los radicales, gobernador de una provincia, diputado después, y más tarde, quien sabe....

Sólo estas esperanzas, que todos veían realizables, mejoraron algo su existencia.

El de los pagarés renovó, acumulando intereses; el casero pudo pagarse con el sueldo del periódico; y ciertas aires y medias palabras de ministra, que Antonia supo adoptar á tiempo, abrieron un crédito *en la tienda*.

La cosa marchaba: Eduardo brindó en un banquete que celebró el partido; los demás periódicos hablaron de él; hasta le convidaron á dos ó tres *sauteries* con D. Eduardo de Aguirre y señora.

Hubo que hacer un traje, y se hizo; Eduardo se lanzó al mundo político.

Durante este período de prosperidad nació el tercer hijo.

El mayor iba ya al colegio; y Eduardo tenía algunas canas en la barba.

Por entonces el de los pagarés renovados se cerró á la banda y comenzó una ejecución.

Para otras atenciones hubo que tomar más dinero; el de



EXOTEREO.—(Antigua escuela ilustrada.)

la tienda no quiso fiar más; se murmuraba en la portería, y las gentes se decían al oído: «Aguirre tiene talento, pero gasta más de lo que tiene; me han dicho que le han protestado un pagaré.»

Principió el descrédito á cundir. El hombre, aunque *no tenga nada*, tiene obligación de no gastar más de lo que tiene; y esto, que es tan moral como difícil, colocaba á Eduardo en una posición sumamente lamentable.

Por entonces hubo que despedir una nodriza que habia estado trece meses criando al chiquitín y á quien no se le habia pagado ninguno. Se necesitaban 1,360 reales y hubo que tomar unos cuartos sobre los muebles, haciendo un documento de venta y otro de alquiler.

Y los radicales sin venir, y Antonia embarazada.

El descrédito marchaba á paso de gigante: *los santones* que sostenían el periódico de Eduardo, que no cobraba hacia cuatro meses, porque el partido *no podía más*, decían, hablando de él, «tiene mala cabeza, no piensa lo que hace.»

Se apeló á los grandes medios: se reempeñaron las papeletas del Monte, y aún se pidió dinero á algún amigo; pero el descrédito continuaba su obra.

Un carbonero *dió un escándalo* á la puerta de la casa; el carnicero no trujo más viandas; el de la ejecución embargó los muebles, que estaban vendidos al que prestó sobre ellos; el prestamista amenazó con una querrela, y Antonia dió á luz otro robusto infante.

Ya se murmuraba y decían las vecinas:

—No podía suceder otra cosa; aquellos vestidos que se

compró D.<sup>a</sup> Antonia para ir de reunion, habian de traer estos resultados.

Las criadas decían al portero:

—El señor del segundo no está nunca en casa.

Y hasta la verdulera dijo un día al mismo funcionario:

—Bien podía D. Eduardo pagarme 45 reales que me debe en lugar de venir por la noche en *simon* cuando vuelve del *papel* en que escribe: me lo ha dicho el sereno.

La sociedad, esa misma sociedad que encontraba legítimas las ambiciones de Eduardo, le arrancaba las tiras del pellejo.

Eduardo tenia ya muchas canas en la barba.

Por aquel entonces llegó á Madrid el Sr. Smith (de la casa Smith, Gusme y Compañía) con la pretension de fundar un Banco Comunal.

Conoció á Eduardo en la repostería del Suizo, y un respetabilísimo banquero y hombre de negocios, que habia de encargarse de hacer la emision, les puso en contacto y encargó á Eduardo una campaña en favor del susodicho Banco.

La cosa no era moral ni justa; si se lograba, la flamante Sociedad iba á comerse todas las inscripciones intransferibles de los pueblos; pero podía defenderse, y Eduardo, que llevaba nueve meses sin cobrar, lo defendió en su periódico, y publicó doce artículos muy notables. Hizo además tres folletos, y redactó varios sueltos para los periódicos que publican reclamos pagados.

Smith entregó á Eduardo una cantidad no despreciable.

Se consignó el importe de la ejecución, se pagó el de los muebles, se desempeñó todo lo empeñado; se pagó sin re-



ESTUDIO DEL CÉLEBRE PINTOR ALMA-TADEMA.

gustar á los proveedores y se dieron cuatro duros de propina al portero.

El prestamista ofreció sus servicios; el portero se descubría cuando pasaba Eduardo; y aquella verdulera de los 45 reales, un día que Antonia salía con la niña, se acercó á ésta, y dándole un beso, le dijo:

— Dios te bendiga, prenda, y te haga tan guapa como tu mamá.

En el Suizo decía un amigo de Eduardo, un hombre serio, de los que más le habían quitado las tiras del pellejo: — Aguirre tiene corazón y energía; no puede negarse que es hombre que vale y que irá lejos.

Eduardo decía para sus adentros: « el mundo principia á

sonreírme precisamente cuando he pasado y repasado la frontera de lo lícito: la campaña en favor del Crédito Comunal ha sido la venta de mi pluma, y lo que esta mala acción me ha producido me granjea el aprecio de las gentes. »

Hoy, que *he pagado*, soy ménos honrado que cuando *debía*.

Antonia, juzgando como todo el mundo por los resultados, y halagada por el éxito, principalmente en sus aspiraciones de madre cariñosa, porque con más medios hasta se es mejor madre, perdía, poco á poco, el sentido moral; y Eduardo, con sus aficiones de filósofo, acabó por decir: « Está visto, la base de la moralidad es la riqueza. »

J. VALERO DE TOROS.



BELLAS ARTES. — « PERSUASION. »

(Cuadro de A. Müller.)



«VENUS Y ADONIS.»

(CUADRO ATRIBUIDO AL GIORGIONE.)

## ALBERTO STRUZZI Y SU EJÉRCITO.

### HISTORIA TRÁGICA DE UN JUGUETE DEL PRÍNCIPE DON FELIPE.

#### PROTESTA PRELIMINAR.

**T**odos los hechos que voy á referir, los personajes que en ellos intervienen, sus nombres, sus actos, son rigurosamente históricos. Con la competente vènia, saco estos hechos por primera vez á la luz pública, utilizando un curioso mazo de solicitudes, relaciones, memorias, cuentas, recibos, cartas de príncipes y grandes señores, consultas y resoluciones de altos cuerpos, y decretos auténticos de reyes, que se conserva en el Archivo de la Real Casa, reunido por el diligente y entendido jefe (1) á cuyo cargo está aquella dependencia, depósito inapreciable de sabrosas y desconocidas noticias. En mi narracion sólo son conjeturales ciertos pormenores que en nada afectan á la escrupulosa fidelidad con que reproduzco ó ex-

tracto lo consignado en papel y letra de principios del siglo XVII: mi contingente, pues, se reduce á ordenar y dar trabazon histórica á los datos recogidos, y viene á ser como el metal de que se vale el diamantista para engastar las piedras preciosas y dar forma á sus obras.

#### I.

##### UN CONVOY MISTERIOSO.

Allá por los años 1614, reinando de nombre en la vasta y esquilmada monarquía española la Sacra Católica y Real Majestad del Sr. D. Felipe III, y reinando y gobernando de hecho, por voluntaria abdicacion del indolente monarca, el Excmo. Sr. D. Francisco Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, Sumiller de Corps y Caballerizo mayor, Regidor perpetuo de Valladolid y Madrid, Comendador mayor de Casti-

(1) El Sr. D. José de Güemes Willame.

lla, Adelantado de Cazorla, general de la Caballería, dueño de las escribanías de Alicante y de las de Sacas de Andalucía, alcaide de Vélez y del castillo de Burgos, feliz monopolizador de varias encomiendas y de los pingües productos de la almadraba de Valencia, señor de muchas villas y lugares en Aragón, Castilla y Navarra, árbitro de los empleos públicos, supremo dispensador de las mercedes del Soberano, administrador irresponsable de los tributos y de las rentas, descomunal sanguinuela del Estado, gran tabur, y engendro monstruoso y predilecto de la loca y caprichosa fortuna; el día 14 de Noviembre llegaban por el camino de Hortalaza á la puerta de Fuencarral, formando una especie de convoy, pero sin escolta, cuatro carros, tirado cada cual por cuatro grandes caballos frisonos; tres jinetes, dos de ellos criados por su aspecto, y el tercero herrador, montados en caballos de aquella misma raza y corpulencia, trayendo además del diestro el postrero otro caballo enclavado que venía cojeando; y por último, una jaquilla conducida por un mozo peaton.

En la referida puerta les salió al encuentro, á pié, un furriel de los archeros del Rey, el cual, acercándose al carro que se hallaba delantero, preguntó al conductor por la persona del Sr. Alberto Struzzi, gentilhomme de la casa de SS. AA. los Sres. Archiduques. Al oír su nombre, sacó la cabeza por la ventanilla del pescante, pronunciando con marcado acento italiano la palabra *servitor*, un hombre como de cuarenta y cinco años, cenceño, de nariz larga y boca rasgada, gesto apacible y mirada penetrante, cubierto con una gorra flamenco, calada hasta las cejas.

Paró el convoy, aproximóse cortésmente á la ventanilla el furriel, que declaró llamarse Pedro Dimas de Vissenacken, enviado del contralor D. Jerónimo de Quincoces: cambiaron él y Struzzi sus saludos, tuvieron un corto diálogo, y haciendo el noble viajero que el herrador montase en el caballo cojó que traía sin ensillar, cediendo el sñyo al furriel archero, tomó éste el puesto de guía al lado del conductor del primer carro, y volviendo todos á emprender la marcha, bajaron por la calle de Fuencarral, la Red de San Luis y la calle de la Montera, á la Puerta del Sol, desde donde, por la Carrera de San Jerónimo, dirigieron el rambo á la calle del Príncipe, haciendo alto en la conocida casa de huéspedes de César Acosta, que era la mejor de la villa.

Esperaba en ésta á los viajeros el dicho contralor Jerónimo de Quincoces, quien efectivamente había mandado al encuentro de Struzzi y sus acompañantes al mencionado furriel de archeros; y la gente desocupada del vecindario, advirtiendo el recibimiento ceremonioso que hacía al gentilhomme de SS. AA. el empleado palaciego desde la puerta misma de la casa de su hospedaje, empezó á agolparse allí y á tratar de inquirir, por la catadura de las personas que iban bajando del carro delantero, único que traía gente, y por el contenido de los otros tres que le seguían, qué casta de pájaros era aquella, y con qué objeto venían á la corte.

Los viajeros que iba desembuchando el carro eran, además de Alberto Struzzi, que visiblemente hacía de jefe de la expedición, un caballero belga, gentilhomme de la artillería de Su Majestad en Flandes, llamado Juan Vander Elst; un furriel, también belga, á quien nombraban Ferdinand Jacquet, el cual había corrido con el manejo y gasto de la trashumante casa de Struzzi durante el camino; dos

oficiales flamencos, platero uno, y otro ebanista, cuyos nombres eran Cornelis Van Grooteveldt y Christian Vandepor; y bajó por último, en brazos de un criado, que le depositó blandamente en el suelo con el mismo esmero con que una anciana ama de llaves traslada de un lugar á otro un precioso tabor del Japon, un anillo viaracho y risueño, á quien apellidaban *Soplillo* cuando no le llamaban por su nombre de pila, *señor don Miguel*, regalo de S. A. la Infanta Archiduquesa D.<sup>a</sup> Isabel Clara Eugenia á su amado sobrino el príncipe D. Felipe. Hizo Soplillo una pirueta al tomar tierra, y corrió en seguida á encaramarse sobre la jaca, que, montada por el diminuto jinete, al lado de los descomunales caballos frisonos parecía un perro con un mono encima.

De los tres carros que seguían al primero no se apeó viajero ninguno: venían completamente cubiertos y cerrados por todas partes, denotando su exterior ser meros furgones cargados de efectos. Los conductores aguardaban la orden de lo que habían de hacer; la gente curiosa les preguntaba; ellos, que no entendían el castellano, no respondían, y estuvieron largo tiempo esperando, mientras Jerónimo Quincoces se entretenía con el fatigado viajero, que, para descansar, había tomado asiento dentro de la cueva en un banco de nogal del piso bajo; hasta que, por fin, salió el furriel, Pedro Dimas, con unos mozos, á quienes mandó desocupar los carruajes.—Sacaron de ellos hasta cuarenta y tantas cajas y fardos de gran tamaño, que fueron metiendo en la casa, guiándoles el dueño César Acosta; y en medio de la maravilla que produjo en la gente allí apiñada el ver en las cajas de dos de los carros el rótulo *Ejército del Príncipe nuestro señor*, y en los fardos del restante las palabras *Fuerte Real*, todo eran conjeturas acerca de lo que aquellos forasteros traían.

Aunque á la sazón España se mantenía en buenas relaciones con toda Europa, excepto con Saboya, pues en los Países-Bajos, desde que firmó Spínola en 1609 la *tregua de los doce años*, no se disparaba un mosquete, ni con Francia había disgustos serios desde la muerte de Enrique IV, ni ya las naves inglesas, respetando el tratado de 1604, daban caza á nuestros galeones de América; la nación, recelosa siempre de nuevos rompimientos, veía con desconfianza que no se efectuaban los enlaces del príncipe D. Felipe con la princesa de Francia, y del rey francés con la infanta doña Ana, destinados á atizar la paz, concertados y publicados hacía ya año y medio, y siempre diferidos bajo varios pretextos; y el pueblo de la corte, crédulo é ignorante como el de todas partes, al encontrarse súbitamente con algo que oía á extraordinario y con huéspedes flamencos dentro de casa, sin darse cuenta de si era ó no absurdo su juicio—que siempre lo más descabellado es lo que mejor recibe el vulgo—dió en propalar la especie de que el convoy de Struzzi se traía nada menos que los archivos y caudales del ejército de Flandes, milagrosamente salvados de una derrota general, sufrida por Spínola en un repentino é inesperado levantamiento de las Provincias Unidas contra los españoles. No faltó quien censase á Spínola de cobardía por haber favorecido y firmado la tregua; ni algun político de corrillo, de esos que la echan de listos, que viese en aquel convoy los preliminares de un ejército improvisado para el Príncipe, como la muchedumbre que nació de las piedras arrojadas por Deucalion y Pirra, para el día en que su edad le permitiese marchar á la reconquista de la tierra Santa.



«DESPUES DE MAESTRICHT.»—(ACUARELA DE MEJIA.)

Introducidos los fardos y cajas en el hospedaje de Struzzi y de su gente, donde cuidadosamente fueron colocados y custodiados bajo llave, los carros desocupados, conducidos por el mismo furriel Pedro Dimas, emprendieron su desfile hacia la calle de Alcalá, y pararon, juntamente con la cabalgadura del enano, en el meson de Miguel Estéban, ya de antemano apalabrado, donde los veinte frisonos y la jaquilla quedaron repartidos en varias espaciosas cuadras, bien provistas de paja y cebada, de que inmediatamente y sin melindres tomaron posesion.

## II.

## EL ALOJAMIENTO DE STRUZZI.

Mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, que acaso cederíamos á la tentacion de describir lo que no vemos claro, desfigurándolo, trazará un papel viejo, digno de entera fe, el cuadro interior del aposento que, por la solícita prevencion del contralor Quincecoas, vinieron á ocupar Alberto Struzzi, el enano D. Miguel Soplillo y los demas viajeros. Respondemos de la escrupulosa exactitud de la copia, en la cual, para que todo conserve su sabor antiguo, respetarémos hasta los graciosos dislates gramaticales del sujeto que redactó el documento. El cual dice así:

« Memoria de la casa de la calle del Príncipe donde esta aposentado alberto astruzi, gentilhomme del Señor archiduque,

» En lo bajo, Sala y alcoba colgadas de guadamaçes y tablas y en el alcoba una cama con pabellon de damasco berde y cenefa de terciopelo, cinco Sillas y un banco de nogal y un bufete: esterado.

» El primer quarto: ay Sala y alcoba y otro aposento, la sala y alcoba colgada de guadamaçes con Sustablas de pinturas, Seis Sillas y cinco bufetes, y una Cama de damasco paxizo quees de Sebastian Juárez, y el pone colchones y Ropa: todo esterado y en el aposento de adentro una cama doblada.

» En el quarto alto las mismas piezas, colgado de guadamaçes y con sustablas y Seis Sillas y dos bufetes y una media cama de nogal con Ropa doblada, y otro aposento con otra cama doblada.

» Mas, en lo alto y en otros dos aposentos de los dos quartos cinco camas decriados con la del cochero.

» y cocina y da todo el adrezo.

» y da Ropa para la mesa.

» y Caballeriza.

» Yo he bisto esta casa y los adrezos della, y la casa y toda la ropa es muy buena, y respeto de la ropa y alajas y serbizio de mesa y casa baldrá mil reales cada mes, antes mas que menos, en Mad<sup>a</sup>. A 13 de Marzo de 1615.»

» Nicolas de Sevilla.»

« Y esto se entiende no contando la cama de damasco pajizo que se paga de por sí.»

Camas con pabellones, bufetes, bancos y sillas, guadamaçes y pinturas en las paredes, estera en el suelo: nada faltaba para un interior como hubieran podido figurarlo Pantoja de la Cruz ó Bartolomé Gonzalez. Algo más hubiera

debido pedirse en un mes de Noviembre—sobre todo la buena chimenea y los bien rellenos cojines—para un interior flamenco, cómodo y *confortante*; pero sabia Struzzi que no estaba en Brusélas, sino en Madrid.

Desde el 14 de Noviembre de 1613 hasta el 13 de Marzo de 1615, no es probable que ocurrieran mudanzas en esta habitacion, porque el enano Soplillo no abandonó la compañía de Struzzi hasta mediados de Abril de dicho año 1615, en que por orden del Rey pasó á vivir con el secretario Antonio de Losa.—Pero debemos advertir que aunque en la memoria de la casa de César Acosta que acabamos de copiar, no se expresa que perteneciese á Sebastian Juárez más cama que la de damasco pajizo, segun otros documentos que tenemos á la vista, tambien era suya, y se le tomó alquilada, la otra cama de damasco verde.

Esto de tomar camas alquiladas nuestros reyes para sus huéspedes, fué muy frecuente en los reinados de Felipe III y Felipe IV, aun á despecho de la abundancia que habia en otras cosas y del despilfarro con que se vivia. Ni aun para los príncipes extranjeros alojados en el Real Alcázar-Palacio solia haber camas, y si habia camas en la tapiceria ó en el guarda-ropa, no habia colchones ni sábanas, y los particulares á quienes se acudia en tales apuros, hacian su agosto poniendo el precio de su alquiler por las nubes.

## III.

## LO QUE CONTENIAN LAS CAJAS Y FARDOS.

Es de saber que el rey D. Felipe III, aunque más inclinado á las cosas de devocion y de honesta holganza, y más aficionado á fiestas religiosas, fundaciones de conventos, carcerias y boscajes y brama de venados, que á negocios de Estado y defensa de sus vastos dominios, no dejaba de desear que su hijo D. Felipe se educase para príncipe guerrero; y con este buen propósito, un año antes de los sucesos que vamos relatando, es decir, en 1613, queriendo que aquel niño, á la sazón de ocho años, pero perspicaz y de ingenio, segun su maestro D. Galcerán Albanel, entendiese lo que eran campamentos militares y cómo se formaban los escuadrones y se disponia la tropa para el asedio de los fuertes y la marcha en campaña, ordenó al marqués Ambrosio de Spínola que le enviase de Flándes un ejército de figurillas de movimiento, con sus diferentes cuerpos y pertrechos de artilleria, conforme con una relacion que de Madrid se le mandó, redactada sin duda por algun general experimentado.

El Marqués, por la confianza que tenia en la persona de su paisano Alberto Struzzi, hombre de agudo ingenio, natural de Parma, empleado en el servicio de los Archiduques, le encargó la obra, en la cual comenzó á ocuparse desde Diciembre de aquel mismo año, terminándola en 1614, con gran satisfaccion del glorioso expugnador de Ostende y de los caballeros principales de la corte de Brusélas.—Aunque la empresa tenia un objeto que podia decirse de mera diversion y esparcimiento, no dejaba de ofrecer dificultades, y para proceder en ella con acierto, el sagaz italiano se hizo asistir de personas competentes, entre las cuales sobresalian el ingeniero Leonardo Lamert, que hizo la traza del fuerte real ó ciudadela; el guardajoyas de la Infanta Archiduquesa, Juan de Silva, que ideó las *muestras* (figurines diriamos

hoy) de los diferentes cuerpos de ejército, y el gentilhombre de la artillería, Juan Vander Elst, práctico en todo lo referente al servicio de las piezas y ordenación de los peones y gastadores.

Concurrieron á la construcción de la complicada máquina industriales y artesanos de toda especie, los más afamados del país. Veintisiete gremios, entre artes y oficios, cooperaron en tan empeñada obra: el escultor maestro Hans Avant; los entalladores de imágenes Nicolás Dienbone, Stephans Van Esther, el maestro Nicolás de Hoden, el maestro Martín Van Carter y maestro Jan Van Adams; los pintores Agustín Vander Verme, Jan Aripart ó Tupart y Gaspar Vanden Driis; los plateros Tomás Hannos, Garnier Strop, Artus Lagus, Jan de Güeldres, el maestro Daniel, Lucas Van Commel y Lucas Van Loen; el relojero Nicolás Vander Mer; un célebre espadero llamado Ambrosio; el afamado bordador maestro Antonio de la Barca; los arcabuceros Jan Mures y Antonio de Vaquer; los ebanistas maestro Han, Carlos Damit y Hans de Roens; el tornero Guillermo Mere; el fundidor Gaspar der Ertosten; los carpinteros Bernardo, Victorio y Gerardo Bernauvert; los escrineros ó fabricantes de escriños (cofretillos) Guillermo Guyff, Jaques Boxheimeq, Victor de Amor, Jan Van der Bosch, Jan Peter Pert, el maestro Bombaud Van Granavelt y Jaques Busque Hoven; los cuchilleros Marcelo Vanden Vercober y Peeter Giles; los sastres César Dodon, Pascual Trisple y Jacob Bolan; el estañero Frans Van der Berghem; el herrero Anton Bacuert; los guarnicioneros y silleros Hans Paris y maestro Gherard de Murneq; el constructor de tiendas de campaña Jan de Ghésmaestre; el maestro bastero Justo; los freneros Peter Mivohos y Giles Cuierts; los sombrereros Carlos de Conin y Guillermo de Guo; el carrocero Enrique Baujaene, el maestro carretero Melchor Acardo; el cesterero y fabricante de barracas Jacques Van Binterneque; los maestros cordoneros Hans Ras y Michael de Buit, y hasta los libreros Rogier Bulpier, Ferdinand Chapelin y maestro Pector Dotel: que también se hicieron libros para no sé qué servicio del ejército liliputien-se.— Hay que agregar á este general concurso de artes y oficios, ocupado en la construcción del ejército para el príncipe D. Felipe, otros industriales cuyos obras no acertamos á definir. El curioso documento que nos suministra estos datos, menciona á cinco *maestros de custodias*, Jan Simion, Jorge Flingaert, Jorge Blengaert, Nicolás Cansens y Nicolás Causen. Acaso estos cinco artífices deberían reducirse á tres, si, como sospechamos, los apellidos Flingaert y Blengaert por un lado, y Cansens y Causen por otro, son unos mismos, con variantes introducidas por la impericia del amanuense. Como quiera, queda por averiguar qué participación tuvieron en la obra del ejército del Príncipe los maestros que trabajaban en hacer custodias. No aventuraremos explicaciones de capricho á falta de indicios en que fundar una conjetura admisible, y abandonamos este punto á investigadores más exigentes y descontentadizos.

Con lo que hicieron los demás artistas y artífices tenemos lo bastante para venir en conocimiento de que todos los objetos que componían aquel campamento de muñecos, los edificios, los árboles, las tiendas, las barracas y cuerpos de guardia, los hombres, los caballos y rulos, los cañones, bagajes y carros, las prendas del vestuario de los infantes, jinetes y soldados de todas las armas, los atalajes, arneses,

monturas, jaeces de las bestias de tiro y carga; los instrumentos bélicos, tambores, clarines, trompetas, pifanos, etc.; todo su personal y material, en suma, eran, como decimos hoy, otros tantos *objetos de arte*, pero de un arte tan esmerado y concienzudo, como puede colegirse de la siguiente descripción, consignada en un inventario inédito de las obras artísticas que decoraban las diferentes piezas del Real Alcázar-Palacio de Madrid en el año 1637, y que no pademos menos de copiar aquí:

«Pieza alta sobre el pasadizo que va á la escucha del Consejo de Hacienda. — Dos ejércitos que van marchando uno contra otro, puestos en forma de batalla, y detras los bagajes y carros, todo él de figuras de relieve de seis dedos de alto, en que ay varias piezas de artillería, y está imitado del natural, infantería y caballería y armas, todo ello sobre un tablado que tiene de alto dos pies y medio y la cubierta de corcho, sobre que están clavadas las dichas figuras.

»Mas, ay en el dicho tablado un campo alzado, con tiendas, cuerpos de guardia y barracas, y la forma como se hace justicia á los soldados por el preboste general, y otra demostracion de cómo se sitia y defiende un fuerte real que le divide con el campo un rio, y las figuras del tamaño dicho.

»Mas, en el terçero tramo de dicho tablado ay la forma como se gana una ciudad fortificada con su plataforma y ruidos, estradas encubiertas, esto de figuras pequeñas de un dedo de alto, de plomo, bañadas y pintadas de colores, y en la Ciudad sus fuertes, fosos y esquadrones, y en la plaza de armas un esquadron formado:

»Mas, ay en la testera de la dicha pieza otro tabladillo



TALLER DE UN ESCULTOR ROMANO, por Alma-Tadema.

*donde están las tiendas de todos oficios y bibanderos con muchas figuras y otras cosas diferentes.* »

Resulta, pues, del cotejo de este asiento con la relacion anteriormente extractada, que esas figurillas de seis dedos de altura estaban imitadas del natural con tan extraordinaria fidelidad y conclusion, que sus uniformes, sus armas, sus insignias y distintivos, y hasta los más pequeños accesorios, eran obra de los mismos oficiales de manos que hubieran podido emplearse en la confeccion del vestuario y equipo de un ejército real y verdadero; interviniendo ademas otros industriales ejercitados en más prolijas y diminutas labores, por no ser posible que los artifices de quienes son propias las ejecutasen en tan reducido tamaño. Así se explica que para el ejército que dirigia Struzzi suministrasen trabajos los plateros, los relojeros, los escrineros, los pintores y tallistas. Los plateros, ademas de los cañones y de las piezas menores del atalaje, como chapas, hebillas y ganchos, hacian los árboles de la parte montuosa del terreno; los relojeros, los estribos para la caballeria; los escrineros, los resortes para el movimiento de las figurillas, y los pintores y tallistas otros objetos igualmente delicados y difíciles por la forma.

Para esta inmensa combinacion de objetos no bastó que Struzzi dirigiese personalmente los trabajos de muchos de aquellos oficiales, á quienes tenia en una casa que alquiló al efecto, montada como un vasto taller; sino que le fué preciso hacer viajes á Malinas, Amberes y otros puntos para adquirir ciertos géneros y concertar diferentes servicios.

## IV.

## VIAJE DEL PEQUEÑO EJÉRCITO DE BRUSÉLAS Á MADRID.

Concluida la complicada obra—la *máquina*, como la llaman los viejos papeles que consultamos—con las tablas de corcho en que habian de hincarse las figuras, las cuales de por sí produjeron un equipaje de quince fardos, ocupando el ejército propiamente dicho más de treinta cajas, perfectamente arregladas por los empacadores Pierre Bosch y Orian Blasier (pues hasta los nombres de estos humildes jornaleros ha querido la suerte que salgan hoy á la luz de la publicidad, cuando tantos de habilísimos artistas anónimos yacen en el olvido); dispuesto todo, esto es, comprados los carros y los caballos para el transporte, hechos los ajustes con los conductores y mozos; elegidos los criados, y hasta uniformados, y obtenida por último la rémisa de los Archiduques, aprovechando la infanta D. Isabel tan buena ocasion para enviar á Madrid al enano D. Miguel Soplillo, destinado á reemplazar en el entretenimiento del Principe al enano Benami, muerto pocos meses ántes y áun llorado por el augusto niño; emprendieron su viaje de Brusélas á la corte de España, modificando el plan primitivo de traer el ejército por tierra y el *fuerte real* por mar, Alberto Struzzi y su comitiva de altos, medianos y pequeños asistentes y servidores, los cuales salieron de Brusélas el día 12 de Setiembre de 1614.

En el viaje de Flándes á España le ocurrieron al benemérito gentilhomme perances que no son para callados. Primeramente, por complacer al marqués Ambrosio Spinola, que se hallaba necesitado de dinero y no podia cómodamente distraer fondos de los destinados al ejército de los Países Bajos, tomó Struzzi por su cuenta la compra de los carros y

del ganado, y la suma que se habia en un principio aplicado á la adquisicion de éstos, se adjudicó al gasto del camino, cuya duracion se presupuso de cuarenta y cinco dias. Pero habiéndose luego asentado de Brusélas el Marqués, tuvo Struzzi que comprar otro carro y ocho caballos frisonos más, el carro para traer el *fuerte real*, que se resolvió no viniera embarcado por temor de que se echára á perder con la humedad del mar, y los ocho frisonos, cuatro para este último carró, uno para el furriel Ferdinand Jacquet, hombre indispensable para suplirle á él en el gobierno del convoy, pues se hallaba con la salud quebrantada; otro para un herrador, tambien necesario, llevando tantos caballos, y dos de respeto.—Ocurrió despues que habiéndose alargado el viaje bastante más de lo que se habia calculado, pasó Struzzi algunos apuros: tuvo que detenerse en Paris tres dias, para que descansase el ganado y para sacar el pasaporte del Rey de Francia; detuviéronle luego otro dia en Perona los arrendadores del puerto (1), los cuales, no haciendo caso del pasaporte de su Rey, porque no expresaba que los derechos se asentasen por cuenta de S. M., le reclamaron el diezmo y se obstinaban en que habian de abrir las cajas y fardos. Á ellos nada les importaba que contuviesen mercancías ó presentes enviados por S. S. AA. los Archiduques al Rey de España: pedian 800 escudos de derechos: Struzzi lo resistió enérgicamente, negándose á la apertura de los bultos; díjoles que se volveria á Paris por la posta á quejarse al Rey, y *al cabo de muchos dures y tomares* (escribe el mismo), *compuso el negocio en 50 escudos, de los cuales reclamó carta de pago y no se le quisieron dar, porque los repartieron entre el teniente de la villa y los arrendadores.* Perdió otro dia en Molina (Moulins), donde le saugaron dos veces é hizo herrar los caballos. Otro en Bayona, donde por las grandes dificultades que opusieron á que pasase por el puente de madera con los carros—cosa jamas permitida, pues todo cargamento de peso considerable se conducia en barcas, lo cual ocasionaba á nuestro convoy un gran trastorno para descargar los carros y volver á cargarlos—tuvo Struzzi que acudir al Gobernador, á quien no encontró sino al cabo de muchas horas, y fuera de Bayona, y sacarle una carta en que mandaba al teniente que le dejase pasar: novedad de que se indignó el pueblo, promoviendo un medio alboroto. Otro día le fué forzoso detenerse en Irun para proporcionarse bueyes con que pasar la montaña, pues, siendo tan pesada la carga, no bastaban los caballos frisonos para subirla; y lo mismo le sucedió luego en la cuesta de Salinas, despues de una enojosa avería ocurrida con un carro que se le rompió.—Detúvose otro dia en Vitoria, y allí le exigieron que pagase los derechos ó presentase pasaporte del Rey. El Marqués de Siete Iglesias habia escrito al de Spinola que le mandaba el pasaporte á Vitoria; pero el documento no llegó, y fué menester que el enviado italiano se dejase acompañar por uno de los

(1) Así lo dice textualmente una relacion de gastos presentada por Struzzi, que tenemos á la vista, certificada por el grañer Carlos Sigoney, en 25 de Marzo de 1614; pero incurrió en una equivocacion evidente el buen italiano, y lo peor es que no se puede subsanar. Perona no es puerto ni está en el camino de Paris á Moulins, sino en el de Brusélas á la capital de Francia; de consiguiente debió haberla nombrado ántes que á Paris.—Por otro lado, luego se verá que el lance que refiere como acaecido en Perona, figura en otra relacion jurada del mismo Struzzi como ocurrido en Bayona, donde es más probable que sucediera.

MUSEO DEL PRADO.



«MATER DOLOROSA.»

(CUADRO DE BARTOLOMÉ ESTÉBAN MURILLO.)

arrendadores del puerto (sic) quien, dico, me acompañó hasta Madrid á mi costa para sacar suplimento, como hizo, del Secretario Juan de Coriza (1).—Todas estas paradas dieron por resultado que, durando el viaje trece dias más de los que se habian calculado, se le aumentó tanto el gasto, que al llegar á Lerma, donde se hallaba el Rey, el cual le detuvo allí siete dias, sin duda por el placer que el Príncipe recibia de entretenerse con el enano, se vió en la precision de pedir dinero al Mayordomo mayor, marqués de Velada.

Muchos años después, en 1634, teniendo necesidad el mismo Struzzi de presentar relacion jurada de los gastos extraordinarios que habia hecho en su viaje desde Bruselas hasta Lerma, corrigió lo que tenia declarado en la otra relacion de que hemos sacado la sucinta historia de sus percances durante la conduccion del ejército de Flandes á España, porque escribió lo siguiente, que reproducimos al pié de la letra por el color local que revisten los sucesos que refiere: «Relacion jurada que yo Alberto Struzzi doy de los gastos estrahordinarios que he hecho desde Bruselas donde parti en doce de Septiembre de seysçientos y Catorçe &c.... Los quales gastos estrahordin.º no fueron comprendidos en el concierto que se hizo con el Contador del exército de su Mag. Gonzalo Guerra de la Vega tocante a los gastos hordinarios como consta por su Certificacion.—Primeramente, en diez y siete de Sept.º pagué en Perona a los Soldados del Castillo, y á los de la guarda de la Puerta, por sus derechos Simpoderio rescussar Diez florines de aquatro rs.—Mas, en nuebe de Octubre en Petit Burdens pagué a los marineros, por una Barca con la qual pasaron El Rio los Carros, Camallos, y Gente hasta Bordenes, quarenta y seis florines y medio.—Mas, a diez y siete del dho. pagué Embayona a los arrendadores de las Alcaualas cinquenta escudos de a doce rs. por composicion que hize con ellos, los quales pretendian El Diezmo, y querian abrir los fardos, no haviendo hecho passaporte del Rey, respecto que en el no estava especificado que los derechos seasentassen por cuenta de su Mag. y Pretendian se les pagasse ochocientos escudos, y al Cauo de muchos dares y Tomares vine a componer los derechos en los dichos cinquenta escudos, de los quales pedí carta de Pago y nomela quisieron dar, porque se los Repartieron entre el tiniente de la Villa y otros.—Mas, pagué en dha. Bayona a los Soldados del Castillo treynta y siete florines y medio de sus derechos de Guarnicion.—Mas, pagué en dha. Vayona a los arrendadores de la Alcaualala, del passage de los diezynuebe Cauillos (2) arragon

de tres florines cada vno, que es la prematica; que hacen cinquenta y siete florines.—Mas, pagué ados Soldados de la dha. Villa quince florines y medio, los quales el Governador de la dha. Villa medió para que acompañasen los Carros hasta San Juan de Lux, para donde medió vna carta para el Tiniente p.º que dejasse passar los Carros Sobre la puente lo que jamas no se suele permitir, sino que todos Passan por barca, adonde fuera menester cargar y descargar, y tardar vn dia más.—Mas, a diez y siete del dho. pagué en dho. San Juan de Lux treynta y vn florines y medio por los derechos de la dha. Puente, sobre la qual passaron los dhos. Carros.—Mas, pagué Siette florines y medio al Comissario que vissitó El Passaporte del Rey, por sus derechos.—Mas, en Diezyocho pagué a los marineros por dos barcas con las quales passaron los Carros y Cauillos el Rio de Irun setenta y cinco florines.—Mas, pagué en Irun ocho reales al vissitador de la Inquissicion.—Mas, pagué en la dha. villa de Irun a unos labradores por quinze jugadas de Bueyes que passaron los Carros la montaña, por tres dias de yda y buelta, acussa que por ser los dhos Carros tan Cargados fue ymposible que los Cauillos los pudieran llevar, ciento y siete florines Por concierto que hizo el Correo mayor Juan Alvarez.—Mas, en diezynuebe pagué cinco florines ann. labrador por el alquiler de un Carro de Bueyes que llebe los fardos de uno de los tres Carros que se rompio hasta llegar aun lugar adonde se adereçó.—Mas, En veynte y quatro pagué en Salinas sesenta y vn florines por otras onze jugadas de Bueyes para subir aquella Cuesta a veyntia y quatro Rs. cada vno.—La qual dha. Relacion vacierta y verdadera y los dhos. gastos los hice en la forma y Cantidad que en cada partida se dice, y asi lo juro en forma a Dios y avna Cruz, con la pena del a trestanto al estilo de contaduria que me obligo a pagar, si agora o en algun tiempo pareçiere lo contrario, y lo firmo en Madrid a xxj de febrero de 1634.—Alberto Struzzi.»

Dijimos que tuvo precision de pedir dinero al Mayordomo mayor, marqués de Velada. Dióle éste, de orden de S. M., doscientos ducados para que pudiese el conuyn proseguir su camino hasta Madrid: donde entró en la forma que referimos al comenzar este relato, y sin nuevos percances, á excepcion de habersele inutilizado uno de los dos caballos de respeto, que era el que el herrador traia del diestro, el cual se enclavó por torpeza de un chispero intruso que se metió á hacer lo que no era de su oficio.

## V.

## PROMESAS Y PRENDAS DE UN DICHO PORVENIR.

Antes que dijéramos lo que contenian las cajas y fardos, en que la gente ociosa de la villa veia lastimosas reliquias de un imaginario desastre ocurrido á nuestras armas en los Países-Bajos, dejamos á Alberto Struzzi descansando de las fatigas del camino en su alojamiento y visitado por el contralor Jerónimo de Quincoces.

Era éste uno de aquellos hombres nacidos para esclavos y sin afectos propios, como hay muchos en los palacios, lisongeros con todo el que tiene favor, y desabridos con el que carece de valimiento; y juzgando por el empleo que desem-

(1) No se comprende qué derechos de puerto le pudieron exigir en Vitoria. Además, si Struzzi, como se verá más adelante, no continuó su viaje seguido hasta Madrid, sino que le mandó el Rey detenerse algunos dias en Lerma, tampoco se comprende cómo pudo venir acompañándole hasta la corte uno de los recaudadores. ¿Había éste de detenerse también en Lerma y esperar allí á que Struzzi fuese despedido para seguir luego con él hasta Madrid? ¿Había de venir: el recaudador solo para obtener del secretario Juan de Coriza el documento ó certificado que habria conseguido con igual facilidad donde se hallaba el Rey? La única explicacion de estas contradicciones que nos parecen admisibles, es que Struzzi, en el año 1634, á los sesenta ó más de edad, caduco, enfermo, entregado quizás á su mala estrella, escribía relaciones juradas de sus gastos abultando éstos, contradiciéndose, y confundiendo y tergiversando los hechos.

(2) Hemos repasado muy repetidas veces las relaciones de gastos y todas las cuentas en que se hace mencion de los caballos que compró y trajo Struzzi, y no hemos podido explicarnos por qué unos documentos traen veinte caballos, y otros sólo diez y nueve.

peñaba Struzzi en Brusélas, por las cartas que de los Archiduques traía, por la amistad con que le distinguía Spinola, por la buena acogida que el Rey, su favorito y el Marqués de Velada le habían hecho en Lerma, y por las órdenes terminantes del Mayor-domo mayor de que se le hospedase cómodamente, se le regalase y se le asistiese con cuanto hubiera menester; juzgando, repetimos, que se las había con un personaje de cuenta, le prodigó en aquella breve entrevista toda clase de atenciones, incluso la de mostrarle la más apacible y risueña fisonomía, haciendo gala de dos correctas hileras de blanquísimos dientes. Al despedirse de él con cien reverentes cortesías, le dejó la lisonjera esperanza de que los servicios que venía prestando á tan gran rey como el señor don Felipe III, y á tan amable príncipe como el Sr. D. Felipe, Domingo Victor de la Cruz le serían muy en breve recompensados con señaladas mercedes.

No se hicieron esperar mucho tiempo los agasajos del sumiso servidor, oficioso intérprete de la voluntad de su dueño.

Mientras los viajeros descansaban, los tres criados se instalaron en la cocina y prepararon una frugal refacción con las provisiones que traían. César Acosta los agasajó con una enorme costrada de pichones, digna de figurar en un bodegón de Van Essen, y con vino fresco, blanco de Rueda y tinto de Valdepeñas, y les suministró todo lo demás que hubieron menester: hizose comedor de un aposento del piso principal, donde había una cama, que se retiró por innecesaria; en su

lugar se colocó un aparador con la vajilla y la cristalería, y cuando la gana de comer empezó á poner en movimiento á los huéspedes, ya todo estaba arreglado.

Sentados á la mesa Struzzi, Soplillo, Juan Vander Elst, Ferdinand Jacquet y los dos oficiales Christian y Cornelio, dejémosles restaurar sus fuerzas, y que nuestra presencia no les sea molesta, por si alguno de los seis tiene la fea costumbre de derramar el vino ó chuparse los dedos. Como buenos flamencos beberán copiosamente, y el velicómen descansará poco sobre el mantel. Soy míope y no alcanzo á ver qué clase de *aderezo* les ha dado el dueño de la casa; pero me figuro que comen en platos de Talavera, pintados de azul y amarillo, y que el vidrio de los vasos es de regular transparencia.

Después de haber comido todos con buen apetito, la hartura hizo su natural oficio: quedó Struzzi entregado á un dulce sopor, sus comensales desfilaron, y él permaneció solo, arrellanado en un sillón de vaqueta, predispuesto por las melosas promesas del contralor Quincoces á dejarse mecer en los brazos de rosa de las más halagüeñas ilusiones. Entregóse, pues, á un sueño de bienandanza, durante el cual se abrieron ante su mente fascinada risueños y deslumbradores horizontes. «Verdaderamente (supongo yo que se diría para sus adentros) he venido á caer en el regazo de la fortuna. Hème aquí recibido en palmitas por los más grandes señores del universo, el Rey de España y del Nuevo Mundo, el Príncipe, los Infantes é Infantas, el Duque de



EL REY DON FELIPE IV.—(CUADRO DE VELAZQUEZ.)

Lerma, el Marqués de Velada y todos los que comparten con el poderoso hijo de Felipe II el peso y la gloria de tan colosal monarquía. Los archiduques Alberto é Isabel me distinguen con sus favores; el invicto Ambrosio Spinola me enaltece con su confianza; este mismo hombrecito en miniatura que traigo á mi cuidado será mañana para mí un valedor seguro. Y no me importa que se murmure por ahí que España es un país pobre en medio de su fasto y ostentación; porque la gente granada vive aquí como no se vive en nación alguna. Mañana se efectuarán las bodas que han de estrechar la alianza de las dos monarquías más grandes del mundo — la española y la francesa — y ya se presiente el esplendor de que irán acompañadas. El Duque de Pastrana y Francavilla llevaba ayer al vecino reino, cuando fué allí á concluir las capitulaciones, una recámara de 125 acémilas cubiertas de terciopelo carmesí, chorreando plata y oro. ¡Qué soberbio espectáculo! Dícese que gastó en su embajada 200.000 escudos; y que el Marqués de Siete Iglesias, que fué á Fontainebleau á felicitar á los Reyes de Francia, dejó en manos de la Reina viuda y de las Princesas y damas una lluvia de alhajas de inestimable precio, piedras bezouars en escriños de plata, servillas de oro y esmalte, objetos curiosos y riquísimos, encanto de los nacidos en la tierra para semi-dioses. Pues esta corte de Madrid, qué opulencia no desplegó con el enviado francés Duque de Uíena (Mayenne), á quien, después de regalarle en el camino con acémilas cargadas de vidrios de Venecia y barros peregrinos, recibió la villa con un lujoso cortejo de grandes, cual no se vió jamás en las cortes de los Faraones ni de los Reyes babilonios y persas; haciéndole luego patentes el palacio Real sus deslumbradoras magnificencias en cuadros, estatuas, tapices, blandones de plata, alfombras y reposteros; en su ejército de titulados, señores y caballeros, damas y meninas, mayordomos y maceros, y toda clase de servidores de ambos sexos, guardia de archeros españoles y tudescos, carrozas, caballos, libreas, gualdrapas y penachos; y manteniendo, por último, la Real despensa á toda la gente que con él vino, por el eficaz ministerio de los guardamangeles, con provisiones de boca que ni soñaron siquiera los esclavos despenjeros á cuyo cuidado corrió el bíblico festín de Baltasar. No me hallo, no, entre gente mezquina, aunque me digan que está arruinada.»

Pasarían luego por su mente, exultada con tan persuasivos recuerdos, los ricos presentes que hicieron en aquella ocasión al embajador francés y al secretario portador de las capitulaciones, el Rey y el de Lerma: figurárase tener ante sus ojos la cadena de diamantes y el trencellin tasado en 12.000 escudos, y los seis hermosos caballos con sus montas de damasco carmesí, y la sortija de 3.000 escudos de valor, y los cien pares de guantes de ámbar, y los cincuenta coleros de lo mismo, y el fanaque de pastillas y pebetes, que tan celebrados fueron; y se regalaría el tacto y el olfato con la ropa blanca y perfumada que mandaron al de Uíena la Duquesa de Pastrana y la Condesa de Valencia; y creería oír piñar y relinchar á los diez caballos con que le agasajaron los Duques de Maqueda y de Alba. — Vería también en el ameno campo de su fantasía las demás grandezas que había leído, ó oído referir, de la corte de Felipe III: los costosos espectáculos de toros, cañas, comedias, máscaras y demás regocijos con que había obsequiado á los emba-

judores de Dinamarca; la *costa*, como se decía entonces, que se les hizo, ó sea la abundante mesa que se les sirvió; las cadenas de oro y los caballos que se les dieron; y luego la bellísima y rica tapicería de los *Siete planetas*, bordada sobre terciopelo carmesí, comprada por el Rey en 20.000 ducados, para enviarla al Rey de Persia con otros preciosos objetos, estimados en más de 80.000. — Presenciaría como en vision beatífica el divertido espectáculo de la mascarada que se hizo con motivo del nacimiento del hijo del Conde de Saldaña, en que 84 caballeros llevaron sobre sí, en sus trajes, un valor de más de 90.000 ducados; y la grandiosa ceremonia del bautizo del niño en la iglesia de San Andrés, donde cautivaba los sentidos el conjunto de las colgaduras y ricas alfombras, la fragancia de los pomos de aguas de olor, los resplandores argentinos de los braseros y blandones, los vistosos matices de los brocados, los reflejos de la gran pila de plata colocada sobre espacioso tablado en la mitad del templo; al par que los excitaba el cuadro seductor de las bien ataviadas señoras y damas de la Reina, que, á despecho de la pragmática sobre vestidos y joyas, realizaban sus naturales atractivos con los más vistosos aderezos.

Habría quizá momentos en que el buen Struzzi olfatearía y paladearía los sabrosos y delicados manjares de los cien platos que, sin contar principios ni postres, se sirvieron en las mesas que el fastuoso Duque del Infantado previno para las personas Reales y para las señoras y damas, y creería tener en sus manos (tanta era su afición á los objetos de arte suntuario) las mismas alhajas regaladas, con ocasión de aquella solemnidad, al Rey, á la joven Reina de Francia, al Príncipe é Infantés y á las damas; es decir, que casi se imaginaria estar tocando y saboreando á su placer la riqueza y los primores artísticos de una imagen de Nuestra Señora, de oro y diamantes; de un escritorio con los cajones atestados de curiosidades de oro y piedras preciosas, de cien bandejas de plata colmadas de abanicos, varillas de oro, cintas, gorgueras, valonas y otros dijes. — «No estoy entre gente mezquina», creo yo que volvió á decir para sus adentros.

¿Cómo no habían de fascinar al pobre extranjero, acostumbrado á la vida de una pequeña corte, moderada y económica en sus gastos como la de los archiduques Alberto é Isabel, las indescriptibles magnificencias de nuestra aristocracia española? No ignoraba él lo que decían del desgobierno de España bajo el reinado de Felipe III nuestros enemigos los venecianos: sabía de memoria la pregunta y la respuesta que había hecho proverbiales el embajador Simon Contareno: «¿Cómo se envían á Flandes tantos millones y á Alemania tantos socorros? ¿Cómo se han levantado en Italia tantos ejércitos y hace el Rey tantas mercedes, y fábricas, y gustos como en aquella corona se usan? — Pues esto se hace no pagando.» Pero veía al propio tiempo que si muchos grandes no pagaban, no era porque careciesen en absoluto de dinero, sino porque la prodigalidad y el desorden se lo quitaban de sus arcas cuando lo habían menester. Su perspicaz y nerviosa vista retrospectiva, aguzada por una incessante lectura, le ponía delante la fastuosidad española en toda su inmensa escala, desde el estrepitoso espectáculo oriental de las fiestas públicas en que se tira el dinero sin tasa ni concierto, con tal que destimbre y anonade el esta-

llido de la bomba lanzada al viento, hasta el selecto y callado banquete del sibarita de gusto refinado, más costoso quizá por los primores artísticos que en sí reune. Como ejemplo de lo primero, recordaría el recibimiento hecho en Valencia á la reina D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, por las descripciones que había leído de los magníficos arcos de triunfo, de las comidas, saraos, toros, fuegos, fiestas, torneos y cañas; de las riquísimas galas y aderezos, del lujo de carrozas y libreas, perlas y piedras preciosas, telas y brocados, que reyes y príncipes, damas y caballeros desplegaron en aquellos días; y cómo sólo el Marqués de Dénia (ahora Duque de Lerma) gastó allí más de 300.000 ducados, sin contar las joyas que regaló á la comitiva de la Reina y del Archiduque, y cómo subió el gasto del Rey en aquella jornada á 950.000 ducados, y el de los grandes y señores de Castilla á más de 3.000.000. Como muestra de fastuosidad de selecto gusto sibarítico, pensó sin duda alguna, y hasta con espeluzos de placer, porque el buen italiano era inclinado como un ateniense á todo lo exquisito sin ostentosa pompa, en el banquete que ese mismo Duque de Lerma había dado hacía cuatro meses al Cardenal de Este y al Nuncio de Su Santidad. Teníalo en la memoria claro y distinto como la imagen que se pinta en la cámara lúcida de la retina. El Cardenal y el Nuncio estaban solos en la mesa con el noble anfitrión, servidos por títulos y caballeros, todos descubiertos, entre los cuales se hallaban los hijos del Duque. Las mesas y aparadores estaban cubiertos de vajilla de oro repujado y esmaltado, obra de orfebrería milanés, con peregrinos bajo-relieves atribuidos al Caradosso. Aquellos ilustres servidores desempeñaban su oficio con toda puntualidad y perfección. Sirvieron treinta platos de á seis, y con tal silencio, que parecía no haber nadie en la sala. Oíase sólo una agradable música, cuyos ejecutantes estaban ocultos. Después se servía otra mesa para los dos obispos del Cardenal y para los títulos y caballeros que habían asistido á la mesa primera. Eran los comensales unos treinta, y los manjares exquisitos, no excesivos para que no causasen hastío. Luego había carrera de caballos delante de la huerta, con muy ricos jaeces, y el Duque daba un curioso cofre de la India al Cardenal, con ochenta pares de guantes, treinta cueros, otros tantos bolsillos y faltriqueras, y dos ó tres cajas de pastillas de olor de diferentes especies, y otras cosas preciosas; y el Cardenal de Toledo le enviaba un escritorio de cosas de olor y un vaso de plata dorado, engastada en el una piedra bezoar de gran tamaño. «Esto (se diría Struzzi) no se hace sin tener muchísimo dinero»; y decía bien, porque el Duque era uno de los hombres más acaudalados, no de España, sino de Europa; y opulentos eran también otros personajes que rivalizaban con los más grandes señores en ostentación y bauto, tales como el licenciado Alonso Ramírez de Prado, del Consejo Real y del de Hacienda; D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga y de Villafranca, Consejero de Hacienda también; D. Pedro Álvarez Pereira, del Consejo de Portugal; no pocos asentistas, y otras personas de inferior jerarquía. Aquellos *ilustrísimos ladrones*, como los llamaba el esquilnado pueblo, justamente quejoso de la carga de tributos con que se le agobiaba para que ellos estuviesen repletos, siempre pagaban lo que no podían sacar como regalo. No importaba, tratándose sólo del hecho de si en España había ó no dinero, cómo se habían amasado aquellas riquezas, que al de Lerma y sus hijos les

hubiese valido 500.000 ducados (cinco millones y medio de reales) la expulsión de los moriscos, por el producto que se apropiaron de una parte de las casas de aquellos infelices, puestas en venta; que el Conde de Villalonga se hubiese enriquecido en el asiento hecho con los judíos de Portugal y con cohechos de á seis y siete mil ducados, y otros medios igualmente inmorales, no era asunto en que él tenía que entrometerse. Para el negocio que acá le traía, bastábale que aquí hubiera dinero y que, aunque se debiese, hubiera de qué pagar. Si ejemplos se oían de grandes escarnientos, también se pregonaban de grandes medros y de legítimas ganancias obtenidas al amparo de la vanidosa ostentación española. Sin salir de los Países-Bajos, donde él residía, público y manifiesto era que no les iba mal en sus relaciones con la entrapada corte de Felipe III á los artistas que para ella ejecutaban obras, á Rubens, á su maestro Otto Voenius, á Dionisio Van Alsloot, á Peeter y Jan Brueghel, á Van Hellemont, á Gaspar de Crayer, á Momper, á Frans Franck, á Peeter Neefs, á Franz Pourbus, y á otros cuyas tablas y lienzos lucían más que en parte alguna bajo las doradas techumbres ó las pintadas bóvedas de los palacios de España.

Interrumpióle en estas reflexiones la presencia de un guardamangel de Palacio, que, seguido de dos mozos cargados de banastas y sacos, le traía las provisiones de boca para el siguiente día. Mandábalos el jefe de la despensa de S. M., de orden del Mayordomo mayor, comunicada por el contralor Quincoces. Entraron en la cocina, y empezando á desocupar los recipientes, invadieron su pequeña mesa, los vasares y hasta el fogón, con apetitosa vianda y pleróricas redomas, formando al vivo un bodegón que hubiera hecho honor al pincel de Brueghel ó de Snyder. Bajó Struzzi al ruido, tomó su capa brabantona para irse á dar una vuelta por la coronada villa, y echando al salir una cariñosa ojeada á las abundantes provisiones, murmuró risueño: «Decididamente, más vale servir á un pródigo entrapado, que á un ruin que entierra su dinero!»

Al poner el pié en la calle, con aire de hombre á quien mima la fortuna, los mozos portadores de aquel succulento contingente, que se anunciaba como pan de cada día, terminaban su faena, dejando en el alojamiento de Struzzi y sus acompañantes diez y seis tortillas, sacadas de sus correspondientes fiambreras; veinticuatro panecillos, seis azumbres de vino común, y muchas libras de carne de vaca, carnero y cabrito, gallinas, pollos y no sé cuántas clases de frutas de invierno (1). Como á excepción de las tortillas, las raciones venían en crudo, en seguida le asaltó la idea de que iba á necesitar gente á propósito para montar en regla su cocina, y volviendo atras, llamó al casero y le encargó le buscara en seguida un despensero, un cocinero, un ayudante y un esportillero (2). El modesto gentilhomme había cobrado humos.

(1) Existe el curioso documento de las provisiones que diariamente se le suministraban por la Real Despensa, y llama la atención que, enviándosele las raciones en crudo, le mandasen las tortillas hechas. Por cierto que éstas fueron al principio diez y seis, y luego, desde el 22 de Diciembre, se le bajaron á diez. Sería á petición del mismo Struzzi, el cual desde el primer día manifestó al Marqués de Velada, por medio de Quincoces, qué era excesiva la provisión que le mandaban.

(2) Así lo declara el mismo en un memorial fechado en 16 de Abril de 1622, y dirigido al ministro del Burco, designado para *ajutar y fencer su cuenta*.



\*ATAQUE Y DEFENSA.\* — (CUADRO DE F. GIMENEZ. — De fotografía de Laurent.)

## VI.

## LA BENEVOLENCIA DE UN HOMBRE FELIZ.

Es ley de la humana naturaleza en los seres no perversos, que todo el que se siente satisfecho se explaye en sentimientos de benevolencia para con los que de él dependen. Alberto Struzzi se estimaba dichoso, y su primer impulso humanitario fué colmar á Soplillo de agasajos y pruebas de afecto. Hizo llamar á uno de los mejores sastres de Madrid, trájéronle á Andres Ximenez, y le encargó un traje de gala para el enano. Compró el sastre el género en la acreditada casa del mercader Duran Maurin; sacó de ella cuatro varas de perpetuan verdemar; una vara de tela ondeada del mismo color, enajada de plata; de tafetan rosa seca, doblete de Granada, dos varas y cuarto; vara y tercia de ruanete; dos tercios de bayeta de Sevilla; vara y media de fustan; dos varas y tres cuartos de raso, color de rosa seca; doce onzas de caracolillos de oro y plata de Milan; media vara de angeo; once docenas de botones de oro, plata y seda; dos varas de listones; dos y media de felpa, rosa seca, de pelo largo, de Granada, y un fiador del mismo matiz. La obra de Andres Ximenez resultó ser un magnifico traje, compuesto de ropilla, calzon y ferruuelo verdemar, de hermosa y fuerte tela de lana, con jubon de estofa ondeada verde y plata, con sus afartos y pestañas de color de rosa seca; el ferruuelo con cuatro guarniciones de soguilla y pasamanos; la ropilla con dos, y ademas cuatro golpes; el calzon con cuatro guarniciones y golpes, y el jubon con su guarnicion de soguilla y caracolillo. Hizole tambien otro par de mangas de tabí de oro ondeado.

Con la ropa blanca, es decir, con la tela de Holanda para los bebederos y las valonas, las puntas de Flándes, las hechuras y el almidonado, corrió la *lingera* (1) flamenca Isabel Snuck, que tenía fama de primorosa; y los sombreros para el mismo D. Miguel, que fueron nada ménos que tres, uno negro con cairel de seda, otro negro tambien con caireles de plata, y otro de color, cairelado de plata y oro, los hizo el famoso sombrerero Lorenzo de Fuentes.

Y como el agua que rebosa de murrino vaso baña tal vez el humilde barro, la satisfacción que inundaba el pecho del dichoso italiano se derramó hasta sobre la jaquilla que montaba el enano, para la cual encargó un jaez de gala, que costó un soldado. Afortunadamente, para estos gastos se hallaba autorizado por el Mayordomo mayor del Rey, de modo que cuando le conviniese no haberlos hecho de su bolsillo, podría reclamarlos.

(1) Hasta que cayó en nuestras manos el documento de que sacamos esta cuenta, no habíamos visto nunca usada la palabra *lingera* por leonera. *Lingera* viene sin duda alguna del francés *lingère*, como otra multitud de nombres de oficios y empleos que tambien se importaron de la vecina Francia en los siglos XVI y XVII. Pero de la exactitud de que la voz *lingera*, castellana pura (del adjetivo latino *lingera*, que se aplicaba á Isis por haber enseñado á los egipcios el uso del lino), se podría usar tambien correctamente para designar á la leonera; lo cual daría acaso pie á algunos para sostener que la voz *lingera* no es galicismo. En documentos del reinado de Felipe IV hemos visto con frecuencia llamar *labrandera* á la mujer que conseraba con la ropa blanca y la arregla.

## VII.

## TAREAS DE ALBERTO STRUZZI EN MADRID.

Regresó el Rey, con sus hijos y servidumbre, de sus ocios en los bosques de Lerma para entregarse á los ocios de la corte, y mandó llamar á Alberto Struzzi, deseoso de ver instalada en el renovado Alcázar la máquina del ejército. No lo deseaba ménos el Príncipe, dispuesto con nuevos bríos á la diversion. La vida de campo le habia probado perfectamente; habíase fortalecido, y parecia salvado del linfatismo que predominó en su temperamento y tanto dió en qué pensar á su padre pocos meses atras, en cuyo tiempo, sólo el verse levantado del suelo en un carro en cierta comedia que representó en Palacio con sus meninos, haciendo él de dios Cupido y el condeillo de Puñenostro de diosa Venus, le habia producido náuseas y vómitos. Habíale agradado mucho en Lerma la figurilla, los modales, la voz y el gesto de su nuevo juguete humano, y agregábase ahora á este grato entretenimiento el del ejército de muñecos que le traian de Flándes para su instruccion y recreo. Todo anunciaba que daria muy pronto al olvido á su anterior favorito, con quien tan buenos ratos habia pasado. Hijo y padre propendian á iguales mudanzas: el hijo con sus enanos, el padre con sus privados. No era única *sabandija* (2) en Palacio Bonami, como no era la única lapa el Duque de Lerma; hacíase preciso que fuesen alternando en el favor los más afortunados: á Bonami le libró la muerte del disgusto de perderlo; ahora iba á sucederle Soplillo, que á su vez cederia el puesto á Calabocillas, ó á Sebastian Morra, ó al Primo, ó á cualquiera otro de los destinados á recibir la inmortalidad de los pinceles de Velazquez. En cuanto á los *privados*, el cansancio de tener siempre encima al Duque de Lerma empezaba ya á inclinar al padre hácia el desnaturalizado Duque de Uceda y hácia el ingrato Marqués de Siete Iglesias.

Presentóse en el régio Alcázar-Palacio Struzzi con el enano: recibieronle las personas Reales con todo el agasajo que permitía la etiqueta formalista de la casa de D. Felipe III, y ordenóle éste proceder inmediatamente á la instalacion del ejército traído de Brusélas, y que le llevase todos los dias á Soplillo para que se entretuviesen con él sus hijos. Al retirarse de la presencia del Rey, fué Struzzi á verse con el Mayordomo mayor, marqués de Velada, á fin de que le facilitase el carruaje que necesitaba para llevar diariamente á Palacio al enano y las cajas de las figuras, segun se fuese componiendo el ejército; y el Marqués, que era hombre de buena intencion y de *plática y cordura*, como decia de él el veneciano Contareno, no pudiendo por sí disponerle, por carecer de atribuciones en la Real Caballeriza, le autorizó para que hiciese comprar un coche, tomando para él dos de los caballos que habia traído de Flándes. Así quedó concertado, y en su virtud se le libraron 200 ducados sobre el tesorero y maestro de la Real cámara, que cobró por Struzzi el furriel Pedro Dimas, y entregó á Pedro Jerónimo Royo, erriado del Archiduque, el cual ajustó y compró en la calle de las Carretas una caja de coche, ni buena ni del todo mala, pero

(2) Nombre que daban á los enanos en los palacios.

servible para el objeto, aunque no para dar mucho lustre á la persona del gentilhombre de Sus Altezas. Este, sin embargo, entregado á sus dulces ilusiones, hacía gustoso el gasto del cochero y de los caballos, con la esperanza de recobrarlo todo junto y con creces cuando S. M. le hiciese la merced —no bien determinada en su pensamiento— que de su grandeza y generosidad se prometía.

Es de advertir que como los veinte caballos que trajo de Brusélas eran suyos, desde que dejó de necesitarlos los fué á toda prisa enajenando: el día 28 de Noviembre, es decir, á los catorce de haber llegado á Madrid, vendió seis al Marqués de Siete Iglesias, cuya fortuna tocaba á su cénit por aquel tiempo; el 2 de Diciembre vendió dos al greffier de S. M.; otros dos vendió al Conde de Salazar el día 6 del propio mes; cinco el día 13 á un canónigo de Toledo; el mismo Marqués de Siete Iglesias, que el día 28 de Noviembre le había comprado seis, volvió á pedirle otros dos el 15 de Diciembre. Se había, pues, deshecho de diez y siete caballos y no le quedaban más que los dos que puso en su coche, y el caballo cojo inservible (1), cuyo paradero sería ir á mover alguna noria de las huertas del Manzanáres.

Con gran fe y entusiasmo, desde principios de Diciembre, puso manos á la obra de la instalacion del ejército en Palacio. Señaló el Rey para este objeto una pieza del piso principal, en el cuarto que se habilitaba para la Reina cuando murió aquella augusta señora, y allí lo colocó Struzzi, acudiendo diariamente al desempeño de su encargo con su auxiliar Vander Elst, los dos oficiales Christian y Cornelio, y tres criados. Al abrir las cajas, observó con pena que se habían roto ó echado á perder algunas figuras; pero entré el tallista y el platero las compusieron en seguida. Mayor fué su sentimiento al verse privado de la asistencia de su compañero Vender Elst, el experimentado gentilhombre de la artillería de Flándes. Enfermó éste á los pocos días de llegar

(1) En el documento original que lleva por cabeza *Relacion del gasto que han echo en la villa de Madrid los veinte cavallox que Alberto Struzzi ha traído de Brusélas, etc.*, está equivocada la sexta partida, en la que se asienta que despues de vendidos, de los diez caballos que tenía el 8 de Diciembre, cinco á un canónigo de Toledo, le quedaron seis; siendo así que sólo le quedaban otros cinco.

á Madrid: la frialdad, más aún el destempe de este clima, le produjo tumores en el cuello, que degeneraron en dos parótidas, de las cuales no acertaron á curarle el cirujano del Rey, que le operó, ni los dos doctores que le estuvieron visitando, uno por espacio de quince días, y otro durante algunas semanas. Falleció aquel buen hombre en 31 de Diciembre, y se le dió sepultura adelantando el gasto el jefe de la Comision. En la cuenta que Ferdinand Jacquet pasó á Struzzi con tan triste motivo, figuran, como honorarios de los dos médicos, 228 rs.; como pago al cirujano del Rey, 40 rs.; 16 rs. más para sangrias; 138 rs. por azúcar, limones, naranjas, bizcochos y otras *regalos de confiterias*; 203 reales por el entierro, sepultura, cera y otros gastos; y 94 reales como adelantos que por orden de Struzzi había hecho á Vender Elst el referido Jacquet, para que se proveyese de algunas *menudencias de vestidos y otras cosas*.

La complicada tarea de la instalacion del ejército duró unos tres meses; mas aunque la obra quedó muy á satisfaccion de las personas Reales y de todos los cortesanos que la vieron y admiraron, y que, maravillados de tantos diminutos primores y prodigios de paciencia, la aplaudian en todas partes, se observó que no se había elegido bien el lugar para su colocacion, porque la pieza estaba mal techada y había que echar abajo toda su cubierta para reformarla: de manera que cuando Struzzi se lisonjaba de haber terminado su comision y de recibir la justa recompensa de sus desvelos, tuvo que renunciar al suspirado proyecto de volverse á Flándes honrado y satisfecho, y esperar á que se le diese la orden de emprender de nuevo la pesada ocupacion.

Corría el año 1615. Se designó para esto la llamada *Galería del Cierzo*, que algun día había de hacer famosa el estudio del gran Velazquez, desde la cual se otaba el nevado Guadarrama. Por desgracia, los dos oficiales auxiliares, el tallista y el platero, se habían ya despedido y regresado á su país. Desmontóse, sin embargo, la máquina con todo esmero, llevándose ordenadamente todas sus piezas al nuevo local, se armó por segunda vez el complicado juguete, y allí estuvo algun tiempo siendo la complacencia de los hijos del Rey y de la alta servidumbre, y causando el asombro de los criados de esclera abajo y de los extraños emiro-



«BÓCAS DEL ARNO.»—(CUADRO DE GIOVANNI COSTA.)

sos que lograban verlo. Mas tampoco en la galería del Cierzo resultó bien colocado el vistoso campamento; advertíase la excesiva frialdad de aquel sitio, y S. M. resolvió mudarlo á otra parte. Pero las cosas en la Casa Real iban muy despacio.

Entre tanto debió hacer alguna insinuación el sagaz aunque alicinado italiano respecto del considerable gasto que su imprevista detención en Madrid le originaba, porque hallándose el Rey en Valladolid en Julio de ese mismo año 1615, firmó el Duque de Lerma el siguiente billete, dirigido al Presidente de Hacienda D. Fernando Carrillo: «*Su Majestad assida servido de hacer merced a Alberto Struzzi Gentilhombre de la Casa del Sor. Archiduque Alberto, de mill ducados de Ayuda de Costa por una vez en consideracion de sus servicios y de haver entendido en la fabrica de un modelo del Exercito y fuerte Real que trajo de flandes con el Enano, para el Principe Nro. Señor, y lo que ha trabajado y gustado en ello. V. S. hordeava que se le pague luego para que se pueda boluer a flandes. Dios y.º a V. S. Como desseo. En Valladolid 11 de Junio 1615.—El Duque.—Juan de Ceriza.—A don fernando Carrillo, Press.º del R.º Consejo de Haz.º.*» Desgraciadamente, la ayuda de costa no llegó á manos del interesado sino repartido en dósís, la última de las cuales cobró al cabo de tres años.

Trajo consigo el tiempo muchos y muy grandes sucesos, prósperos unos, adversos otros, ántes de que se hiciese la mudanza de la máquina. En la alta servidumbre de Palacio al Marqués de Velada había sustituido el Duque del Infantado, hombre ostentoso y amigo de dominar, que blasonaba de íntegro y desinteresado, y tanto lo era, que á veces mayaba en áspero: el cual había suprimido desde fines de 1616 el gasto de casa y raciones que se pasaban á Struzzi y sus servidores.

El día 31 de Diciembre se encontró el pobre embajador—como le intitulaban en sus cuentas los mercaderes y menestrales de quienes se había surtido para poner de gala á Soplillo—con el siguiente oficio, que cayó sobre él como una bomba:

«*Estoy muy apesarado con en orden que sea dado para que desde mañana domingo cesen las cosas que se daban a V. S. por cuenta de Su Mag.—y aunque entienda sera esto para hacer mayor socorro por otra parte, quisiera yo prosiguiera por mi mano hasta que V. S. se allara muy bien despachado y contento con la partida para su casa: lo qual deve estar muy propinquo. Sea tan Cumplido como yo desseo y guarde Dios a V. S. con grandes acrecentamientos. De Palacio. Sabado 31 de Dic.º 1616.—Hier.º de quincecos.*»

Esto decía aquel lisonjero siervo del Marqués de Velada, ahora del Duque del Infantado, sabiendo perfectamente que el propósito del actual Mayordomo mayor del Rey era no hacer á Struzzi merced alguna.

El enano Soplillo, que acaso hubiera podido conjurar la tormenta interponiendo una aptada recomendación del Principe, desde Marzo de 1615 no vivía ya con él; moraba en Palacio, en el cuarto del secretario Lusa. Habían, pues, ocurrido grandes cosas: habían dado su fruto las intrigas palaciegas que encañaban al conde de Olivares, D. Gaspar de Guzman, al puesto de gentilhombre de la cámara del Principe; habíanse llevado á efecto por medio de las famosas *entregas*, hechas con extraordinaria pompa en el Ridasoa, los enlaces de las casas reinantes de España y Francia; iba á firmarse en Pavia el tratado de paz que desarmaba al turbulento Carlos Manuel de Saboya, negociado por el Rey de

Francia y mal recibido por el enérgico y victorioso Marqués de Villafranca, cuando en 1617 se comunicó al agraviado Struzzi el mandato de verificar la tercera colocación del juguete del Principe.

Se fijó para éste una sala alta de la torre con ventana á la misma galería del Cierzo. Duró la operación, que el inventor de la máquina llevó á cabo con cierto desaliento, hasta el mes de Agosto, y quedó, no obstante, formado el ejército con igual perfección que las dos primeras veces. Oigamos al célebre arquitecto, maestro mayor y trazador de las obras Reales, Juan Gomez de Mora, lo que certifica de estas traslaciones y de la última, que se verificó en 1619: «*En 20 de Junio de 617 edado Relacion y Certificacion a Alberto estruci Gentilhombre de la cassa del Sor archiduque Alberto en Raçon de las ocupaciones que ha tenido en esta corte para componer el exercito de figuras y fuerte Real y toda la maquina que trujo de flandes para el p.º n.º Señor, a la qual me Remito—y cómo el dicho exercito quando Su mag. bolbio de las entreyas de francia, Se quito de la galeria del cierzo donde estaba y se puso por mandado de su mag. en una Sala alta que cae en la torre con ventana a la dicha galeria, adonde por su estrecheza estaba maltratado, y Visto por su mag. que se yba perdiendo, me mando antes que partiese para la jornada de portugal, Se mudase en Vna pieza grande queay Sobre el passadizo de la botica, donde al presente esta porque alli se biese y goçasse—y asimismo me mando que dijese a alberto estruci, que aun no era ydo por no estar despachado, que acudiese a tonar a componer el dicho exercito de forma que quedase acomodado para sinupre—en cuyo cumplimiento bolbio utrabajar y acompañerle asistiendo con los oficiales necesarios, en que puso mayor Cuidado que antes por aber quebradose y saltado muchos cosas que fue forçoso ucer de nuevo, y tambien por abarse puesto en diferente figura, el qual gasti se pago por cuenta de su mag. menos lo ocupacion de su persona y Criados, y entiendo por lo que bi que amo allarse el dicho alberto estruci en esta corte, fuera necesario yubiar por él por la mucha yntelijencia que tenia como persona que le había echo y fabricado por sus manos y orden desde sus principios—y por ser asi lo firme apetiçion suya en M.º a 22 de diciembre de 1619.—Juan Gomez de mora.*»

De manera que el ejército del Principe tuvo en el Real Alcázar-Palacio de Madrid, desde 1614 hasta 1619, cuatro distintas colocaciones, en cada una de las cuales se emplearon por lo ménos tres ó cuatro meses. En esos cinco años no pudo Struzzi abandonar la Corte, continuaron sus gastos, mayores cada vez desde que el Rey no le pasaba casa y raciones, y como no había recibido de Palacio más que los 200 ducados que le dió el Marqués de Velada y 1000 que en Abril de 1615 le mandó dar el Duque de Lerma—y que no cobró hasta fin de Setiembre de 1618, despues de caer de la gracia del Rey aquel prepotente favorito y su hechura el Marqués de Siele Iglesias—crecieron sus apuros, y comenzó la triste historia de sus desencantos y desdichas.

## VIII.

### CÓMO SE PAGABA EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVII.

Alberto Struzzi, como muchos italianos, había venido al mundo con una maravillosa intuición de cuantas nociones

constituyen el saber humano. No sólo era hombre de ingenio para todo lo mecánico y práctico, sino también de verdadero y profundo talento para lo científico y especulativo.

Mientras el Rey le detenía en Madrid sin hacerle la merced que le estaba prometida, y sin despacharle para que pudiera volverse á su casa, empleaba sus ocios en meditar acerca de los más graves negocios de Estado, y escribió entonces multitud de memorias (*avisos*, como decían en aquel tiempo) dirigidas, ya á S. M. sobre el modo de *sustentar el ejército de Flándes por medio de repartimientos*; ya á la *Junta de población* para fundar en estos reinos *Montes de Piedad* á imitación de los que había en los Estados de Flándes, y para *aumentar en Castilla y Aragón las fábricas de lanas* hasta el punto de proveer á las Indias y á los Países Bajos; ya al Consejo de Hacienda sobre el *consumo de la moneda de vellón y el ajustamiento de la plata con el oro*; ya al padre confesor del Rey, Fr. Luis de Aliaga, sobre *el comercio*, en forma de ingenioso Diálogo, que por dos veces se man-

dó imprimir; ya al Bureo sobre *el desempeño del Real patrimonio*: asuntos todos que preocupaban á la sazón, y muy justamente, los ánimos de los más juiciosos y experimentados políticos y economistas (1). Y no era él de esos arbitristas vulgares ó soñadores á quienes se recibe con compasiva sonrisa y expresivos guiños en las oficinas de la

Administración pública; por el contrario, sus trabajos siempre excitaban seriamente la atención de los hombres entendidos, á tal punto, que su aviso sobre el sostenimiento del ejército de Flándes, leído en una junta que se celebró en la sala del confesor del Rey, fué aprobado por el Consejo de Estado y remitido á la infanta D.<sup>a</sup> Isabel Clara Eugenia

para que allí se pudiese por obra el *repartimiento*, y sobre él se calcó el arbitrio que S. M. mandó proponer en las Cortes de Aragón.

Su aviso sobre *Montes de Piedad* fué tan perfectamente recibido, que ordenó D. Felipe III se fundase uno en Madrid para remedio de los pobres y necesitados, ofreciendo la Villa para su creación un auxilio de 200.000 ducados. Y el que escribió sobre fomento de la industria de las lanas cayó tan bien en la Junta de la población, que inmediatamente nombró una comisión que se ocupase en plantearlo. Siempre se había distinguido Struzzi por su sagacidad y por la abundancia de los recursos que en los casos difíciles le sugería su ingenio; así que desde el año 1588, por



«MADONNA» por Miguel Ángel.

consideración á haber sido empleado en cosas del servicio del Rey (Felipe II), de importancia, secreto y confianza (2), venía gozando una pensión de 25 escudos mensuales, que al fallecimiento de aquel monarca le fué perpetuada por su sucesor.

Claro es que no por ocuparse en proyectos de beneficio público había de descuidar sus asuntos personales: activábalos, en efecto, ora gestionando el cobro de un antiguo cré-

(1) Sorprende que de estos trabajos tan interesantes apenas haya quedado huella en nuestra historia. Nuestro erudito colega el Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro tuvo solamente noticia del *Diálogo sobre el comercio*, y hace de él una relación sumaria y un cumplido elogio en su interesante *Biblioteca de economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII*, publicada en 1861 en el tomo I de *Memorias de la Real Academia de Ciencias morales y políticas*.

(2) Lo cual constaba de una certificación expedida por Cosme Massi, secretario del Duque de Parma, y autorizada por Pedro Coloma, contador del ejército de Su Majestad.

dito de 28.777 ducados del tiempo del emperador Carlos V, perteneciente á los herederos de un cierto Daniel Rinfleys, que el archiduque Alberto habia satisfecho y endosado á favor de Struzzi, en que entendió el Consejo de Hacienda; ora el de una partida de 13.000 ducados de principal que la Real Hacienda quedó debiendo á su suegro Wolf Haller, por la cual venimos en conocimiento de que el comisionado italiano, por su familia, no era un hombre enteramente extraño en nuestro país.

Y sin embargo de ser tan idóneo para los negocios de Estado y de Administración, no alcanzó á ver en un principio lo que era la España de su tiempo, donde el maquinélico recurso de no pagar lo que se debe se hallaba admirablemente sistematizado y erigido en doctrina, con su secreto Código de procedimientos, tradicional y consuetudinario, verdadero dólido en que se perdian los incautos, y maraña en que se enredaban los más sagaces defensores de la razon y del derecho.

Cuando conoció que sus ocupaciones oficiales habian cesado, y que no se trataba, ni por asomo, del galardón que tan merecido tenia, volvió á instar para que se le despachase; mas viendo que ni le hacia S. M. la merced con que le habian lisonjeado, despues que con tanto celo y tan completa abnegacion de sus intereses le habia servido, provisto de cartas de recomendacion muy expresivas de la Infanta Archiduquesa, del archiduque Alberto y del marqués Ambrosio Spinola, que conceptuaba eficaces, y de cuantos documentos justificativos pudo reunir, se resolvió á presentar la cuenta de lo que creia debersele. Acudió á S. M. por el Consejo de Estado en 20 de Setiembre de 1620, suplicándole se dignase remitir al de Hacienda la relacion de lo que habia dejado de percibir en Flándes y aquí, y de lo que habia devengado mientras estuvo desempeñando su comision, á fin de que se le pagase lo que se estimase justo. La cuenta del suplicante comprendia tres capítulos, de que formó otras tantas relaciones: la primera, de los gajes de gentilhomme, á razon de 87.500 mrs. al año, y de las pensiones de 25 escudos mensuales, de que habia estado privado, así como de lo gastado de su patrimonio en Brusélas y no incluido en la cuenta que le habia abonado Spinola; la segunda, del gasto hecho desde Brusélas á Madrid; y la tercera, de los honorarios correspondientes á sus ocupaciones en la córte, que estimaba á razon de 12 florines de á 4 rs. al día, atendida la calidad de su persona, y de los salarios devengados por los oficiales que le habian asistido, más los gastos extraordinarios que aquí habia suplido en el servicio de S. M.

El Rey mandó pasar su instancia, en la parte relativa á los gastos y ocupaciones de Struzzi en esta córte, al Consejo de Hacienda para que acerca de ella informase; y que en lo concerniente á los dos capítulos primeros de la reclamacion, se escribiese á Flándes para que allí se mandasen ajustar las cuentas de las *vacantes* de sus gajes y pension, y de todos los gastos y ocupaciones del comisionado anteriores á su llegada á Madrid. El Consejo de Hacienda pasó las reclamaciones al contador Tomás de Aguilar, para que formalizase la cuenta, y de ésta y del informe de dicho contador se dió traslado al fiscal, el cual se conformó con lo manifestado por Aguilar, acaso sin más razon que la de ser este contrario á las pretensiones de Struzzi; porque siempre ha habido empleados de la estofa de este contador y de este

fiscal, cuya invariable regla de conducta es negar todo lo que se pide, aunque sea justo, y aprovechar toda ocasion para vengarse de la superioridad del talento, odioso á la medianía.

Murió en esto Felipe III, y el asunto quedó por algun tiempo paralizado. Ocupó el trono, ya mancebo de diez y seis años, el augusto Príncipe para quien, siendo niño, se habia hecho el precioso juguete; nuevas recomendaciones de la Infanta gobernadora (viuda del Archiduque) para su sobrino D. Felipe IV pusieron el expediente en movimiento; este Rey lo envió al Bureo, por donde habian corrido desde un principio los gastos de la Comision en Madrid, mandando se le diese pronta satisfaccion. Una insidiosa indagatoria que le dirigió de oficio el ministro encargado de ver sus cuentas y feneceirlas, le dió á conocer lo que de aquel centro de la administracion de la Real Casa podia prometerse: pediale una declaracion de los dias que S. M. le hizo la *costa* y pago de la casa, y de la ropa y efectos que le dieron, y de los *dímeros* que se le habian librado para el gasto y *ayuda de costa*, y claramente echó de ver adónde iba el tiro. Propouianse aquellos celosos funcionarios rebajarle del importé de su cuenta todo lo que montase el absequio y regalo que la Real Casa le habia hecho hospedándole en Madrid como cumplia á la generosidad proverbial del Monarca y al carácter y empleo del enviado, y recibiéndole con el agasajo con que aran recibidos todos los que traian comisiones honorificas de los Archiduques. Ya en el tozo despreciativo y altanero en que estaba redactada la censura del fiscal del Consejo de Hacienda se revelaba, por otra parte, la violenta tirantez que no podian ménos de experimentar á la sazón los ánimos de los cortesanos todos, por los desagradables acontecimientos de que era teatro la córte. Habia en efecto caido de la privanza del Rey el Marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderon, el mismo que le habia comprado á Struzzi, hacia seis años, ocho de sus caballos frisonos: en su propia casa, centro pocos meses ántes de mundanal felicidad y de deslumbrador boato, despojada ahora de todas sus riquezas y galas por la confiscacion de sus bienes, y reducida á desmantelada cárcel, sufría el tormento, preliminar de su muerte en afrentoso cadalso, aquel magnate, triste padron, en la memoria de las generaciones venideras, de la inconstancia de la fortuna; el egregio Don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, descendía de la cumbre de su grandeza, victima de los encubiertos tiros de sus émulo y envidiosos, para ir en breve á expiar en estrecha prision su demasiada arrogancia; fuera de España, las horrorosas matanzas de Bohemia y la ruidosa victoria de Praga servian de preludio á la funesta *guerra de los treinta años*.... Los pequeños juegan á los soldados cuando los grandes se baten de veras. ¿Qué mucho que se les hincháran las narices á aquellos adocenados oficinistas en la atmósfera dramática y sangrienta que respiraban, y que cogiendo por su banda al pobre Struzzi, extrajero desvalido, quisieran hacerle devolver el dulce bocado con que le habian halagado el paladar? No se contentaban ellos con que pagase las provisiones que le regalaron y la hermosa vivienda en que le tuvieron, respecto de la cual, pareciéndoles ambas agasajo excesivo, habia el mismo pedido al Marqués de Velada que se moderasen, respondiéndole éste que *no daba S. M. á sus huéspedes ménos honrado trato*, sino que ademas le carga-

ban todo lo gastado con Soplillo; ¡como si él hubiera vestido y engalanado al enano para su recreo!

La cuenta que en 6 de Setiembre de 1623 le ajustó el contador Mateo de Navacerrada, de orden del Duque del Infantado, presidente del Bureo como Mayordomo mayor de Su Majestad, era en resumen la siguiente: —La reclamacion de Struzzi, sumadas todas las partidas que, segun él, se le debían tomar en cuenta, ascendía á 1.873.264 mrs.; con las reducciones que en dichas partidas hacia Navacerrada, importaba sólo 1.383.082; pero Struzzi habia recibido en Lerma 74.800 mrs. (ó sean los 200 ducados que dijimos haberle facilitado el Marqués de Velada para que pudiera concluir su viaje); otros 7.500 en Madrid para comprar una caja de coche, que tambien recordará el lector; luego 12.427 en el pago de su cama de damasco á Sebastian Juarez, que la habia dado en alquiler; 815.945 en alquileres de casa y ropa á César Acosta; 1.126.866 en la comida que se le suministró por la Real Despensa á él y á su gente, y 375.000 en el libramiento de 1.000 ducados que le usadó dar el Duque de Lerma en 11 de Junio de 1615; total, 2.480.038 mrs.; de manera que, siendo esto lo que se le tenia abonado, e importando lo que se le debía 1.383.082 mrs., léjos de tener que recibir nada, salia alcanzado en 1.096.956 mrs.!

Cuando Navacerrada presentó esta cuenta al Presidente, el caballeroso Duque se negó á aprobarla, diciéndole con severidad que no era razon pagase Struzzi el gasto hecho por el enano del Principe, y que nunca habia sido costumbre en la Casa Real imputar á un huésped de S. M. el gasto de casa, comida y ropa. Debiera entónces haber moderado aquel oficinista su exagerado celo, pero en 16 de Noviembre del mismo año 1623 le presentó esta otra cuenta: *a Cargo y data que el contador Mateo de Navacerrada hizo tocante á las cuentas de Alberto Struz.*—*Lo que se le adado y librado. Montta la cassa y Ropa que se le dio, 828.372 mrs.; la comida, 1.126.866; se le dio en dinero en Lerma, 74.800; se le dio en esta corte para una caja de coche, 75.000; se le dio por ayuda de costa para boluer a flandes, 375.000. Total 2.480.038 mrs.*—*Lo que demas de lo rreferido se le podra dar. Por el salario de dos oficiales que el dicho Struzi trujo de flandes, 28.050 mrs.; a los dichos para boluerse á flandes, 10.200; por el gasto de bestidos del enano, 35.700; por el gasto de una haquilla, 10.302; por el entierro de Juan brandet (entiendase Juan Vander Elst), 24.310; para el gasto del camino de boluerse a flandes, 48.960. Total, 157.522 mrs.*—*Montta lo que se le u dado y librado, 2.480.838 mrs., y lo que parece se le podria dar demás de lo susso dho., 157.522 maravedises: que uno y otro montta 2.637.560 mrs., como mas particularmente se contiene en la dicha Relacion antecedente, etc.* Persistía, pues, Navacerrada, ya que no compensase lo que se le habia de dar á Struzzi con lo recibido por razon de casa, comida y ropa, en que el importe de este capital renglon se hiciese constar, y figurase siempre en su cuenta por la suma de cerca de dos millones de maravedises.

Y ¡con qué feroz complacencia desarrollaban las oficinas el cómputo sugerido por su grosera malquerencia al pobre extranjero! Hé aquí un impagable documento que lo consigna. Es un papel sin fecha, encabezado: *a Relacion de lo que por los libros y papeles del Bureo del rey Ntro. Sor. (que haya gloria [Felipe III]) pareço haverse duda a Alberto Struzi gentilhomme, etc., para su possada y comida desde*

*once de nanyembre de 1614 hta. fin del año de 1616.* En ella se le ajusta la cuenta de las tortillas, panecillos, libras de carne de carnero, cabrito y ternera, pollos y pichones, gallinas, huevos y demas que él y su gente se han comido en todo ese tiempo, y del vino que se han bebido, y se le da en rostro con el diario de la fruta, fresca y seca, que segun las estaciones se le ha pasado; y sesuen el siguiente abrumador resumen: *a Monttan 7.590 tortillas, á 6, 45.540; 18.216 panecillos, á 5, 91.080; 4.554 azambres de bino, á 50, 227.700; 216 libras de carnero, 204 de ternera ó cabrito, 152 gallinas, 124 pollos, 68 libras de tocino, etc., etc., 762.036 mrs.*—*Monta luego la fruta, a razon de 200 mrs. al dia, uno con otro, 131.800 mrs.* Solo el cómputo de aquellas 7.590 tortillas bastaba para dar al traste con toda la fuerza moral de cualquier hombre tan estoico como el mismo Epicteto. ¡Lástima grande que el Duque de Lerma no hubiese conocido este delicado modo de coronar el agasajo hecho á sus huéspedes, cuando algunos años ántes—en 1603—se llevó á Rubens á su estado de la Ventosilla para que le concluyera su retrato ecuestre; porque al despedirse el gran maestro flamenco, le habria podido pagar parte de su obra con una cuentecita del plato que le habia dado!

Aun no tenia conocimiento el italiano del modo como se habia ajustado su cuenta; instaba para que se la despachase, y el Duque del Infantado nada resolvía. Llegó la época de la jornada de Andalucía; llamó el Duque al contador para que le informase; llamaron despues al interesado á un aposento donde se hallaba el Conde de los Arcos y el grefier de S. M., y allí leyó Navacerrada el ajuste que habia hecho, del cual protestó Struzzi, diciendo que acudiría al Rey para que se le hiciese justicia. Siguióse un altercado, en el cual el Duque, de ordinario imparcial y recto, se mostró, acaso por impaciencia, barto desabrido, el contador muy terco, y el postulante exasperado, negándosele á éste hasta la devolucion de sus papeles. Todos se retiraron, y entónces el infeliz Struzzi cayó desplomado en un sillón como herido de un rayo, y llevándose las manos á la cabeza, prorumpió en llanto como un niño. Regresando á su posada, tomó la pluma, dirigió al Duque un memorial reclamando sus documentos, que le fueron restituidos, y esperó paciente la vuelta del Rey de su viaje de Andalucía. Falleció el Duque del Infantado, entró á hacer sus veces en la presidencia del Bureo el Conde de los Arcos, y habiendo Struzzi obtenido de él que por el secretario Luis Mendoza, que lo habia sido del Duque, se le expidiese certificacion de las gestiones que habia hecho cerca del presidente difunto para la resolucion de su expediente, acudió con ella de nuevo á aquella oficina, rebatiendo la liquidacion practicada por el *contador entretenido en la Contaduria mayor* (que tal era su sonoro título oficial), Mateo de Navacerrada.

Decretó el Bureo que pasase el negocio al Conde de Montalban, quien volvió á hacer la *cuenta y ajustamiento*, siendo de dictámen que se diesen al reclamante, sobre lo recibido, 3,437.396 mrs. Acordóse en 20 de Setiembre de 1626, en vista de lo exorbitante de esta suma, que el Conde de los Arcos se concertase con el reclamante en la menor cantidad posible, y que se consultase á S. M. lo que se conviniera á fin de hacer el pago del modo más llevadero, por hallarse los recursos ordinarios excesivamente sobrecargados. Pero no se avino Struzzi á hacer rebaja alguna, alegando



S. M. LA REINA DE PORTUGAL

(De fotografia de A. Camacho, de Lisboa.)

que ya en la liquidación del Conde de Montalban resultaba bastante perjudicado. En vista, pues, de que las tres cuentas ajustadas por el contador Aguilar, por el contador Navacerrada y por el Conde arrojaban resultados distintos, S. M., á quien acudió el demandante de nuevo, determinó oír al Consejo de Hacienda, que por segunda vez pasó el negocio al contador Aguilar.

Consecuente éste con su primera opinion, fruto de un entendimiento mezquino y preocupado, opuso reparos á la cuenta ajustada por el Conde. El Consejo, para más amplia instruccion, determinó que el mismo Aguilar y otro contador llamado Simon Vazquez de Arce, tan pobre hombre como él, apurasen más el exámen de los documentos traídos al expediente, é hiciesen otro tanteo oyendo al interesado. Struzzi se quejó luego de que no le dieron audiencia: ellos, por el contrario, afirmaron que le habian oído—averigüe la verdad quien pueda.—El papel que ambos contadores redactaron ahora, fechado en el día último de Octubre de 1626, y que no era tanteo ni nada parecido, consignaba como resultado haberse dado á Alberto Struzzi 2.632.530 maravedises; y terminaba con unas reflexiones cuya quinta esencia era: que puesto que el reclamante habia atendido en Madrid á asuntos propios, la pretension de que se le diera salario durante el tiempo que aquí le habia detenido el Rey, carecia de fundamento, y que con la merced de 1.000 ducados que se le hizo quedó pagado. Este absurdo dictámen, en que se establece la luminosa teoria de que el empleado no debe hacer cosa alguna, ni aun durante el descanso que le consiente su empleo, que sea extraña á sus ocupaciones oficiales, perdiendo, si tal hace, todo derecho á su salario, y que conduce lógicamente á declarar que el oficinista que invierte diez minutos en ajustar un par de zapatos, renuncia por este mero hecho á su sueldo, concluia, sin embargo, con el siguiente arranque humanitario: «*Assi en rraçon de cuenta, no hallamos que la aya para acellè bueno cosa alguna, Remitiendo a la piedad de su Mag. el Remedio de la necesidad que este hombre Representa.*»

Struzzi, á quien le fué comunicado de órden del Consejo, dió respuesta victoriosa á aquellas insulsecas con sólo recordar que si las mercedes que se dispensan para ayuda de costa hubieran de compensarse con los salarios y gastos, dejarían de ser mercedes; que el tiempo que él estuvo detenido en Madrid porque á S. M. le convino trasladar tres veces la maquina del ejército del Principe á distintos parajes despues que la dejó instalada en el cuarto de la Reina, fué tiempo invertido en servicio del Rey, sin que pudiera decirse que fué despedido cuando en fin de Diciembre de 1616 mandó el Duque del Infantado que cesase el abono de casa y mesa, supuesto que posteriormente, y hasta fin de Noviembre de 1619, le ocupó S. M. en dichas traslaciones; que desde entónces habia constantemente gestionado que se le despachase para poderse volver á Flándes, sin conseguirlo, á pesar de las reiteradas recomendaciones que en su

favor interpusieron SS. AA. los Archiduques; y por último, que la compensacion de lo devengado por sus ocupaciones con lo recibido por razon de su alojamiento, raciones y ropa, habia sido resueltamente desaprobado por el Duque del Infantado, el cual habia dicho que tales compensaciones no eran de uso en la Real Casa.

Sin embargo de esto, nada se resolvía; el italiano instó en 16 de Octubre de 1627, valiéndose de una recomendacion que le proporcionaron para el poderoso Conde-Duque de Olivares, ya dueño de la voluntad del Monarca: el Conde-Duque escribió al Conde de los Arcos, el negocio volvió al Bureau para que las cuentas de Struzzi se feneciesen y aculhasen, hasta tomar con él final resolucian, y de lo que resultase se le diera la satisfaccion que fuera justa, y de una vez terminase tan enojoso asunto. Y considerando el Bureau que todo el tiempo que se detuviese su despacho cederia en perjuicio de la Real Hacienda, constando, por otra parte, la mucha necesidad que el interesado padecia, pues casi le obligaba á pedir limosna y estaba muy empeñado, determi-



«DUO.»

(CUADRO DE H. F. BURGERS.)

no representar al Rey y suplicarle, por lo que convenia á su Real servicio, y por las instancias de S. A. la Infanta gobernadora, se dignase mandar que la relacion sacada de los papeles presentados por Struzzi, y de los remitidos por las oficinas fuese examinada de nuevo, y que el *ajustamiento* y última resolucion de aquellas reclamaciones se encomendasen á los Condes de los Arcos y Montalban, para que pudiese aquel infeliz volver de los Reales pies de S. M., por cuyo servicio vino á España, con la satisfaccion que tan conforme era á su Real grandesa. Esto decia á Felipe IV su Bureo en 23 de Abril de 1628.

Á esta consulta no se dignó responder S. M. cosa alguna: Struzzi volvió á pedir *que se hiciese recuerdo de ella*, y que mientras no se dictase final resolucion, *por ser su necesidad muy grande*, se le pagasen cada dia los 10 florines que le estaban señalados en la cuenta del Conde de Montalban (en vez de los 12 que él habia reclamado), ya como raciones, ya en otra forma, *para poder sustentarse y vestirse, siendo ya imposible pasar adelante.* Hizolo así el Bureo en 2 de Agosto de 1628; y decretó el Rey: *tómese luego asiento.* Entónces dispuso aquel Consejo de señores mayordomos de S. M. que la liquidacion final se practicara por los dos referidos condes. Reunieronse éstos varias veces, y el de Montalban insistió en que se habia de estar y pasar por la cuenta que tenia él formada en 1626, consentida por el interesado: cuenta con la cual no se avenia el de los Arcos, sin más razon que por ser *«muy crecida la suma á que subia»* y *«por ciertos escrúpulos»*, que no llegó á manifestar. En tal conflicto, propuso el Conde de Montalban que se remitiese el negocio á personas competentes; y habiéndose juntado en presencia de ambos, en casa del Conde de los Arcos, el grefier de S. M., Carlos Sigoney, Alonso Ladron de Guevara y Eugenio de Molina, *contadores de resultas*; Pedro Fernandez de Lorca, *contador entretenido*; el del Conde de Montalban y otros, se vieron y reconocieron con detenimiento todos los decretos, consultas y papeles del tiempo del Marqués de Velada y del Duque del Infantado, y los del Bureo y demas Consejos, y por mayoría se resolvió aprobar la cuenta del Conde de Montalban. El contador Molina, con cuyo parecer se conformó el de los Arcos, reducía todo lo que á Struzzi se le habia de pagar á 2.269.789 mrs., es á saber: 1.927.120 por ocupaciones, y 342.666 por lo que habia gastado de su hacienda; con lo que venia á bajarsele una parte considerable de lo ajustado por el Conde de Montalban hasta fin de Enero de 1626, y á excluirse el asiento de lo corrido hasta que se tomase resolucion. El Conde-Presidente elevó su consulta á S. M. juntamente con la de la mayoría, y el Rey nada resolvió por entónces.

Aburrido el interesado de ver que ni aun así se dictaba resolucion y que estaba reducido á la triste condicion de un pretendiente importuno, siendo su verdadera situacion la de un comisionado regio injustamente desairado; hallándose al cabo de quince años de permanencia obligada en la corte, como él escribia en un papel del mes de Abril de 1629, cuya lectura llena el corazon de angustia: *«padeciendo vergonzosos y lastimosos trabajos, pues habiendo venido á servir á S. M. con muchos criados y sobra de hacienda, hoy se ve muriendo de hambre y sujeto á morir en un hospital miserablemente»*, volvió á hablar á S. M. y á presentar nuevas memoriales, pidiendo que este negocio se sustentase por

*trámiles de justicia*; y en 4 de Mayo comisionó el Bureo á D. Pedro Marmolejo para que viese el memorial y diese su parecer. El cual, emitido en 13 del propio mes, decia: *«No es justo se conozca en esta causa por tela de justicia, volviendo de nuevo á sustanciarse y publicando sentencia, sino que está muy bien sustanciado. Y así le parece (al asesor) que el Bureo haga ahora otro nuevo recuerdo á S. M. para que responda á lo consultado, y el recuerdo se motive en el gran daño que causa la dilacion á la Real Hacienda y al interés particular del reclamante. Y parecele tambien que puede S. M. conformarse con cualquiera de los dos pareceres que el Bureo le ha consultado. Y pues es de tanta importancia el breve despacho, será muy conveniente que el Bureo, no sólo haga por escrito este recuerdo, sino que alguno ó algunos de los señores del se lo supliquen á S. M. y den noticia al Sr. Conde-Duque.»* El Bureo decretó, á 25 de Mayo de dicho año, que el Marqués de Frómista informase á S. M. y al Conde-Duque sobre lo consultado en los dos dictámenes que habia elevado *en razon de amparar las pretensiones de Alberto Struzzi*, para que se dignara resolver lo que más conviniese á su Real servicio. Y aquel Monarca, familiarizado desde la infancia con el buen italiano, á cuyo ingenio debia el peregrino juguete que tanto le habia recreado en sus inocentes ocios; que conocia mejor que nadie la justicia de sus aspiraciones, sus servicios, sus méritos, su no afectada modestia, casi en vísperas de morir su noble protector el Marqués de Spinola en el castillo de Sorribia de un arrebatado de pundonorosa pasion, decretó friamente, optando por el voto particular del Conde de los Arcos, con notable injusticia disfrazada de caridad: *«Tómese medio luego con Alberto Struzzi nonbrando el Bureo la persona que le pareciere para que ajuste lo que se le oviere de dar por todo, no excediendo de 2 quentos 269.789 mrs. que me consulto el conde de los Arcos, pero libresele luego alguna cantidad aguenta para que se socorra y con mucha brevedad se le dara entera satisfacion.»* (Rubricado.)

Así lo dispuso el Bureo en 8 de Mayo de 1630, cometiendo al Conde de Montalban la ejecucion de lo resuelto por el Rey. El Conde se excusó, como era natural, alegando percutorias ocupaciones, y encargado del cumplimiento de la Real orden el de los Arcos, en 17 del propio mes de Mayo dirigió al grefier Carlos Sigoney el siguiente oficio: *«..... consulte á Su Magd. de conformidad con el parecer del contador Eugenio de Molina, no se le havia de dar por todo (á Struzzi) mas que 2 quentos 269.789 mrs.; ora digo lo mismo; y que el sueldo de veinte y cinco escudos al mes que le va desecontado en el ajustamiento contenido en la dicha consulta y los gajes de Gentil ombre de la casa de la Señora Infanta, se le an de pagar en flaudes sin interpelacion de tiempo (sin interpolacion quiso decir), y que es justo que aquí se le libre luego lo que ha de haver para que remedie su necesidad. V. merced lo asiente así en los Libros y le dé Certificazion de los 2 quentos 269.789 mrs., y al protonotario aniso de lo que en conformidad de la resolucion de Su Magd. se ha ajustado para que se embien las ordenes necesarias donde conenga, en M.ª A. 17 de Mayo de 1630.»* El conde de los Arcos.

Dirigieronse las ordenes consiguientes, el Rey escribió á la Infanta gobernadora para que en Flándes se le pagaran á Struzzi sus atrasos por los gajes de gentilhomme y por la

pension de los 25 escudos mensuales; y el Bureo, en vista de que, aun despues de haberle dado cédula de los dos millones y doscientos mil y pico de mrs. que se le habian de pagar aqui, no lograba del Presidente de Hacienda que se los consignara donde pudiese hacerlos efectivos, compadecido de su triste situacion, trocándose de juez severo en abogado solícito, comenzó á dirigir por él al Rey una serie de representaciones, encaminadas á despertar la compasion en el corazon del Monarca, y que iniciadas en Setiembre de 1630, continuaron sin interrupcion, aun en las epocas de públicas calamidades y de los más ruidosos sucesos — que fueron no pocos dentro y fuera de España — Noviembre del año 1636. El silencio que respecto del pago de atrasos por gajes y pensiones se guardaba en Brusélas, donde todo el calor manifestado en favor del italiano mientras vivió la infanta Doña Isabel era ahora glacial indiferencia, y la consideracion de que Struzzi los habia devengado aqui sirviendo al Rey su hermano, y de *ser conveniencia de la Real Hacienda supuesto que salen de ella las precisiones para Flándes* (1), obligaren á Felipe IV á mandar, previas las correspondientes consultas, en que se volvió á consumir mucho papel y tiempo, que ese crédito se le satisficiera en Madrid desde el año 1621, en que murió el archiduque Alberto, hasta el de 1633, en que faltó su viuda la Infanta-Archiduquesa y se extinguió su casa; quedando lo devengado anteriormente en ambos conceptos, desde que partió de Brusélas hasta 1621, por cuenta de los *Reales descargos*. Importaba esta deuda 2.505.780 mrs., y debía satisfacerse por mano del maestro de la Cámara de S. M.

Pero todo era excusado: el Consejo de Hacienda, que habia de dar las oportunas órdenes de ejecucion, no sabia de qué recursos echar mano, porque todos estaban agotados. Struzzi suplicó que, atendidas su extrema necesidad y las deudas que le abrumaban, se le librasen á cuenta siquiera 1.000 ducados, en parte donde pudiera cobrarlos, y que lo demas se le consignase en cualesquier juro de millones de los llamados *de resguardo* y de los aplicados para el consumo del vellon, ó en otros donde cupiese, dándole en ellos la renta correspondiente al capital, como se habia hecho con otros servidores de S. M. Accedió el Rey á la súplica, previo informe favorable de su Bureo, y recorridos todos los trámites de la complicada administracion, ó más bien de la maraña administrativa de aquel felicísimo tiempo; pero transcurrieron meses, y nada se adelantaba, y la necesidad crecía, y tambien la penuria del Estado, donde se mendigaban donativos voluntarios para derrochar sus productos en públicos regocijos; y el pobre extranjero, viejo y enfermo, *consumido en la prosecucion de sus despachos*, como decia al Rey su Bureo al fenecer el año 1636, ni tenta ya el recurso de llamar, implorando una limosna, á las puertas de sus verdugos, convertidos en protectores, porque estaba en cama postrado y tullido. Por fin, el magnánimo Consejo de Hacienda le consignó «6 ducados mensuales á cuenta de todo!...» Y aqui acaba la documentacion del triste desenlace que tuvieron las ilusiones del desdichado Alberto Struzzi.

¡Ah! Cuando tullido y muerto de hambre, con el vestido roto y las carnes al aire, considerase él — que de seguro lo pensaria muchas veces — que á un D. Estéban de los Reyes,

hombre de muy inferior calidad, sólo por haber traído de Flándes al enano Bonami, sin ocuparse, como él, en arduas tareas del servicio de S. M., se le habian dado 1.000 ducados de ayuda de costa y 30 escudos de sueldo; que á un mero ayuda de la guardajoyas, que trajo unas muñecas de parte de S. A. la Archiduquesa para sus sobrinas las Infantas, le hizo dar el Rey otros 1.000 ducados y 15 escudos mensuales de sueldo; cuando, encumbrándose á más altas esferas, pasasen por su mente, exultada con tan amargos desengaños, cual vertiginosa rueda de fantasmas evocados por el delirio de la fiebre, los cien espectáculos deslumbradores que ofrecia ese palacio, madriguera de cortesanas serviles, prodigos y avarientos á un tiempo mismo, que le condenaban á morir de hambre mientras hacian correr los rios del oro americano bajo las enramadas del Buen Retiro, en las fiestas de toros y cañas y en cuantos espectáculos, profanos ó religiosos, sugerian las circunstancias, ayer en la despedida de las damas y camaristas de la reina D.<sup>a</sup> Isabel de Borbon que se volvian á su tierra, hoy en los nacimientos y bautizos de sus hijos y en sus dias y cumpleaños; ora para celebrar la venida del Príncipe de Gáles, á quien obsequiaban con suntuoso hospedaje y costosos trajes y festejos de desusada pompa semioriental; ora para desagravio del ultraje sacrilego hecho al Santísimo en el convento de San Felipe el Real en Julio de 1624, en cuya ocasion, con motivo de haber levantado cada persona Real un altar en los corredores de Palacio, se hizo allí una exhibicion de joyas cual no se habia visto nunca, ¡qué clase de sensaciones experimentaria su alma, tan cruelmente atarazada por la injusticia de los hombres! El año mismo en que el contador Aguilar tanto se ensañaba por arrobatarle el fruto de sus honrados sudores, habia la adulacion cortesana hecho costear á la Casa Real, para el bautizo de la malograda infanta D.<sup>a</sup> Maria Eugenia, tal solemnidad, realizada con galas y joyas, que uno de los allí presentes, D. Jerónimo Gaseon de Torquemada, escribió *no haber lengua capaz de referirlo por haberse echado el resto al lucimiento*. Estas grandezas, sobre todo cuando se mezclaba lo sagrado con lo profano, eran diversiones mucho más entretenidas para el sensual monarca y sus favoritos, que el juguete de soldados de movimiento que habian traído de Brusélas para el príncipe D. Felipe cuando niño, y del cual sólo se acordaban los soldados de la guardia alemana encargados de quitarle de vez en cuando el polvo. ¡Con cuánta tristeza no oiria Struzzi hablar de ellas, y del desperdicio de tanta opulencia mal repartida, con una de cuyas partecillas, sin disminuir en nada el esplendor de la corte, hubieran podido remediarse sus infortunios! Acaso vino á remediarlos la muerte, que por las apariencias le rondaba muy de cerca; si bien no consta cuál fué su fin.

La moraleja de esta historia favorece poco á nuestra administracion del siglo XVII, respecto de la cual procedió su pobre protagonista con evidente error de cálculo. El prodigo y derrochador — pensó él, planteando mal el problema — paga cuando tiene: para el acreedor todo es cuestion de paciencia: el que quiere tomar agua de una fuente que corre con intermitencias, debe tener su cántaro siempre debajo del caño. Se equivocó de medio á medio: el derrochador no siempre paga, porque muy á menudo niega las más sagradas deudas.

PEDRO DE MADRAZO.

(1) Así lo consultó el Duque de Alba en 24 de Abril de 1624.



«UN PUENTE EN WORCESTER.»

## EL DIABLO AZUL.

CUENTO DE COLOR DE FUEGO.

**M**EFISTÓFELES se hallaba en escena.

Selva, el famoso Selva, representaba á Mefistófeles. Gran actor, además de gran cantante, él solo lograba que el mismo diablo llenase de gente el paraíso. Parecía de alto abajo el teatro Real aquella noche, con algo del que nos pinta suave y persuasivamente el libro sagrado, y con un ligero fulgor del que con piedad soñamos como eterno lugar de los justos.

¡Cuánta Eva, con la conciencia ya de la caída, pero sin una hojita supletoria en los atrevidos descotes! Cuánto Adán de frac y corbata blanca, y á los que alguna sonrisa de ángel soberbio decia tal vez: «Ganarás mis brillantes con el sudor de tu frente, y, si no, con un soplo de buena fortuna en los campos siempre verdes y fecundos del gran salon del Casino.»

Y allá, en el fondo de algun palco, en el olvidado extremo de alguna de las últimas filas de butacas, ó apoyándose con delicada modestia é infantil curiosidad en la delantera del paraíso, la inocencia misma, vestida de mujer, y ya de largo, pero con la sencilla y encantadora forma del no poder, del no querer, del no saber nada de todo aquello que

ó llevan consigo tantos esplendores comprados y tantas premeditadas desnudeces.

Esos pocos puntos oscuros y, sin embargo, tan celestialmente luminosos, representados por hermosas mujeres ignoradas hasta de sí mismas, significan allí, en aquella sala espléndida, algo como fulgor lejano é inapreciable, pero igual, fijo, portentoso, de estrellas de un cielo trasparente, oscurecido durante una sola hora por las efimeras llamaradas de una sorprendente fiesta de fuegos de artificio.

Pero ¿quién mira los puntos tímidamente luminosos del cielo, cuando un pueblo se festeja á sí mismo con los mágicos incendios de árboles, castillos y alcázares que deslumbran con todos los cambiantes del iris?

El gran mundo es un pueblo alegre y ocioso, que se divierte con frecuentes noches de sus propios fuegos artificiales, cuyas vivas llamaradas no le dejan ver la tímida estrella de fulgor eterno.

o o

Pero el doctor Fausto es ya jóven. Mefistófeles ha evocado ya con sus conjuros la hermosa imágen de la soñada Margarita.

Selva representa allí la seducción, con su mal disimulada sonrisa diabólica, y su roja elegante ropilla, y su casquete, rojo también, rematado con aquellas dos plumas que parecen dos cuernecillos rizados á fuego en la fragua de los condenados.

Aquella barba roja y apuntada; aquellas cejas que huyen de la suavidad de la curva y tiran con atrevimiento hácia lo alto de la frente, como disparos de la desesperada impotencia del ángel caído; aquel cuerpo flexible de culebra que busca la sombra, denunciándose con sus infernales fosforescencias; aquellos ojos que despiden chispas de desafío á la virtud humana; todo aquello, junto y en detalle, da al gran artista la más viva aparición del funesto espíritu.

Sobre todo, es rojo de arriba abajo, y los caracteres de fuego imprimen la figura con vigor extraordinario en la imaginación ménos despierta.

Retuércese ya ante las cruces de las espadas, que le presentan para combatirle y ahuyentarle. Su propia espada flamea, con los gabitanes caídos huyendo de la forma santa en la empuñadura, y la mano nerviosa de Selva traza rápidamente rayas y semicírculos en el suelo, como si marcarse la jurisdicción satánica, donde no había de llegar nunca la acción de los cristianos conjuros.

Plegado el cuerpo; recogidos los brazos en ademán á la vez hostil y medroso; contraídas las piernas, que rastrean como las de la fiera acorralada; con la mirada encendida y aviesa de la traición que quiere herir y huir á un tiempo; la figura del artista convence, y la seda roja de su vestido, coronado por las dos rizadas plumas, aparece á los ojos no prevenidos como un vivo marco de fuego, que encierra allá en el fondo y brotando chispas el ojo airado del rey de los espíritus infernales.

e°

Y se cerraron entónces de terror los párpados de Pura.

— ¡Vámonos, madre! — suspiró como una súplica al oído de la anciana.

Pura era uno de aquellos puntos celestialmente luminosos, y se hallaba en un extremo de la delantera del paraíso del teatro. Era la inocencia misma del ángel, prematuramente vestida de mujer, y llevada allí por la novedad del espectáculo y por la curiosidad infantil que despierta á todos los ruidos y á todos los colores soñados.

El diablo era del color que le pintaron, como propio y único, en los cuentos infantiles. Pero la verdad artística de sus llamaradas y de sus convulsivos movimientos la había estremeado.

— ¡Ese, ése es el diablo, madre!; ¡Vámonos!....

— Pero, hija, si todo eso es mentira. Es la fábula inventada por el poeta, y en la que el músico ha encontrado sus temas preciosos. Quiero que oigas el aria de las joyas de Margarita.

— No, madre, no; ¡vámonos, vámonos!

Pura había acompañado ya la acción á la palabra, y sin reparar en las sonrisas burlonas de los paradisiacos vecinos, se había levantado, arrojándose con mano temblorosa la mantilla.

La pobre anciana no tenía más voluntad que la de su hija, que había querido oír el *Fuusto*, y que se empeñaba en marcharse sin oírle.

¡Diablo de Selva! Los grandes arristas reciben ruidosas ovaciones del público; pero sus triunfos superiores, los triunfos del silencio, quedan ignorados.

Pura huía de ver y oír á Mefistófeles, y aquella huida de un ángel — arrojado del paraíso por el diablo — era una gloria para el artista.

Y el diablo no puso puente de plata al enemigo que huía. Con dificultad salieron por fin hija y madre de aquel mar hirviente de los *dilettanti* de sotabanco; y se detuvieron á respirar en el pasillo, y empezaron á bajar lentamente la larga escalera.

En la escena quedaba el diablo de las poéticas ficciones, el diablo rojo, y áun Pura, apoyándose temblorosa en el brazo de su madre, volvía el rostro con infantil espanto.

Pero sus ojos se serenaron de repente.

Habían visto que los seguían, fijos y tenaces, pero tímida y piadosamente amorosos, los suaves rayos de dos ojos azules.

o°

Negros eran los de Pura. Á la luz de una lámpara, sola ya en su gabinete, se miraba en ellos al espejo del tocador, más que por gozarse en su propia hermosura, de la que apenas tenía conciencia, por ver si hallaba en el foco luminoso de sus pupilas la dulce expresión de aquellas de los ojos azules que, más que de amante, le parecían de su propio ángel de la guarda.

Por tercera vez los había visto; pero nunca más celestiales los había juzgado que en los momentos en que habían venido á curarla del espanto producido por la terrible figura de Mefistófeles.

Nada tenía ella en la suya de los rasgos que nos ofrece la Margarita de los sueños de Fausto. Del color de sus ojos eran sus cabellos, que en haces apretados y como en ondas de ébano bruñido le iban cayendo por la espalda, al soltarlos con mano áun temblorosa, y con el abandono de la costumbre de todas las noches.

La palidez producida por las emociones recientes prestaba al moreno mate de su rostro ovalado ese tinte indefinible y misterioso de que se ven inundadas algunas figuras místicas que se nos presentan en antiguos y admirables retablos.

Lo mundano de su natural belleza tenía algo como de la Magdalena ántes del pecado; es decir, ántes del amor. Pero Pura llevaba á la vez en lo más persuasivo de esa belleza como una especie de traspiración encantadora de la virginidad de su alma y de lo santo de sus pensamientos.

Por temperamento, por educación religiosa, hasta por necesidad de su soñador espíritu, era mística, con ese misticismo supersticioso de fuerza meridional, frecuente en la mujer de aquella tierra donde Pura, al darse por primera vez cuenta de los colores, había repetido una misma oración ante el estrellado manto azul y los azules ojos de una pretendida virgen de Murillo.

Allí la tenía, á la cabecera de la cama. La copia de la Concepción era sencillamente un artístico sacrilegio. Pero acompañó á Pura desde Andalucía á Madrid, y para ella era siempre el retrato vivo de una santa madre que tenía en el cielo, y con la cual su madre propia le había enseñado á hablar desde la tierra.

— ¡Madrecita de mi alma! — decía en aquel momento

ella, por su cuenta y en frases de su original repertorio. — ¡ Bendita sea esa boquita de rosa, y esas manos de jazmines, y esos ojos azules, y ese manto azul que te envuelve, y esos angelitos que entre azuladas nubes te coronan, y ese pié chiquitito y desnudo que aplasta al reptil, en cuya lengua veo el color de fuego de aquel infernal espíritu!.....

Y en sus últimas palabras tremaba su voz como la de una debutante acobardada artista; y en medio de su devoción, un tanto gentilica, y de sus inocentes flores á la Virgen, de

penetrante aroma profano, cerraba Pura los ojos cuando llegaban bajo el pié de la Concepcion, y los abria desmesuradamente, con deleitacion y arrobamiento, cuando se elevaban abismándose en todo aquel fondo azul, en que las nubes, los ángeles, el vuelo del manto y los ojos dulces de la Virgen la representaban el paraiso de sus sueños de niña.

o o

Y como una niña se durmió. Murmurando todavía floreci-



GABINETE DE UN LITERATO ARABE.

tas que ella creia puramente religiosas, y buscando en la entrada del sueño todos los cambiantes del color celestial con que se habia defendido contra las obsesiones de la endiablada inventiva del artista de la Ópera.

¡Oh! Si la madre de Pura, más temerosa ó ménos confiada en el carácter infantil de las alarmas y estremecimientos nerviosos de su hija, hubiera entrado sin ruido en la alcoba y, á la incierta luz de la mariposa que ardia en el trasparente vaso de porcelana, hubiera podido penetrar con su vista maternal á través de la carne palpitante, hasta el fondo de aquel espíritu satánicamente despierto en medio del que parecia tranquilo sueño del ángel!

La santa evocación de Pura soñolienta habia triunfado entre los últimos inarticulados suspiros de sus extrañas oraciones; y la espada flameante y el vivo rojo de calzon, capotillo, casquete y plumas de Mefistófeles, y las ascuas de ojos y lengua de la serpiente quebrantada por el pié divino, fueron juntos, y pronto, y allá, muy lejos, un punto igneo apenas perceptible, como el de un carboncillo que, al apagarse entre las amontonadas cenizas del ancho hogar, esperaba todavía un soplo para producir un incendio.

Y aquel punto igneo parecia el ojo entornado de un diablo burlon, que se retiraba haciendo guiños maliciosos al ceder el campo á las imágenes de los predilectos sueños de la inocencia.

Y aquel ojo desapareció de los de Pura que, soñando, sonreía palpitante sobre la almohada, y movía los labios rojos como en actitud de dar besos infantiles á una imagen, traslado de la que pendia sobre la cabecera. Y luego aquellos codiciosos besos de niña juguetona, que rompe las estampas que acaricia, iban, como con la humedad del aliento, disipando la túnica azul que envolvía á la Virgen, y las alas azules con que revoloteaban los angelitos; y poco á poco, se dibujaban, destacando en aquel fondo de santa evaporación, aquellos dos ojos azules que, tres veces y con dulce timidez, habian acariciado á la soñadora.

Y aquellos dos ojos humanos que así se guarecian tras las divinas visiones, avanzaban, avanzaban tímidos, pero elocuentes, iluminando los contornos de un rostro varonil y hermoso, cuya boca, humedecida por la aspiración insaciable del amor, se acercaba entreabierto á los labios puros que tocaban las borrosas y confusas imágenes.

Y Pura sonreía y esperaba; y sintió, al fin, que las sedosas y largas pestañas de los párpados de aquellos serenos ojos azules le rozaban la frente y bajaban con suavidad hasta el cristal de sus pupilas, por donde le iban penetrando los resplandores de un cielo en que se abismaba su espíritu sorprendido, hasta que sus labios de niña, rezando y besando á un tiempo, sentian una dulce opresión, que terminaba rápidamente con un ruido así, como de gota de rocío cayendo en el cristal sereno de una fuente, ó de roce de ala de un pájaro sobre el apretado boton de una rosa.

o o

Y Pura amaneció así; volviéndose temblorosa á rezar sus oraciones ante el cuadro adorado, y sin llamar en su limpia conciencia beso á aquella opresión ligera de otros labios, y á aquel ruido de gotas de rocío que caen, y de aleteos de pájaros que acarician flores.

La madre de Pura no veia jamas aquel despertar mundano en brazos de los sueños místicos. Pero el jóven de los hermosos ojos azules conocia los secretos más íntimos de las dos mujeres, y los accidentes todos de su existencia; y aunque todavia apenas habia murmurado al pasar alguna lisonja al oido de Pura, sabia bien que él tenia los ojos del color de los sueños del ángel.

Estos sueños llenaban toda la casa de alegría, y en la casa, además de la madre y la hija, habia otra mujer que hallaba diablo tentador y amable y risueño, el oro puro en las manos blancas y suaves de un jóven rico, rubio y elegante.

Sería cosa de formal y á la vez ameno estudio la influencia de los colores en los progresos del amor de la mujer, contando con el temperamento, la educación, y, sobre todo, con las preocupaciones.

Ello es que Pura, que, al terminar la primavera de aquel año, no tenia ya el menor recuerdo de haber visto á Selva y, cuando oía hablar del *Fausto*, creía siempre que se trataba del lujo tropezó cierto día de gran festividad religiosa, y dentro de un rico devocionario—como la Inés del Tenorio—con una esquelita en rico papel vitela, azul pálido, y que, sin ripios poéticos, y con la elocuencia de una prosa sencilla, decia poco más ó ménos:

«Pura: Sé que te lleva tu madre al alegre puertecito de mar donde naciste. Allí te buscarán mis ojos, que se extasiarán junto á los tuyos ante la azul inmensidad de mar y cielo. Al rezar tus oraciones, piensa en el amor de tu

*Ángel de la Guardia.*»

Pura besó aquel nombre escrito, como si fuera la revelación de un destino santo. El color del papel no le dejaba ver aquel ojo de fuego del diablo burlon, que sonreía con más malicia que nunca detras de aquella firma trasparente.

Hay nombres que tienen la virtud—tembló á veces—de prestar vigor á la influencia moral del que los lleva.

Cualquier demonio de hombre puede llamarse Ángel, y el apellido de la Guardia no es tampoco muy raro en esta noble tierra de Girones y Guzmanes.

Pero llamarse Ángel, y nada ménos que *de la Guardia*, el amante de una niña tan meridionalmente supersticiosa, y que de un modo tan sencillo confundia los límites del amor divino y del amor humano, era traer al campo de la seducción todos los elementos conjurados contra el cielo mismo.

¿Qué sabia la madre de todo aquello? Pura, con infantil ingenuidad, se lo hubiera dicho todo: lo que soñaba, lo que leía, lo que escribia, si el diablo azul, con su sonrisa insinuante, no se le hubiera mostrado siempre con el dedo sobre el labio, imponiéndole dulcemente silencio como á una niña, y como condicion de aquellas glorias ligadas así con las visiones celestiales que habian nacido en el maternal regazo y al rumor de las olas de la playa nativa.

o o

Desierta está la playa. La madre duerme en su lecho. Pura pasea por el jardín, soñadora, como Margarita presintiendo á Fausto.

Otra sombra de mujer da cautelosamente vueltas, como un fantasma en acecho, de la puerta de la alcoba, donde se

para á oír la tranquila respiración de la anciana, á la puercilla del jardín, que se entrecubre á veces á impulso de la brisa marina.

Allí se respira el ambiente de una cita de amor mundano. Pero Pura sueña sin estroncarse, y en sus pasos por la arena no se nota la vacilación de una conciencia alarmada.

Se detiene alguna vez á acariciar las violetas mal escondidas, ó las campanillas azules que cuelgan de la enredadera, entoldando la ventana baja, y que, al agitarse suavemente, parece como que la llaman á aquel mundo de espíritus que llenó de místicas armonías la santidad de su infancia.

—«Habladme de amor»— hubiera cantado también á sus flores, si en la noche cèlebre se hubiera detenido á oír el lírico apóstrofe del prometido de Margarita, á trueque de oír también la burlona serenata amorosa de Mefistófeles, entrecortada con carcajadas de demonio seguro del triunfo.

Muy cerca del jardín de Pura se oía también una serenata. Serenata torpe y grosera de marineros borrachos y maldicientes, en que uno llevaba la voz cantante al compás de una guitarra, destemplada y ronca como la musa de las orgías, respondiendo á cada concepto obsceno y atrevido, carcajada estridente y en coro brutal de ocho ó diez gargantas encendidas por un alcohol de mil diablos.

Pero Pura no oía nada de aquello en sus sueños de despierta y sencilla enamorada, cuando la sombra fatalmente protectora de Angel de la Guardia abrió de par en par la puercilla del jardín, murmuró dos palabras al oído de la niña, y desapareció por la puerta de la casa.

Las confusas notas de la báquica serenata se oían ya léjos, muy léjos, y como eco débilmente repercutida de carcajada diabólica, cuando Angel se detuvo en la puerta del jardín con sencilla elegancia vestido del color de los sueños de Pura, que entonces le daba la espalda, cerrando los ojos sonriente, y contemplándole en el espejo de su imaginación meridional.

Hermosa de cuerpo, inocente de espíritu, divinamente transfigurada en aquel instante solemne de su vida, recibía en sus párpados, cerrados ante las flores, las suaves caricias de los rayos de la luna, que de luz la inundaban.

En aquella actitud, ligeramente inclinada sobre pensamientos, violetas y campanillas, que besaban los pliegues de su túnica blanca, parecía una virgen que cerraba pudorosamente los ojos al escuchar las inocentes confidencias de la flora de sus breves dominios.

Y Pura temblaba como una sensitiva á la que llega ya el calor de una mano febril que va á tocarla. Pero sonreía también con la gracia de la niña juguetona que hace como que no oye detrás los pasos cautelosos del que pretende sorprenderla.

o =

Angel de la Guardia se acercó tan sin ruido, que al adelantarse inclinado el cuello por encima del hombro de Pura, ésta se volvió con una especie de beatitud, como ante una aparición de sus adoradas visiones, y abrevó con ansiedad su mirada en las húmedas ondas azules de los ojos de su amante.

Ni una palabra, ni un suspiro; mirada larga, lenguaje silencioso; primer reflejo suave de aquel místico sueño de aquella noche de eterna memoria. El carbon infernal, apa-

gado é imperceptible entre el monton de cenizas; el pié breve, desnudo y casto cerrando la boca y el ojo del reptil; y en primer término, los ojos de Angel, los luminosos puntos azules, que surgen, avanzan y acarician al revuelo del manto estrellado de la Virgen.

Y luego, dos sombras entrelazadas que se prolongan fantásticamente á lo largo del muro, y que se encogen y achican y desvanecen, desapareciendo por la puerta del jardín.

La playa, desierta; la marea, baja; el rumor de las olas, lento y grave y sostenido, como la nota última de una melodía misteriosa; el aire, tibio y saturado de inhalaciones marinas, y de perfumes de flores, y del acre y penetrante aroma de los pinos silvestres, que alzan su cabeza en el montecillo que domina la playa.

Ni un rumor extraño que descomponga aquella solemne monotonía, á no ser de tarde en tarde, y como discordante latido de la dormida naturaleza, el gemir entrecortado y áspero de la gaviota que se agita dormitando en lo alto del peñon, entre el salitroso musgo.

Pura y Angel están fuera del alcance de las miradas de los hombres. Entre el pinar y las rocas ha hecho el amor un paraíso.

Pura se ha dejado llevar allí sin la menor resistencia. Su pié ligero apenas ha hollado el húmedo arenal que la separa de la casa; veinte varas de arena que representan ya la inmensidad infranqueable de un abismo. Las había andado ella tantas veces sola, niña casi, soñando con las vivas imágenes de sus devociones, subiendo á aquella misma eminencia encantadora, entre mar y bosque, en alas de una poesía ingénita en su espíritu, y fortificada por una aspiración insaciable que hubiera hecho de ella en el claustro una santa!

Subió allí con Angel como con un sér sobrenatural que, sin confidencias, poseyese todo el inocente secreto de la vida de su alma; como con un astro que la hubiera guiado antes invisible, y que ha tomado humano cuerpo para que ella le diga allí, en altas voces del corazón, lo que apenas ha oído su propia conciencia.

La exaltación de ideas y sentimientos religiosos, que se llama misticismo, no es á veces más que una especie de transfiguración de sentimientos más humanos y de ideas instintivas que buscan, desbordándose, formas y colores y ruidos y escenarios reales en que representarse para el propio recreo del espíritu engañosamente fanatizado.

Nada más atrevido y peligroso que las bellas figuras retóricas del *Cantar de los Cantares*, y la forma de los conceptos espirituales de algunos poetas místicos, y muchas de las ingenuas confidencias de amor divino de Teresa, la enardecida, sublime y Santa Doctora.

o =

La pasión religiosa de Pura en aquel estrecho paraíso á donde subió con Angel, llevaba además en sí una especie de manera de panteísmo inconsciente, que la hacía ver y adorar á Dios y á la Virgen y á los ángeles en el inmovible manto azul del mar, en la inmóvil y estrellada bóveda azul del cielo, en los azulados tímidos fulgores de la luciérnaga que resbalaba sobre la brizna del aterciopelado musgo.

Y con una mano entre las manos de Angel, en una de las



BLANCA DONADIO.

CÉLEBRE «PRIMA DONNA».



es todo lo hermoso!

Y era en aquel instante tan hermoso lo que no era azul; fulguraba de tal modo el fuego de la mujer en el fondo de los ojos negros de la niña mística, que el demonio de la seducción acabó de encender todos los torpes apetitos de Angel. Se acercaron, como en aquel sueño santo de aquella noche, pero con expresión más humana, las pupilas amorosas; rozaron las largas y sedosas pestañas la frente de Pura estremecida; acariciaron sus párpados, que se cerraban temblorosos, y en sus entreabiertos labios, húmedos por el tibio rocío de la pasión que estallaba, sintió una opresión creciente, prolongada, á la vez dolorosa y dulce, sin ruido que pudiera percibirse, como si aquel beso fuera largo porque había de ser único, y fuera silencioso como crimen confiado á la discreción de aquella naturaleza perezosa y dormida que guardaba todos los secretos de un ángel, ya caído.

Salir de aquel encanto, fué para Pura despertar de un largo sueño.

El ángel se sintió mujer con honda pena. Su sonrisa era triste, como de la nostalgia infinita de un amor inocente y santo.

Y su sonrisa se apagó de repente, y empezó á temblar al descubrir en los ojos de su amante un fuego que nunca había visto en ellos, y en el fondo del

brillante de la sortija de su mano un fulgor rojizo que disipaba los suaves cambiantes azulados.

Y la luna, antes pálida, tocando ya en el horizonte la línea en que mar y cielo se confunden, parecía un inmenso globo de fuego que enrojecía toda la extensión del mar, y venía, como por reflexión sobre cristal inmenso, á envolver de alto abajo el cuerpo esbelto y arrogante de Angel de la Guardia, ya de pié y transfigurado por la satánica pasión satisfecha.

Pura cerró los ojos, horrorizada ante aquel cambio brusco de decoración que le representaba en sus tonos el escenario de la Ópera, lleno por la figura terriblemente agrandada de Mefistófeles; dió un grito ahogado, intraducible, resumen expresivo de los profundos dolores del desencanto mortal; se llevó la mano crispada al corazón, desgarrando la blanca túnica, y como si hubieran estallado de una vez todos los vasos de la sangre de su cuerpo hermoso, cayó exánime en los brazos de Angel de la Guardia, del diablo santamente disfrazado, del diablo azul, el más temible, y del que nada temen los ángeles de este mundo.

EDUARDO BUSTILLO.



## UN DRAMA DEL RENACIMIENTO.

**P**OR 1497 había arreglado el pontífice Alejandro VI en tales términos la fortuna de sus hijos, que brillara con brillo extraordinario. Á Juan dióle con solicitud el ducado de Gandía, á César la legacion de Nápoles, y respecto á Lucrecia, pensó el descasarla de Pesaro y casarla con algun príncipe, que añadiese á sus gracias la mayor y más codiciada, la de una régia corona. Era la noche del 14 de Junio, y las estrellas brillaban tan serenas como dice Tácito que brillaron las estrellas del cielo de Bayas en la noche del asesinato de Agripina, indiferentes, en su eterna luz y en su eterna serenidad, á los crímenes y á los horrores de nuestra oscura tierra. Juan Borgia, César Borgia, el cardenal de Monreal y otros muchos amigos, de alegre vida todos y de ligeras costumbres, habiáanse reunido á cenar en viña cercana de San Pedro *In Vinculis*, donde pasaba la mujer preferida de Alejandro VI, la célebre Vanozza, los rigores del estío, cuando no podía dejar la malsana campiña de Roma. Cenaron, bebieron, cantaron, reinando durante toda la fiesta una loca y desatentada alegría; como que celebraban el ducado concedido al mayor de los Borgias en su reino de Valencia, y la legacion concedida en la ciudad de Nápoles al menor. Y en esta palabra, el menor, encerrábase toda entera una horrible tragedia. En efecto, César Borgia, nacido con desapoderadas ambiciones é impaciente por lograrlas, cavilaba en su interior que si el Papa tuviera un solo hijo, este unigénito granjearse coronas é imperios á la sombra feliz de su tiara. Pero ¿qué podía esperar un segundón? Y si este segundón era, como el mismo César, de la Iglesia, un cardenal de Santa María Nova, un príncipe teocrático, podía esperar, á lo sumo, rentas, beneficios, dinero que le procurase algunos placeres para sí ó la satisfaccion de proteger y amparar á los artistas, teniendo por toda suma esperanza tiara incierta, recogida en los últimos achaques y en las últimas horas de trabajosa existencia; pero no la guerra en que se vence á los hombres y se conquista á las mujeres; pero no la corona que realza la frente y eleva un pedestal bajo las plantas; pero no los azares de la política, los goces del mando, las tortuosidades de la diplomacia, las satisfacciones de una ambicion sin limites, que sólo puede saciarse viendo los pueblos humbidos en el polvo y en la adoracion de un guerrero, de un conquistador ó de un monarca. César Borgia, que consideraba la satisfaccion de todas estas ambiciones como el supremo bien de la vida, había meditado dos cosas: primera, desasirse de su capelo, que le molestaba para la vida civil, y segunda, deshacerse de su hermano, que, como primogénito, se interponia en el camino de sus esperanzas. Los escritores del tiempo aquel, dados á ennegrecer la memoria de los Borgias con

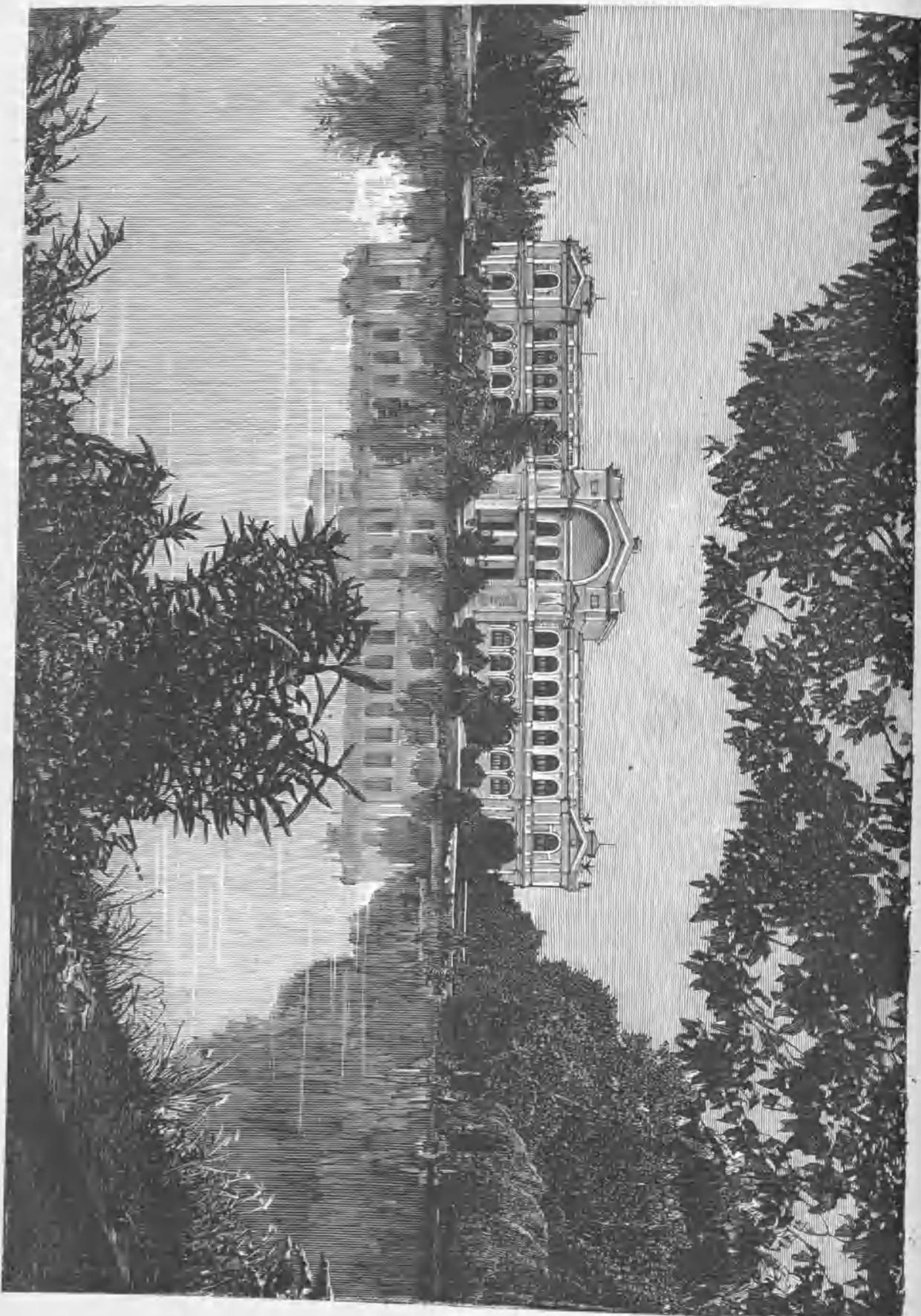
sombras espesísimas, atribuyen la enemiga de los dos hermanos á causas todavía más repugnantes, á mutuos celos de Lucrecia, su propia hermana, de la cual decíase que estaban ambos á dos enamorados, y con la cual decíase que ambos á dos habían yacido.

Pero no se necesita recurrir á estos monstruosos expedientes, ni creer en estas cancerosas corrupciones, para explicar hechos fácilmente explicables por un afecto que se ciega y se desvanece tan pronto como la desapoderada ambicion, el más immoderado, el más vehemente y el más firme de los humanos deseos, dispuesta siempre al crimen, cuando no la modera un severo natural, y no la ilumina una clara conciencia.

Pero sigamos narrando.

Concluida la cena, levantáronse los dos hermanos, y descendieron á coger sus respectivas mulas, cabalgadura que se usaba entónces para hacer las visitas dentro del radio de Roma. Anduvieron juntos cierto espacio; y llegados al sitio donde se alza el palacio del cardenal Ascanio, hoy palacio Cesarini, despidiéronse Juan y César con apacible despedida. Quien los hubiera visto superficialmente, admirara el mutuo cariño de los dos hermanos; pero quien los hubiera conocido á ambos, sacara de aquel extremo afecto bien opuesta consecuencia. Cosa extraña para nosotros y para nuestro tiempo de verdadera prosa. Acompañaban al Duque de Gandía un palafrenero y un misterioso enmascarado, que de alguun tiempo á aquella parte solia visitarlo á la continua y nocturnamente en el Vaticano. Al llegar á la llamada plaza de los Judios, díjole á aquél que lo esperase, y que si en una hora no parecia, que se volviese á casa. En efecto, quisoso ir el palafrenero, pero una mano misteriosa le atajó el paso, le apuñaló el vientre, y le tendió medio muerto en tierra.

Á la mañana siguiente preguntó por su hijo el Papa, y como le dijieran que no había parecido, entregóse á toda suerte de cavilaciones, generadoras de toda suerte de angustias. Pero, temeroso del escándalo, mandó que se recatara la increíble ausencia, y se callasen á todo el mundo sus dolores y sus zozobras. Encerróse en su camara, y anduvo de un lado á otro todo el día, doliéndose de que sus hijos hubiesen salido tan inclinados á las mujeres, y que esta inclinacion les trajese aventuras como la nocturna de Gandía, en la cual presagiaba con acierto de padre una verdadera desgracia. En efecto, pasó todo el día siguiente á la noche de tan terrible aventura; pasó la noche del día siguiente, sin que el Duque volviera á la casa de su padre. Nada se traslucía de su paradero, nada se averiguaba. Solamente unos carboneros esclavos, que habitaban á las orillas del Tiber, dieron algunos indicios, con cuales ilumináran aquella catástrofe, diciendo cómo vieran á la una de la noche salir del lado del hospital esclavon, ascender á la orilla del Tiber, pararse cerca de la



SANTIAGO DE CHILE.—PALACIO DE LA EXPOSICION Y LAGO DE LA QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA.

frente por donde se echan al río las inmundicias, dos hombres que se detuvieron un minuto, y tras aquellos dos hombres misteriosos, otros dos de la misma catadura, que dieron tres palmadas, aún no desvanecidas en el aire, cuando apareció un caballero en gentil caballo blanco, llevando sobre el arzón inerte cadáver, cuyos brazos pendían de un lado y cuyos pies de otro lado, prontamente recogido por las dos parejas allí apostadas, y echado al agua con gran fuerza y gran deseo de que desapareciese; pues como flotara la capa del muerto, arrojáronle innumerables piedras para que se hundiese pronto en las profundidades infernales del siniestro cauce. Los que tal contaban, añadían una especie bien expresiva del carácter y naturaleza de aquellos tiempos, añadían cómo en breves días vieran arrojar más de cien cadáveres por igual manera, sin que nadie fijase la atención ni les hiciese caso.

El Papa no descansó hasta que no dió con el cadáver de Gandía. Su temperamento nervioso, su carácter exaltado, la vehemencia de sus deseos, la caviliosidad de su pensamiento, la inquietud de sus antojos, la costumbre de alcanzarlo todo, le atormentaron con tormentos indecibles en esta hora de suprema angustia, en que desaparecía uno de los objetos por los cuales había cohechado el Sacro Colegio y corrompido su santa magistratura de Pontífice, un hijo de sus entrañas. Centenares de pescadores fueron enviados al río, dando ocasión á epigramas callejeros que regocijaron á Roma, y á epigramas literarios que divirtieron á la posteridad sobre la diferencia entre el primer pontífice-pescador, San Pedro, y el último pontífice-pescador, Alejandro VI, y sobre la diversa especie y clase de su pesca. Dos días después de muerto, sobre las doce de la mañana, hallaron los pescadores el cuerpo del Duque completamente vestido y calzado, con la ropilla, el gregüesco y la capa que llevaba en casa de su madre, intacta la bolsa donde había treinta ducados, atadas las manos á la espalda, con nueve heridas en la cabeza, en las piernas y en otras partes del cuerpo, y una mortal en la garganta; tranquila y sereno de rostro, como si en vez de pasar de este mundo tan violentamente, hubiérase conciliado con la virtud y con la fe el eterno feliz sueño concedido á los justos por la divina misericordia.

Imposible decir los extremos de dolor á que el Papa se entregó con ocasión de esta dolorosa tragedia. Creyéronle por algunos momentos loco y próximo al suicidio. Viéndole tan desesperado, las compañías españolas que guardaban el Vaticano, salían con las espadas desnudas por las calles y gemían con espantosos alaridos é imprecaban á todos cuantos entreveían al paso. Cinco días estuvo sin comer el Papa, en los cuales decía palabras descompuestas y aseguraba que sólo el rey lo había asesinado. El 19 de Junio, sesenta horas después de encontrado el cadáver y hecho el sepelio, reunió un consistorio Alejandro VI, en el cual se presentó demacrado, lloroso, tético, trémulo, balbuciente, cual si de su epicureísmo natural se hubiera desplomado en la vida y en las costumbres de un asceta; y juró que nada le iba en el poder, en la gloria, en la influencia, y que sólo deseaba consagrarse á la reforma de la Iglesia para conseguir de Dios la remisión de las propias culpas y la eterna salud del alma de su hijo. Si aquel dolor hubiera tenido tanto de duradero como tuvo de intenso, vérase bien á las claras la naturaleza redentora del dolor. En el mismo día de tal consistorio notificó á

las potencias su desgracia y los medios escogitados para consolarla y obtener de la misericordia divina el necesario perdón. Pero al mismo tiempo buscaba los asesinos de su hijo con todo el furor y toda la rabia de una verdadera venganza. Visitáronse todas las casas relacionadas con el muerto; puséronse á cuestión de tormento varias dignas personas; faltóse al pudor de una doncella tan sólo porque vivía cerca del sitio donde el Duque había sido arrojado al río. Unos decían que el asesino era el cardenal Ascanio, porque le había el muerto asesinado un camarero favorito suyo; otros que el asesino era Pesaro, esposo de Lucrecia, por haberse cerciorado de que el Duque tenía relaciones incestuosas con su propia hermana Lucrecia Borgia. Lo cierto es que un día todas estas investigaciones se suspendieron y todos estos procesos cesaron. ¿Por qué? Porque Alejandro VI había encontrado el verdadero asesino de su hijo; y al encontrarlo, encontró también el castigo tremendo de sus propios crímenes.

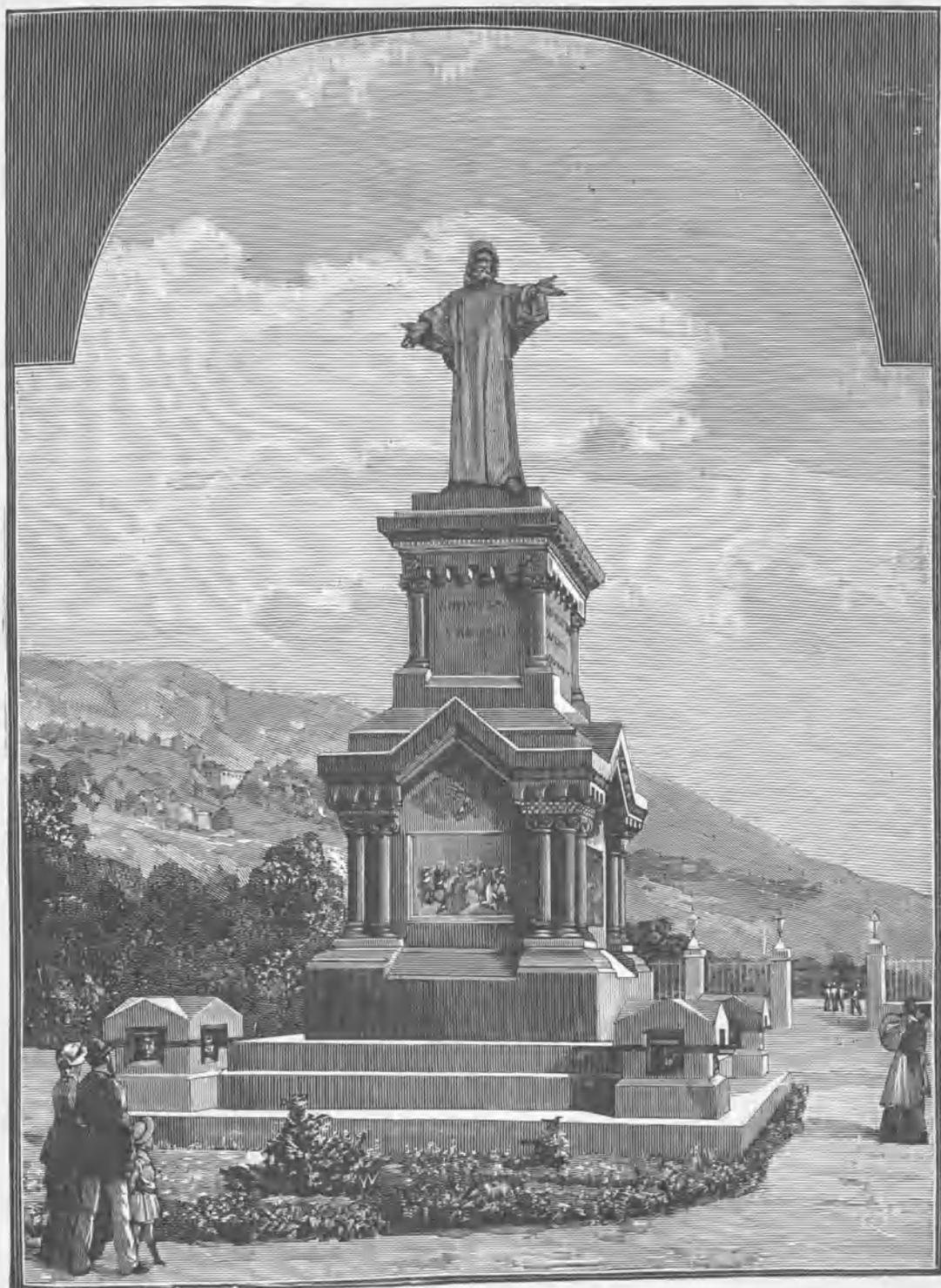
La pérdida del Duque de Gandía no sirvió más que para aumentar el amor á sus otros cachorros en el ánimo exaltadísimo de aquel hombre. Lucrecia, sobre todo, le desvelaba por no tener una posición á la altura de su nombre y del nombre de su padre. Con la vehemencia propia de sus deseos y la celeridad propia de su vehemencia, separó á su hija del señor de Pesaro y la casó con D. Alfonso de Visella, bastardo de Alfonso II. Las bodas de Lucrecia con su tercer marido celebráronse en el Vaticano; y excedieron en magnificencia á las bodas con el segundo, representándose comedias, églogas, dramas y otras fiestas, en las cuales vióse aparecer á César, su hermano, disfrazado de místico unicornio. Diez y siete años tenía el esposo y diez y ocho la esposa. Amáronse desde el primer momento en que se miraron, y vivieron felices de no haber nacido en las alturas vertiginosas del trono, hordeadas de tan pavorosos abismos. Lo cierto es que el esposo de Lucrecia se escapó á los once meses de casado, dejando encinta á su mujer y huyendo á los temores que le inspiraban tanto su cuñado como su suegro. Lucrecia, enamorada quizás por vez primera en su vida, lloró con lágrimas amargas la ausencia de su esposo, y para consolarla, su padre no encontró más recurso que revestirla con el título de regente en Espoleto y en Foligno. Curiosa carta aquella en que la nombra, con fecha 10 de Agosto de 1499, para tan alta dignidad, mandando á los de Espoleto y Foligno que obedezcan á la noble dama Lucrecia Borgia, su hija en Jesucristo. La idea que le movía en tan extraña determinación se comprende con sólo considerar que, exaltado aquel Papa hasta el fanatismo y la superstición por sus hijos, quería convertir el patrimonio de San Pedro en propio patrimonio, y reparar, como los reyes feudales de los siglos décimo y undécimo, la monarquía á pedazos entre su adorada familia. Y no se contentó con cederle estos territorios, sino que más tarde le hizo donación de Nipi, con lo cual crecían desmesuradamente así los territorios como las rentas de aquella extraña mujer. Bien pronto tuvo un hijo Lucrecia, cuyo bautizo se verificó en la Capilla Sixtina, presente el Papa, los cardenales, los embajadores de todas las naciones, siendo padrino el prefecto mismo de la Ciudad Eterna. Y de esta suerte los dominios y las riquezas de la hija del Papa se aumentaron por desmedida manera y constituyeron una grande monarquía, si no por el número de los vasallos, por la importancia de los rendimientos.

Sin embargo, un nuevo crimen se cernía sobre la cabeza de Lucrecia. Enamorada del tercero de sus maridos y querida también por éste, como hemos dicho, parecía que en el colmo de la fortuna, del poder, de la riqueza, no había sombra capaz de eclipsar tantas dichas. A pesar de todo esto, deslizábanse en el palacio Vaticano tales terrores, que el pobre mozo Alfonso huía á Nápoles, como si después del enlace con la proterva familia, quisiese y necesitase huir á toda prisa de sí mismo. Mas no en vano se anudan ciertos lazos, difíciles de romper con la voluntad tan sólo. Y Alfonso, movido á ello por su propia familia, tuvo que volver resignado al horrible palacio que las crueldades del indigno sucesor de Cristo trastocaban en una carnicería. El infeliz ignoraba que resultando ya obstáculo á las ambiciones de César y á los proyectos de Alejandro, estaba destinado, como el Duque de Gandía, al sacrificio. No había medio de disolver el matrimonio con el príncipe de Nápoles, como se disolvió el matrimonio con el príncipe de Pesaro. La falta de sucesión sirvió entonces de pretexto á las bulas pontificias que separaron á los dos esposos. En este caso concreto, lo que no pudieron cortar las bulas cortaronlo ¡ah! los puñales. Una noche que Alfonso se dirigía, por la hora de las once, al Vaticano en busca de su esposa, varios enmascarados se dirigieron á él en la escalera misma del palacio pontificio y le apuñalaron tan cruelmente, que resultó herido de mortal gravedad. Estaba Lucrecia en la cámara de su propio padre, cuando apareció el tierno y joven esposo todo ensangrentado, y al verlo venir cayó en el suelo como si la hubiera herido fulminante rayo. No murió el marido de este golpe, pero quedó malparado, y sobre todo, con la señal en la frente de que los Borgias lo habían condenado al sacrificio y de que debía cumplir fatal y necesariamente esta implacable sentencia. Mujer y hermana le cuidaban como pudieran asistirse á sí mismas, y le apercebían los caldos y los licores y los elixires necesarios á su curación, á fin de preservar su vida con prevision y devolverle la salud con cuidado. Mas en torno de aquella estancia rodaba César Borgia como el león del desierto en torno de los adueros, despidiendo amenazas de sus ojos y nullidos de su garganta. Por fin, una noche, cuando más cuidadosa estaba la infeliz princesa de la salud de su marido, y más emhargada en sanarlo, aparece César, la arranca con violencia á la cabecera del lecho, la arroja fuera, y dirigiendo imperioso gesto á su esbirro favorito, que le acompañaba, se goza en ver cómo estrangula y deja yerto al joven príncipe: que tales procedimientos se empleaban y tales crímenes se cometían con sin igual indiferencia por aquella sazón horrible en el palacio de los papas. El cadáver es arrastrado á San Pedro sin ningún acompañamiento, sin ninguna pompa, sin ceremonia de ningún género. Ni las campanas doblaron, ni los cirios ardieron, ni los sacerdotes cantaron; el último de los perros de caza, el último de los caballos de silla, cualquiera de los animales domésticos de aquella corte, hubiera dejado mayor vaeio y producido más honda y terrible pena. El Papa supo que el asesino de su hijo natural era también el asesino de su hijo político. Pero poseído de una pasión exaltadísima por aquella especie de fiera, conociéndole, y sin embargo amándole como el condenado al demonio, de quien quisiera huir y á quien busca, lo sufre todo, lo acepta todo y á todo se resigna con tal de llamarle á boca llena su

hijo y de tenerle por objeto predilecto de su amor de padre.

César conoce que lo domina en todo, y juega con la tiara como con dócil instrumento de sus desapoderadas ambiciones. Lo primero que de él exige es que lo redima de su carácter sagrado y que le arranque ese capelo, con el cual no puede, no, aspirar á los principados civiles y laicos. Buen cardenal, precedido de hombres en armas, rodeado de cortesanos y de mancebas, con gran turba de conspiradores á un lado, y á otro lado gran turba de esbirros y de asesinos; pasando de las guerras á las orgias, de las orgias á los asesinatos; especie de demonio nacido con toda la hermosura física y toda la fealdad moral que debió tener el ángel caído en la hora misma de su rebelion y de su culpa. Un consistorio convino en despojarle de su carácter sagrado. El Papa mismo aseguró que para salvar su alma era necesario desconsagrar y desungir su cuerpo. Desde aquel momento sólo pensó César en dos cosas: en granjearse la voluntad de cualquier rey que le ayudase á reinar, y en hacerse con una mujer cualquiera, en cuyo dote hubiese mucho cebo y mucho alimento á sus exaltadas ambiciones. En efecto, Cesar Borgia recogió de Francia un ducado, conienzo á mayores empresas y á mayores medros. Llamóse Duque de Valentinois, y como tal prestó al Rey frances homenaje. Aun recuerdan las crónicas del tiempo todos los esplendores de aquel espléndido viaje. Agotaron las fábricas los brocados de oro y las telas de seda. Vendió la curia, en cantidades fabulosas, todos los beneficios vacantes. Presentóse César el día de su partida como una aparicion fantástica de caballescena novela: sobre la espaciosa frente, gorra cubierta de vistosísimas plumas, prendidas todas ellas con broches de rica pedrería; ceñido al cuerpo traje de damasco blanco relumbrante de pasamanerías y de brocados; á la espalda, la capilla francesa de damasco negro; al cuello, deslumbrador collar de fabulosa riqueza, y en torno un cortejo como jamas lo tuvieran los reyes, compuesto de príncipes eclesiásticos y laicos, caballeros todos en briosas cabalgaduras, que pafaban de orgullo y relucian deslumbradoras con sus arneses de vistosos colores, sus frenos de oro y sus herraduras de plata. Y habia para qué. Este bastardo de oscura mujer romana, este hijo sacrilego de epieíreo Papa, este cardenal dimisionario, este asesino impudente, este ladrón con corona ducal, condotiero y jefe de condotieros, sin pudor y sin conciencia, emparentó con la casa real de Francia y tuvo por mujer á toda una hermana del Rey de Navarra.

Duque, hijo predilecto del Papa, enlazado con régias familias de Europa, ningún obstáculo se podía oponer ya en el mundo á sus ambiciones, ningún freno á sus apetitos, ningún valladar á los impulsos de su voluntad intensa é imperiosa. Como se cuenta de Tiberio, la hermosura del cuerpo sólo en él podía compararse á la fealdad del alma, serpiente venenosa de brilladoras escamas, abismo cubierto de aromáticas flores, lago de superficie azul y de traidoras entrañas. Cuantos recorran Roma deben correr á mirar aquel retrato, en el cual todavía está vivo, presentando el tipo perfecto de la raza heleno-arábica que puebla las costas de Sagunto, las huertas de Játiva, las vegas de Gandía. Nada más griego que su perfil olimpico, nada más atractivo que sus ojos profundos, nada más páfidamente engañoso que su sonrisa tranquila, nada más vasto que su frente espaciosa,



BRESCIA (ITALIA).

ESTATUA DE ARNALDO DE BRESCIA, INAUGURADA EN AGOSTO DE 1883.

nada más gallardo que su apostura caballeresca, nada más elegante que su traje, ni nada más terrible que su alma. Naturaleza puso en él todos los medios de la seducción, todo lo que puede encantar al sentido, todo lo que materialmente puede arrastrar, encadenar y dominar con esa especie de fluido al que llama la ciencia moderna magnetismo animal. Todas las delicadezas de la hermosura femenina habíalas puesto Dios en robusto cuerpo de atleta; como si quisiese someterle por la seducción á todas las mujeres y por la fuerza y por la energía á todos los hombres. Abríanse sus labios á una elocuencia de franca sinceridad, y replegábase su alma en los dobleces de una astucia increíble. Pocos hombres han conocido ménos la virtud ni acertado más á fingirla. Actor de primer orden, la máscara más espesa se sobreponía con la mayor facilidad á las íntimas ideas y á los interiores movimientos del alma, que tomaba todos los aspectos y todos los disfraces imaginables, de igual guisa que los demonios de las leyendas monásticas. Imposible superarle en lentitud para madurar un plan ni en rapidez para cumplirlo. Semejábanse sus movimientos á esas caídas súbitas del milano sobre el pajarillo, desplomándose de los abismos cerúleos en la espalda de su presa, para cogerla y llevársela ensangrentada, con la rapidez del relámpago, á la vaguedad de los aires. La bondad y la crueldad le eran igualmente congénitas, y las ejercía indiferente una y otra según las necesitaba. Nadie más avaro en adquirir ni más pródigo en dar. Todos los caminos le parecían iguales, con tal que condujesen á su meta. El mismo desprecio tenía por las personas que por las cosas; y como rompía una joya, ¡oh! asesinaba á un hombre. Tuvo todas las grandezas; la religión, el arte, la ciencia, el poder, la poesía, la política le iluminaban con sus resplandores, y no supieron hacerlo grande, porque le faltó la única grandeza que granjea la verdadera inmortalidad, la grandeza moral. Los hábiles del mundo, los políticos de la razón de Estado, los adoradores de la victoria le llaman grande y digno de estudio y de envidia por haber sabido prescindir de la conciencia y haber encadenado la fortuna, mientras llaman pequeños y miserables y despreciables á hombres como Savonarola ó como San Francisco, que sólo han sabido amar, padecer y morir. Pero en torno de César Borgia y de su nombre, las furias de la historia, coronadas de serpientes que silban y que derraman veneno de sus fauces entreabiertas, arrojan toda suerte de maldiciones, que se dilatan de siglo en siglo y extienden el frío del odio de generación en generación, mientras en torno de San Francisco de Asís, en torno de Savonarola, como en torno de todos cuantos han sabido padecer y amar, los monasterios se levantan, las leyendas se cuajan, los peregrinos se congregan, los artistas se inspiran, los ideales se dilatan y las esperanzas vuelan; porque sus ideas y sus recuerdos son como rayos de luz y de calor espiritual, que todo lo vivifican y engrandecen. Aquel genio brilla, pero como brillan los cometas. Ha conquistado á Sinigaglia; ha rendido á Faenza; ha dominado á Bolonia; ha combatido á Florencia; ha puesto sus plantas sobre la cerviz de Roma; ha mandado sus condotieros á los cuatro puntos del horizonte, como los lebreles, para que le cacen castillos, condados, reinos; ha sometido los barones feudales; ha mandado ejércitos; y sin embargo, todas estas grandezas pasaron como el humo de sus orgías, como el

eseo de sus bailes, como las carcajadas de sus placeres, á causa de tener por objeto único el propio engrandecimiento y la propia gloria; pues sólo resultan grandes y duraderos los servicios prestados á nuestros semejantes, á los pueblos, á la humanidad, y aquel que únicamente se cura de su propio engrandecimiento, se achica de seguro á los ojos de la posteridad y se suicida moralmente en la historia.

César Borgia fué grande por su padre; y en cuanto éste faltó, también faltó su grandeza. Maquiavelo, con la profunda intención que lo immortaliza y con el arte en que excede á todos para pintar un hombre de un rasgo, le presenta como perfecto modelo de lo incierto que es en la sociedad el estado de aquellos cuya fortuna depende en algún grado de la fortuna de otro.

Alejandro VI no se cansaba, no, de proteger á sus hijos. Así nombró á Lucrecia Borgia nada ménos que regente del Vaticano, es decir, semipapisa por algun tiempo, durante su ausencia de Roma. Entregó á merced suya los sellos y autorizola á abrir sus cartas y á resolver todos los casos, fáciles ó difíciles, por su propio criterio, asesorada tan sólo del consejo de un cardenal, á saber: del cardenal de Lisboa. Como Alejandro VI vicario de Cristo, Lucrecia Borgia vicaria de Alejandro VI. Las Teodoras y las Marceñas habían nombrado papas, pero no se habían hecho papas á sí mismas. Lucrecia salió en procesion por las calles como una santa imagen, precedida de cuatro obispos, acompañada de trescientos caballeros y circuida de bufones y juglares, que iban diciendo toda suerte de gracias, ocupados en toda suerte de juegos. Así, no es mucho que aquella edad haya quedado en la memoria humana como una eterna tragedia; que toda suerte de crímenes y de vicios se haya atribuido por el concepto público á sus principales personajes y representantes; que las consejas populares hayan dicho cómo el Tiber se saltó de madre para tragarse aquellos Faraones y cómo el querubín que coronaba el castillo de San Angelo, el cual saltó á causa de una explosion de pólvora, se subiera al cielo por no ver y por no presenciar tanta infamia; y que la historia narre la muerte de Alejandro VI, no como un caso natural, producido por las fiebres de Agosto en la palúdica y envenenada Roma, sino como una consecuencia de horrible equivocacion, de haberse tomado por descuido el veneno que tenía en una comida preparado para un cardenal enemigo suyo; y que hoy mismo se crea por la tradicion popular cómo, negándose la muerte á matarlo, hubo de entrar el diablo en persona dentro de su estancia para conducirle sobre sus hombros en cuerpo y alma al infierno.

Los Borgias representan lo que representa Augústulo á Honorio ante la revolucion producida por las irrupciones de los bárbaros; lo que representan los reyes gaudules ante la revolucion producida por las usurpaciones de los carlovingios; lo que representan los Trastamaras ante la revolucion producida por las monarquías modernas; lo que representan los Estuardos ante la revolucion parlamentaria de Inglaterra; lo que representa Luis XV y su infame corte del Parque de los Ciervos ante la revolucion francesa; lo que representan Carlos IV, Godoy, María Luisa, ante la revolucion española; es decir, la podredumbre, la gangrena, la muerte de las instituciones antiguas, que se descomponen y se pierden y se caen á una en esta universal corrupcion, cuando

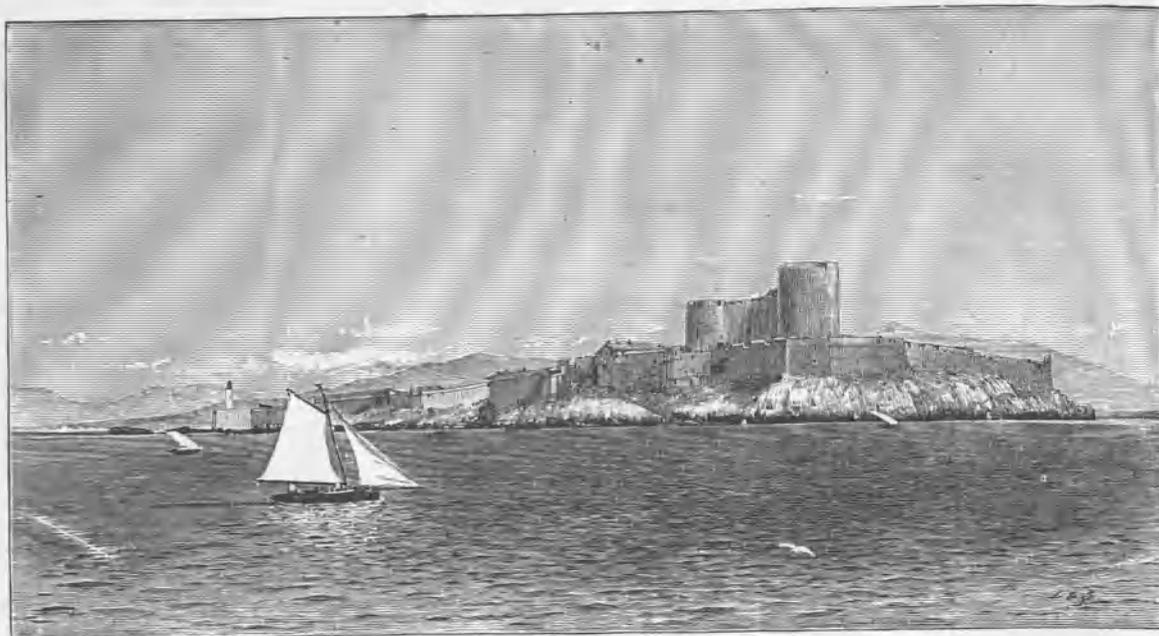
necesitan que nueva idea, que nuevo espíritu, que nueva sociedad las sustituya y las reemplace. También tiene la sociedad su putrefacción como la naturaleza; también sus instituciones se alimentan de la caída de otras instituciones anteriores, como cada generación va empujando, con su crecimiento hacia la eternidad, á la misma generación que la ha engendrado. Misterios de la vida, secretos de la muerte, sombras

indecisas de la eternidad, jeroglíficos oscuros de la historia, sucesos mágicos del tiempo, consecuencias increíbles de las ideas; todo esto es una demostración viva, perenne, indiscutible de la existencia de Dios, que saca el aroma de la vida del seno de los sepulcros, llenos de asquerosa podredumbre.

EMILIO CASTELAR.



ROMA. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE «SANTO-SPIRITO.»



EL CASTILLO DE IF, EN MARSELLA.

## GACETILLA.

**T**AN enfermo estuvo un personaje célebre, que todos creyeron llegada su agonía: el enfermo empezó á mejorar sin embargo, hallándose en poco tiempo fuera de peligro. Cuando estaba ya convaleciente, le pidió y obtuvo de él audiencia un editor.

—¡Señor—le dijo, vengo á cumplimentar á V. E. por su alivio, que indirectamente me ha arruinado!

—¿Mi alivio?

—Sí, señor; vea V. E. esta necrología impresa, estos grabados, que representan la capilla ardiente y las ceremonias mortuorias tales como se hubieran efectuado, á no ocurrir....

—El fracaso de mi restablecimiento, ¿no es verdad?

—¡Oh! no tal: celebro la pérdida y vengo á pedir algun favor.

—Comprendo: Vd. viene á suplicarme que me muera.

—Sería abusar.

—Entonces, explíquese Vd.

—Pues bien, señor, deseo que mande V. E. se me abonen esos gastos de las cantidades destinadas á su entierro.

—¡Oh! concedido, concedido, y quede sepultado ese libro en mi lugar.

El editor salió del palacio, murmurando:

—Era seguro el negocio. En caso de vivir me abonaría

los gastos con mucho gusto el enfermo: en caso de muerte hubieran pagado muy contentos la edicion sus herederos.

•••

Un sabio se arruinó haciendo experimentos. Su mujer, desconsolada, le presentaba á menudo sus hijos, suplicándole con lágrimas en los ojos que tomase otra profesion y se hiciera ignorante.

—Créeme, eso produce más—le decía.

El sabio prometió no hacer sino el último experimento para hallar una fuerza que le haria seguramente rico.

La operacion se efectuó, produciendo una explosion horrible, y el sabio salió por la ventana.

—¡Eureka!—decia revolcándose y lleno de magulladuras:—el problema está resuelto: somos ricos.

—¿Quiénes?—le preguntó un amigo mirándole con lástima. ¡Desgraciado! ¡acabas de volar á toda tu familia!

•••

Todas las noches se arregla el mundo en la tertulia de don Próspero el boticario, hombre de ideas avanzadas.

Sostenia éste la justicia de que se repartiesen á prorata las ganancias de cada industria entre los que contribuyen á la produccion.

—Todos los que llevan á ella las materias y el trabajo indispensables, deben ser accionistas—decia.

— Bueno — le contesto un fabricante que le hacía la contra; — pero si se realizase tu teoría, ¿sabes, Próspero, quién sería el principal accionista en tu farmacia?

— ¿Quién?  
— El agnador.

Había sido tan abundante en un lugar la cosecha de uvas, que faltaron pipas y tinajas para guardar el líquido.

Dióse aviso para que acudiesen á beber todos los vecinos. Las viejas llenaron sus botijos; se fregó el suelo con mosto, derramándose el sobrante con una manga de riego.

Apénas concluyeron de verterlo, llegó al pueblo un comisionista para comprar todo el mosto que hubiese.

Los cosecheros maldijeron su precipitación, y dijo uno de ellos:

— Se me ocurre una idea para aumentar el vino.  
— ¡Habla!  
— Voy á reunir al vecindario y pisotearle en el lagar.

Cuando visité la Casa de locos de Zaragoza quise ver á un amigo que vive allí feliz, muchos años hace, imaginando ser el Padre Eterno.

El loco me reconoció y me dió á besar la mano.

— ¿Cómo estás? — le dije con cariño.

— Yo, bien — respondió; — pero á ti te encuentro mal. Ni siquiera has notado que estás hablando á Dios de tú.

Fragmento de una carta que dirige á su padre político un recién casado:

« Acabo de visitar las tierras que constituyen el dote de su hija: en ellas no se puede sembrar ni edificar, porque no son tierras, sino arenas. ¡Caballero! Cuando se entrega á un hombre un trozo de desierto, se le dan siquiera camellos para atravesarle. »

Secuestraron á un propietario y le llevaron á un sitio agreste: cuando espiró el plazo del rescate le dijeron los ladrones:

— No envían el dinero: prepárate á morir.

El propietario suplicó tanto, que le concedieron por último plazo el tiempo que emplease él mismo en cavar su sepultura.

Púsose el preso á la obra con poca precipitación; pero el hoyo iba ensanchando y haciéndose profundo; el secuestrado seguía dando azadonazos y extrayendo tierra.

— ¿Qué haces? — le preguntaron al día siguiente los ladrones. — ¿Estás construyendo un panteón de familia? Vas á morir ahora mismo por soberbio.

— Deteneos: no es soberbia, sino humildad. Sigo y seguiré cavando, porque quiero que me entierren en el hoyo grande.

Dos banqueros, ya maduros, hablan de su juventud y sus amores.

— ¡Qué tiempos aquéllos! — exclama uno.

— ¡Y qué conquistas! — añade el otro; — ¿te acuerdas de Amparo?

— ¿No me he de acordar? Todos los días visito á otra Amparo en memoria suya. ¡Si vieras cómo se parecen!....

— ¿De véras?

— Pero encuentro entre las dos una diferencia. Aquella sólo exigía que la convidase á buñuelos. Ésta sólo se contenta con que la convide á diamantes.

— Hijos míos, mujer mía — decía un pobre hombre que entraba en su casa cojeando — me ha mordido un perro rabioso, y dentro de pocos días rabiaré.

La mujer y los hijos prurupieron en verdaderos alaridos de dolor; luego trataron de llevar el herido á su lecho.

— Conozco mi situación, — decía el padre resistiéndose — he descendido de categoría; hacéme la cama en la perrera.

Al oír tantos lamentos se asomaron á los balcones los vecinos.

— ¿Qué ocurre en esa casa? — preguntaban los transeúntes.

— Nada — respondían los vecinos; — es un padre rabioso que debe estar devorando á su familia.

Hay frases proverbiales que resultan á veces muy absurdas.

El banquero Fulano es tuerto, pero ve con sólo el ojo izquierdo lo que no ven los demás con dos ojos. Tomó últimamente un secretario, y resultó tan inútil, que tuvo necesidad de despedirle.

— ¿Conque no le ha servido á Vd. ese hombre? — le preguntaron.

— De nada absolutamente — contestó; era mi ojo derecho.

Don Lúcas es un patán enriquecido. Ha oído que su hija quiere tener un plato pintado, y se dispone á sorprenderla, para lo cual entra en el estudio de un pintor y le manifiesta su deseo.

— Bueno — dice el artista; — ¿y qué quiere Vd. que pinte en ese plato?

— En ese plato.... en ese plato.... — responde D. Lúcas rascándose la oreja. Pues bien: pínteme Vd. una chuleta.

Don Isidro construye otra casa enfrente de la suya y visita la obra con frecuencia. Ayer cayó en un baño de yeso, quedando completamente blanco. Refugióse á la carrera en su domicilio, pero el portero le detuvo.

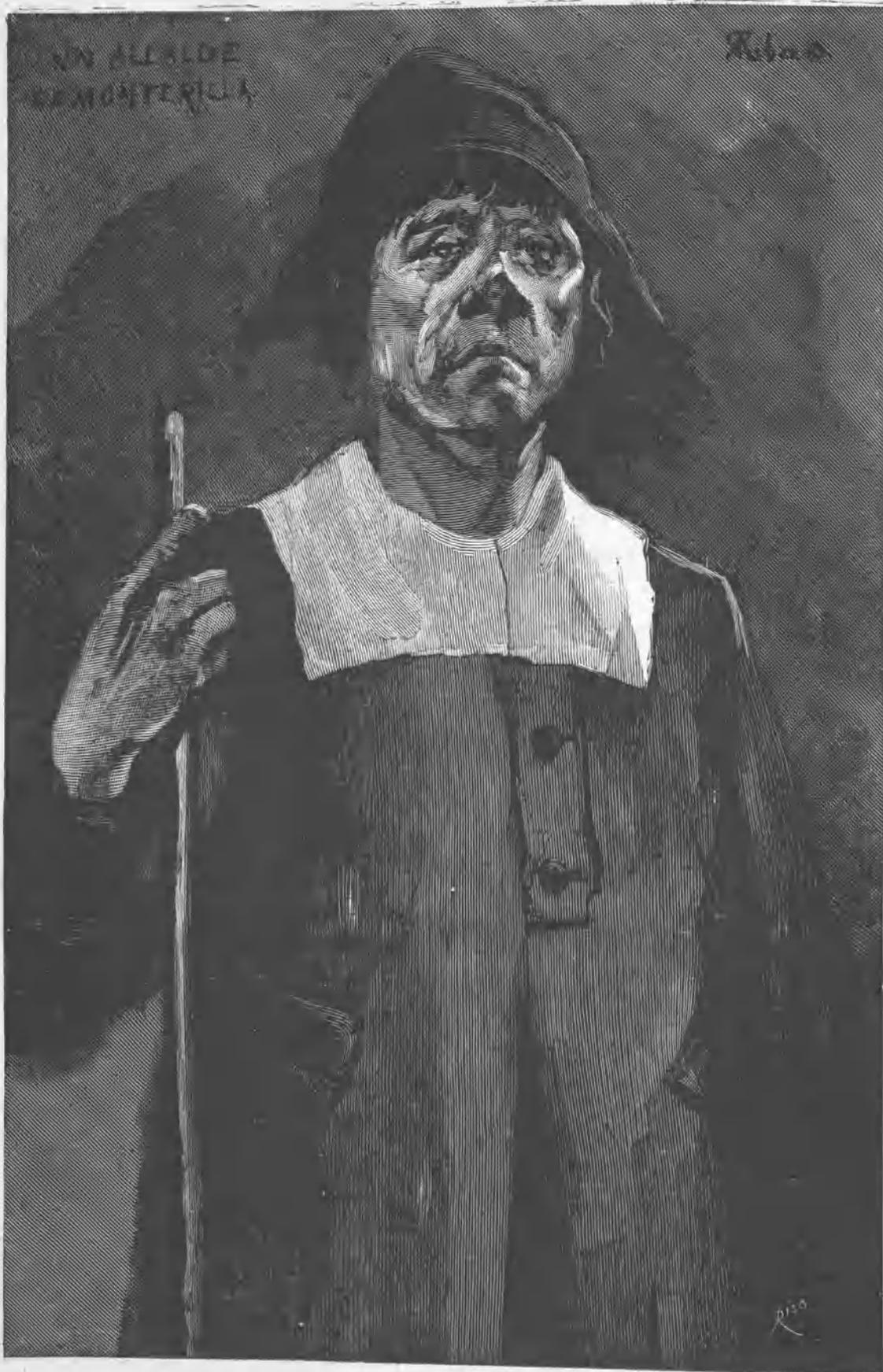
— ¿No me conoce Vd.? — dijo con acritud el propietario.

El portero se quitó la gorra respetuosamente, pero siguió cerrando el paso.

— ¿No me conoce Vd.? — repitió D. Isidro cada vez más enfadado.

— Sí, señor; pase Vd. adelante: usted debe ser la estatua de mi amo.

— ¡Qué escritor tan concienzudo es D. Froilan! — decían en el salón de la Academia. — Borra y corrige sus escritos como ninguno.



«UN ALCALDE DE MONTERILLA». — (DIBUJO ORIGINAL DE RIBERA.)

—Perdone Vd. —repuso un académico:—yo tenía escrita una obra en cinco tomos; me puse á corregirla, y borrando y borrando, ¿saben Vds. lo que conservo del libro?

—¿Un tomo?

—No, señor: me he quedado con el título.



Un hombre excesivamente delgado fué á consultar á su médico: éste le dijo:

—Tiene Vd. la solitaria.

—¿No podría Vd. extraérmela?—preguntó el enfermo.

—Hombre, la cosa es fácil; pero si la extrajese, ¿qué le quedaría á Vd. dentro de su cuerpo?

—¿Qué me aconseja Vd.?

—Puesto que han de vivir juntos, le aconsejo que se lleve usted bien con ella.



Discutiendo acerca del Dios-Mundo y el No-Dios, se insultaron dos sabios.

—Eso me lo dirá Vd. aquí — exclamó el agraviado.

—Pues salgámonos fuera.

—Señores — dijo el presidente — ¿y adónde irán Vds.?

Ya se han salido de la cuestion y de sus casillas; han recorrido mentalmente la Creacion y todo lo comprendido en el tiempo y el espacio. Para reñir en otra parte sólo les queda el recurso de salirse fuera del infinito.



Se comieron los ratones la edicion de un libro insustancial.

—¡Qué sobrios son esos animalitos!—decía un amigo del autor:—de cualquier cosa se alimentan.



—Hermanos míos — exclamaba en el púlpito un predicador;— huid de los saraos, huid de los paseos y teatros, donde las mujeres excitan las pasiones con todos los artificios del demonio. Vedlas aquí mismo, con trajes provocadores y lascivos, y ved en sus miradas todo el fuego del infierno. Pero no las mireis si no quereis condenaros; y si las mirais, hermanos míos..... ¡sálvese quien pueda!



Doña Juana es una señora de bastante edad, á quien molesta la indiferencia de su esposo. La doncella, de acuerdo con su ama, trata de dar celos al marido.

—¡Señor! ¡señor!— le dice;— si entra Vd. ahora mismo sorprenderá á mi ama quemando unos papeles.

—Comprendo lo que será, — responde el señor con mucha calma;— estará quemando su partida de bautismo.



Un amigo mio fué á la plazuela de Santa Ana á comprar un loro.

—¿Tiene Vd. un loro que hable mucho? — preguntó al pajarero.

—Todos los de mi casa hablan mucho y bien.

—¿Serán muy caros?

—Hay que pagarlos, caballero; pero no son loros los que vendo; son oradores emplumados.



La cocinera Petra se despide de su novio hasta el día siguiente.

—Cuando estés en la calle — le dice — avisa y bajaré.

—Bien, daré unas palmadas.

—No: da un silbido, que á esa hora estará mi amo leyendo una comedia.



Un coronel de coraceros muy forzado y que tenía una mujer hermosa, aunque algo madura, sorprendió á un jovencito arrodillado delante de su esposa.

El coronel, furioso, levantó en el aire al pretendiente y salió con él en brazos, diciendo:

—No quiero estrellarle á Vd. dentro de mi casa.

La mujer quedó aterrada. Media hora despues volvia el coronel: la señora se arrojó á sus brazos, exclamando:

—¿Qué has hecho, qué has hecho? Era inocente ese chiquillo.

—Tranquilízate — repuso el coronel;— le he metido en el torno de la Inclusa.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

